

LA
COMUNICACIÓN
DESDE UNA
PERSPECTIVA
SOCIOCULTURAL

ACERCAMIENTOS Y PROVOCACIONES 1997-2007

RAÚL FUENTES NAVARRO

LA
COMUNICACIÓN
DESDE UNA
PERSPECTIVA
SOCIOCULTURAL

ACERCAMIENTOS Y PROVOCACIONES 1997-2007

LA
COMUNICACIÓN
DESDE UNA
PERSPECTIVA
SOCIOCULTURAL

ACERCAMIENTOS Y PROVOCACIONES 1997-2007

RAÚL FUENTES NAVARRO



ITESO

Universidad Jesuita
de Guadalajara

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos Padilla, SJ

Fuentes Navarro, Raúl

La comunicación desde una perspectiva sociocultural : acercamientos y provocaciones
1997–2007 / R. Fuentes Navarro. -- Guadalajara, México : ITESO, 2008.
328 p.

ISBN 978-968-9524-07-6

1. Medios de Comunicación - Aspectos Sociales y Culturales 2. Diversidad Cultural
3. Democracia 4. Comunicación y Política 5. Prácticas Académicas de la Comunicación - Tema Principal 6. Comunicación - Estudio y Enseñanza - Tema Principal 7. Comunicación - México - Investigación 8. Comunicación - Brasil - Investigación 9. Comunicación - Latinoamérica - Investigación 10. Comunicación - Investigación - Tema Principal 11. Sociología de la Comunicación 12. Bourdieu, Pierre 12. Rogers, Everett M. I. t.

[LC] 302. 201 [Dewey]

La presentación y disposición de *La comunicación desde una perspectiva sociocultural: acercamientos y provocaciones 1997–2007* son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

DR © 2008. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente
Periférico Sur, Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,
Tlaquepaque, Jalisco, CP 45604.

ISBN 978-968-9524-07-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Para información sobre compras de mayoreo, por favor ponerse en contacto con Publicaciones ITESO: + 52 (33) 3669 3485 o publicaciones@iteso.mx

Las disciplinas y subdisciplinas se dividen de acuerdo con criterios epistemológicos, metodológicos, teóricos e ideológicos. A veces, las divisiones ideológicas pueden revelarse irreductibles. Las de carácter teórico son susceptibles de superación. Las de naturaleza conceptual o metodológica pueden ser fácilmente conciliadas

(Dogan y Pahre, 1993: 69)

Índice

Presentación	9
I. Condiciones de consolidación del estudio de la comunicación	13
La investigación académica de la comunicación en México: notas para un balance reflexivo (1997)	15
Retos de la institucionalización de la investigación académica de la comunicación en México a fines de los años noventa (1998)	45
El estudio de la comunicación en México: avances, continuidades y rupturas 1980–2000 (2000)	55
Profesionalización avanzada y consolidación académica de la investigación de la comunicación en México (2003)	63
El estudio académico de la comunicación en México: una re–visión sintética actualizada (2007)	81
II. Retrospectiva y prospectiva de la formación universitaria	99
La construcción de la comunidad académica de la comunicación en México y Latinoamérica (2000)	101
La formación universitaria de profesionales de la comunicación y su renovación como proyecto social (2000)	115

Democracia y comunicación: la construcción universitaria de un proyecto social (2003)	135
Retos y perspectivas de la investigación de la comunicación en tiempos de incertidumbre (2006)	153
Los propósitos y desafíos del estudio universitario de la comunicación: una propuesta de reflexión (2007)	171
III. Re-lecturas, re-escrituras y exploraciones del campo	183
Multiculturalismo y comunicación en la era telemática: una perspectiva sociocultural (2000)	185
En, sobre, bajo, ante la televisión: Pierre Bourdieu (1930–2002) y los estudios socioculturales de la comunicación (2002)	199
Everett M. Rogers (1931–2004) y la investigación latinoamericana de la comunicación (2005)	213
La investigación sobre comunicación y democracia en México: algunas reflexiones en busca de las claves (2007)	243
Apropiaciones y proyecciones de <i>De los medios a las mediaciones</i> en el campo académico de la comunicación. Una revisión de su impacto, 20 años después (2007)	265
Fuentes bibliográficas de la investigación académica en los posgrados de comunicación en Brasil y en México un acercamiento al análisis comparativo (2007)	283
Bibliografía	299

Presentación

Treinta años después de haber iniciado una trayectoria profesional en el campo académico de la comunicación, mantengo algunas de las convicciones centrales que sobre el cultivo universitario de esta especialidad aprendí como estudiante de licenciatura en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) varios años antes de ser profesor, cuando todavía la perspectiva de una carrera académica estaba ausente de mis horizontes de futuro. Algunas de esas convicciones se han convertido en verdaderas obsesiones, cuestiones recurrentes, *ejes de sentido* que como académico procuro establecer en la interlocución con colegas y aspirantes a colegas en los diversos espacios en los que he podido desarrollar mi actividad.

El paso de los años de trabajo, al mismo tiempo que me ha ampliado los espacios de interlocución académica sobre el estudio de la comunicación, me ha permitido también seguir incorporando elementos —nuevos para mí en algún momento y, gracias a la interlocución, ahora parte de mi acervo de convicciones—, saberes y propuestas. La fórmula estaba clara desde muchos años antes: “aprender la comunicación en la comunicación”, o en una versión un poco más compleja, cultivar “la producción social de sentido sobre la producción social de sentido”. El estudio académico de la comunicación no puede ser sino una práctica social de comunicación y, como tal, una estructuración de la intersubjetividad concretamente situada, enmarcada en complejos procesos de profesionalización, institucionalización, legitimación...

Para participar en esa intrincada red de prácticas sociales, y desde ahí intentar comprenderlas y hacerlas comprender a otros, ha sido muy útil la adopción, compromiso colectivo, de una *perspectiva sociocultural*: una especie

de proyecto de “estilo de pensamiento” (Fleck, 1979) fundamentalmente *heurístico*, orientado más por las búsquedas que por los hallazgos y que, centrado en la construcción *comunicativa* de las intersubjetividades, trata de no desintegrar de ese “centro” los factores históricos y estructurales que lo determinan, en especial el poder, en todas sus dimensiones.

Visto desde ahí, el estudio de la comunicación es una especialidad académica construida desde ciertas intersecciones de las ciencias sociales y las humanidades, pero irreductible a una organización disciplinaria. Visto, e impulsado, desde otras perspectivas, el estudio universitario y el ejercicio científico y profesional de la comunicación responde a otros *proyectos* sociales, con cuyos agentes es necesario debatir, buscar la interlocución, para clarificar las diferencias implicadas y determinar las acciones consecuentes, pues la comunicación y su estudio son “un medio semiótico para un fin social” (Jensen, 1995: 192).

Como lo había hecho ya años atrás, bajo el título *Comunicación, utopía y aprendizaje: propuestas de interpretación y acción 1980–1996* (Fuentes Navarro, 2001a), en este volumen reúno textos escritos a partir de aquella última fecha, algunos inéditos y otros ya publicados, organizados con un título: *La comunicación desde una perspectiva sociocultural: acercamientos y provocaciones 1997–2007*, y tres subtítulos: “Condiciones de consolidación del estudio de la comunicación”, “Retrospectiva y prospectiva de la formación universitaria” y “Re–lecturas, re–escrituras y exploraciones del campo”.

Los 17 textos incluidos en esa estructura triádica son, por supuesto, una selección intencionada que busca, en la edición, re–presentar algunos argumentos y referentes que en su conjunto puedan expresar mejor los ejes de sentido que orientaron su escritura en circunstancias determinadas y su presentación en diversos foros y formatos, con interlocutores variados. Por eso se incluyen tanto ensayos cargados de referencias bibliográficas y datos empíricos, pensados para ser publicados, como textos más “ligeros”, concebidos para presentaciones orales ante auditorios de estudiantes o de investigadores, mexicanos o internacionales.

tigación que como tesis doctoral terminé en 1996; los más recientes son avances del proyecto “La constitución científica del campo académico de la comunicación en México y en Brasil: análisis comparativo” (Fuentes Navarro, 2004a), todavía en proceso, que cuenta con el apoyo del Fondo de Ciencia Básica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) (47377 H). Muchos de ellos me fueron solicitados por invitación expresa, otros respondieron a mi propia dinámica de trabajo, pero en todos está presente el *interés* básico de mi tarea académica cotidiana.

Al igual que en el libro antes mencionado, en vez de retrabajar los textos, he preferido dejarlos casi intactos, a pesar de las repeticiones inevitables y de la anacronía de algunos datos, e indicar al principio de cada uno la referencia de su presentación original. Y también, al igual que entonces, “a pesar de los años transcurridos, sigo sosteniendo en lo fundamental lo que en ellos expreso, de manera que para mí sigue teniendo sentido utilizarlos como provocaciones para el diálogo” (Fuentes Navarro, 2001a: 8).

Guadalajara, Jalisco, febrero de 2008.

I.

Condiciones de consolidación del estudio de la comunicación

Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno.

Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo sociocultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades (Schiller, 1996: VII).

[Utopística] es la evaluación seria de las alternativas históricas, el ejercicio de nuestro juicio en cuanto a la racionalidad material de los posibles sistemas históricos alternativos. Es la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos y sus limitaciones, así como de los ámbitos abiertos a la creatividad humana. No es el rostro de un futuro perfecto (e inevitable), sino el de un futuro alternativo, relativamente mejor y plausible (pero incierto) desde el punto de vista histórico. Es, por lo tanto, un ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, la política y la moralidad (Wallerstein, 1998b: 3-4).

La investigación académica de la comunicación en México: notas para un balance reflexivo*

Como en todos los países en donde se practica, en México la investigación académica de la comunicación actualmente atraviesa por una crisis o transformación compleja y multidimensional, cuyo análisis no puede limitarse a las particularidades nacionales. Los dos números dedicados por el *Journal of Communication* en 1993 a reflexionar sobre “el futuro del campo” permiten apreciar los notables cambios que sufrió la “conciencia disciplinaria” anglosajona en apenas una década, después de aquel memorable *Ferment in the field* de 1983, y no es esta la única publicación internacional en donde se encuentran resonancias diagnósticas y prospectivas con el caso mexicano.

En términos generales puede afirmarse que, aunque la recurrencia de los debates sobre la propia identidad del campo de la comunicación se puede interpretar como un signo de su inmadurez científica, e incluso de su “pobreza intelectual” (Peters, 1986), el permanente análisis reflexivo implicado en esos debates es también una indicación de su vitalidad y de su probable centralidad para las ciencias sociales del siglo XXI (Giddens, 1989).

A partir de tal reconocimiento, este trabajo pretende contribuir a la elaboración de un balance reflexivo sobre la investigación académica de la comunicación que no puede ser sino colectivo y provisional, y que se propone con base en los resultados de un estudio amplio sobre los procesos

* Participación en el panel Perspectives and Challenges of the Mexican Communication Research, en la International Association for Media and Communication Research (AIERI / IAMCR) 1997 Annual Conference, Oaxaca, julio de 1997. Publicado en Fuentes Navarro (1998c).

de estructuración de este campo en México, realizado por el autor en los últimos cinco años (Fuentes Navarro, 1996a).¹

Este estudio estableció tres dimensiones contextuales relevantes para analizar la estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México: la cognoscitiva, la sociocultural y la institucional. En la primera se incluyeron los factores y procesos de cambio que afectan la producción, reproducción y circulación del conocimiento sobre la comunicación y las estructuras y los fenómenos socioculturales en términos más amplios, así como el sentido de las actividades y los sistemas académicos. En la sociocultural se consideraron los factores y procesos de cambio ocurridos en esas actividades y sistemas en relación con las estructuras (nacionales e internacionales) culturales, políticas y económicas, sujetas a transformaciones de amplio alcance en los años recientes. Por último, la dimensión institucional se refirió concreta y específicamente a los cambios en que confluyeron los factores cognoscitivos y socioculturales tanto al interior del sistema nacional de educación superior como en las relaciones de este con la sociedad.

Como es obvio, desde la dimensión cognoscitiva se analizaron los factores determinantes de la inconsistencia disciplinaria del estudio de la comunicación, desde la dimensión sociocultural las condiciones de dependencia estructural propias del país y desde la dimensión institucional las características particulares de la crisis universitaria nacional y en particular las políticas de impulso a las actividades de investigación.

A partir de este triple contexto, se definieron heurísticamente nueve procesos de estructuración del campo académico de la comunicación, operantes a diversas escalas (individual, institucional, sociocultural), referidos a:

- Constitución de los sujetos (trayectorias académicas, orígenes sociales, etcétera).
- Formación / conformación de *habitus* (esquemas de percepción, valoración y acción).

- Profesionalización (apropiación de competencias académicas y calificación laboral).
- Institucionalización social (organización de programas, asociaciones y publicaciones).
- Institucionalización cognoscitiva (conformación de “matrices disciplinarias”).
- Especialización de la producción (intercambios científicos intra e interdisciplinarios).
- Autorreproducción del campo (formación e incorporación de nuevos agentes).
- Legitimación social (obtención social de autoridad científica y autonomía relativa).
- Asimilación / acomodación del sentido en el cambiante entorno socio-cultural.

La instrumentación de las fuentes primarias de datos para esta investigación incluyó tres tipos de trabajo empírico directo: la sistematización documental, una encuesta con tres instrumentos y una serie de entrevistas no estructuradas. Participaron directamente como sujetos 49 investigadores de la comunicación, mexicanos o residentes en México, casi todos ellos adscritos a alguna de las seis universidades donde se ha concentrado la práctica de la investigación: la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-Xochimilco), la Universidad Iberoamericana (UIA), la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Colima y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

Para documentar el balance reflexivo en esta ocasión, se han seleccionado tres de los análisis realizados sobre el campo de la investigación académica de la comunicación en México: en el primero se resumen los resultados de la sistematización documental, de manera que puedan quedar objetivadas las tendencias principales de la producción publicada; en el segundo se presenta una caracterización básica de las representaciones subjetivas que

constituyen lo que podría considerarse el núcleo de la ideología profesional de los investigadores mexicanos de la comunicación, y al final se expone un modelo de la “doble disyuntiva” que enfrenta el campo en los años noventa, síntesis conclusiva del estudio citado.

Tendencias de la producción publicada hasta 1994

En 1988 se publicó *La investigación de comunicación en México, sistematización documental 1956–1986* (Fuentes Navarro, 1988a), recuperación de 877 documentos en que quedaron plasmados los productos de 30 años de actividades de investigación mexicana en el campo. Ahí quedó claro que la institucionalización era incipiente y que en realidad en el país había comenzado a manifestarse apenas a mediados de los años setenta. Sobre la situación entonces presente, hace una década, se sugerían interpretaciones y perspectivas que hasta esa fecha no se habían realizado con detalle suficiente, pero que trazaban una panorámica que pronto quedó obsoleta.

Sin embargo, esta sistematización documental dio pie para un estudio más amplio y más enfocado sobre los individuos e instituciones productores, que se publicó en 1991 con el título *La comunidad desapercibida: investigación e investigadores de la comunicación en México* (Fuentes Navarro, 1991). En este ensayo quedaron definidas con mayor claridad las tensiones estructurales y coyunturales que habían determinado las características de la producción y cómo es que el país, las instituciones y los sujetos cambiaban, así como cambiaban los objetos de estudio y los marcos teórico–metodológicos. Con eso se hizo posible emprender el estudio integral de los procesos de estructuración del campo académico, cuyo producto más acabado es el libro que se titula precisamente *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México* (Fuentes Navarro, 1998a).

Como ya se señalaba, entre los distintos insumos de este estudio, la sistematización documental siguió siendo básica. Pero, para formular con mayor precisión después de 1986 qué y cómo había cambiado, qué había

permanecido y por qué, fue necesario actualizar o, mejor dicho, continuar la recuperación de los productos publicados. De manera que se elaboró *La investigación de la comunicación en México, sistematización documental 1986–1994* (Fuentes Navarro, 1996b), en que se mantuvieron básicamente los criterios de selección de la anterior recopilación, aunque para superar ciertos defectos y ajustar el trabajo a algunos de los cambios detectados, se eliminaron de la segunda obra los trabajos no publicados, es decir, las ponencias y los informes inéditos. Asimismo, se incluyeron tesis de posgrado, que suelen ser proyectos sólidos de investigación. Por lo demás, se seleccionaron los documentos que contuvieran aportaciones, así fueran colaterales, al conocimiento sistemático de la comunicación en México, provenientes sobre todo de la academia, publicados entre 1986 (no incluidos en el libro anterior) y diciembre de 1994. Este nuevo corpus de análisis quedó formado por 1,019 documentos.²

La primera tendencia entonces, que surge de inmediato a la vista, es de un crecimiento sostenido de los productos publicados de investigación en México, pues entre 1986 y 1994 se pusieron en circulación más de estos productos que en los 30 años anteriores. Si hasta 1986 más de la mitad de los documentos seleccionados habían sido publicados después de 1980, la suma de ambos corpus elevó la proporción hasta el 84% en 1994. Este dato puede ser más elocuente si se invierte: solo 16% de los productos mexicanos de investigación de la comunicación se publicó antes de 1980. Esto reafirma que se trata de una actividad que se encuentra en plena fase de expansión en México, iniciada hace menos de 20 años, y que a mediano plazo se puede esperar que siga creciendo. Para analizar las características de este crecimiento, hay otros indicadores bibliométricos que pueden servir de base.

En cuanto al medio de presentación de los trabajos, se puede hablar de una tendencia también muy clara hacia la formalización de los mecanismos de publicación. Entre 1956 y 1986, solo 78% de los documentos habían

² Algunos años después, se elaboró y publicó una tercera sistematización documental, esta vez sobre el periodo 1995–2001 (Fuentes Navarro, 2003a) y a partir de entonces se concentró la recopilación en la biblioteca virtual ccdoc [<http://ccdoc.iteso.mx>], donde se actualiza continuamente.

sido publicados formalmente: 129 libros, 495 artículos en libros o revistas y 58 monografías o cuadernos seriados, para un total de 682 trabajos. Entre 1986 y 1994, sin incluir documentos inéditos, hay 126 libros, 772 artículos, 44 cuadernos monográficos y 77 tesis de posgrado, para un total de 1,019 textos. Tres rasgos sobresalen dentro de esta tendencia a la formalización de las publicaciones: el establecimiento del formato “artículo” como opción predominante, la publicación de libros colectivos y una considerable descentralización en cuanto a los lugares de edición.

Aunque el predominio del formato artículo parece obvio, no lo es tanto. Supone, por una parte, el propósito de los investigadores de sintetizar y concretar sus trabajos en términos relativamente más provisionales y discutibles que en un libro, pero con más detalle y fundamento que en una ponencia, y, por otra, la institución de revistas especializadas como medios de comunicación interna de la comunidad académica. Aunque ninguno de los dos supuestos ha alcanzado el grado de desarrollo de otras ciencias sociales en México, ni mucho menos el estándar internacional, en la investigación de la comunicación se percibe con claridad el proceso hacia la institucionalización de este sistema básico de comunicación científica. Del corpus total de 1,896 documentos sistematizados, 1,267, es decir, 67%, son artículos. Esta proporción aumentó en los años más recientes: pasó de 56% entre 1956 y 1986 a 76% entre 1986 y 1994.

El 30% (235) de los artículos publicados en estos últimos años forma parte de libros colectivos, que incluyen dos modalidades: los coordinados por uno o dos editores, que encargan trabajos a diversos investigadores alrededor de distintos aspectos de un tema general y, con más frecuencia, los compilados por uno o dos coordinadores que reúnen y organizan un libro sobre la base de las ponencias presentadas en algún encuentro o congreso. Aunque no son en estricto memorias, estos libros han sido un recurso crecientemente usado para difundir los trabajos presentados en esas reuniones. Un caso notable, aunque excepcional, fueron los cuatro libros editados por el comité organizador del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de

Comunicación Social, celebrado en octubre de 1992 en Acapulco, que se entregaron al comienzo con la mayoría de las ponencias que se presentarían en él.³

Pero la mayor parte (70%, 537) de los artículos publicados entre 1986 y 1994 está incluida en revistas académicas especializadas. En estos años hubo un cambio notable en este aspecto en el panorama de la investigación mexicana de la comunicación, pues de las diez revistas más importantes vigentes a fines de 1994, solo una existía en 1986: *Cuadernos de Comunicación*, que se edita desde 1975 aunque a partir de 1984 con una periodicidad anual. Las otras nueve fueron creadas en estos años:

- *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, del Programa Cultura de la Universidad de Colima, en 1986.
- *Comunicación y Sociedad*, del antes Centro de Estudios de la Información y la Comunicación (CEIC), ahora Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS) de la Universidad de Guadalajara, en 1987.
- *Revista Mexicana de Comunicación*, de la Fundación Manuel Buendía, en 1988.
- *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, del Programa Institucional de Investigación sobre Comunicación y Prácticas Sociales (PROIICOM) de la UIA, en 1990.
- *Versión, Estudios de Comunicación y Política*, del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM–Xochimilco, en 1991.
- *Cuadernos del Posgrado del Departamento de Comunicación* de la UIA, en 1992.
- *Mexican Journal of Communication*, de la Fundación Manuel Buendía, en 1993.
- *Cuadernos del Departamento de Comunicación* del ITESO.

3 Se trata de los libros coordinados por Martín Barbero (1992b), Roncagliolo (1992), Solís Lerec (1992) y Luna Cortés (1992).

- *Anuario CONEICC de Investigación de la Comunicación*, del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) en 1994.

Todas ellas parecen haber pasado, al menos, la difícil etapa inicial de toda publicación,⁴ pero tanto *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* como *Comunicación y Sociedad* están ya en otro nivel: han sido incluidas por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en su Índice de Publicaciones Científicas de Excelencia.

Es claro, entonces, que los medios de difusión de la comunidad académica sufrieron una renovación casi total en los últimos diez años, con la excepción ya señalada de *Cuadernos de Comunicación* y de la continuidad de órganos que no pertenecen en específico al campo, aunque incluyan artículos sobre la comunicación desde hace décadas, como la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. El último número de *Comunicación y Cultura*, editado por la UAM–Xochimilco, salió en 1985; también en ese año se publicó el último de los *Cuadernos del CEC*, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; el más reciente de los *Cuadernos del TICOM* (UAM–Xochimilco) se publicó en 1986; *Connotaciones*, de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, desapareció en 1983; *Intermedios*, de la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía, solo alcanzó a publicar ocho números, entre 1992 y 1993. Muchas otras revistas, que lograron cierta importancia, también desaparecieron.

Esta renovación de las revistas académicas de comunicación es muy importante, no solo en lo que representa la fragilidad del plano estructural de la institucionalización del campo de la investigación sino también en el carácter científico de los artículos publicados. En las nuevas revistas de diseminación, a diferencia de las de divulgación que predominaban antes,

4 De esas diez revistas, en la siguiente década dejaron de publicarse cinco: *Cuadernos de Comunicación*, *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, *Cuadernos del Posgrado del Departamento de Comunicación de la UIA*, *Mexican Journal of Communication* y *Cuadernos del Departamento de Comunicación del ITESO*. En cambio, se crearon otras.

se han establecido mecanismos de arbitraje anónimo para la selección de los trabajos a publicar, así como ciertas normas formales para los artículos, lo que sin duda ha contribuido a elevar el nivel científico de las publicaciones y con ello, probablemente, también el rigor de las investigaciones.

Hay, en suma, datos muy interesantes en cuanto a las revistas, los cuales dan pie a análisis de escala más amplia sobre los factores que se manifiestan en ellas y en los artículos que publican, que indican impactos diferenciales de la crisis económica que se acumulan y entrecruzan en concreto en la producción de investigaciones sobre la comunicación. Por ejemplo, cuenta mucho la presión por publicar que han inducido los nuevos sistemas de evaluación y la promoción laboral para los investigadores, sobre todo el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), al mismo tiempo que es indudable el crecimiento y desarrollo del campo académico y su aprovechamiento más racional de los recursos de apoyo, que son relativamente más escasos que una década atrás.

No puede dejar de señalarse, así sea también de manera muy breve, la fuerza de la descentralización que se percibe en las publicaciones sobre investigación de la comunicación en los años más recientes. Si del corpus correspondiente al periodo 1956–1986 alrededor de 85% de los documentos fue publicado en la zona metropolitana de la ciudad de México, en el periodo 1986–1994 esta proporción decreció hasta 56%. El incremento más notable corresponde a dos ciudades del occidente del país: entre Guadalajara y Colima se publicó 27% de los documentos, aunque otras 12 ciudades donde se editaron trabajos dan cuenta en conjunto de solo 3%. Es decir, la fuerza de la descentralización es engañosa, aunque no deja de ser real. Quizá sea más adecuada la figura de la formación de un “segundo polo”, todavía menor y todavía casi único, de “centralización periférica” o de “subcentralización”.

Esta bipolaridad es también una tendencia de los últimos años, considerando no el lugar de publicación de las investigaciones sino el lugar de su producción. Es interesante subrayar que hay un crecimiento paralelo de la proporción de la investigación de la comunicación que se produce y la que se publica en la región centro–occidente de México, pues los pro-

ductos incluidos en cada una de las respectivas cuentas no son exactamente los mismos: en la región se produce investigación que se publica fuera de ella y en ella se publica investigación que se produce en otros lugares. El crecimiento de la producción de investigación en esta región es más rápido y acentuado que el del total nacional, y muy similar al de la publicación: pasó de constituir 12.2% hasta 1986, a 29.5% en los siguientes diez años. Hay que hacer notar que las dos publicaciones reconocidas por el CONACYT se editan en Colima y Guadalajara.

Aunque son muy incipientes los resultados todavía, parece comenzar a seguirse este patrón de emergencia de nuevos polos de desarrollo o de referencia para la investigación en Monterrey y en Puebla, lo cual sería muy afortunado para la investigación nacional. Aunque no se puedan documentar aquí con más detalle estos análisis, la relación entre lo nacional y lo regional en la investigación de la comunicación en México puede quedar mejor ilustrada si se toman como unidades de análisis las instituciones y los individuos productores de la investigación.

Poco más de 70% de los productos de investigación académica de la comunicación en el país, entre 1986 y 1994, ha sido generado por investigadores adscritos a solo seis instituciones, tres de ellas ubicadas en la región centro-occidente. Esta tendencia a la concentración exige una revisión de los factores por los que en esas universidades, y no en otras, se han dado las condiciones relativamente más favorables para la práctica de la investigación, así como “índices de productividad” de sus académicos, en todos los casos, superiores al promedio nacional. De los 25 investigadores con mayor número de publicaciones en estos últimos años, solo cinco no trabajan en alguna de esas seis instituciones, que son, como ya se había indicado, la UNAM, la UIA, la UAM-Xochimilco, la Universidad de Guadalajara, el ITESO y la Universidad de Colima.

Por otra parte, en la primera sistematización documental se incluyeron 877 documentos de 420 autores. En la segunda, 1,019 textos de 326 autores. La simple división de estas cifras indica que hasta 1986 se incluyeron 2.08 trabajos por autor en promedio, mientras que entre ese año y 1994 este pro-

medio ascendió a 3.12. Antes de analizar el contenido de las publicaciones, hay que decir que esta tendencia a la concentración de la producción de investigaciones sobre comunicación puede indicar tanto una cierta maduración de la actividad como algún grado de estancamiento o freno en la tasa de reproducción de la comunidad de investigadores. Tomando 1986 como punto de referencia, es claro que hay más investigadores que publican mucho aunque también menos que publiquen poco, antes y después de esa fecha.

Los 25 autores de quienes se incluyeron más publicaciones en la *Sistematización documental 1986–1994* son: Javier Esteinou, Enrique Sánchez, Guillermo Orozco, Raúl Fuentes Navarro, Jesús Galindo, Jorge González, Rossana Reguillo, Francisco Aceves, Néstor García Canclini, Fernando Mejía Barquera, Carmen Gómez Mont, José Carlos Lozano, Florence Toussaint, Raúl Trejo, Fátima Fernández, Mercedes Charles, Delia Covi, Gilberto Fregoso, Rafael Reséndiz, Pablo Arredondo, José Luis Gutiérrez, Carlos Luna, Alma Rosa Alva de la Selva, Eduardo de la Vega y Carlos Monsiváis. La mitad de ellos comenzó a publicar trabajos con cierta regularidad solo en los años más recientes, aunque ninguno es menor de 35 años.

Con estos datos parece haber base suficiente para sostener que la investigación mexicana de la comunicación ha estado pasando por una etapa de transición, que bien se podría llamar estructural, en los diez años siguientes. De un conjunto de esfuerzos aislados y la mayor parte de ellos fundados en la pura fuerza de la voluntad, se ha ido pasando a grados de institucionalización y profesionalización de las prácticas universitarias de investigación que le otorgan ya a la actividad una legitimidad, al menos académica si no social, que no puede sino interpretarse en sentido muy positivo y relativamente optimista.

Lo más notable es que esta maduración se ha dado en la época en que las universidades y el país han sufrido una crisis que solo parece resolverse para profundizarse más. Algo hay de paradójico en este desarrollo “contra la corriente”, pues según la razón neoliberal y tecnoburocrática, la mayor parte de lo que se hace no se debería de justificar: es muy poco rentable y casi nada aplicable. Pero también hay mucho de explicable en ello, pues obviamente

la tecnoburocracia no es, por fortuna, tan eficiente como quisiera. En las coyunturas, en las crisis, en las transiciones, incluso en las revoluciones, la historia cambia; pero la historia no cambia “de golpe”. Las instituciones y los sujetos son historia también, objetivada e incorporada, y la historia no es solo lo pasado: es la pugna por hacerse presente de distintos proyectos de futuro, que para ello reconstruyen el pasado cada uno a su modo.

Pero antes de revisar los proyectos subjetivamente incorporados en las prácticas de investigación, es necesario recuperar las tendencias del contenido de las publicaciones, que son también indicadores muy elocuentes de las transiciones que está experimentando el campo, sobre todo en cuanto a las temáticas, los enfoques y los marcos teórico-metodológicos empleados.

Cada vez es más difícil identificar los estudios de comunicación con las investigaciones sobre medios. A pesar de que alrededor de dos tercios de los documentos incluidos en las muestras de antes y después de 1986 plantean temáticas relacionadas con los medios, hay algunas diferencias notables: por ejemplo, aunque se siguen haciendo trabajos estructurales y coyunturales sobre las industrias, hay mucha mayor especificidad que antes en cuanto a los aspectos considerados —políticos, económicos, ideológicos, laborales, tecnológicos— y una vinculación más concreta de estos aspectos con los factores contextuales, sean estos regionales, nacionales o globales.

Es muy interesante, por ejemplo, la sólida riqueza de aportes que generó la pregunta por los impactos multidimensionales del Tratado de Libre Comercio de América del Norte sobre la comunicación, la cultura y las identidades mexicanas. Hay menos énfasis en el tratamiento de “los medios” en general, y un evidente y explicable predominio de los estudios a propósito de los medios audiovisuales sobre los impresos. Si hasta 1986 se contaba un número casi igual de trabajos sobre unos y otros, en los últimos años hay casi cuatro veces más publicaciones sobre televisión, video y cine que sobre prensa, revistas y libros. También aumentó de manera considerable la proporción de los trabajos enfocados sobre la radio y la música, y muy explicablemente la de los estudios sobre “nuevas tecnologías”, “nuevos medios” y “nuevas formas de comunicación”.

Si bien es claro que en la última década se “culturizaron” las investigaciones sobre la comunicación, también hubo fuertes tendencias a “economizarlas”, “politizarlas” y “tecnologizarlas”, es decir, a diversificar y profundizar más las dimensiones socioculturales de objetos genéricos como “medios de comunicación”, “televisión” o “espacio audiovisual”. Aunque se transitó “de los medios a las mediaciones”, se hizo también el muy saludable y necesario esfuerzo por regresar de las mediaciones a los medios, ante los cuales, como industria y como aparatos de hegemonía, sigue habiendo una postura muy crítica.

La revisión de las temáticas abordadas por las tesis de posgrado es interesante. Antes de 1986 había muy pocos de estos trabajos, pero el corpus analizado incluye 70 tesis de maestría y siete disertaciones doctorales presentadas entre 1986 y 1994. Apenas poco más de 20% de ellas puede considerarse estudios de medios, incluyendo los enfoques históricos, políticos, de análisis de contenido y de recepción de mensajes. En realidad, la mayor parte de las tesis, por su temática y enfoque, se trata más bien trabajos de investigación en “ciencias sociales” o en educación que en “comunicación”, en el sentido restringido que mantienen los programas de licenciatura.

Aunque no es fácil separar las temáticas de los enfoques, la tendencia al predominio de estudios más específicos y al mismo tiempo más profundos y articulables con otros tiene mucho que ver con el hecho de que más y más trabajos incorporan lo que Enrique Sánchez Ruiz llama “contenido empírico” (en Sánchez Ruiz y Fuentes Navarro, 1990), refiriéndose a lo que, en su sentido más amplio, va más allá del ensayo informado o la teorización libre y pura y que representa un esfuerzo organizado de recolección / producción de datos. Se incluyen ahí los estudios históricos y estructurales, los análisis de contenido, tanto cuantitativos como cualitativos, las investigaciones por encuestas, los diseños experimentales, la investigación-acción y la etnografía. En el corpus 1956-1986, él encontró que solo 38% de los documentos mostraba evidencias de “contenido empírico” y solo 11.2% de trabajo de campo. En el corpus 1986-1994, la proporción de documentos con contenido empírico alcanza 52% y la de los que muestran trabajo de

campo o interacción directa del investigador con sus sujetos, 17%, lo que es un indicador de un aumento considerable de trabajos que son producto de proyectos formales de investigación, aunque también de la escasez de recursos para realizar extensos estudios de campo, sean cuantitativos o cualitativos.

Aunque los enfoques empíricos o “ensayísticos” son sobre todo definiciones metodológicas de los proyectos de investigación, es muy importante reconocer que los diseños dependen también, para ser viables, de la disponibilidad de recursos financieros. Las fuentes de financiamiento, además de su escasez, han tendido a vincularse de manera muy estrecha con los criterios oficiales de evaluación tanto de la pertinencia como de la científicidad de los proyectos, de manera que casi solo los miembros del SNI o los estudiantes de posgrados inscritos en el Padrón de Excelencia del CONACYT pueden aspirar a conseguir apoyos para realizar trabajo de campo. Las universidades, ante la existencia de estos mecanismos oficiales, han mantenido en niveles cercanos al cero los recursos de apoyo a la investigación, por lo que los investigadores se ven obligados a hacer trabajo de gabinete y los profesores a continuar exclusivamente en la docencia. No obstante, la situación en general ha mejorado en los últimos diez años, pues antes de 1986 tampoco era fácil conseguir recursos de apoyo para la investigación, o los que otorgaban organismos internacionales, a veces montos muy generosos, no siempre se traducían en productos publicables.

Cabe hacer notar que el establecimiento de centros institucionales de investigación, como el Programa Cultura de la Universidad de Colima, el CEIC (ahora DECS) de la Universidad de Guadalajara y el PROIICOM de la UIA, todos con menos de diez años de antigüedad, ha implicado la formulación de programas de investigación y la instauración de mecanismos formales de producción y difusión de sus productos que las escuelas de comunicación —definidas por su labor docente— en su mayoría no contemplan.

Estos programas, así sea en términos muy generales, han definido las “líneas” temáticas y teórico–metodológicas de todos o al menos de sus más importantes y productivos proyectos concretos de investigación. Las culturas contemporáneas, los medios de difusión y sus mediaciones histórico–estruc-

turales y las prácticas sociales de comunicación desde la recepción de mensajes, se han convertido así en los núcleos más fuertes de impulso a ciertos enfoques que no por coincidencia se centran en los trabajos de investigadores reconocidos en el ámbito nacional e internacional, como Jorge González, Enrique Sánchez y Guillermo Orozco, con un énfasis compartido sobre la televisión como objeto, la multidisciplinariedad como estilo y la articulación de la reflexión metodológica con el trabajo empírico como divisa, aunque con diferencias entre sí con respecto a diversos aspectos de la práctica académica, sus orientaciones prioritarias y sus estrategias de desarrollo.

La ideología profesional y los estilos de investigación

Como se ha señalado, en el estudio de donde se extrae este trabajo se trató de analizar la determinación social del sentido de prácticas situadas estructuralmente en un proceso multidimensional que, al mismo tiempo que ha impulsado la estructuración del campo académico de la investigación de la comunicación en México, ha definido los rasgos distintivos de la constitución de los sujetos como agentes en el campo. Una reconstrucción de la configuración cognoscitiva de este campo, que aquí se expone en resumen, se realizó a partir de 24 entrevistas abiertas, en que se buscó sintetizar las representaciones de los investigadores en tres dimensiones interpretativas: sobre las trayectorias profesionales personales, las identidades o los *habitus* profesionales, y la proyección utópica del trabajo académico.

La “reinterpretación” (Thompson, 1993) elaborada sobre la articulación de estas dimensiones se organizó en términos de una reconstrucción de los procesos colectivos de construcción de una “ideología profesional”, articuladora del *habitus* y el *campo* (Bourdieu, 1972), que opera como “matriz disciplinaria” en su acepción más amplia, y en términos de posiciones relacionales entre los investigadores, agentes “en lucha” por el prestigio y la legitimación, lucha en función de la cual el conocimiento es instrumentalizado por los sujetos (Bourdieu, 1988).

Diferencias personales y circunstanciales aparte, los sujetos relataron su trayectoria a partir de su elección de la comunicación como carrera, sea en el momento de ingresar a la universidad o, quienes cursaron otros estudios, en el momento de integrarse al campo. En todos los casos (sin excepción, aunque con distintos énfasis), los investigadores mencionaron como determinante la ambivalencia, amplitud o indefinición del perfil profesional de la carrera, ante características personales (autodefinidas) diversas y ubicadas en entornos institucionales distintos, aunque limitados a ciertas universidades y una época: la primera mitad de los setenta. Pero dentro del “amplio espectro” de la carrera de comunicación, sea como estudiantes o como docentes, la elección de la “especialización” como investigadores sí es una dimensión muy variable entre los académicos entrevistados. Hay quienes hablaron de una “vocación” claramente asumida desde muy temprano; algunos profundizaron en los factores que determinaron esa vocación, en diferentes direcciones. Otros enfatizaron más bien las circunstancias de una época y un lugar —de un proyecto académico emergente— como determinantes de sus carreras como académicos de la comunicación. Unos más, por último, no se consideran a sí mismos investigadores, aunque sí académicos: más bien se identifican como docentes, como “formadores” de comunicadores.

El juicio colectivo sobre las condiciones de origen del campo académico es en buena medida homogéneo, tanto en lo que respecta a la reconstrucción de la inserción personal en él como en cuanto a una caracterización de la época y lugar. No deja de percibirse una mezcla de nostalgia y desencanto —en muchos casos explícitamente formulados y asumidos como tales— en el discurso de los entrevistados sobre esos años (“los setenta”), en que se ubican los orígenes del campo y de las trayectorias personales de los de mayor edad. Esa fue, también, una época de conflictos, que 20 años después son más “fríamente analizados” por sus protagonistas.

La lucha por “el monopolio del saber legítimo” (Bourdieu, 1988) en el origen del campo de la investigación académica de la comunicación en México, fue entablada sobre todo entre quienes buscaban enraizar los modelos “científicos” empiristas y quienes radicalizaron el compromiso “académico”

con la transformación social, según el modelo de la “militancia” latinoamericana. Esta época de “conflictos” (que se sitúa entre 1976 y 1982) marcó sin duda los límites sobre los que habría de seguirse desarrollando el campo, pero también contribuyó de manera determinante a configurar el *habitus* de los investigadores y a generar entre los protagonistas más directos al mismo tiempo “enormes aprendizajes” y “distancias” personales casi insalvables. Sin embargo, puede decirse que los sujetos comparten la sensación de que en esta lucha todos resultaron perdedores, ya que su reconstrucción de “la crisis de los ochenta”, matices aparte, es muy homogénea, sobre todo en cuanto a la investigación como profesión.

El diagnóstico colectivo sobre las condiciones para el desarrollo académico en los años ochenta, en especial formulado en términos institucionales (infraestructuras y políticas universitarias) y laborales (remuneración), concluye en reconstrucciones más “alentadoras” de la “situación actual”. La implicación de analizar explícitamente las razones por las cuales la mayor parte de los investigadores buscó ingresos complementarios, pero no dejó la universidad, permite explicar, mediante la abducción de algunos rasgos propios del *habitus* específico, tanto esta permanencia (de hecho) como la lógica de la oposición entre la “satisfacción personal” y la “insatisfacción económica” o los condicionantes de los rechazos individuales a asumir el “liderazgo” en el campo, proyectados en otros instrumentos del mismo estudio. En el contexto en que fueron formuladas estas reconstrucciones, los investigadores enfatizaron la fuerza de la “satisfacción personal” y una manera de asumir el compromiso con la profesión como todo un “proyecto de vida”.

Si en los años setenta, entonces, se conjuntó una serie de factores contextuales (económicos, políticos, culturales) que facilitaron la emergencia y el desarrollo de una “utopía comunicacional” (profesional y social) a la que se adscribieron muchos de quienes optaron por la carrera académica y por ello en buena medida la investigación como proyecto se convirtió de entrada en un espacio de conflicto, en los años ochenta el cambio en esos factores contextuales (“crisis nacional”) —que además coincidió con el crecimiento

desmedido de los programas de licenciatura y con la generalización de la conciencia de la “debilidad” tanto científica como política de la investigación de la comunicación— determinó una reconfiguración del campo académico como estructura institucionalizada, que en lo cognoscitivo implicó a su vez un “ajuste” en el *habitus* comunitario y un mayor grado de “exigencia” interna, aunque eso signifique una disminución del número de “investigadores”. De ahí sale la representación tanto del “estado actual” del campo, como de su futuro previsible, donde vuelve a presentarse un alto grado de consenso.

*Creo que vamos a estar muy pocos haciendo investigación académica en el futuro, pero los pocos vamos a estar con mejores posibilidades de hacerla. Y a lo mejor va a ser una investigación más importante, en términos de que va a ser una investigación mucho más precisa, mucho más vinculada, menos allá en la estratósfera y que pueda aportar más cosas, tener una incidencia mayor aunque seamos menos.*⁵

La preocupación por la “dispersión” y por la debilidad del campo de la investigación se encuentra muy generalizada y es asociada en las entrevistas con tres tipos de factores: los institucionales (falta de apoyo al campo); los teórico–metodológicos (indefinición del objeto), y los interpersonales (aislamiento, conflictos). Con sorprendente frecuencia, los sujetos más antiguos en el campo hablaron de “reconciliación” como un deseo personal compartido, pero también de la prevalencia de la “envidia” como actitud generalizada, a la cual asociaron —casi todos— directamente tanto la debilidad del campo como el aislamiento individual percibidos.

Es muy notable la general consideración de que el trabajo de investigación es “solitario y aislado”, tanto en razón de las condiciones “objetivas” como sobre todo por causas intersubjetivas (envidias, conflictos), aunque también “por preferencias personales”. Por ello puede interpretarse que el

⁵ Se presenta en cursivas los extractos textuales de las entrevistas realizadas, sin identificar a sus autores, investigadores mexicanos de la comunicación.

“aislamiento objetivo” es bastante menor que el percibido por los sujetos. A lo largo de más de un año en que se realizaron las entrevistas, el entrevistador fue sorprendiéndose cada vez más de la homogeneidad de las representaciones al respecto, que cada uno de los investigadores caracterizaba como “una impresión muy personal”. Este y otros rasgos son compartidos por la mayoría de los entrevistados, como parte de su *habitus* específico, sin que los sujetos sean conscientes de ello.

Por otro lado, la preocupación de los investigadores “establecidos” por la reproducción del campo es compartida, casi en los mismos términos, por los pocos, más jóvenes, que se han incorporado en los últimos años al campo y, en general, este es percibido de una manera poco autocomplaciente por la mayoría de los investigadores entrevistados; en este rasgo de las representaciones hay también una amplia coincidencia, independientemente de la antigüedad de los sujetos.

Pero entre la multiplicidad de factores abordados y desarrollados por los sujetos entrevistados, a diferentes niveles de abstracción y de generalidad, algunos son únicos y aportan claves muy interesantes de interpretación no solo de la trayectoria y posición de quien los propone sino del propio campo o alguno de sus aspectos, como los siguientes:

Yo creo que en todo ser humano una de sus necesidades vitales es la de identidad. Supongo que eso lo acepta todo el mundo. Y teníamos una enorme necesidad de nombrarnos a nosotros mismos de alguna manera. Curiosamente, yo creo que nunca a nadie le satisfizo el nombre de comunicólogo. Creo que sigue sin satisfacerle a nadie, pero no tenemos otro. Uno de nuestros problemas, que yo creo que exacerbaba mucho todas estas broncas, es que no nos sentíamos ciudadanos de ningún país, no nos sentíamos dueños de ningún territorio. Entonces, nuestras reacciones exacerbadas muchas veces eran inclusive contra los de afuera, que además se reían de nosotros.

La necesidad de influir en lo que está pasando [en el país] desde la academia, la siento de una manera muy distinta a como la sentía yo en el 79. Con toda la ingenuidad de esa época, la inmadurez como gremio y en lo personal yo, bueno, hubo propuestas que cada vez que me acuerdo de ellas me dan entre pena y risa, pero la inquietud es la misma de ahora [...] Es muy importante hacer un balance estrictamente desde el punto de vista intelectual, académico, de producción, de ese corte, y al mismo tiempo retomar aquello que estuvo presente en los años iniciales, que era la gana de participar [...] Si teníamos veintitantos años y ahora tenemos cuarentaitantos, bueno, estamos en [...] una etapa madura y se puede hacer un planteamiento [...] muy concreto.

Si queremos hacer campo de investigadores de comunicación o de una problemática que se parezca a eso, lo primero que tenemos que hacer es operar como operan los campos. Tenemos que acumular capital específico y ese capital específico es saber [...] Si queremos hacer un campo de la investigación tenemos que ocuparnos en conocer a fondo los instrumentos de nuestro saber, que no son de nadie, ni de los sociólogos, son de todo el mundo. En la medida en que efectivamente tengamos calidad en el manejo de lo que existe y en el diseño de las nuevas cosas, y digamos que somos de comunicación así como cuates, empezaremos a ser muy respetados [...] Seremos campo cuando empecemos a generar conocimiento. Y eso se hace con instrumentos, hablo del proyecto de investigación, con discusión, porque eso es lo único que hace que te respeten los otros.

La identidad profesional, entonces, de los investigadores de la comunicación como campo académico, está sujeta aún, según ellos mismos, a un proceso de construcción para el que parecen estar sentadas las bases y en función del que es necesario instrumentalizar el conocimiento producido en dos sentidos opuestos pero complementarios: hacia “afuera”, en términos de responsabilidad social, como estrategia de legitimación (política), y hacia “adentro”, en términos metodológicos, como condición para la profesiona-

lización (científica). En la articulación entre ambos sentidos, la ideología profesional, el *habitus* y la “matriz disciplinaria” operante como “núcleo común de sentido básico compartido” en las prácticas estructuradoras de los sujetos, revelan una ética claramente definida y profundamente enraizada, aunque no formulada lo suficiente, quizá por ser la “lógica subyacente” más profunda de articulación del sentido.

Es probable que los “regresos a cuestiones místicas, esotéricas” (como la astrología) que —a veces como juego, a veces como “discurso subterráneo”— se advierte en algunos investigadores de la comunicación son, según uno de ellos, “*síntomas de que está en el aire que necesitamos nuevas maneras de entender las cosas y de cohesionar y de remoralizar y de volver a dar sentido a todo lo que está pasando*”. Porque

[...] nosotros estamos haciendo un campo académico de la comunicación para una lógica del siglo pasado, para una sociedad que ahorita está en crisis, para una forma de vida social, para una lógica de comprensión y de sentido que actualmente está en crisis, y estamos luchando por institucionalizar algo que tiene un impulso que lanza hacia otras partes, y lo jalamos a ésto, que es un cascarón que ya se está desbaratando. Es un suicidio [...] El campo académico de la comunicación es todavía una intención que no cuaja. Todavía estamos ahí. Somos jovencísimos, muy jóvenes. Estamos en un momento en el cual todo está moviéndose, por decirlo de alguna manera: es un proceso global que va a repercutir en siglos, estamos en una transición...

Esta es una de las “opciones de futuro” que algunos (pocos) investigadores le ven al campo de la comunicación y que en un sentido muy radical (“de raíz”) extiende la “imaginación utópica” fundacional del campo hacia el porvenir, en términos socioculturales y científico–morales a la vez. Por el otro extremo, con un horizonte sociocultural quizá menos utópico, otros (pocos) investigadores plantean como opción de futuro para el campo académico una “recuperación” de su inserción en el mercado de la producción de información, mediante proyectos de investigación aplicada:

Esto es un proceso [...] se nos olvida que algunos de los grandes investigadores de la comunicación, incluyendo a Lazarsfeld y a Eco y a Schramm y a muchos otros, en muchos momentos de su desempeño profesional sintieron la necesidad —o se vieron obligados— a vincularse a actividades mucho más pragmáticas que las que en teoría suponía la actividad académica [...] Yo pensaría que a lo mejor en algunos de nosotros existe eso: la necesidad de alimentar la reflexión teórica con retos muy prácticos. No digo que sea la solución para todos, pero a lo mejor para algunos de nosotros sí lo es.

De cualquier manera, ambas “opciones” previstas suponen una reorientación radical de las bases sobre las que se han institucionalizado, así sea de manera precaria, las actividades de investigación académica, tanto en lo social como en lo cognoscitivo. En ambos casos (“el gran salto hacia adelante” o “la recuperación del pragmatismo”), están implícitos una reconfiguración del sentido básico de las prácticas de investigación, un reconocimiento del cambio en las condiciones contextuales más generales, la necesidad de reforzar la solvencia metodológica de los investigadores y la disolución de las constricciones disciplinarias del campo.

Pero la lucha por el prestigio (individual y colectivo) es sin duda un factor clave para entender los procesos multidimensionales de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México. Manifiesto en innumerables estrategias conductuales y discursivas (“políticas” tanto como “científicas”) de los sujetos, este factor ha desembocado en una tensión fuertemente equilibrada (y que por lo tanto tiende a la inmovilidad) entre “la competencia por logros creativos” y “la competencia por la monopolización del saber legítimo” (Knorr-Cetina, 1981: 70) entre muy pocos agentes (personales e institucionales) que han internalizado las condiciones objetivas externamente impuestas al campo y a sus prácticas (la “inconsistencia disciplinaria”, la “dependencia estructural” y la “crisis universitaria”) y han mantenido como instrumentos (recursos y esquemas interpretativos) de su agencia estructuradora (Giddens, 1984) los proyectos “fundacionales” de la “institucionalización académica”, la “autonomía intelectual” y la “con-

tinuidad utópica” hasta un momento que parece ser (así es percibido por los sujetos) un límite histórico de viabilidad. Por ello, sin que los sujetos sean conscientes de ello, nadie asume de forma subjetiva (pudiéndolo “objetivamente” hacer) el rol de liderazgo intelectual y político que por la vía del prestigio pueda generar poder legítimo (Sewell, 1992) tanto al “interior” como al “exterior”, como exige el campo para sobrevivir como tal.

La interpretación, prácticamente unánime entre los sujetos entrevistados, sobre la “debilidad disciplinaria” del campo y, al mismo tiempo, sobre la “relevancia creciente” en términos socioculturales del “objeto” de estudio, apunta hacia una “reinterpretación” más profunda de los factores de la (re)configuración cognoscitiva del campo, en una dimensión ética, que la sociología de la ciencia ha explorado menos y que, como señala Andrew Pickering (1992), implica el paso definitivo de una concepción de la ciencia como conocimiento a una concepción de la actividad científica como práctica socioculturalmente determinada y éticamente orientada, donde los sujetos generan y regeneran continuamente el sentido. A partir de este eje, por ello, en la conclusión de este trabajo se expone un modelo de la estructuración / desestructuración / reestructuración del campo, y se enfatizan las opciones vigentes para su legitimación académica y social.

Estructuración y reestructuración del campo académico

El estudio aquí parcialmente reseñado (Fuentes Navarro, 1996a y 1998a) tuvo la pretensión general de explicar cómo es que en el entorno sociocultural de México, “en transición” global y dentro de un sistema nacional de educación superior caracterizado por fuertes tensiones tanto internas como externas, la investigación académica de la comunicación emergió en los años setenta en algunas universidades como un proyecto articulado por la utopía, atravesó la “crisis” de los años ochenta, sentando de manera paradójica las bases de su institucionalización, y enfrenta en los años noventa los retos de su consolidación como práctica académica profesionalizada y legitimada.

De forma hipotética, este proceso multidimensional, complejo y contradictorio, de desarrollo del campo académico de la comunicación en México, ha sido determinado, en su escala más general en los últimos 25 años, por la coincidencia de intensos y extensos procesos de cambio, por una parte, en las condiciones del mercado académico nacional y, por otra, en los marcos epistemológicos y teórico–metodológicos del estudio de la comunicación. Así, se sostiene que han confluído factores económicos y políticos con factores intelectuales y culturales en la conformación del “escenario” sociocultural en el que los investigadores mexicanos de la comunicación se han constituido como agentes responsables y relativamente autoconscientes de las prácticas académicas que a su vez han estructurado el campo.

Debido a que el autor participa como sujeto en los procesos que tomó por objeto de estudio, la investigación adoptó de entrada un carácter autorreflexivo, orientado por el principio metodológico de la “objetivación participante” (Bourdieu, 1989; Bourdieu y Wacquant, 1992). En diálogo con las principales corrientes contemporáneas de la sociología del conocimiento, sobre todo las constructivistas, el trabajo asumió un acercamiento empírico exploratorio para la construcción de su objeto, lo que supuso acopiar y sistematizar un volumen considerable de información hasta entonces dispersa, a propósito de la producción mexicana de conocimiento sobre la comunicación y sus condiciones contextuales; sobre sus productores, tanto individuales como institucionales, y sobre sus productos objetivos, en especial las publicaciones académicas.

También fue necesario actualizar y organizar la información referida a los programas universitarios en que se localiza ese conocimiento y las asociaciones académicas que lo articulan, así como sobre los individuos que lo cultivan, sus historias de vida profesionales y las configuraciones cognoscitivas que ha adoptado. Las bases de datos correspondientes, cuya utilidad en sí mismas es indiscutible como infraestructura para la investigación y para la toma de decisiones, son sin embargo solo la plataforma instrumental, el recurso a partir de cuyo aprovechamiento analítico se pretendió sustentar con datos

concretos las interpretaciones que se buscó establecer como modelo de la estructuración del campo académico. Para hacer esto, se formularon dos modelos heurísticos: uno sobre las estructuras y otro sobre los procesos de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación.

En la cuestión metodológica, entonces, la investigación se orientó por una lógica híbrida: en tanto que el objeto de estudio se construyó desde una perspectiva sociocultural, fue necesario dar cuenta de las relaciones entre los hechos sociales objetivos y las interpretaciones subjetivas no directamente observables. Como se trató de no subordinar el estudio de una dimensión al de las otras sino de analizar la determinación del sentido de prácticas situadas estructuralmente para construir un modelo de la estructuración del campo académico, se requirió el empleo de métodos descriptivos variados para sistematizar la información sobre diversos aspectos del objeto, así como de un método explicativo para integrar de manera consistente los resultados de esos análisis “parciales”, desde una posición hermenéutica.

La pregunta central alrededor de la cual se organizaron el diseño e instrumentación del estudio suponía buscar y encontrar heurísticamente,

[...] ¿cuáles son y cómo operan los factores socioculturales determinantes de la confluencia entre las configuraciones del conocimiento (saberes prácticos, instrumentales, formales) y las prácticas que ejercen los agentes “investigadores académicos” en la constitución del campo académico de la comunicación en México? (Fuentes Navarro, 1996a; 1998a: 16).

Desde el principio se pretendió identificar esos “factores socioculturales determinantes” tanto en las estructuras externas al campo como en sus articulaciones internas, constitutivas, en las prácticas de los sujetos, de los “investigadores académicos” como agentes de la estructuración. Para ello se formuló un “contexto triple” (cognoscitivo, sociocultural e institucional), caracterizado por una crisis múltiple en la que la inconsistencia disciplinaria,

la dependencia estructural y la crisis universitaria se consideraron como condiciones objetivas —externamente impuestas a los procesos de estructuración del campo— y la institucionalización académica, la autonomía intelectual y la continuidad utópica como factores constitutivos, internos, de las prácticas estructuradoras (agencia), ante tales condiciones. Esto suponía, a su vez, que “los investigadores académicos de la comunicación en México articulan sus prácticas y sus configuraciones de conocimiento mediante la internalización de esas condiciones y la exteriorización de un ‘proyecto institucionalizador’ relativamente compartido” (Fuentes Navarro, 1998a: 50). De ahí, la formulación de la hipótesis general con la que se trabajó:

La estructuración del campo académico de la investigación de la comunicación en México ha estado determinada por la agencia de sujetos que comparten un proyecto generacional utópico, fuente primordial del sentido de sus prácticas y de su identidad profesional; esta agencia ha estado a su vez determinada por su situación en un entorno institucional, disciplinario y social caracterizados por la escasez de recursos, la inestabilidad y la marginalidad, que han limitado su crecimiento, y por su desarticulación de la generación de saberes instrumentales sobre la comunicación, que ha obstaculizado su legitimación social (Fuentes Navarro, 1996a; 1998a: 72).

Los análisis realizados sobre los programas, las asociaciones, las publicaciones y las configuraciones cognoscitivas del campo, a partir de fuentes tanto secundarias como primarias, permitieron no solo validar empíricamente la primacía postulada de los factores “internos” (subjetivos, ideológicos) y su determinación por las condiciones “externas” (estructurales, económicas “en última instancia”) en los procesos de estructuración y desestructuración sino también inferir y proyectar (a partir del discurso de los propios investigadores) las opciones estratégicas de reestructuración que, sobre todo, la “profesionalización avanzada” ha abierto al campo en la última década en términos de su legitimación académica y social.

Resulta de particular relevancia la “doble disyuntiva” postulada: el avance de la agencia de los sujetos hacia la reestructuración del campo, y a través de ella hacia la legitimación, está determinado (limitado, mediado) por tres “nuevas” condiciones que se resumen en: la profesionalización avanzada de los sujetos y que suponen la “postdisciplinización” (ruptura de las fronteras disciplinarias) de las prácticas de investigación; la demostración de la solvencia metodológica (capacidad sistemática de resolver problemas) de los académicos “de la comunicación”, y la reconfiguración del sentido de las prácticas y los proyectos (individuales, colectivos e institucionales) que se oponga de manera frontal con la “inercia conformista” que las estructuras vigentes han generado y acumulado.

Esa es la primera disyuntiva que se presenta en los años noventa al campo: cambiar o desaparecer como campo académico productivo. La segunda disyuntiva supone el cambio y el “enfrentamiento” de las “nuevas condiciones” anotadas mediante la profesionalización avanzada, para buscar la legitimación a través de la “extensión de la imaginación utópica” o a través de la “recuperación del pragmatismo”, apuestas por el futuro que se plantean como mutuamente excluyentes.

En la primera mitad de los años noventa, la tendencia hacia la fragmentación cobró mayor fuerza en el campo de la investigación académica de la comunicación en México, que la tendencia hacia la síntesis.

Por una parte, debido a que la “lucha” por la hegemonía en el campo (transinstitucional) ha quedado subordinada, en el contexto de la crisis institucional de las universidades mexicanas, a la “lucha” de los investigadores académicos de la comunicación por la conservación de los “espacios” (intra-institucionales) y los recursos concedidos a la investigación, lo que no ha facilitado ni la emergencia de “líderes” fuertes ni la incorporación de nuevos agentes (individuales, institucionales y regionales) al campo.

A partir de los análisis de los procesos de la institucionalización social del campo, se establecieron tres lógicas subyacentes en las prácticas de los investigadores académicos de la comunicación en México para “acumular

capital” (prestigio) en el campo articulando su trabajo (y “posicionamiento”), a través de actividades más bien “intelectuales” (publicaciones, conferencias, cursos), más bien “políticas” (coordinación de asociaciones, organización de eventos) o mediante ambos tipos de intervención, para acumular tanto “capital social” (relaciones “políticas”, méritos organizacionales) como “capital cultural” (aportes “intelectuales”, méritos científicos).

Por otra parte, una vez realizados los análisis correspondientes a la configuración cognoscitiva del campo, pudo sintetizarse en términos de relaciones entre posiciones el estado actual del campo académico, con base en los atributos que utilizan los sujetos que lo “dirigen” (colectivamente) para movilizar recursos y reconfigurar esquemas, es decir, para constituirse como “agentes hegemónicos”.

La información recopilada sobre los 49 sujetos incluidos en la muestra de investigadores, se concentró en una base de datos compuesta por 28 variables, de todas las cuales se construyó una matriz de correlación que hizo ver (entre otras muchas relaciones) que los rasgos más fuertemente correlacionados (estadísticamente) entre sí fueron el número de publicaciones y el reconocimiento por los pares (coeficiente de 0.8265), y ambos con el grado académico (doctorado), la pertenencia al SNI y las elecciones para puestos de coordinación y presidencia de las asociaciones académicas.

De esta manera se verificó que el prestigio de los investigadores en el campo depende sobre todo de su “calificación científica” (o al menos de su visibilidad para los demás sujetos, que los eligen y reconocen). De ahí, también, la constatación de los factores de la concentración encontrada entre los individuos y entre las instituciones, y la dificultad creciente para que ese patrón de concentración se rompa.

Pero además esta concentración y estructuración relativa de posiciones se relaciona mediante la interpretación de los análisis sobre la configuración cognoscitiva del campo, con el predominio creciente de la tendencia hacia la fragmentación sobre la tendencia hacia la síntesis (disciplinaria) de la investigación de la comunicación. No solo en las publicaciones de los sujetos

mejor “posicionados” sino en términos más amplios se explicita que la profesionalización avanzada en curso (reconocible como creciente cumplimiento de los “perfiles” oficialmente impuestos) implica más el reconocimiento de la investigación como trabajo de las “ciencias sociales” que como producto de una disciplina que se pudiera llamar “comunicología”.

En un sentido, se confirma así que la institucionalización del estudio de la comunicación en México no ha generado una “matriz disciplinaria” (Kuhn, 1970) científicamente consistente, porque ha obedecido a lógicas contradictorias y desarticuladas entre sí, entre las que ha predominado la del crecimiento (cuantitativo) de la oferta de docencia a nivel de licenciatura y a la que se ha subordinado el desarrollo (cuantitativo y cualitativo) de los programas de posgrado, la investigación y la elaboración de sistemas teórico–metodológicos.

En otro sentido, al margen de la institucionalización disciplinaria del campo, se han incorporado elementos cognoscitivos que rechazan la pertinencia de esta, que enfatizan la importancia de la metodología para la construcción del conocimiento, que implican una reconfiguración del sentido de las prácticas académicas ante un entorno (nacional e internacional) rápidamente cambiante, amenazante, y que parece exigir una redefinición radical de las relaciones universidad–sociedad, en una conjunción de cambios estructurales (de diversas escalas) y epistemológicos (esquemas interpretativos específicamente científicos).

Las dos principales consecuencias reconocibles por los sujetos son la afirmación del “alejamiento” de la investigación con respecto a la formación de profesionales y la fragmentación que tiende a escindir las prácticas de investigación, no solo de las de las licenciaturas en comunicación sino de las articulaciones “internas” sobre las que (precaria e insuficientemente) se ha desarrollado el campo hasta ahora. Es evidente que la legitimación académica y social es más relevante que nunca antes para justificar el trabajo en esta área —y la “instrumentalización” del conocimiento generado en “aplicaciones concretas”—, sobre todo cuando se refuerza la centralidad de las prácticas

socioculturales de comunicación en la reconfiguración del mundo contemporáneo. La disyuntiva entre la “extensión de la imaginación utópica” y la “recuperación del pragmatismo” formula una tensión que comienza a experimentarse (y a explicitarse) entre algunos de los investigadores académicos mexicanos de la comunicación, como una urgencia estratégica, del nivel de la supervivencia profesional.

Por ello se hace indispensable emprender una amplia y profunda discusión reflexiva en la que participen “todos” los investigadores de la comunicación, sobre las reorientaciones posibles de sus prácticas y, muy en especial, sobre la densidad ética y epistemológica con la que pueda justificarse académicamente y legitimarse socioculturalmente el campo, en términos de su propia historia. Solo el proyecto de futuro así configurado podrá rearticular la “continuidad utópica” con la “estructuración científica” del estudio de la comunicación en México.

Retos de la institucionalización de la investigación académica de la comunicación en México a fines de los años noventa*

Gracias al comité ejecutivo encabezado actualmente por Cecilia Rodríguez, la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) vuelve a afirmarse como un espacio de encuentro que muchos investigadores de la comunicación en México hemos considerado indispensable desde hace al menos dos décadas. A fines de los años noventa, sin duda los objetos, teorías y métodos de nuestras prácticas se han transformado, extendido y ampliado, de manera que es casi imposible reconocerlos con los modelos de los años setenta u ochenta, y por ello es necesario revisarlos, reformularlos, reapropiarlos constantemente. Pero las dimensiones cognoscitivas o intelectuales de las prácticas, como los objetos, teorías y métodos, no pueden dissociarse en el análisis reflexivo de las dimensiones sociales o institucionales, también sin duda sujetas a transformaciones históricas, constitutivas de los sujetos colectivos agentes de esas prácticas, que tampoco somos los mismos que hace 20, diez o cinco años.

Es muy alentador ver, en el programa de este IX Encuentro de la AMIC, una lista de más de 70 practicantes de la investigación de la comunicación en México, dispuestos a exponer —y espero que a discutir— los productos de su trabajo, realizado desde diversas y variadas posiciones en el campo académico nacional. Después de un buen número de años en que mi

* Ponencia presentada en el IX Encuentro de Investigadores de la Comunicación de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), “Investigación de la comunicación: objetos, teorías y métodos”, La Trinidad, Tlaxcala, abril de 1998.

principal objeto de estudio ha sido precisamente la institucionalización de este campo, concurro a este encuentro con una propuesta cuya exposición deberá ser por necesidad breve y sintética, pero que supone el compromiso de avanzar, desde dentro de la comunidad de comunidades que formamos, en la interpretación sistemática y activa de los factores y los procesos de la estructuración, desestructuración y reestructuración del campo académico de la comunicación en México.

En el número 30 de *Comunicación y Sociedad*, conmemorativo del décimo aniversario de la revista del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara, logramos conjuntar recientemente, por una parte, artículos que revisaran el estado de la investigación en comunicación en la última década desde diferentes puntos de vista y, por otra, textos que señalaran nuevas propuestas y acercamientos teórico-metodológicos a las relaciones entre comunicación y sociedad. El conjunto es, por lo menos, entusiasta y crítico. En diversas proporciones y estilos, en cada uno de esos artículos se manifiesta el entusiasmo de los autores por participar en un debate reflexivo sobre el trabajo en que nos ocupamos cotidianamente, y en el que invertimos tanto pasión y compromiso como rigor y profesionalismo. Al mismo tiempo, el ingrediente crítico es complemento indispensable del entusiasmo, puesto que nadie cree que haya en el campo de la investigación académica de la comunicación en México nada que pueda considerarse, en definitiva, establecido o cerrado.

Como lo señalaba en la presentación de ese número, sin pretender una imposible exhaustividad, los artículos publicados ahí representan a varias de las diversas posiciones y corrientes de pensamiento que han impulsado el desarrollo del campo en la última década. Tanto por sus objetos y relaciones como por sus métodos y estilos, los proyectos de trabajo de los autores muestran la heterogeneidad prevaleciente, al mismo tiempo que rasgos de una identidad académica común. Pero las perspectivas o los puntos de vista no parecen tender siempre hacia la convergencia, aunque tal vez sí al debate, al menos en grupos reducidos, literalmente comunitarios. Es afán compartido de manera explícita por casi todos la voluntad de participar en

el fortalecimiento de una cada vez más necesaria “cultura del debate”, de la discusión abierta sobre la práctica científica y su inserción social, sus condiciones institucionales y sus orientaciones estratégicas, sus objetivos genéricos y sus contribuciones específicas en las relaciones multidimensionales entre comunicación y sociedad.

Creo que esa voluntad de muchos encuentra también aquí un espacio propicio para estimular y canalizar el debate que apoye el que la investigación de la comunicación y sus cada vez más complejas articulaciones avancen en la práctica hacia etapas de mayor madurez científica y legitimidad social. A mi modo de ver, no debería ser otra la razón de ser de la AMIC, o al menos de nuestra participación en ella. Por supuesto, ni la revista *Comunicación y Sociedad* ni los encuentros de la AMIC son las únicas instancias de que dispone el campo académico de la investigación de la comunicación en México para que los practicantes, desde trayectorias más largas o más cortas, ejercitemos nuestra capacidad no solo para realizar estudios empíricos rigurosos y pertinentes sobre líneas de investigación bien definidas sino también y sobre todo nuestra competencia para poner en cuestión, responsable y críticamente, los esquemas y recursos que están en la base de nuestras prácticas, de manera que los alcances y límites del conocimiento producido se conviertan a su vez en objetos de evaluación permanente para las comunidades que nos congregan. Pero la concurrencia de los sujetos a estos espacios es la mejor medida de su importancia.

Los retos o desafíos que enfrenta en la actualidad la práctica de la investigación de la comunicación en México, son por supuesto múltiples y se enlazan de manera compleja unos con otros. Mi lectura sobre el estado presente del debate agrupa estos retos en tres direcciones principales.

Una, hacia la capacidad de respuesta ante los cambios del entorno social que se manifiestan en la emergencia de nuevos fenómenos de comunicación o al menos de nuevas modalidades de aparición en la configuración de la vida urbana contemporánea. De acuerdo con varios investigadores mexicanos, hay una notable insuficiencia de recursos teórico–metodológicos para estudiar los fenómenos socioculturales asociados a las tecnologías o a las

dinámicas urbanas contemporáneas, y un afán de búsqueda de instrumentos de conocimiento pertinentes para construir objetos comunicativos en otros campos específicamente híbridos o transdisciplinarios, como el de la economía política de la cultura, el de los estudios sociourbanos o el de las ciencias cognitivas.

Otra de las direcciones en que de manera insistente se han formulado retos para la práctica de la investigación de la comunicación, puede identificarse como metodológica, en sentido amplio. Estos retos no refieren directamente a cambios en los fenómenos que pueden (o deben) construirse como objetos de estudio de la comunicación sino a las operaciones implicadas en esa construcción y a los recursos científicos de que disponemos los investigadores para realizar esas operaciones de producción de conocimiento. Si bien la resolución de estos retos no puede limitarse a esfuerzos locales o nacionales, la discusión de su sentido práctico puede significar la diferencia entre un consenso renovado sobre los fundamentos del trabajo o un reforzamiento, quizá indeseable para todos, de la fragmentación intelectual que caracteriza a nuestro campo, y que más que un problema “epistemológico” es una determinación social.

La tercera de las direcciones hacia las que apuntan los retos identificados por muchos de nosotros, que es en la que quiero poner mayor atención aquí, puede sintetizarse en referencia a las condicionantes de las prácticas de investigación de la comunicación y se relaciona, muy directamente, con las características de los procesos de institucionalización de esta actividad en el país y con las acciones estratégicas de los investigadores al respecto. En mi propia contribución al número 30 de *Comunicación y Sociedad*, centrada en los procesos de institucionalización del campo de la investigación académica de la comunicación en México, recuperaba de las entrevistas sostenidas con 24 investigadores su preocupación compartida por el

[...] alejamiento de la investigación con respecto a la formación de profesionales, y la fragmentación que tiende a escindir las prácticas de investigación no sólo de las de las licenciaturas en comunicación, sino de las

articulaciones internas sobre las que (precaria e insuficientemente) se ha desarrollado el campo hasta ahora (Fuentes Navarro, 1997a: 47).

Las opciones planteadas por los propios agentes para la reorientación de las prácticas en términos de su institucionalización suponen, en mi interpretación,

[...] una reconfiguración del sentido básico de las prácticas de investigación, un reconocimiento del cambio en las condiciones contextuales más generales, la necesidad de reforzar la solvencia metodológica de los investigadores y la disolución de las constricciones disciplinarias del campo (Fuentes Navarro, 1997a: 35).

De esas cuatro propuestas, cuya validez reitero como productos de una interpretación empíricamente fundamentada en una investigación muy amplia sobre la estructuración del campo (Fuentes Navarro, 1998a), extraigo las bases para formular tres “nuevos” retos, en términos del diseño de estrategias de intervención de los agentes, que provienen del plano de la institucionalización y que hasta ahora no han sido incorporadas al análisis: los tres tienen que ver con la concentración geográfica e institucional y con las actitudes ante el debate racional, principales condiciones de la disyuntiva presente, y se refieren al reconocimiento oficial, a la “postdisciplinarización” de los marcos empleados y a la renovación generacional de la comunidad.

Para nadie es una novedad el marco normativo impuesto por el estado mexicano para la “modernización” del sector educativo. En los terrenos de la investigación científica y la formación de investigadores, están plenamente reconocidos los beneficios y las limitaciones del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), instituido en 1984, del Padrón de Programas de Posgrado de Excelencia, establecido en 1991 y de otros mecanismos instrumentados para impulsar la “calidad científica competitiva, pertinencia pública y creatividad multi e interdisciplinaria” (Perló Cohen y Valenti Nigrini, 1994: 19) de la academia mexicana. La evaluación y la autoevaluación han sido un aspecto

primordial en estas políticas “modernizadoras”, que poco a poco van extendiéndose en todos los niveles y reconfigurando el sistema educativo. Como un ejemplo, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) exige cuatro condiciones básicas para aceptar a un programa de posgrado en el Padrón de Excelencia:

- 1) Debe contar con una planta permanente de profesores con doctorado dedicados de tiempo completo a la docencia;
- 2) Los miembros del posgrado deben ser investigadores activos y pertenecer de preferencia y casi en su totalidad al SNI;
- 3) Los profesores asociados al posgrado deben tener una amplia trayectoria de investigación, con una parte importante de su producción escrita, en el extranjero;
- 4) El programa de posgrado debe probar que sus egresados son investigadores activos (Chavero, Chavez y Rodríguez, 1997: 71).

Bajo estas condiciones, en la actualidad solo dos posgrados en comunicación están reconocidos por el Padrón de Excelencia: la Maestría en Comunicación de la Universidad Iberoamericana (UIA) y la Maestría en Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Otros programas del Padrón en los que concurren investigadores de la comunicación como profesores y en los que se forman nuevos investigadores tanto en el nivel de maestría como en el de doctorado, no están denominados *disciplinariamente* como “de comunicación” sino de ciencias sociales. Tal es el caso de los programas de maestría y de doctorado de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-Xochimilco) o de la Universidad de Guadalajara, entre otros.¹

¹ A lo largo de los años, la denominación misma del “Padrón” del CONACYT y los términos de la evaluación que realiza han ido ajustándose a las cambiantes circunstancias. Igualmente, el número de programas de posgrado “en comunicación” ha variado, pero dentro de un rango muy limitado. En 2007, además de las dos maestrías ya mencionadas, pertenecen al Padrón Nacional de Posgrado las de la Universidad de Guadalajara, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey campus Monterrey (ITESM campus Monterrey).

Algo similar sucede con la adscripción al SNI, en el que no hay una categoría llamada “Comunicación” sino una denominada “Información”, en la que nos inscribimos varios de los investigadores de la comunicación, aunque otros lo hacen en “Sociología”, en “Antropología” o en “Historia”. De cualquier manera, de nueve investigadores de la comunicación miembros del SNI en 1993, se ha pasado a 18 en 1997.²

El número de programas y el de investigadores individuales de la comunicación que cuentan con el reconocimiento oficial es notoriamente escaso y, aunque va creciendo conforme algunas otras instituciones y personas van cumpliendo con las características de los perfiles requeridos, sigue siendo un indicador fuerte de la debilidad académica del campo. Por otro lado, la evaluación oficial, y sus consecuencias en la acreditación de los programas y la certificación de la formación de los egresados, está apenas por instituirse en el nivel de licenciatura (COMECOSO, 1997). Debido a que en todo el país hay más de 150 programas de comunicación en ese nivel;³ a que la carrera es, entre las diez de mayor población estudiantil, la de mayor tasa de crecimiento, y sobre todo a que en la licenciatura es donde se ha definido la identidad disciplinaria de los estudios sobre la comunicación, el impacto de este proceso de regulación institucional, por más participativo y autodirigido que sea, habrá necesariamente de incidir (de forma positiva o negativa) sobre las condiciones para la práctica de la investigación y la reproducción de la comunidad de investigadores de la comunicación. Las confusiones imperantes entre la profesionalización de los investigadores y la formación de profesionales de la comunicación serán, sin duda, uno de los aspectos primordiales de esa incidencia, así como la posibilidad de atender mejor “la vinculación de la calidad académica con las necesidades más apremiantes de un país plagado de desigualdades y contrastes sociales” (Arredondo, 1997: 23).

- 2 El crecimiento en el número de investigadores “de la comunicación” en el SNI, independientemente de los cambios en las categorías de clasificación de las “disciplinas”, sí es sostenido y notable: en 2006 ese número llegó a 113 y en 2007 a 130.
- 3 Para 2005, ese número rebasó los 350 programas, y sigue creciendo.

Cerca del sentido de este reto del reconocimiento y de la acción estratégica de los agentes para obtenerlo, está el de la búsqueda de un estatuto postdisciplinario para la investigación de la comunicación, es decir, un movimiento hacia

[...] la superación de los límites entre especialidades cerradas y jerarquizadas, y el establecimiento de un campo de discursos y prácticas sociales cuya legitimidad académica y social depende más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de las explicaciones que produzca que del prestigio institucional acumulado por un gremio encerrado en sí mismo (Fuentes Navarro, 1999a: 238).

Este planteamiento coincide con la propuesta general de análisis planteada por la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, presidida por Immanuel Wallerstein, cuyo informe final incluye explícitamente a los “estudios de la comunicación” entre los campos interdisciplinarios que, después de la segunda guerra mundial, manifestaron un “cuestionamiento interno considerable en torno a la coherencia de las disciplinas y la legitimidad de las premisas intelectuales que cada una de ellas había utilizado para defender su derecho a una existencia separada” (Wallerstein, 1996: 52), y a los “estudios culturales” como uno de los principales impulsores de la reestructuración tanto de las disciplinas “tradicionales” (la economía, la sociología y la ciencia política) como de la integración de los “supercampos” de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades (Wallerstein, 1996: 70–75), en un nuevo patrón emergente, que formula de una manera mucho más convincente y sólida lo que yo llamo “postdisciplinarización” en referencia a la investigación mexicana de la comunicación.

El punto de partida y el método son los mismos: una interpretación históricamente documentada de las relaciones concretas (y cambiantes) entre la institucionalización “cognoscitiva” y la organización social de la actividad científica. Las escalas de referencia en la construcción de los objetos son

obviamente distintas pero, todas las distancias respetuosamente guardadas, los textos son confluyentes en su interés, autorreflexivo, por la *praxis*, es decir, la intervención estratégica y quizá consensual de los actores sobre las condiciones de sus prácticas.

Finalmente, creo que las condiciones de la renovación generacional de la comunidad de practicantes de la investigación académica de la comunicación en México se han vuelto mucho más favorables que hace cinco o diez años, y que habrá que saber muy bien cómo aprovecharlas. Con toda la inversión de esfuerzo individual que ha sido siempre la “regla” en el campo, un número considerable de nuevos investigadores ha ido abriéndose paso en la última década y muchos de ellos, más jóvenes que quienes comenzamos en los años setenta u ochenta a trabajar por hacernos un lugar institucional y una posición en el campo, muestran ya signos de madurez académica y voluntad de calificarse tanto formal como prácticamente en cuanto profesionales de la investigación. Con ellos y ellas, se objetiva la posibilidad de construir un futuro más sólido para el campo.

Pero si realmente queremos ocupar, como comunidad o conjunto de comunidades, un espacio académico respetable, legítimo y socialmente útil, la renovación generacional debe ser estratégicamente dirigida, es decir, reflexivamente acordada por los practicantes y los aspirantes. La capacidad de “autorreproducción” de un campo académico, es decir, la estructuración y el respeto de normas consensuales para hacer productivas las diferencias, es la clave definitiva de su institucionalización y su legitimación. Creo que entre nosotros se ha acumulado la suficiente experiencia colectiva durante los últimos 25 años como para que seamos capaces de apropiarnos de nuestra propia historia y demos que realmente hemos aprendido.

Creo que ya hemos superado en mucho algunas de las barreras maniqueas que antes nos separaban: entre “empiristas” y “críticos”, entre universidades públicas y privadas, entre capitalinos y provincianos, entre hombres y mujeres. Y no es que se hayan borrado las diferencias: al contrario; lo que hemos hecho es disminuir un poco las actitudes descalificadoras y los prejuicios

para empezar a hacer posible el debate y la colaboración. No tengo duda de que esa apertura nos ha fortalecido a todos y que la sana diversidad se ha reforzado. De ahí que no veo otra forma de enfrentar el reto de la renovación generacional que sobre las mismas bases y disposiciones. Se ha llegado a hablar de enfrentamientos y rupturas, de “polarización entre los liderazgos institucionales y las nuevas generaciones” y de oposiciones epistemológicas” entre modelos ideologizados y tecnologizados, peor que Althusser contra McLuhan y viceversa (Marques de Melo, 1997: 158). Por fortuna, hay también manifestaciones más serias de diálogo y de reconocimiento de que, en las luchas por la descalificación o anulación del adversario, todos salimos perdiendo. Y el campo académico de la comunicación en México tiene mejores causas en las cuales invertir sus energías.

El estudio de la comunicación en México: avances, continuidades y rupturas 1980–2000*

La trigésima Conferencia Anual de la International Communication Association (ICA), celebrada en esta misma ciudad de Acapulco en mayo de 1980, fue un acontecimiento muy importante para el estudio de la comunicación en México. Quienes participaron en su organización, como Everett Rogers, entonces presidente electo de la ICA, y quienes como yo asistimos a aquella reunión, podemos reconstruir desde diversos puntos de vista su significado histórico. Han pasado 20 años y la ICA vuelve a reunirse en Acapulco, ahora para celebrar su medio siglo. Creo que, sobre todo para los académicos mexicanos, pero también para muchos estadounidenses y latinoamericanos, esta es una excelente oportunidad para revisar qué ha pasado en el estudio de la comunicación en México y por qué la conferencia de 1980 es un acontecimiento relevante en su historia.

En 1980 había 33 programas de licenciatura en comunicación en México. El más antiguo se había fundado 30 años antes, pero la mayor parte de ellos tenía menos de una década de antigüedad. Solo funcionaban dos programas de maestría y la investigación académica buscaba consolidar sus primeras iniciativas de institucionalización, emprendidas apenas en los años setenta. Los esfuerzos colectivos para estructurar el campo académico habían confluído en la constitución del Consejo Nacional para la Enseñanza

* Participación en el panel “A History of Communication Scholarship in the Americas”, sesión especial en la International Communication Association (ICA) 50th Annual Conference, con Everett Rogers y José Marques de Melo, Acapulco, Guerrero, junio de 2000.

y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) en 1976 y de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) apenas en 1979. Hace dos décadas, todavía, el estudio de la comunicación en México era más un conjunto de proyectos diversos y contrapuestos que una estructura universitaria, científica y social estable y productiva, como sin duda lo era en Estados Unidos desde muchos años antes.

Pero en 1980 el estudio de la comunicación en México atravesaba por una etapa determinante en dos frentes político-sociales, cuya atención no podía esperar a la consolidación de las estructuras científicas y académicas. En el frente nacional, el debate sobre la reglamentación del derecho a la información, consagrado en la *Constitución* desde 1977, había concentrado las discrepancias políticas sobre las complejas relaciones entre medios, estado y sociedad, que se habían convertido en asunto público desde principios de los años setenta. Esa reglamentación nunca se ha concretado.

En el frente internacional, el debate sobre las políticas nacionales de comunicación y los flujos transnacionales de información, auspiciado sobre todo por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y en el que la participación latinoamericana fue siempre muy intensa, tenía en México un firme núcleo de impulso y difusión, sostenido por un nutrido grupo de intelectuales y políticos sudamericanos en el exilio. En 1980, habrá que recordarlo, se publicó el informe final de la Comisión MacBride, *Un solo mundo, voces múltiples* (MacBride *et al*, 1980), producto de la discusión de los principios de un “nuevo orden mundial de la información y la comunicación” que nunca se concretó.

El fuerte apoyo que dio el gobierno mexicano a la celebración en Acapulco de la Conferencia de la ICA, en ese doble contexto de debate nacional e internacional, no pudo ser interpretado en México sino como una señal política. La reacción en contra de la Conferencia de un grupo importante de académicos y periodistas, que se manifestó sobre todo en una campaña de prensa y el retiro de muchas de las ponencias inscritas por investigadores mexicanos, aumentó de una manera grave la división ideológica en el cam-

po nacional. El coordinador mexicano de la Conferencia, con el apoyo de algunos pocos, logró salir adelante con el compromiso de Acapulco, pero no pudo sostener su posición, hasta entonces muy relevante, en el campo académico. Como no podía ser de otra forma, las diferencias ideológicas se personalizaron con fuerza y, al polarizarse en extremo con ocasión de la conferencia de la ICA, impidieron el diálogo plural y la colaboración entre los investigadores en los años que siguieron.

El episodio de Acapulco pasó con rapidez, pero no las causas del conflicto. Por una parte, los referentes y las circunstancias sociales cambiaron. Al año siguiente el gobierno mexicano dio por terminado el debate público que él mismo había abierto sobre la reglamentación del derecho a la información. En la primera mitad de los años ochenta, en un entorno de crisis económica, los centros de impulso y difusión de la investigación crítica latinoamericana situados en México, como el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM) y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), redujeron su actividad y finalmente desaparecieron. La mayor parte de los colegas sudamericanos exiliados, que habían sostenido estos centros, volvió a su país de origen, una vez depuestas las respectivas dictaduras militares.

También en esa época, el retiro de Estados Unidos y Gran Bretaña de la UNESCO afectó de forma considerable la polémica internacional sobre la información y la comunicación. Por otra parte, el número de universidades y de estudiantes involucrados en el campo de la comunicación comenzó a crecer, en una tendencia que continúa, inconteniblemente, hasta ahora.

En la primera mitad de los ochenta, muchos de los primeros investigadores de la comunicación en México, que habían estudiado en Estados Unidos e impulsaron diversas versiones empíricas de la investigación de la comunicación en los primeros centros universitarios de investigación y posgrados mexicanos, se retiraron del campo. Casi todos los investigadores latinoamericanos exiliados, que inspiraron el desarrollo de la investigación sociopolítica crítica, se retiraron también. Debió formarse y conjuntarse una

nueva generación de investigadores, en el entorno de la crisis económica nacional y de las medidas tomadas por el gobierno para enfrentarla, sin que las escuelas de comunicación dejaran de crecer.

El enfrentamiento entre investigadores “empiristas” e investigadores “críticos”, que llegó a su punto más álgido en 1980, acabó resolviéndose en favor de los “críticos”, pero implicó un nuevo comienzo en los esfuerzos de institucionalización. A partir de la segunda mitad de los ochenta, la investigación de la comunicación se reestructuró casi en su totalidad: como actividad universitaria se desligó irremediamente de la formación profesional; la mayor parte de las revistas y los centros de investigación fundados en los años setenta, desapareció y surgieron otros, entre los que destacan hasta la fecha el Programa Cultura de la Universidad de Colima, con su revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, y el Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, hoy Departamento de Estudios de la Comunicación Social, de la Universidad de Guadalajara, con su revista *Comunicación y Sociedad*.

Estos dos centros, creados y sostenidos por investigadores cuya formación conjuntaba rigor científico y postura crítica, sin énfasis en la militancia política ni inserción periodística, desarrollaron sus proyectos al margen de los programas de licenciatura, pero se vincularon con la creación y el desarrollo de los posgrados y con una amplia red de colaboración internacional. En estos dos centros, y en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), en una década se produjo un tercio de las publicaciones de investigación del país, de manera que la región centro-occidente de México se convirtió en una especie de subcentro para el campo nacional, pues hasta mediados de los ochenta se hacía investigación de la comunicación solo en la capital del país. En la misma época, no obstante, también creció la producción en varias universidades de la ciudad de México, sobre todo la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-Xochimilco) y la Universidad Iberoamericana (UIA).

Uno de los factores principales de la reestructuración institucional del campo académico, a partir de entonces, ha sido el aprovechamiento del cambio de las políticas nacionales en el sector educativo, que canalizan estímulos hacia los programas y académicos que cumplan con un perfil científico de formación y productividad acorde con los parámetros internacionales. De esta manera, el doctorado, la docencia en posgrado, la publicación en revistas arbitradas y la participación en congresos internacionales, indicadores que antes no eran prioritarios, se convirtieron en los ejes de la profesionalización de los académicos y de los criterios fundamentales para el reconocimiento y apoyo al desarrollo de los programas.

Hoy, el número de académicos de la comunicación que forman parte del Sistema Nacional de Investigadores, que reconoce y evalúa a los científicos mexicanos de todas las áreas, está en rápido crecimiento, aunque incluye apenas a 25 o 30 individuos. Nueve de los 30 programas de maestría y doctorado en que se estudia la comunicación en el país, como tal o desde los campos de la educación, de la cultura o de las ciencias sociales, han alcanzado el reconocimiento oficial como “posgrados de excelencia”. La producción de publicaciones académicas aumenta también de una manera constante y han disminuido mucho los enfrentamientos ideológicos entre los investigadores de la comunicación, sin que dejen de predominar los enfoques críticos y sin que hayan dejado de aumentar las diferencias.

La investigación de la comunicación ha avanzado de manera notable en la última década, en términos de legitimación académica, como una especialidad científica promisoría en México, aunque su institucionalización la hace todavía muy frágil y limitada a unas pocas universidades: no más de diez entre las más de 150 en donde se ofrecen estudios de licenciatura en comunicación. Como en todo el mundo, en México se debate el estatuto disciplinario de la comunicación sin conclusiones claras todavía. La tensión entre las demandas de formación profesional y la producción teórico–metodológica es cada vez mayor, pues ha aumentado la distancia entre lo que se investiga y lo que se enseña. Y la comunidad de investigadores es todavía tan reducida que sus

aportes con dificultad pueden resolver las inquietudes de aprendizaje de más de 50,000 estudiantes o las necesidades de reflexión de una cantidad aún mayor de profesionales de la comunicación en ejercicio.

Como en todo el mundo, la fundamentación epistemológica, teórica y metodológica de los estudios sobre la comunicación se ha fragmentado y dispersado. La gran diversidad de temas y enfoques de la investigación sigue creciendo, como lo ha hecho durante las últimas dos décadas. Casi ninguno de los grandes temas de investigación y casi ninguno de los abordajes metodológicos que se identifican en las ponencias mexicanas inscritas en la Conferencia de la ICA de 1980, que fueron muy representativos en su momento, tienen continuidad con los temas y enfoques que se trabajan en la actualidad. Aunque sucede algo similar con la investigación latinoamericana, estadounidense o europea. Si no, las grandes asociaciones internacionales de investigadores de la comunicación, como la IAMCR y la ICA, no estarían cuestionando sus estructuras de divisiones y grupos de interés, como lo están haciendo, y no hubieran ocurrido debates tan ilustrativos como los publicados por el *Journal of Communication* en 1983 y 1993 sobre el “fermento” y el “futuro” del campo.

La historia del estudio de la comunicación, en México como en todas partes, está hecha de continuidades y de rupturas, de avances reconocibles y de una expansión geográfica, institucional, teórica, disciplinaria, tecnológica, referencial, académica y sociocultural que parece no tener límites. En México, otros colegas y yo hemos intentado seguir el ejemplo de investigadores que, además de ser protagonistas muy destacados de la historia del campo, han dedicado su mejor esfuerzo a la recuperación y a la interpretación de la historia del estudio de la comunicación, como Everett Rogers y José Marques de Melo. Como ellos, creemos que el reconocimiento de la historia es un ingrediente indispensable en la consolidación de la identidad académica y profesional del campo y de las generaciones que continuamente van integrándose en él. Por eso, como ellos, creemos que el análisis de la historia tiene un gran sentido para el futuro y que las tensiones y los debates del presente, las

limitaciones y las decisiones estratégicas que enfrentamos hoy, se enriquecen enormemente si somos capaces de ponerlas en perspectiva histórica, una condición esencial para el ejercicio práctico de la reflexividad.

En una presentación tan breve como esta solo pueden exponerse una o dos ideas. La que he intentado resumir se desprende del trabajo de investigación realizado desde hace más de diez años sobre la historia del estudio de la comunicación en México (Fuentes Navarro, 1998a). Es obvio que en esa historia hay acontecimientos destacables, como la Conferencia de la ICA en Acapulco en 1980, que hoy es importante recordar, pero más importante aún analizar y reinterpretar, 20 años después, desde los aprendizajes y descubrimientos que ayudó a generar y a compartir. La tensión entre la utopía y el pragmatismo, entre la militancia política y el rigor académico, entre la convicción ideológica y el avance científico, tiene hoy referentes y manifestaciones distintos que en 1980, en México como en todas partes, pero sigue siendo el eje central en el desarrollo del campo académico de la comunicación. Negar, ocultar o disolver esa tensión puede ser el mayor peligro para el futuro del estudio universitario de la comunicación. Al menos, esa es una de las conclusiones que extraigo de mi lectura de nuestra historia.

Profesionalización avanzada y consolidación académica de la investigación de la comunicación en México*

Expreso mi agradecimiento a los amigos convocantes a este Coloquio por darme la oportunidad de compartir de manera solidaria la conmemoración de los primeros diez años de trabajo académico de posgrado en Comunicación en esta universidad y en esta región. Mi participación, además del gusto de ser parte de esta celebración, está marcada por la coincidencia de intereses y, en buena medida, de condiciones de desarrollo profesional, con muchos de los aquí presentes.

Explicito brevemente la posición personal desde la que hablo en y sobre el campo de la comunicación: de los poco más de 25 años que cubre mi trayectoria como académico profesional, mi actividad docente prioritaria se ha desarrollado en el posgrado durante más de 15. He impartido más cursos de posgrado que de licenciatura, y más centrada por ello mi atención y mi experiencia en los problemas de la formación en la investigación y la reflexión que en los problemas de la habilitación profesional, que tampoco ignoro, he tendido a especializarme en el acompañamiento e impulso de ciertos procesos de institucionalización y profesionalización avanzada de los estudios universitarios de la comunicación, orientados por una perspectiva sociocultural y hacia un horizonte postdisciplinario, que he argumentado en muchas ocasiones y que no repetiré en detalle aquí.

* Ponencia en el Tercer Coloquio Internacional en Comunicación e Información en el Siglo XXI, conmemorativo del décimo aniversario del Posgrado en Comunicación de la Universidad Veracruzana, Veracruz, Veracruz, septiembre de 2003.

Pero, además, por supuesto de que mi línea central de investigación ha sido precisamente la estructuración del campo académico de la comunicación en México, quiero referirme a dos experiencias que en la última década han sido en particular significativas para mí.

Una es mi participación intensa y comprometida en los distintos equipos de trabajo que se formaron para diseñar, casi todos al mismo tiempo, la Maestría en Comunicación y el Doctorado en Educación (en el que hay un área de “Comunicación y Educación”) de la Universidad de Guadalajara, la Maestría en Comunicación con especialidad en difusión de la ciencia y la cultura y el Doctorado Interdisciplinario en Estudios Científico-Sociales (en el que hay un área de “Comunicación, Cultura y Sociedad”) del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Además de estos cuatro posgrados, todos del perfil “de excelencia” que señala el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), colaboro también como tutor de algún estudiante o profesor de algún curso, en los doctorados en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara y del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente (CIESAS Occidente) y en el Doctorado en Filosofía de la Educación del ITESO. A pesar de los múltiples entrecruces académicos que se dan entre todos estos programas, porque obviamente no soy el único académico que va y viene entre ellos, cada uno ha desarrollado su propia “cultura” y especificidad académica y el conjunto constituye una trama muy rica y diversa, muy “postdisciplinaria”.

La otra experiencia es la que constituyó la coordinación, con María Martha Collignon, de cuatro reuniones de programas de posgrado en Comunicación, convocadas por el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) entre 1999 y 2001, para darle continuidad a una primera que se había realizado en el ITESO en 1989. Concurrieron, aunque sin demasiada continuidad, los responsables o representantes de más de 30 posgrados mexicanos en comunicación. Y por más esfuerzos que algunos participantes invirtieron, no se pudo configurar un buen diagnóstico —y mucho menos un plan de acción nacionales— que superara el producido en la reunión de 1989. La sensación de que en una

década los cambios más significativos en la investigación y el posgrado en comunicación en México hayan sido solo la multiplicación de programas y las políticas nacionales marco del sector, no me ha dejado de inquietar.

Por ello, propongo a ustedes tres núcleos de reflexión que provienen tanto de mi experiencia personal como de mi trabajo analítico, con el reconocimiento pleno de que ni la una ni el otro son producto o proceso meramente individual.

Los programas de posgrado como instancias de impulso a la investigación

A partir del análisis que de muchos de sus rasgos estructurales y manifestaciones concretas hemos realizado un buen número de académicos mexicanos, cabe mantener la consideración de que en general, entre los desafíos y perspectivas de la investigación mexicana de la comunicación, se reconoce que la prioridad ha estado puesta en las condiciones que definen la profesionalidad de los investigadores: por un lado, la consolidación y ampliación de los apoyos laborales e institucionales necesarios para concentrar la dedicación a las tareas de desarrollo científico y académico en algunas instituciones; por otro, el incremento y reconocimiento de la calificación científica, en especial en lo que corresponde a la solvencia metodológica de las investigaciones, aspecto que, hasta años muy recientes, ha sido en particular descuidado. En ambos sentidos, ha sido y es fundamentalmente importante el desarrollo de los programas de posgrado. Pero, como ya se mencionaba, el diagnóstico colectivo de 1989, cuando había ocho maestrías operando, mantiene de manera preocupante su vigencia. Cito párrafos textuales de la relatoría de aquella reunión:

Los posgrados no son instancias de investigación que alimenten a programas de formación, sino que surgen de la demanda y la estructura escolar. Los programas de maestría son propuestas que, viniendo desde la docencia, tienen a la investigación más como un problema que como un

insumo. De ahí que sea interesante observar cómo se articula la relación docencia–investigación en cada una de las instituciones. También se enfatizó la escasez de recursos humanos calificados para la investigación. La lógica universitaria —o institucional— condiciona el planteamiento de cada uno de los programas. Sus objetivos entran en la lógica propia de cada institución. De ahí que haya que plantear cómo entiende cada programa las necesidades sociales. Las maestrías son en muchos casos “puntas de lanza” de las instituciones a las que pertenecen, y se constata la manera como la comunicación sigue afectando a cotos disciplinares muy cerrados haciendo que se abran a la interdisciplinariedad.

Se observa también que el nivel académico de la licenciatura ha bajado, por lo que en ocasiones se pretende que la maestría subsane sus deficiencias. Por otro lado, en otros casos las exigencias con respecto a la maestría son tan altas que correspondería más a un doctorado satisfacerlas. Es conveniente señalar cuáles son los mínimos constitutivos de un programa de maestría: al hacerlo se obligará a redefinir tanto la licenciatura como el doctorado.

Se planteó el problema de la formación universitaria versus la capacitación profesional: respecto a los supuestos éticos y sociales, ¿los programas de maestría deben pretender reproducir o incidir en la transformación social?; respecto a la temática de estudio, ¿deben formar académicos, profesionales de la comunicación o ambos? Así mismo se tocó la cuestión de la especialización y su relación con la independencia–dependencia para trabajar en problemas que institucionalmente no se consideran relevantes (Juárez Mendías, 1989: 7–8).

En un segundo momento, en aquella reunión se planteó la meta de “establecer cuáles son los elementos que constituyen el campo del posgrado en comunicación en México”, a través de la discusión alrededor de cuestiones como: ¿A qué tipo de necesidades y prácticas sociales se orienta la formación de posgraduados en comunicación en México? ¿Cómo caracterizar los modelos curriculares y pedagógicos del posgrado en comunicación en el

país? ¿Cómo se articulan los elementos educativos y las finalidades sociales? ¿Cómo caracterizar los proyectos de conocimiento de los posgrados y centros de investigación, en su relación con lo social? ¿Hacia dónde apunta la generación de conocimiento, cómo se articula con el currículum? Aunque no pudieron elaborarse respuestas conclusivas a estas cuestiones, algunas formulaciones alcanzaron consenso entre los participantes y, como se señaló antes, son todavía representativas del estado actual de la reflexión nacional al respecto:

Es conveniente tomar en cuenta que la inserción en el espacio universitario del campo es aún emergente: su objeto de estudio no ha sido definido totalmente, junto a la devaluación de la profesión. Pero las maestrías no deben ser vistas como centros de capacitación, sino que deben ser algo más; han tendido a satisfacer las necesidades del medio pero también debieran “abrir brecha”. En tanto que el campo busca su consolidación, se debe pasar a una posición más agresiva: valorar el capital ya existente, erigirse en órganos de consulta, es decir, monopolizar el saber para coordinarlo, pues no se reconoce socialmente a quien tiene el saber en comunicación. Por otra parte, para hacer una maestría se necesitan recursos, equipos de trabajo: docentes con posgrado, investigación, bancos de información, biblioteca especializada, equipo técnico y salidas hacia la sociedad.

También cabe revisar la adecuación de los perfiles con la situación laboral en el campo. Debiera también darse un seguimiento a los aspirantes a maestros para detectar su origen intelectual y observar qué tipo de práctica profesional realizan, cuáles son sus expectativas y aspiraciones para contrastarlas con los perfiles que tiene cada programa.

Por otro lado, hay que recordar que la infraestructura también se refiere a la cultura, lo que remite a un problema metodológico. En el trabajo se observan dos clases de vicios: lo que no se sabe hacer y lo que se sabe hacer mal. Establecer una cultura académica es clave: cómo hacer las cosas

más eficientemente y bien hechas. A veces faltan recursos, pero a veces lo que falta es saber aprovecharlos (Juárez Mendías, 1989: 8–10).

El coordinador de la reunión referida sintetizó los retos de los posgrados y centros de investigación en el campo académico de la comunicación en México, considerándolos como los impulsores de “una fuga hacia arriba”:

A pesar de que en este terreno se está todavía muy lejos de generar respuestas teóricas consistentes y de consolidar un trabajo a la altura de las necesidades de comprensión del objeto en cuestión, es indudable que el campo académico está experimentando un proceso importante de cambio caracterizado por la aparición de nuevos actores y proyectos, la incorporación al trabajo de otro tipo de preguntas y problemáticas y la extensión de las tareas educativas hacia niveles más altos de formación. La ampliación de fronteras del campo académico [...] genera la necesidad de un reacomodo general y una redefinición en la división social del trabajo académico, en circunstancias institucionales, científicas, sociales y laborales un tanto errátiles (Luna Cortés, 1989: 61).

La evaluación de ese “reacomodo general” del campo académico y esa “redefinición” en la división social del trabajo académico, parece ser todavía una tarea pendiente, insuficientemente atendida. Además, hay que considerar los cambios en los marcos de las políticas públicas de apoyo y reconocimiento, que el CONACYT estableció a partir de 1991 para los programas de posgrado y que en la actualidad están en un periodo de transición. Estos cambios de marcos institucionales, en su escala mayor, sin duda habrán de modificar las condiciones en que se ha desarrollado el campo académico de la comunicación (y todos los demás campos académicos) en México hasta ahora, pero las implicaciones concretas no pueden estimarse aún. Mientras tanto, la relevancia de los objetos de estudio identificados con la “comunicación” sigue creciendo, más extensa y rápidamente que la competencia y logros de los “especialistas” en ellos.

Por otra parte, un dato relevante en ese marco es el número de investigadores de la comunicación incorporados en el Sistema Nacional de Investigadores (SNI), que es de aproximadamente 40, y la adscripción disciplinaria de cada uno de ellos, pues de hecho la mayor parte de estos investigadores desarrolla sus actividades principales de docencia en los programas de posgrado reconocidos por los padrones (de Excelencia o Nacional) del CONACYT. La correspondencia institucional es muy alta, lo que es un índice elocuente de la concentración de recursos y del ensanchamiento de brechas entre unas universidades y otras. Pero otro rasgo significativo en este sentido, es la muy escasa incorporación al SNI de investigadores menores de 40 años, dado que uno de los requisitos de entrada es el doctorado, y es un hecho que el rápido crecimiento del número de investigadores de la comunicación en el SNI en la última década (en 1993 había menos de la mitad de los que hay hoy en día) se explique más por la “actualización” de grados académicos de los investigadores ya establecidos, que por la formación de nuevos doctores que, en su caso, aún no ingresan al Sistema.¹

Con estos datos, aquí solo mencionados, puede reforzarse la idea, que ya se había hecho notar desde años atrás, de que en México los recursos más calificados, los apoyos institucionales y los proyectos académicos más productivos en el campo de la comunicación se han seguido concentrando en muy pocas universidades, a pesar de que también en ellas enfrentan condiciones poco favorables, en especial en términos disciplinarios aislados. Al mismo tiempo, la demanda por estudios de especialización y actualización profesional, atendida con diversos criterios “de mercado” por cada vez más universidades e instituciones no universitarias, ha confundido el carácter educativo de los posgrados, incluyendo el doctorado, de manera coincidente con la tendencia opuesta, de restricción de la calificación de la “excelencia académica”.

¹ Pero que, como se señalaba más atrás, fueron ingresando en los años sucesivos al SNI, sin que se haya concluido aún la fase de “actualización” de investigadores más antiguos. En 2006 se llegó a los 113 investigadores “de la comunicación” en el Sistema, y en 2007 a los 130.

Persisten como problemas centrales, tanto para los programas acreditados por el CONACYT como para los demás, el bajo índice de titulación (“eficiencia terminal”), la escasez de profesores y la insuficiente articulación con líneas institucionales e interinstitucionales de investigación. En términos generales, en suma, debería ser motivo de mayor preocupación que el diagnóstico de los posgrados mexicanos realizado en 1989, ante un conjunto notablemente mayor de programas, y en un contexto de mayor exigencia institucional, conserve su validez en 2003 (De la Torre Escoto y Fuentes Navarro, 2002).

Los posgrados y la tensión disciplinaria de la comunicación

En un plano más amplio de análisis, puede afirmarse que en la última década, como causa y efecto de múltiples factores, la identidad disciplinaria de los estudios de comunicación, sobre todo en lo que respecta a la investigación y el posgrado, se ha vuelto mucho más compleja de sostener y es objeto de debate no solo teórico e intelectual sino también estratégico en los planos institucional, político y profesional. Los posgrados y la investigación de la comunicación, al mismo tiempo que se han consolidado y fortalecido, se han desvinculado de la formación de profesionales y de los enfoques disciplinarios en comunicación que siguen sosteniéndose en las licenciaturas, para avanzar en la integración multidisciplinaria entre las ciencias sociales y las humanidades.

En este plano, igual que lo que sucede en otros países latinoamericanos y de alguna manera en Estados Unidos y Europa, la disyuntiva entre la disciplinización y la disolución disciplinaria de los estudios de comunicación en México es el desafío fundamental que el campo habrá de seguir enfrentando en la primera década del siglo XXI. Los avances “postdisciplinarios” en la investigación podrán desembocar en una u otra de las alternativas, dependiendo de las estrategias adoptadas por sus propios agentes, por los

practicantes de otras disciplinas y sobre todo por la orientación de las políticas nacionales en el sector universitario y científico, que también están en un proceso de cambio radical.

En el plano propiamente intelectual, se hace indispensable reconocer los cambios que se han suscitado simultáneamente en el entorno de los objetos y en el entorno de los saberes. Jesús Martín Barbero ha contribuido a formular las razones históricas por las que “la socialidad, la identidad y las mediaciones comunicativas de la cultura” son los núcleos de una reestructuración de los estudios sobre comunicación, que les permita mayor consistencia al abordar

[...] objetos móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado. Hacia allá apunta el desafío [para la investigación en comunicación] en las transformaciones de la sensibilidad que emergen en la experiencia comunicacional [...] [en] el desordenamiento de la vida urbana, el desajuste entre comportamientos y creencias, la confusión entre realidad y simulacro (Martín Barbero, 2001: 15–16).

Pero una reestructuración tal, al mismo tiempo organizacional y epistémica, no puede plantearse fuera del contexto más amplio del “supercampo” de las ciencias sociales y las humanidades, ni al margen del contexto de un área geográfica mucho más amplia que la nacional. Algunos aportes al diálogo reflexivo en estos dos sentidos pueden encontrarse, entre otros, en los libros colectivos coordinados por Reguillo y Fuentes Navarro (1999) sobre las ciencias sociales, y por Vassallo de Lopes y Fuentes Navarro (2001) sobre la comunicación como campo y objeto de estudio. En esos y otros espacios de debate, he argumentado que si la comunicación social se diferencia de la información por su imposible reducción al intercambio de mensajes, pues lo que constituye su especificidad es la producción en común de sentido, entonces “necesitamos desplazar epistemológica y metodológicamente el foco del análisis comunicativo hacia la institucionalización discursiva y hacia las

construcciones de identidades sociales de los sujetos en tanto agentes comunicativos” y reforzar la búsqueda de la “postdisciplinización” del campo en una perspectiva sociocultural (Fuentes Navarro, 2000b).

Esta postura, por supuesto, es polémica y, como sería de esperarse, ha sido debatida muy seriamente por otros investigadores al interior del campo. Enrique Sánchez Ruiz (1997) así lo ha hecho de forma pública y directa, enfatizando los acuerdos y divergencias de interpretación, en un alegato “contra el maniqueísmo”, pues:

No hemos desarrollado todavía, con plenitud, una cultura propicia al debate informado, a la crítica científica fundamentada (lógica y empíricamente). No sólo entre quienes piensan diferente, sino también entre quienes parten de premisas similares, es importante que llenemos las páginas de nuestras revistas especializadas con discusiones e intercambios en los que se muestre el desacuerdo y el deseo de resolverlo en una aproximación común a algo más cercano a la verdad. La autocomplacencia es también una forma de autoritarismo (Sánchez Ruiz, 1997: 73).

Comparto con Sánchez, entre otras cosas, la premisa de que si de lo que hablamos es de investigación académica, requerimos impulsar el debate riguroso y no la predicación, la especulación o la promoción mercadotécnica que muchos en nuestro campo confunden con la ciencia social. Uno de los recursos para impulsar esa “cultura propicia al debate informado, a la crítica científica fundamentada (lógica y empíricamente)”, puede ser la documentación, que permite un conocimiento más detallado y concreto de las tendencias que hay que interpretar.

Por ejemplo, los resultados de un análisis de 126 tesis de Maestría en Comunicación, presentadas entre 1996 y 2000 en la Universidad Nacional Autónoma de México, (UNAM), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) y la Universidad Iberoamericana (UIA), nos permitió a su autora, Gabriela de la Torre, y a mí, su asesor, identificar diferencias sustanciales en la producción concreta de los tres programas de

posgrado. Se puede hablar, en términos generales, más que de dispersión, de un grado alto de diversificación temática y teórico–metodológica en las investigaciones analizadas, hecho relacionado en parte con las opciones institucionales por ciertas perspectivas y las líneas de investigación desarrolladas por su personal académico de planta, pero también con tendencias más generales de la constitución del campo académico de la comunicación. En este sentido se detectan también fuertes similitudes entre las tres maestrías, clara y protagónicamente centradas en el campo nacional.

Muchas de las tesis analizadas, al final, mencionan que la investigación en cuestión es tan solo una “aproximación” al tema y proponen una lista de problemas que podrían ser abordados en otras investigaciones. Pero, con pocas excepciones, las tesis parecen responder más a preocupaciones individuales de sus autores que a esas propuestas de continuidad. Las excepciones están asociadas a los proyectos más amplios en que se encuadran varias tesis, como es el caso de las agendas de la prensa latinoamericana o la oferta y el consumo de televisión en el ITESM o la historia de la prensa nacional en la UNAM. Como en otros productos de investigación académica de la comunicación en México, en las tesis se detecta una escasa (y en muchos casos nula) atención a los antecedentes nacionales de investigación. Si acaso, los “estados de la cuestión” toman como puntos de partida sustanciales los aportes realizados en otros países, no en México. La razón más obvia es la escasísima circulación y lectura, en el propio ámbito académico especializado, de los productos, cuyo número y calidad crecen constantemente, de los esfuerzos nacionales en el campo (De la Torre Escoto, 2003).

Otro análisis documental, este realizado por Karla Ramírez, también con mi asesoría, sobre las tres principales revistas académicas de nuestro campo, las publicadas por la Universidad de Guadalajara, la Universidad de Colima y la Universidad Autónoma de México Xochimilco (UAM–Xochimilco), aporta datos convergentes sobre la dispersión temática, teórico–metodológica y autorreflexiva del campo. En resumen,

[...] las temáticas identificadas dibujan un campo académico de la investigación de la comunicación transdisciplinario en esencia, con tintes profundamente sociológicos, antropológicos y lingüísticos. Los principales tópicos abordados son: los medios de difusión masiva (televisión, prensa, radio); comunicación y cultura; análisis del discurso; las ofertas culturales; las nuevas tecnologías; teoría y epistemología de la comunicación; subjetividad y comunicación; organización social y comunicación (Ramírez y Ramírez, 2003: 113).

Al realizar un análisis de las citas referidas en los 184 artículos publicados por los investigadores adscritos a las instituciones editoras de las revistas, se descubre una ausencia casi total de referentes nacionales comunes, lo que “deja al descubierto la mínima interlocución formal entre quienes participan dentro del campo académico de la investigación de la comunicación en México, así como su necesidad de publicar distante de la necesidad de leer al otro” (Ramírez y Ramírez, 2003: 122–123).

Pero, además de reforzar la justificación del apoyo a las tareas de documentación académica, análisis concretos como estos, investigaciones sobre la investigación, evidencian algunos de los problemas de “cultura académica” que se reproducen y agravan en los programas de posgrado, sin menoscabo incluso de los reconocimientos oficiales, que restringidos como son, se otorgan a un número creciente de agentes de nuestro campo.

La profesionalización y la legitimación del campo

De manera que, en términos de Bourdieu (2000), es conveniente reconocer que el campo académico de la comunicación en México tiene aún serias deficiencias en cuanto a la conquista de su autonomía relativa, clave inseparable de su legitimidad académica y social; que su consolidación paulatina tiene como condición inescapable la resolución en la práctica de disyuntivas como

la de la disciplinarización, y finalmente que en un contexto de cambios acelerados en los objetos de estudio y en las condiciones externas de desarrollo, hay también mucho por reorientar y reinterpretar, *autorreflexivamente*, en términos de los constitutivos internos del campo.

Ayudaría recordar que si bien los modelos básicos de formación universitaria de profesionales de la comunicación fueron importados a América Latina directamente de Estados Unidos, insertados en unos sistemas universitarios muy diferentes al original pronto adquirieron características divergentes, de las cuales aquí se destaca solo la desvinculación de su desarrollo con respecto al de los sistemas comerciales de medios, que incluso superaron en algunos aspectos, momentos y países determinados a sus modelos norteamericanos. Quizá, la falta de articulación de estos programas con la investigación, que siempre fue relativamente escasa y durante muchos años se realizó sobre todo fuera de las universidades, y también de los medios, alejó a la gran mayoría de las escuelas de comunicación de la posibilidad de generar un espacio académico mínimamente riguroso en cuanto a los saberes que reproducía. Cuando comenzaron a surgir los programas de posgrado, este patrón estaba ya establecido con solidez y muchos de estos programas no han podido o no han querido sustraerse a él.

Se puede explicar así, entre otros rasgos del campo, el proceso de disciplinarización de los estudios de comunicación y su consecuente inconsistencia. La formación de profesionales, orientada a la creación, la expansión y el desarrollo de un mercado laboral en los medios y otras instituciones sociales en el que se insertaran los egresados universitarios, tuvo un impulso mayor por parte de las propias universidades que de las industrias de la comunicación. Los medios podrían emplear especialistas funcionalmente capacitados, pero las universidades debían legitimar la oferta correspondiente a esa demanda distinguiendo su formación de la de otros profesionales: la manera que prevaleció fue la recomendada por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (luego, Comunicación) para América

Latina (CIESPAL) en 1963: “independizar”, al interior de la estructura universitaria, en la forma de escuelas, facultades o departamentos, los estudios de “comunicación”. La denominación institucional fue más importante que la fundamentación conceptual.

Hay entonces, además de muchas coincidencias, una diferencia sustancial en la institucionalización disciplinaria de los estudios de la comunicación y por lo tanto en la constitución del campo académico y sus búsquedas de legitimación, entre Estados Unidos y América Latina: la disciplinarización, es decir, la construcción y defensa de un territorio delimitado y relativamente cerrado para controlar los procesos de producción y reproducción de saberes académicos, en Estados Unidos fue la consecuencia de una estrategia sociopolítica soportada por la investigación empírica, aquella que Lazarsfeld llamó “administrativa”. En América Latina, de una estrategia de adaptación y justificación sociopolítica de las instituciones universitarias, basadas en su función profesionalizante, como vehículo de movilidad social y de “modernización” de porciones selectas de la población. Al no darse el caso en términos similares ni a Estados Unidos ni a América Latina en la mayor parte de los países de Europa, quizá con la excepción española, los estudios sobre la comunicación comparten quizá los mismos problemas de legitimación social y epistemológica, pero no los de disciplinarización del campo.

Este análisis, aquí solo insinuado, lleva a la conclusión de que los procesos de institucionalización, social y cognoscitiva del campo académico de la comunicación en México y América Latina se han desarrollado manteniendo y reforzando una “desarticulación múltiple”, que a los problemas importados de Estados Unidos suma problemas muy propios. El principal es confundir, como lo ha sintetizado Jesús Martín Barbero, las condiciones de desarrollo de los mercados profesionales, con las exigencias de un campo intelectual. La formación profesional, al extremar sus rasgos disciplinarios, se fragmenta o especializa de manera funcional, aunque deje un residuo creciente de comunicadores disfuncionales. La teoría no puede segmentarse así sin perder poder explicativo.

Por otro lado, la investigación académica, con mayor o menor lucidez crítica y consistencia científica, ha podido desarrollarse a pesar de las constricciones disciplinarizantes, pues es evidente la impertinencia de “aislar” la comunicación del mundo en el que sucede, como si tomarla como objeto fuera sinónimo de convertirla en una cosa. Hay proyectos *inter*, *multi*, *trans* y *postdisciplinarios* y, frente a la consecuente tendencia centrífuga que generan, una gran necesidad de debate epistemológico, ético y metodológico entre ellos, que el factor de la disciplinarización obstaculiza. Porque no habría que confundir “disciplina” (concepto organizacional y pedagógico) con “especialidad” (recorte funcional de enfoque particular) o con “especificidad” (atributo de una relación concreta entre un objeto y un método). El espacio idóneo —pues ni el mercado ni la industria ni la profesión pueden pensarse a sí mismos de otro modo— que queda disponible para sustanciar y referir pertinentemente este debate, es aquel en el que confluyen idealmente las funciones sociales irrenunciables de la universidad: el posgrado, lugar de la profesionalización avanzada.

Como quiera que la definamos, la “comunicación” implica sistemas y prácticas socioculturales, cognoscitivas, económicas y políticas, y dimensiones psicológicas, biológicas y físicas de las que necesariamente participamos. La construcción de objetos de conocimiento sobre ella no puede ignorar que como sujetos estamos implicados en esos objetos. Por ello el hecho de construirlos y desarrollarlos de una u otra manera afecta su propia naturaleza objetiva, la institucionaliza y, de alguna manera, la “naturaliza”. En el campo de la comunicación, la “tensión esencial” parece ser ontológica: su objeto es un factor constitutivo de lo humano, y al mismo tiempo un instrumento para la consecución de fines particulares, histórico–sociales determinados. Estamos hechos de comunicación, como individuos y como sociedades, pero también usamos la comunicación para afectar en particular esta constitución. De ahí que la comunicación implique ineludibles imperativos éticos.

En el plano epistemológico, entonces, esa “tensión esencial” se puede resolver tanto separando como buscando articular ambos aspectos del fenómeno. Las teorías de la comunicación, elaboradas en los campos del cono-

cimiento filosófico, de las ciencias naturales o formales, de las humanidades o de las ciencias sociales, son construcciones alternativas para interpretar sistemáticamente, *y comunicar a otros o con otros*, la forma en que se relacionan en la práctica concreta las dimensiones constitutivas e instrumentales de la comunicación. Por razones ideológicas, históricamente explicables, parecen haber predominado las perspectivas instrumentales más reduccionistas en la constitución del campo académico, al centrarse la atención en los medios o en los mensajes y no en las interacciones entre sujetos o entre estos y las instituciones. Pero su eficacia explicativa, interpretativa o retórica, al operar esa reducción, genera más problemas que los que resuelve, debido a que lo que “deja fuera” es precisamente lo que resulta indispensable explicar: la constitución comunicativa de la realidad social.

El principio de la “doble hermenéutica” de Giddens, uno de los pilares de su teoría de la estructuración, que postula que el trabajo científico-social consiste en interpretar hechos ya previamente interpretados, y que implica que los sujetos sociales son constitutivamente capaces de actuar en consonancia con sus propias interpretaciones (Giddens, 1984), aporta un modelo útil para identificar que la *especificidad* de la comunicación, formulada como mediación significativa de la constante dialéctica entre los sujetos en interacción y las estructuras y sistemas sociales, no puede aislarse teórica o metodológicamente de las mediaciones del poder y de la “sanción” moral, que confluyen en la estructuración de los sistemas sociales a través de la institucionalización discursiva, político-económica y legal (Giddens, 1984: 31). Sería objeto de otra revisión la manera en que autores como John B. Thompson (1995) y Klaus Bruhn Jensen (1995) sistematizan teóricamente, con articulaciones diferentes en cada caso, las derivaciones de este esquema para la práctica de la investigación sociocultural de la comunicación y los medios en la sociedad contemporánea.

Para la teoría de la estructuración, “agencia” es la capacidad del actor social “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio” (Sewell, 1992: 19), pues los recursos nunca están homogénea-

mente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (Sewell, 1992: 20).

Este principio, que por supuesto tendría que desarrollarse mucho más, es la base de mi propuesta final en esta exposición: es mediante la formación en los posgrados de agentes académicos competentes para producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido, que el campo académico de la comunicación puede no solo reorientarse para avanzar en su legitimación, para ganar mayor autonomía y poder, sino que podrá generar explicaciones más plausibles y orientadoras de las transformaciones en curso en el mundo y del papel que los sistemas y prácticas de comunicación tienen en esas transformaciones, y basar su legitimación en esta competencia académica, más que en su competitividad institucional.

Esta tarea educativa, científica y política, que articula las funciones sociales sustantivas de la universidad: la docencia, la investigación y la extensión, con los imperativos funcionales de reforzar la profesionalización, pero también la crítica en todos los campos del saber y en todos sus niveles, tiene en el nivel del posgrado un espacio privilegiado y en el campo de la comunicación una responsabilidad estratégica, debido más que a su propio desarrollo a la extensión que ha adquirido su objeto, y que no es ni puede ser solo de él. La comprensión de la comunicación contemporánea no puede ser tarea exclusiva de nadie, pues no puede producirse sin el aporte de los saberes de otros. Lo que puede ayudar más a clarificar las condiciones de la legitimación epistemológica de los estudios de la comunicación no es su cerrazón sino su apertura: su capacidad de interacción crítica y de complementación racional en la construcción de un conocimiento sólido y comprensivo que articule perspectivas diversas sobre un aspecto de la realidad que, por definición, es múltiple.

Cuando afirmo que “el campo” tiene ciertas características o puede emprender ciertas tareas, no extrapolo la objetivación social que le confieren

las luchas intersubjetivas que lo constituyen a la creencia en que el campo sea un ente racional, con “voluntad” propia, que pueda orientar su acción en algún sentido. Ni la “ciencia”, la “academia”, el “mercado”, el “estado”, la “sociedad” o el “campo” tienen más capacidad reflexiva y práctica que la que le asignan sus agentes, o la correlación de fuerzas entre sus agentes.

De ahí mi propuesta, y la justificación de mi trabajo cotidiano, de centrar los esfuerzos en la profesionalización avanzada, en la formación de agentes académicos en los posgrados, con capacidad de influir de manera crítica en la definición de los términos más pertinentes para que la lucha por la identidad y la monopolización del saber legítimo, por la acumulación, la reproducción y sobre todo la redistribución social de los saberes sobre la comunicación, adquiera un carácter más científico que político. En ese sentido, el lugar prioritario de la epistemología de la comunicación está en la capacidad reflexiva, en la sistemática vigilancia de la práctica, que los profesores podamos comunicar, suscitar, generar, infundir, en nuestros sucesores (Fuentes Navarro, 2003b).

El estudio académico de la comunicación en México: una re-visión sintética actualizada*

Al igual que en el resto del mundo, el estudio académico de la comunicación enfrenta en México una tensión creciente en diversas dimensiones de su práctica: entre las condiciones de su institucionalización universitaria y su articulación social; entre los avances acumulados a lo largo de varias décadas y las rupturas emergentes teóricas y epistemológicas; entre su consolidación como especialidades profesionales y docentes y su creciente trasdisciplinarización como campo de investigación; entre su legitimación académica y su contradictoria inserción en los procesos de cambio sociocultural.

Abundan en los últimos años, aunque es cierto que nunca se ha carecido de ellos, los esfuerzos revisionistas, los aportes desde perspectivas diversas al ejercicio crítico de una *metainvestigación* de la comunicación que al mismo tiempo que evalúa las tendencias y correlaciones de fuerza entre los vectores en tensión, también modifica los términos del debate al reinterpretar la historia y proponer reorientaciones y ejes prioritarios de análisis y de intervención. La fórmula anglosajona que en la década de los ochenta caracterizaba a este campo académico como uno en “fermentación” o eferescencia, puede seguir dando cuenta de una inestabilidad que parece ser constitutiva.

Tanto en Estados Unidos como en Europa y en América Latina, se atestiguan y documentan, si bien desde perspectivas bastante divergentes, los cuestionamientos que refieren a la aparente paradoja de un crecimiento y consolidación académicos indudables en los estudios de comunicación, y

* Texto publicado en noviembre de 2007 en la sección “Lecciones” del Portal de la Comunicación [<http://www.portalcomunicación.com>] del Institut de la Comunicació, Universidad Autónoma de Barcelona (InCom UAB).

un simultáneo incremento de las incapacidades de estos estudios para dar cuenta sistemática y coherente de los cambios en los entornos y sistemas comunicacionales de las sociedades contemporáneas y, sobre todo, de las implicaciones de estos cambios acelerados en sus múltiples articulaciones económicas, políticas y culturales. Una frase pronunciada por Manuel Martín Serrano hace más de dos décadas parece ser la sentencia sintética más pertinente ahora que entonces: “en Comunicación sabemos mucho, pero comprendemos poco”. En este texto se intenta exponer sintéticamente una perspectiva actualizada sobre las tensiones que atraviesan el estudio de la comunicación en México, en busca del diálogo que propicie una mejor comprensión.

Rasgos estructurales de la oferta institucional

México es un país con más de 100'000,000 habitantes, de los cuales 2'500,000 aproximadamente son estudiantes universitarios. De ellos, al menos 75,000 cursan la licenciatura en comunicación (en alguna de sus más de 50 denominaciones diferentes), distribuidos muy heterogéneamente en más de 350 instituciones de educación superior, la gran mayoría de ellas privadas. Más de la mitad de los programas de licenciatura tienen una antigüedad menor a diez años, y menos de 30 de ellos operaban ya a principios de la década de los ochenta, cuando se comenzó a generalizar la “preocupación” por el “exceso” de oferta de estos estudios. Desde entonces, esta preocupación por el crecimiento, asociada demasiado simplista y mecánicamente a una supuesta escasez de fuentes de empleo para los egresados, ha sido confrontada por una visión más crítica, centrada preferencialmente en la calidad educativa y en la pertinencia social de la mayor parte de los programas.

Una revisión de las fuentes oficiales, como las estadísticas de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES),¹ permite dimensionar mejor las cifras: la “gran” población de

estudiantes de comunicación en México representa apenas 7% de la matrícula en el área de Ciencias Sociales y Administrativas y 3.5% del total de estudiantes de licenciatura en el país. El “preocupante crecimiento” de las carreras de comunicación es parte indisoluble del crecimiento de la oferta total de los programas de licenciatura, y quizá la mayor parte de los factores que lo caracterizan sean atribuibles al sistema mayor en el que se inserta, escala en la que el crecimiento no suele calificarse como “preocupante” sino como un “avance” social del país.

Hasta hace dos décadas, como el conjunto de la población universitaria, los estudiantes de comunicación estuvieron concentrados casi en su totalidad en tres o cuatro de las grandes zonas urbanas de México, sin que la oferta de programas de comunicación estuviera presente en muchos de los estados. Ahora esta oferta abarca las 32 entidades federativas, aunque se mantienen patrones de gran desequilibrio: la zona metropolitana de la ciudad de México (conurbada con el estado de México) presenta todavía la mayor concentración de estudiantes del país, con aproximadamente 40%.

Los estados de Jalisco, Nuevo León y Puebla, cada uno con más de 6%, dan cuenta en conjunto de otro 20%. Veracruz, Guanajuato y Tamaulipas presentan también proporciones considerables, con más de 10% del total en conjunto. Y en diez estados, la presencia de estudiantes de comunicación no alcanza 1% del total nacional. Siendo México un país con grandes desequilibrios sociales y demográficos, el desbalance en la distribución nacional de estudiantes de comunicación, y los correspondientes en cuanto a programas, recursos, opciones, etcétera, implica una consideración muy diferente, según la ubicación geográfica. Lo que más llama la atención, sin embargo, es que no haya evidencia de una diferenciación regional clara en la oferta de programas, que parecen compartir orientaciones independientemente de donde se ubiquen.

Un análisis de la oferta de programas (Fuentes Navarro, 2005a) permite sostener que, a pesar de la existencia de 56 denominaciones diferentes para la licenciatura en “Ciencias de la Comunicación” en México, hay una tendencia fuerte hacia la homogeneidad, pues 68% de los programas, que atienden a

67% de los estudiantes (es decir, más de dos tercios del conjunto), queda ubicado en un “núcleo central”, orientado hacia una formación generalista, diversa y confusamente relacionado con cinco “núcleos periféricos” de especialización profesional, articulados alrededor del periodismo, el diseño, la publicidad, las relaciones públicas o la educación, ninguno de los cuales abarca a más de 10% de los programas o de los estudiantes, si bien remiten a grupos bien diferenciados de figuras profesionales.

Análisis como estos refuerzan la hipótesis de que los programas de formación en comunicación responden a mezclas diversas, cada vez menos diferenciadas, de los ingredientes básicos contenidos en los tres “modelos fundacionales” (el “periodístico”, el “humanista” y el “científico-social”) establecidos como ejes de proyectos utópico-universitarios en el área en los años cincuenta, sesenta y setenta (Fuentes Navarro, 1999b). Es decir, crece la convicción de que en los últimos 30 años no se han incorporado elementos de renovación de esos proyectos y la especificidad de la carrera se ha establecido más por el “peso” de los números que por la congruencia de sus postulados curriculares.

Al menos desde mediados de los años setenta, se ha mantenido vigente la doble tensión entre la “formación generalista” y las “especialidades” en la carrera de comunicación, y entre la “estructuración disciplinaria” y la multidisciplinariedad. Es probable que la diversidad de denominaciones y su creciente homogeneidad puedan interpretarse como una manifestación de estas dos tensiones subyacentes, que en muchos casos generan perspectivas curriculares incongruentes. Un dato indispensable para analizar este patrón básico de institucionalización es el de la muy variable adscripción de los programas a unidades académicas (escuelas, departamentos, facultades) “propias” de comunicación o de coberturas más amplias. Parece prevalecer la tendencia a establecer la carrera dentro de una unidad “propia” (lo cual se favorece por el número grande de estudiantes), aunque son múltiples los casos de adscripción en unidades de Ciencias Sociales, de Humanidades, de Administración, de Artes, y hasta de Derecho, donde los programas de comunicación coexisten (rara vez de forma productiva) con carreras muy

diversas (lo que depende sobre todo de las plantas de profesores de carrera, cuando las hay, y de las historias particulares de las instituciones).

En este panorama, otra de las tensiones centrales de las décadas pasadas parece estarse disolviendo: la que oponía de forma irreconciliable a las universidades públicas y las privadas (Baldivia, 1981), para ser sustituida por las de carácter propiamente universitario *versus* las instituciones “comerciales”. Hoy, de las más de 300 instituciones involucradas, solo 27 son públicas (aunque comprenden 49 dependencias o planteles distintos) y en ellas está inscrito 37% de los estudiantes, después de que llegaron a contener a cerca de 70%. Asimismo, entre las instituciones privadas es cada vez más necesario establecer distinciones, debido a que la mayor parte de ellas son muy pequeñas, de muy reciente creación y con una estructura institucional escasamente reconocible como universitaria, en especial en cuanto a la existencia de una planta académica estable, suficiente y calificada.

Esta polarización ha crecido mucho, como en otros países, dado que una proporción considerable del crecimiento del sistema se ha basado en la proliferación de instituciones con fines predominantemente mercantiles, cuyas condiciones de operación académica no pueden compararse con las de las universidades públicas o las privadas más antiguas y mejor establecidas. Este fenómeno, generalizado en el sistema de educación superior, es crucial para analizar, cuantitativa y sobre todo cualitativamente las consecuencias del crecimiento. Ante la saturación de las universidades públicas y sus restricciones presupuestales, y los altos costos de la matrícula en las privadas más prestigiadas, estas instituciones comerciales están captando un segmento cada vez mayor de la demanda social de educación superior, sobre todo mediante ciertas carreras, entre las que sin duda está la de comunicación.

La justificación principal de un sistema “independiente” de acreditación de los programas de licenciatura puede situarse en el enfrentamiento de esta situación, pues la venta de servicios (de bajo costo e ínfima calidad) de “calificación profesional” se ha establecido como un mercado dotado de reconocimiento de validez oficial de estudios, otorgado por diversas autoridades educativas, sean federales o sobre todo estatales. En los últimos años al menos dos aso-

ciaciones civiles, legalmente constituidas para ello, avanzan en la evaluación y acreditación de programas de licenciatura en comunicación.

Desde un punto de vista cuantitativo, entonces, la formación universitaria de comunicadores en México parece sufrir de *hipertrofia* en el nivel de licenciatura, aunque desde hace décadas la disyuntiva relevante en términos educativos está en la calidad. Es difícil sintetizar esta situación de una mejor manera que como lo hizo hace más de diez años Carlos Luna Cortés:

El crecimiento de la oferta educativa de estudios de comunicación, el carácter masivo que ha adquirido la inscripción estudiantil en esta especialidad profesional, los desequilibrios en la distribución geográfica de esta oferta, la falta de recursos económicos, humanos y materiales para hacer frente a las tareas de la enseñanza y las deficiencias en la planificación educativa y la conducción metodológica de la formación, han venido configurando un panorama en el que no escasean las posiciones apocalípticas sobre la viabilidad social y laboral de este campo de la enseñanza.

Pese a las advertencias sobre la saturación de los espacios de trabajo, la falta de profesores e investigadores calificados y la debilidad en la concepción de los objetos académicos y su mediación curricular, la nómina de carreras de comunicación sigue incrementándose y con ello el volumen de profesionales que presionan, año con año, por una fuente de empleo digna y remunerada. El hecho de que en los próximos cinco años egresarán tantos comunicadores como en los últimos treinta no deja de ser motivo de preocupación entre alumnos, profesores y funcionarios académicos.

Sin dejar de reconocer el problema, no parecen del todo justificadas las actitudes catastrofistas [...] La presunción de sobreoferta de estudios y la consecuente saturación de los mercados, han sido el resultado del impacto que han causado las cifras agregadas, el patrón sostenido de crecimiento en la oferta educativa de estudios profesionales de comunicación y la

poca elasticidad que se atribuye a ciertos campos de acción profesional prototípicos de la carrera, los medios electrónicos por ejemplo, pero no de evidencias que resulten de estudios sistemáticos al respecto (1995: 133–134).

Una buena parte del problema está precisamente en esa carencia de estudios sistemáticos. No obstante la orientación profesionalizante de la carrera, los campos profesionales, sus estructuras y condiciones son escasamente conocidos en las escuelas, de manera que son un referente curricular muy poco preciso en general. Los esfuerzos coordinados por el Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC)² para hacer seguimientos de egresados, en todo el país y en algunos casos de manera muy adecuada, no han sido ni con mucho suficientes. Las preguntas básicas para el conocimiento de las “profesiones del comunicador” en México siguen en buena medida sin ser siquiera formuladas.

De la hipertrofia de la licenciatura al subdesarrollo del posgrado

Por su parte, el nivel del posgrado en comunicación está obviamente *subdesarrollado* en México. A pesar de que en la última década se han multiplicado también los programas de maestría en comunicación, no parece haberse consolidado con claridad más de algún programa, después de tres décadas de existencia. Aunque hay registrados más de 40 programas de este nivel con 18 denominaciones diferentes en el área de “Ciencias de la Comunicación”, el conjunto atiende escasamente a 1,000 estudiantes en 14 entidades federativas, y diez de ellos no tienen estudiantes registrados, pues están en proceso de supresión. Al mismo tiempo, crece el número de programas de “especialidad” profesionalizante, con menor duración y exigencia académica que las maestrías, pero con una matrícula también aún muy baja.

2 [http://www.coneicc.org.mx].

Llama la atención que la gama de denominaciones, amplia como la de licenciaturas, en las maestrías parece responder a un mayor número de orientaciones o articulaciones, pero también puede reconocerse en ella el predominio del “núcleo central” generalista de las licenciaturas. Y, por supuesto, se trabajan líneas de profesionalización avanzada y de formación para la investigación en comunicación en algunas otras maestrías con denominaciones clasificadas en otras áreas. Sin embargo, las cifras indican una proporción de 1:75 entre los estudiantes de maestría y los de licenciatura en comunicación, lo que es un indicio sumamente desfavorable de desarrollo académico del área. No se puede sustentar así el cumplimiento de las funciones esenciales de este nivel: profesionalización avanzada y especializada o preparación para una carrera académica. Esta situación se agrava al considerar la inexistencia de programas de doctorado, pues dos iniciativas surgidas en la última década (en los estados de Sinaloa y Veracruz) no tuvieron las condiciones para prosperar, a pesar de contar con algún grado de demanda.

Para los programas de posgrado opera desde principios de los años noventa un sistema de acreditación nacional, bajo la responsabilidad del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y la Secretaría de Educación Pública (SEP), que ha contribuido a establecer una diferencia significativa entre los programas acreditados y los no acreditados: además del reconocimiento que supone de la “calidad” y de otros apoyos, se otorgan becas federales para los estudiantes de estos programas. En la actualidad hay cinco programas de maestría en comunicación incorporados al Padrón Nacional de Posgrados (PNP): los de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Iberoamericana (UIA), la Universidad de Guadalajara, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM). Los restantes programas de maestría, con excepción del de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM-Xochimilco), no tienen las condiciones básicas para aspirar a esta acreditación o no la pretenden obtener.

Además, los cinco programas de maestría acreditados no tienen en conjunto más de 300 alumnos, cantidad que comparada con los más de 75,000 que hay en licenciatura, es irrisoria. Y por la propia definición de los criterios de acreditación, con dificultad pueden aumentar su matrícula. Simplemente en términos de formación avanzada de profesores para las licenciaturas, que no es su función principal, las maestrías parecen estar muy lejos de estar alimentando lo suficiente el campo.

Los parámetros para la evaluación de los programas de posgrado en el Padrón Nacional del CONACYT son ciertamente exigentes y rigurosos. Aunque pueden acreditarse tanto las maestrías profesionalizantes como las orientadas a la investigación, los criterios de calidad académica y los indicadores de evaluación son casi imposibles de alcanzar por la mayoría de los programas existentes.³ De ahí se deriva también que la formación de investigadores de la comunicación en el nivel de doctorado se realice en programas con una orientación y un sustento académico más amplio, como parte constitutiva de programas “multidisciplinarios” o bien en el extranjero. Hay áreas de concentración o líneas de especialización en comunicación en los programas de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; en Ciencias Sociales de la UAM–Xochimilco y de la Universidad de Guadalajara; en Estudios Científico–Sociales del ITESO; en Educación de la Universidad de Guadalajara, y en Estudios Humanísticos del ITESM, entre los acreditados por el CONACYT.

Los programas de doctorado y los procesos de formación de investigadores que se desarrollan en ellos son sin duda un factor clave para el desarrollo académico de cualquier campo de estudios. En México no parece haber suficiente articulación, todavía, entre las maestrías y los doctorados y mucho menos entre el nivel de posgrado y el de la licenciatura en comunicación. Puede notarse, además, que los programas de posgrado inscritos en los padrones del CONACYT están adscritos a solo seis universidades, y que estas están ubicadas en las zonas metropolitanas de la ciudad de México (UNAM,

3 [http://www.conacyt.mx/Posgrados/].

UAM-Xochimilco, UIA), Guadalajara (Universidad de Guadalajara, ITESO) y Monterrey (ITESM).

El sistema de educación superior exige y fomenta la obtención de grados académicos y la producción de conocimiento por parte de todo su personal docente, pero al mismo tiempo las supone como condición para la acreditación de los programas de licenciatura y posgrado. A lo largo de dos décadas, esta tensión generada por las políticas de desarrollo del sector ha incrementado, por una parte, la formación “endogámica” de académicos que cursan los programas de posgrado de su propia institución y, por otra, la “migración” de muchos candidatos al posgrado hacia universidades de otros países, ya no solo de Estados Unidos, Inglaterra o Francia, como en décadas anteriores, sino sobre todo de España y Cuba, donde los requisitos de dominio de otro idioma son casi nulos y donde se han diseñado y operan programas de posgrado específicamente orientados a satisfacer la demanda latinoamericana. En general, a pesar de las virtudes y ventajas de ambas tendencias, el fortalecimiento de los posgrados nacionales se ha visto mermado en alguna medida por ellas.

Y sin embargo, la investigación se mueve

Después de haberle dedicado algunos años al análisis de las condiciones y a la producción de investigación de la comunicación en México, Enrique Sánchez Ruiz y Raúl Fuentes Navarro elaboramos un modelo y una fórmula que muchos han empleado desde que los publicamos, en 1989, en un cuaderno titulado precisamente *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México* (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz, 1989). Se trata de la caracterización de esta actividad como sujeta a una “triple marginalidad”. Decíamos entonces, y hay que sostener todavía hoy, que: “La investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales, éstas dentro de la investigación científica en general, y ésta última a su vez entre las prioridades del desarrollo nacional” (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz, 1989: 12).

De que la actividad científica es crecientemente marginal entre las prioridades del desarrollo nacional en México da cuenta el indicador más extensamente empleado a escala internacional: el porcentaje del producto interno bruto (PIB) que se invierte en ciencia y tecnología, o en “investigación y desarrollo”. En 1992, ese porcentaje era de 0.32%; en 1998 subió hasta 0.46% y en 2000 volvió a bajar para mantenerse entre 0.42% y 0.37% del actual. Nunca, al menos en los últimos 30 años, ha llegado a 0.5%, cuando la recomendación es que alcance al menos 1% en un país como México, propósito que incluso quedó plasmado en la ley del sector. Sobra decir, de forma comparativa, que países como Suecia, Japón, Estados Unidos, Corea, Alemania y Francia invierten entre 2% y 5% de sus respectivos PIB en este rubro (CONACYT, 2007).

Pero el tamaño de la planta científica es quizá un indicador todavía más elocuente de esta marginalidad de la ciencia. El Sistema Nacional de Investigadores (SNI), establecido por el gobierno federal en 1984 para “frenar la fuga de cerebros”, incluye poco más de 13,000 miembros, el doble que hace diez años y cuatro veces más que hace 20, pero ese número equivale a un científico por cada 8,300 habitantes. Si bien puede calcularse que por cada investigador reconocido por el SNI hay otros tres activos en el sector, el personal dedicado a la investigación sigue siendo muy escaso. El crecimiento del número de graduados de los programas nacionales de doctorado es más alto aún, pero apenas rebasa los 2,000 por año, en todas las áreas. Además, está el problema de crear plazas laborales de investigador a ese mismo ritmo, lo que ni remotamente ocurre. En síntesis, por más que crezca el sector científico, su posición relativa es cada vez más precaria. Con frecuencia se citan los casos de Corea, España o Brasil, que hace 20 años tenían un nivel de desarrollo parecido al mexicano, pero que gracias a inversiones y políticas científicas exitosas y sostenidas, ahora tienen una posición incomparablemente mejor.

Dentro del SNI se consideran siete áreas, una de las cuales, la V, agrupa a los practicantes de las Ciencias sociales. Según datos oficiales del propio SNI,⁴ en los últimos diez años esta área pasó de tener 11% a 13% de los miembros del Sistema. Junto con las áreas de Biotecnología y ciencias agropecuarias (VI) y de Ingenierías (VII), fue de las que más creció en esta década, en menoscabo de las de Físico–matemáticas y ciencias de la tierra (I) y Biología y química (II), que sin embargo, junto a la de Humanidades y ciencias de la conducta (IV), son todavía las que cuentan con el mayor número de miembros. El área restante, de Medicina y ciencias de la salud (III), sigue siendo la menor y la de crecimiento más estable de las siete áreas.

En términos de las categorías otorgadas por la evaluación periódica, en las de candidato o Nivel I está 70% de los investigadores del área de Ciencias sociales, y en los niveles II y III, que indican trayectorias consolidadas y alta productividad según los criterios de evaluación, se encuentra el 30% restante. Las áreas de Físico–matemáticas y ciencias de la tierra, Biología y química, y Humanidades y ciencias de la conducta tienen un porcentaje mayor de niveles II y III que la de Ciencias sociales, pero el promedio del Sistema en su conjunto es de 28%.

Desde 1998 ya hay más miembros del SNI trabajando fuera de la ciudad de México que en ella (56%), aunque solo 41% de los niveles II y III. Y un dato adicional: 40% del total de los investigadores tiene 50 años o más de edad, mientras que en el área de Ciencias sociales este porcentaje es de 50.4%, el segundo más alto después del de Humanidades y ciencias de la conducta, que es de 59.6%. Está claro que en estas dos áreas, donde se ubican los investigadores de la comunicación, es en las que se avanza hacia la “madurez” científica con mayor lentitud. O quizá, simplemente, que se obtiene a una edad más avanzada el doctorado, uno de los requisitos básicos de ingreso. Aunque en todo el Sistema solo 23% de los investigadores son menores de 40 años, en el área de Ciencias sociales el porcentaje es de 12.6%.

En cuanto a las “disciplinas” representadas en el área de Ciencias sociales, la sociología (445), las ciencias económicas (425) y las ciencias políticas (423) tienen cada una poco más de 25% de los 1,609 investigadores con nombramiento vigente en 2006. Ciencias jurídicas y derecho (182), demografía (77) y geografía (65), en conjunto, aportan el 20% restante. Aunque en las categorías de clasificación del Sistema, “comunicación social” sigue siendo una subdisciplina de la sociología, hay 87 investigadores clasificados ahí, o en la subdisciplina “opinión pública”, correspondiente a las ciencias políticas, además de otros cuatro en ciencias jurídicas, para un total de 91, es decir, 5.6% del área.

Este número de investigadores de la comunicación provocó que, en 2006, se reservara por primera vez una plaza para el campo en la Comisión Dictaminadora de Ciencias Sociales, que tiene 14 miembros, elegidos entre los investigadores de Nivel III, lo cual no deja de ser un reconocimiento. Pero en el área “vecina”, la de Humanidades y ciencias de la conducta, hay otros 22 investigadores que serían reconocibles como “de la comunicación”, aunque estén registrados como antropólogos, historiadores, lingüistas o pedagogos. Si los sumáramos, quizá contra la voluntad de varios de ellos (porque cada quien elige cómo clasificarse, es decir, por quiénes ser evaluado), el campo académico de la comunicación contaría ya con 113 investigadores nacionales. Ese número no es irrelevante, pues se acerca al 1% de los miembros actuales de todo el SNI, además de que comparado con los 42 que había en 2000, o con los siete de 1990, indica un crecimiento muy notable.⁵

Pero quizá lo más notable sea la distribución por niveles de los 113 investigadores de la comunicación: hay 11 candidatos, 71 en el Nivel I, 25 en el Nivel II y seis en el Nivel III, es decir, 72.5% de investigadores en etapas tempranas de su carrera académica casi todos, por 27.5% de investigadores consolidados. Por fin, hay evidencias de una sana e indispensable renovación generacional en el campo de la investigación académica de la comunicación. Y lo que es todavía mejor es que una proporción creciente, aunque todavía

5 En la evaluación de 2007, el número de investigadores de la comunicación llegó a 130.

no mayoritaria, de los investigadores candidatos o de Nivel I han cursado su doctorado en el país. También, que casi la mitad del total, 52 investigadores, están adscritos a instituciones ubicadas fuera de la ciudad de México. Por género, hay 59 mujeres y 54 hombres, proporción casi perfecta, considerando que en el SNI en su conjunto todavía hay 69% de varones.

En suma, usando estos datos del Sistema como indicadores representativos, puede decirse que la “marginalidad” más inmediata de la investigación de la comunicación, la referida al campo de las ciencias sociales, se reduce poco a poco. Incluso cualitativa y metodológicamente, hay muchísimas más ocasiones y posibilidades de diálogo, intercambio y colaboración entre practicantes de las disciplinas sociales más establecidas e investigadores de la comunicación, en términos más respetuosos y paritarios que hace una década o dos. Lo mismo puede decirse con respecto a la marginalidad de las ciencias sociales con respecto a las ciencias naturales, exactas o aplicadas, aunque quizá en esta escala esta marginalidad se haya reducido sobre todo cuantitativa y no tanto cualitativamente: sigue dudándose en la práctica del carácter “científico” de las ciencias sociales.

La producción académica, apreciada sobre todo mediante las publicaciones, muestra para los estudios de la comunicación un patrón de crecimiento constante y una clara tendencia hacia la desconcentración geográfica e institucional, pues hasta mediados de los años noventa los libros, capítulos y artículos publicados provenían, en 70% del trabajo realizado, de solo seis instituciones. No obstante este crecimiento y diversificación, en la última década casi no se han creado colecciones de libros o revistas académicas especializadas en comunicación en el país. Las revistas *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* de la Universidad de Colima y *Comunicación y Sociedad* de la Universidad de Guadalajara, ambas incluidas en el índice de revistas científicas del CONACYT, después de dos décadas de publicación ininterrumpida, siguen siendo los principales y más prestigiados medios de difusión de la investigación mexicana de la comunicación y la cultura, junto a otras revistas que también han logrado consolidarse después de más de una década de existencia, como *Versión, estudios de comunicación y política*

de la UAM–Xochimilco, el *Anuario de Investigación de la Comunicación* del CONEICC o las revistas electrónicas *Global Media Journal en español* (antes *Hypertextos*) y *Razón y Palabra*, del ITESM.

Entre las innovaciones en cuanto a la difusión de la producción académica, hay que contar la biblioteca virtual ccdoc (Documentación en Ciencias de la Comunicación),⁶ disponible en la Internet desde octubre de 2003, resultado de un proyecto de sistematización documental sobre productos de la investigación mexicana en comunicación, realizado en el ITESO con apoyo del CONACYT. Además de las referencias de casi 5,000 documentos (libros, capítulos, artículos, tesis de posgrado) de los últimos 50 años, organizadas en una base de datos, se incluyen en el sitio cerca de 2,000 de esos documentos en texto completo, digitalizados, según los principios de la “Iniciativa de Archivos Abiertos” (OAI, por sus siglas en inglés), aquellos cuya difusión abierta haya sido autorizada por sus editores. También cabe destacar el sitio de la Red de revistas científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal, *redalyc*,⁷ de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), que sobre la misma lógica de la OAI, incluye los artículos publicados en los números más recientes de casi 500 revistas, entre ellas varias especializadas en comunicación.

Pero quizá el factor de mayor importancia para el desarrollo de la investigación de la comunicación en México ha sido la actividad de las asociaciones académicas nacionales, en especial las dos de ellas fundadas en la década de los años setenta: el CONEICC, que congrega a las instituciones, y la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC),⁸ formada por socios individuales. A través de ellas, complementaria y no exclusivamente, muchos académicos mexicanos han participado también, por décadas, en las correspondientes organizaciones latinoamericanas, como la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) y la

6 [http://ccdoc.iteso.mx].

7 [http://redalyc.uaemex.mx].

8 [http://www.amicmexico.org].

Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC), más que en otras, de carácter “internacional”.

Mediante las actividades organizadas por estas asociaciones, sobre todo los encuentros nacionales y las publicaciones anuales, se han logrado consolidar algunos espacios de intercambio y colaboración interinstitucionales, interregionales y, principalmente, intergeneracionales, que han sido clave para el desarrollo de la investigación de la comunicación en México, que no obstante presenta algunos rasgos preocupantes de fragmentación, semejantes a los que se observan en otras partes del mundo.

La producción científica mexicana en el campo de la comunicación puede caracterizarse como divergente, insuficientemente articulada. Al mismo tiempo, la creciente atención a los sistemas y procesos “de comunicación” en los debates públicos y de interés general, ha implicado un simultáneo desdibujamiento conceptual e ideológico en los marcos desde los cuales los agentes sociales especializados en la operación, y en la investigación científica, de la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva intervienen en ella.

La tensión constitutiva de los estudios sobre la comunicación, aquella que opone desde sus orígenes sus usos instrumentales y su comprensión crítica, sigue vigente en el fondo, y muchas veces también en la superficie, de las evaluaciones sobre la investigación académica. Generar conocimiento socialmente útil y pertinente es una tarea que acepta múltiples interpretaciones: algunas privilegian el conocimiento de aplicabilidad inmediata; otras la profundización del análisis en marcos sociohistóricos de escala mayor. En el campo académico mexicano esta tensión, que no se puede resolver solo discursiva o autoritariamente, puede ser una clave central de debate y de acuerdo colectivo, intra y extraacadémicos, para evaluar y reorientar las acciones de un grupo profesional que, como la mayor parte de los científicos en México, no está satisfecho con la estructura institucional en la que trabaja ni con los resultados hasta ahora obtenidos. Pero los indicadores de la producción académica no parecen apuntar hacia una convergencia como esa.

Por una parte, aunque la mayoría de las investigaciones “de la comunicación” siguen abordando objetos de estudio referidos a la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva, sus enfoques teórico–metodológicos se multiplican y diversifican, asociados a distintas perspectivas “interdisciplinarias”, sin que pueda afirmarse que predominen las que pueden reconocerse como sociopolíticas, socioeconómicas o socio-culturales. Lo mismo sucede con una creciente proporción de los proyectos, que aborda objetos de estudio no directa o centralmente relacionados con la comunicación mediática. Al igual que lo que se detecta en otros países, la proliferación de tendencias, más que hacia una pauta de especialización, tiende a una fragmentación en la que los fundamentos y los resultados de las investigaciones tienen cada vez menos articulaciones entre sí, salvo quizá en sus adscripciones institucionales.

En suma, puede decirse que las tareas y los desafíos que la colectividad y las diversas comunidades dedicadas en México al estudio académico de la comunicación no difieren de forma sustancial de las que enfrentan los colegas en otros países, pues a pesar de las particularidades y las diferentes condiciones estructurales sobre las que se sostiene esta actividad, hay preocupaciones fundamentales muy similares, en específico las que tienen que ver con el estatuto epistemológico de los estudios sobre la comunicación y las que se refieren a su orientación axiológica. La investigación y la enseñanza de la comunicación, como prácticas sociales situadas históricamente, no podrían ser ajenas al cuestionamiento global, y multilocal, de su involucramiento en las transiciones que caracterizan al mundo actual.

II. **Retrospectiva y prospectiva de la formación universitaria**

La conformación del campo educativo de la comunicación se realizó a partir de legitimar sólo ciertas prácticas profesionales. En su mayoría fueron aquellas que eran funcionales al desarrollo capitalista de los modernos medios masivos y por tanto eran prácticas que interesaban principalmente a los grupos que controlaban (y controlan) esos medios. Prácticas que deberían posibilitar su expansión y consolidación como empresas económicas y no sólo como instituciones culturales
(Orozco Gómez, 1990)

El fenómeno contemporáneo de la comunicación ha generado el desarrollo de varias topologías: una topología multirreferencial, una más multidimensional y otra multifuncional, las que conforman los ejes donde convergen el saber, el ser y el hacer comunicacionales. Esta triaxialidad se ve coronada por un último eje, que es el de la ética comunicacional, quizá pervertida, que debería definir los parámetros del saber, del ser y del hacer comunicacionales
(Reséndiz, 1999)

La construcción de la comunidad académica de la comunicación en México y Latinoamérica*

Antes que nada, expreso mi más profundo agradecimiento a los organizadores de este Encuentro, en especial a Erick Torrico, que tanto ha hecho en la última década para incrementar el contacto entre los estudiosos latinoamericanos de la comunicación y los estudiosos bolivianos, desde los investigadores más reconocidos en el ámbito internacional hasta los estudiantes que comienzan a asomarse a este campo académico, tan apasionante como apasionado.

Vengo desde México, aprovechando la cordial invitación que mucho me honra, a participar con ustedes en una reflexión colectiva que, sabiamente, ha sido propuesta con énfasis boliviano, pero abierta a una perspectiva internacional. También, centrada en el presente y el futuro inmediato, pero ubicada en una historicidad más amplia, porque sin apropiarnos del pasado y disponernos a imaginar el largo plazo, con dificultad podríamos reconocer las posibilidades concretas de nuestros proyectos.

En este marco, lo que propongo a ustedes para esta parte de la reflexión es un ejercicio de imaginación retrospectiva y prospectiva, es decir, la creación de imágenes del pasado y del futuro del estudio de la comunicación con la idea de reconocer en esas imágenes algunos de los factores determinantes del largo y complejo proceso histórico con el que de diversas maneras todos nos

* Conferencia Magistral en el II Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación, Asociación Boliviana de Investigadores de la Comunicación (ABOIC), La Paz, Bolivia, noviembre de 2000. Una versión anterior, diferente en algunas de sus partes, fue presentada como conferencia magistral en el X Encuentro Nacional CONEICC: "1999 retrospectiva y prospectiva de la comunicación", Colima, México, en marzo de 1999.

hemos comprometido al elegir el de la comunicación como nuestro campo de acción profesional, universitaria, científica, sociocultural.

El tema central de esta propuesta es la construcción de la comunidad académica de la comunicación en México y América Latina, y eso implica varias condiciones que conviene explicitar de entrada.

Primero, que hay que hacer un esfuerzo por ir más allá de los límites de la experiencia y la reflexión personal y adoptar una visión más amplia, apoyada en los aportes y propuestas de otros, cercanos y lejanos. Los términos mismos «retrospectiva» y «prospectiva» significan mirar hacia atrás y hacia adelante; y para hacer eso, hay que adoptar una *perspectiva*, esto es, un punto de vista.

La mirada siempre puede ser más penetrante y abarcar un horizonte más amplio cuando conjuga puntos de vista múltiples y plurales, aunque el orden que los integre sea uno, por necesidad de hacer sentido.

Segundo, que hay factores de muchos tipos en juego: desde biográficos, porque sin duda en la construcción de la comunidad ha habido aportes individuales muy destacados, hasta macroestructurales, político-económicos y socioculturales, sin los cuales no se puede explicar cómo esa comunidad ha logrado institucionalizarse y legitimarse y superar algunos obstáculos, pero no otros, en la muy diversa geografía y en las diferentes épocas en que ha transcurrido.

Para proponer a ustedes esa visión múltiple y plural, aunque integrada desde mi propia perspectiva, recurro, como lo he hecho ya en otras ocasiones, a una obra de John McHale (1969) que lleva por título *The future of the future (El futuro del futuro)*. Es uno de los mejores ejemplos que conozco de esa “futurología humanística” con que algunos intelectuales norteamericanos del tiempo de los hippies enfrentaron el cambio sociocultural inducido por la explosión de la tecnología en las comunicaciones. Me gusta citar una especie de aforismo que McHale utiliza como organizador de su discurso, y no puedo dejar de hacerlo de nuevo hoy:

El futuro del pasado está en el futuro
El futuro del presente está en el pasado
El futuro del futuro está en el presente

Una interpretación, porque admite varias, de esta provocativa concepción de la historia, la resume el propio McHale en una frase: “Al asumir un futuro, el hombre hace soportable su presente y significativo su pasado; pasados, presentes y futuros alternativos se entretajan en la anticipación y predicción de sus futuras acciones” (1969: 3). Siguiendo ese sentido, mi propuesta para la reflexión retrospectiva y prospectiva sobre la enseñanza y la investigación de la comunicación se basa en la identificación de los proyectos que las han impulsado y que atraviesan el presente, desde el cual reconstruimos el pasado e imaginamos y, por lo tanto, determinamos el futuro.

Los proyectos fundacionales y la utopía de la comunicación

Para ser conciso, enuncio la hipótesis que he expresado en muchos foros y que retomo otra vez aquí, de que en México —y América Latina— han predominado de forma sucesiva tres “modelos” o proyectos fundacionales para la formación de comunicadores, que de diversas maneras articulan en el currículum los saberes recortados históricamente como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales. Cada uno de estos “modelos”, a su vez, ha configurado de distintos modos el núcleo operante de la comunicación como disciplina académica, sin que, no obstante, ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse, ni profesional ni universitariamente.

De hecho, puede considerarse que en la actualidad, y desde hace 15 o 20 años, los planes de estudio responden más a una yuxtaposición cada vez más confusa de elementos de los tres modelos, con énfasis diversos según las instituciones, pero sin una articulación definida con claridad ni cognoscitiva ni socialmente. Esa, que sería la manifestación central de la “desarticulación múltiple” que caracteriza a nuestro campo académico, además de referirse

a la formación de profesionales de la comunicación, tiene también que ver con la investigación en la medida en que su práctica universitaria ha estado subordinada a la docencia y la realizada en otros ámbitos sociales no ha sido adecuadamente integrada al trabajo universitario. Lo preocupante, en todo caso, es que no haya surgido todavía otro proyecto que busque volver a fundar académicamente el estudio de la comunicación. Veamos a cuáles “modelos fundacionales” me refiero, y por qué los caracterizo a los tres como *utópicos*.

El modelo de la formación de periodistas, originado en los años cincuenta, el más antiguo y arraigado con mayor fuerza en las escuelas, a pesar de su tradicional enfoque técnico y pragmático, tiene como uno de sus elementos constitutivos el propósito de la incidencia político-social a través de la conformación de la “opinión pública”, donde tanto la indagación sistemática como la ética profesional tienen la mayor importancia. Los operadores profesionales de la información social, previstos por este modelo, habrían de ejercer nada menos que su autoridad moral como el “cuarto poder” de la democracia moderna, dando a conocer “objetivamente” los “hechos” y orientando con responsabilidad su interpretación. Subyace a este modelo una noción de la comunicación como difusión y por tanto un énfasis en la producción de “mensajes”. También, la necesidad del competente manejo de las relaciones entre “estructuras” y “coyunturas” sociales para intervenir de manera oportuna en estas desde aquellas. En otras palabras, habría que saber “quién dice qué a quién por qué canal con qué efectos”, como proponía Harold Lasswell hace más de 50 años. Los valores utópicos de este modelo son sobre todo la honestidad, la oportunidad y la lucidez de quien ejerce el poder de interpretar los hechos sociales en una sociedad liberal.

El segundo modelo, originado en los sesenta, el que concibe al comunicador como intelectual desde una perspectiva humanística, subordina la habilitación técnica a la cultura “encarnada” en los sujetos capaces de impulsar, a través de los medios de difusión, la transformación de la dinámica sociocultural conforme a marcos axiológicos bien definidos y enfatiza en especial un manejo competente y responsable de los “contenidos” y de los

“medios” como lenguajes, de acuerdo con la autoridad intelectual del “creador”, que no operador de los mensajes. La utopía del discernimiento filosófico y existencial como base de la práctica de los “comunicadores” remite a una teoría de la comunicación y a una ética social mucho más amplias y complejas que las correspondientes a los operadores de la difusión masiva, por lo que la comunicación humana se descubre también como ámbito profesional y como objeto de investigación o ambos al mismo tiempo, en casi cualquier relación o institución social. De ahí que haya que tener la disposición a “saber de todo”, a “usar” las disciplinas y los saberes más diversos, integrados por los fines: la prevalencia de valores humanos universales como la justicia, la verdad, la libertad, la belleza, la solidaridad o la creatividad, y a investigar la comunicación desde la complejidad creciente de la cultura, amenazada por el “materialismo consumista”.

Por último, el modelo del así llamado “comunicólogo” como científico social, originado en los setenta, tiende prácticamente a abandonar la formación instrumental y la habilitación profesional por enfatizar el estudio de las prácticas y los sistemas de comunicación desde los niveles teóricos y epistemológicos más abstractos, y desde una perspectiva “crítica”, no solo de las prácticas comunicacionales y las estructuras sociales sino de los propios saberes del campo. La utopía de la emergencia de una comunicación social que funcione “contrahegemónicamente” supone la capacidad de develar el carácter ideológico de los mensajes y, más allá, de los sistemas o “aparatos” en su totalidad, instrumentos de dominación que es necesario “liberar”. La investigación de la comunicación tiene así propósitos más precisos que nunca, pero casi ningún medio para realizarse, a no ser el discurso “teorista” (Prieto Castillo, 1984). De cualquier manera, denunciar la situación y descubrir a quienes detentan el poder económico y político de las industrias culturales y a sus cómplices, es no solo una obligación moral sino una “condición de científicidad” de la praxis “revolucionaria” del “comunicólogo” así entendido.

Supongo que cada quien podrá reconocer, en su propia trayectoria escolar y en su conocimiento sobre el campo de la comunicación, la yux-

taposición de elementos de estos tres modelos. Supongo también que con algún esfuerzo por ampliar el punto de vista, cada quien podrá identificar de dónde provienen y hacia dónde apuntan esos elementos: unos hacia las disciplinas profesionales, hacia la transformación práctica de los oficios; otros, hacia las humanidades y la conformación crítica y creativa de cosmovisiones intelectuales integradas; otros más, hacia las ciencias sociales y su afán de comprensión de las realidades históricas para intervenir sobre ellas y modificarlas.

Los tres modelos tienen, pues, en común, un impulso fuerte de transformación de la sociedad por medio de la comunicación, una propuesta de cambio basada en el pensamiento crítico y el rechazo de las prácticas predominantes en los medios y en otras instituciones sociales. Llamo utópicos a esos ingredientes centrales de inconformismo y creatividad porque surgen del reconocimiento de que aunque esas prácticas comunicativas “alternativas” no tienen lugar, o lo tienen solo marginalmente en la sociedad, los profesionales universitarios de la comunicación se responsabilizarían de extenderlas, implantarlas o mediarlas, es decir, de hacerlas no solo posibles sino necesarias.

El acoso del conformismo

Me parece muy significativo que el último de estos modelos haya surgido hace ya más de 25 años, y que no pueda reconocerse en este tiempo ninguna otra propuesta fuerte de formación de profesionales de la comunicación sino múltiples y diversos intentos de conjugar los mismos elementos, aunque cambien algunos nombres de “autores de cabecera” en los planes de estudio. También me parece muy significativo que muchos egresados y estudiantes repitan una y otra vez lo que les parece que hace falta en la carrera —“práctica y contacto con la realidad” es la fórmula más usada— y no vean más allá, ni siquiera lo que significan las fórmulas.

A veces parece que se agotó la imaginación y no es difícil imaginar razones: el ambiente cultural cambió en todo el mundo y nos acostumbramos a

las sucesivas crisis económicas, políticas, culturales y morales. La tecnología de las comunicaciones aceleró su ritmo de desarrollo de tal manera que no nos dejó tiempo para pensar con seriedad en sus implicaciones. La población universitaria creció desafortunadamente y, más que otras, la carrera de comunicación se puso de moda, de una forma tal que hizo imposible que hubiera profesores suficientes, con experiencia profesional y formación académica adecuadas, para atender educativamente a tantos miles de estudiantes. Entre muchas otras razones.

No se puede negar que, tanto por razones “macro” como “micro”, la utopía universitaria de la comunicación se desprestigió y su impulso de cambio se diluyó. Si cada uno de los modelos fundacionales propuso y comenzó a concretar un proyecto universitario con identidad y sentido propios, los tres con profundos y extensos ingredientes utópicos, su evolución y yuxtaposición tendió a diluir desde los años ochenta la viabilidad y vigencia de la licenciatura en comunicación como proyecto académico para derivar más bien en un lugar común, en una inercia, sujeta cada vez más, en exclusiva, a las “leyes del mercado”: demanda y oferta de un título, más que de un proyecto, de un estereotipo ambiguo, más que de una opción vital, para miles y miles de estudiantes, y a la concurrencia de todas las instituciones de educación superior a este boyante mercado, dominado por una demanda bastante nutrida y acrítica, sin tomarse la molestia de elaborar un proyecto académico apropiado.

Se hacen indispensables aquí al menos dos precisiones: sostengo la validez de lo afirmado en su escala más general y no necesariamente en ámbitos particulares: de hecho, aunque el número de instituciones donde se “ofrecen” estudios de comunicación ha crecido sin mesura en todos los países latinoamericanos (muy en especial en Brasil y en México, donde hay más de 200 escuelas en cada uno), la mayor parte de ellas está muy lejos de contar con las condiciones mínimas de trabajo para la producción y la formación universitarias, como un equipo de profesores de planta, que sí han mantenido e incrementado cualitativamente algunas cuantas universidades, públicas y privadas.

Por otro lado, en lo individual o los pequeños grupos, el “desprestigio de la utopía” no necesariamente implicó la pérdida del sentido socioprofesional de los comunicadores: por el contrario, hay más y mejores evidencias cada vez, como las que van surgiendo de los estudios de seguimiento de egresados, de que de la carrera de comunicación han egresado y lo siguen haciendo, a pesar de todo, agentes de cambio profesionales socialmente responsables, en el sentido más fuerte de la palabra, y que los estudios de comunicación tienen auténticos referentes prácticos sobre los cuales basarse para renovar su proyecto.

Quizá sea adecuado utilizar aquí la fórmula con que un colega muy respetado describía hace pocos años la experiencia académica en que llevaba involucrado ya una década: se trata de “un gran fracaso con muchos logros”. Es un gran fracaso, de hecho, si proyectamos de forma lineal los supuestos fundacionales de hace tres, cuatro o cinco décadas. Pero ninguno de los modelos era, en sentido estricto, un programa. Y si alguien creyó que lo eran, fue demasiado ingenuo y quizá se merezca la consecuente frustración. Más bien, los “modelos fundacionales” eran propuestas de trabajo abiertas a las vicisitudes de la historia, opciones para ser apropiadas y desarrolladas en la práctica por individuos y grupos concretos, futuros que el trabajo colectivo podría convertir en presentes, pero que no podían preverlo todo. En una conferencia dictada poco tiempo antes de su muerte, Raymond Williams abordaba esta misma cuestión dentro de su campo de una manera que me parece ejemplar:

Quiero abordar aquí la cuestión del futuro de “estudios culturales”, aunque no como una manera de subestimar su fortaleza y desarrollo actuales, muy reales, que habría sido del todo imposible, creo, predecir treinta años atrás, cuando el término comenzó a circular por primera vez. En realidad, debemos recordarnos esa impredecibilidad como una condición susceptible de aplicarse también a cualquier proyección que podamos hacer, que en algunos casos serán con seguridad igualmente ciegas. No obstante, es necesario ser firmes y no vacilantes en esta cuestión

del futuro, porque lo que pongamos en ella, nuestra propia percepción de las direcciones en que debería encauzarse, constituirán una parte importante de lo que se haga. Por otra parte, la claridad mental que puede conducir a alguna definición de las consideraciones que han de aplicarse al elegir una dirección es a la vez difícil de lograr y necesaria, precisamente a causa de esa incertidumbre (Williams, 1997: 187).

Williams rescata lo esencial de las propuestas fundadoras de los estudios culturales británicos y analiza lo que pasó entre las personas y las instituciones, entre los proyectos y las “formaciones”, y solo desde ahí revisa las “obras”. Más que con los textos, se queda con las situaciones en que se hizo posible responder, antes que a intereses institucionales o individuales, a las necesidades de procesamiento intelectual y de formulación crítica de las cuestiones que inquietan a las personas comunes. De la capacidad de los investigadores de mantener o de recuperar este diálogo con su entorno, esta referencia básica del sentido de su trabajo, Williams hace depender, en 1986, el futuro de ese campo que él contribuyó decisivamente a fundar. Y habla de fracaso, en cuanto a lo que no tiene por qué ocurrir, en la medida de la incapacidad colectiva para inconformarse con el éxito de la institucionalización. Dice de manera textual que “el momento de preparar esta nueva iniciativa, que por cierto sería muy resistida por muchos intereses creados y políticos, es precisamente *hoy*” (Williams, 1997: 198). Y no habla necesariamente de una fecha precisa sino del momento presente, en el que diría McHale, está el *futuro del futuro*.

Si, volviendo a nuestro caso de la enseñanza y la investigación de la comunicación en México y en América Latina, mantenemos y renovamos nuestra inconformidad con el presente, si luchamos por modificar la consideración de que el o los proyectos que las han orientado, ha sido un gran fracaso, pero reconocemos cuáles son los logros parciales y a qué se han debido, podemos “preparar la nueva iniciativa” y luchar por ella, trabajarla, contra la resistencia de personas o instituciones, de aquellos quienes tienen interés en que fracasemos.

De nuevo aquí tengo que matizar lo dicho, para clarificar mi perspectiva. No creo que nos enfrentemos a un adversario externo: no creo que haya nadie que en concreto esté interesado en que fracasemos, aunque sí haya beneficiarios. El adversario, como suele suceder, está dentro de nosotros mismos. Se puede resumir con el término “conformismo”, se puede identificar como la actitud de que no vale la pena complicarse la vida, como si la vida fuera simple. El adversario propone la vigencia de la ley del menor esfuerzo, la aceptación de la inercia, la incorporación a lo ya establecido, que por establecido se impone como válido e inmutable, la exigencia de que otros aporten lo que yo no puedo o no quiero construir. El adversario, también, en otro plano, refuerza la creencia de que para hacer prevalecer el logro propio es indispensable descalificar, o si es posible destruir el logro ajeno, con más fuerza mientras más cercano esté.

Podríamos encontrar con toda facilidad infinidad de ejemplos que ilustraran este vector antiutópico entre nosotros. Pero, una vez más, creo que es más pertinente intentar ver más allá y reconocer los logros parciales, los procesos constructivos y los trayectos productivos. Para ello, propongo una revisión rápida de un sector minoritario y hasta ahora poco trascendente de nuestro campo académico, el de la investigación académica de la comunicación, que no tiene mucho más de 25 años de existencia y ha estado concentrado en muy pocas universidades y unas cuantas organizaciones no universitarias, muchas de ellas ya desaparecidas.

La investigación académica y una visión de futuro

No voy a repetir aquí, en La Paz, una historia que tiene entre sus pioneros, principales protagonistas y más lúcidos intérpretes a Luis Ramiro Beltrán. Ya en otras ocasiones he podido aprovechar sus aportes y sus enseñanzas para reconstruir los trayectos de la investigación latinoamericana de la comunicación. Pero sí quiero subrayar una de sus obsesiones, que yo comparto: la de la documentación, la del análisis minucioso y sistemático de los productos escritos, no siempre impresos, de la indagación sobre la comunicación, para

poder detectar con precisión las “anteojeras” de sus autores, es decir, sus sesgos ideológicos, y las “premisas [los] objetos y [los] métodos foráneos” importados y confrontados, no siempre con éxito, a las realidades propias y cercanas. Dificilmente puede elaborarse un discurso serio sobre la investigación de la comunicación sin el rigor que supone la revisión crítica, pero sistemática, de sus manifestaciones más objetivas: los textos académicos.

Desde un intento de aproximación como ese, queda claro que la investigación de la comunicación en América Latina puede muy bien revisarse, en sus trayectorias pasadas y en vistas al futuro, como una larga serie de retos, de desafíos tanto internos (científicos, académicos) como sobre todo externos (socioculturales, políticos), formulados sobre todo por los investigadores. Las últimas dos décadas, en efecto, época de crisis en todos los ámbitos, aspectos y dimensiones de la vida, vieron transcurrir para el estudio de la comunicación en América Latina un conjunto creciente de retos que se acumularon sobre los identificados antes y convirtieron con ello al campo en una red de tensiones irresueltas y de insuficiencias múltiples, cada vez más intrincadas. Pero vieron también la multiplicación de los recursos académicos y sociales invertidos en el enfrentamiento de los renovados problemas, si bien estos recursos siguen siendo notoriamente insuficientes.

En los muy diversos contextos sociales y culturales latinoamericanos, que persisten diversos en medio de la globalización, las preguntas básicas, aunque no sean nuevas, que puedan considerarse en suma como las definiciones esenciales de la comunicación como proyecto social, incluyen según Gabriel Jaime Pérez al menos tres ejes de acción: “la comunicación para la verdad, la libertad y la justicia; la comunicación que respete las identidades culturales; y la comunicación para la paz” (1997: 168).

Pero la cuestión clave está en los procesos de construcción de los consensos sobre el significado concreto de estos enunciados y la convergencia en torno a ellos de los múltiples agentes sociales. Entre ellos, ciertamente, hay evidencias históricas más que elocuentes de que las universidades, los investigadores, los profesionales y las empresas del sector están lejos de alcanzar tales consensos, o siquiera de estarlos buscando.

Mucho se ha escrito y denunciado sobre la oposición de los detentadores de los poderes económicos y políticos a las propuestas de académicos y ciertos sectores de la “sociedad civil” en torno a la construcción “democrática” de espacios culturales, simbólicos y educativos en el ámbito de la esfera pública dominada desde siempre —pero hoy crecientemente— por proyectos mercantiles. Los “frentes internos”, nacionales o regionales, donde hace algunas décadas se buscó establecer sistemas y prácticas “alternativas” y políticas democráticas de comunicación, quedaron en los últimos tiempos relegados por los “frentes externos”, transnacionales o en proceso de globalización, en donde los propios estados nacionales tienen que enfrentar retos antes inimaginables para preservar algún grado de su “soberanía”.

El contexto estructural del sector dedicado a la producción y distribución industrial de bienes simbólicos, parte del cual son los medios de difusión, ha cambiado en las últimas dos décadas y seguirá cambiando en las próximas de maneras tan radicales, que las nociones de comunicación “masiva”, “pública” o “social” requieren una redefinición total. Esta es una tarea teórica que resulta determinante para reformular la fundamentación conceptual y práctica de los referentes profesionales y socioculturales de los estudios universitarios de comunicación. Y los esfuerzos que se han empeñado en esta tarea requieren un reforzamiento sustancial, para alcanzar el nivel requerido.

Por ello es urgente, desde hace ya un buen tiempo, fortalecer la discusión teórica, aunque desde una perspectiva epistémica y referencial más amplia que el ámbito específico de la teoría. Por una parte, debería ser posible emprender la formulación sistemática del conocimiento y el instrumental científico disponibles para dar cuenta de la realidad comunicacional que nos circunda y nos atraviesa, asumiendo al menos tres lecciones que las décadas pasadas deben habernos dejado: en primer lugar, que el estudio de la comunicación no debería enfocarse unidisciplinariamente sino desde el espacio conceptual de la sociocultura en términos de totalidad histórica; en segundo lugar, que las herencias epistémicas positivistas, deductivistas y funcionalistas deben desmontarse de forma crítica para dar paso a lógicas más complejas y pertinentes al objeto, la acción intersubjetiva, en los planos tanto simbólico

como material, y en tercer lugar, que la producción de conocimiento y el conocimiento producido no pueden desarticularse, por lo que los modelos a construir deberán ser elaboraciones teórico–metodológicas operables y confrontables con las prácticas concretas, de manera que esta tarea debería involucrar a otros agentes, además de los académicos.

Por otra parte, el trabajo concreto de muchos investigadores latinoamericanos ha demostrado que en el centro de nuestro objeto de estudio, la comunicación, no están los “mensajes” o los “contenidos” sino las relaciones, establecidas e investigadas a través de sus múltiples mediaciones, entre la producción de sentido y la identidad de los sujetos sociales en las más diversas prácticas socioculturales. Esa consideración rompe tanto con el reduccionismo “comunicacionista” que se ha centrado en el estudio de los llamados “medios masivos” como con los enfoques lineales y unidimensionales de la operación comunicativa, heredados del paradigma informacional o los que consideran el sentido inmanente a los mensajes. En lo que me gusta llamar el estudio postdisciplinario de la comunicación desde una perspectiva sociocultural, es probable que se encuentren las confluencias más sólidas y productivas, no solo entre los estudiosos latinoamericanos sino en el campo internacional o, quizá, global.

Por ello quiero creer que en el principio del siglo XXI, estas confluencias en los procesos de generación de conocimiento sobre los fenómenos y los procesos comunicativos se extenderán también a otras esferas del campo, sobre todo la de los ejercicios profesionales de la comunicación y la de su enseñanza universitaria, cuya desvinculación de las actividades de investigación ha llegado a alcanzar, en ocasiones, grados alarmantes.

Quizá sea posible que el objeto, la teoría, la metateoría y la práctica de la comunicación puedan confluir sobre una sola lógica, la lógica comunicacional. Quizá sea posible la realización de la utopía que en términos de futuro deseable ha cargado el campo de su estudio desde su fundación. Quizá sea

algo más que un ejercicio de imaginación el reto que formulaba hace diez años mi compatriota Jesús Galindo, con cuyas palabras quiero terminar:

En este proceso hacia el siglo XXI muchos tendrán que conocerse mejor, otros se conocerán por primera vez. En todos los casos se requiere un tiempo para la expresión del sentido de cada quien, y un tiempo para escuchar al otro, así como un tiempo para la mutua interiorización y conformación de un sentido de comunidad. El espacio para que esto suceda será buscado y encontrado si hay disposición; se requiere salir del interior para conectarse con el exterior, el interior del otro. Esto es un proceso de comunicación social intenso y extenso. En más de un sentido la comunicación deja de ser un medio y requiere de un énfasis en sí misma. La comunidad de los diferentes sólo se puede lograr si existe en el contacto y la interpretación suficientes, la puesta en común necesaria. El interior de cada quien tendrá su lugar en el exterior, el interior de los otros, y el exterior común permitirá la construcción del interior compartido. Para la comunicación y su lógica, el futuro es todo un reto (Galindo, 1990: 49).

La formación universitaria de profesionales de la comunicación y su renovación como proyecto social*

Este trabajo busca suscitar o renovar la reflexión sobre la formación universitaria de profesionales de la comunicación en América Latina desde una perspectiva *ética*, dimensión que, a pesar de estar presente invariablemente en los discursos y debates al respecto desde hace varias décadas en nuestro campo (en especial desde la constitución de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, FELAFACS, en 1981), no parece haberse consolidado como fundamento efectivo de las variadas y complejas prácticas universitarias involucradas sobre las que no obstante los esfuerzos desarrollados hay muy poco conocimiento sólido disponible: aún no sabemos dar cuenta de los procesos de formación de comunicadores.

De esta manera, aunque es claro que los problemas de la “formación del profesional de la comunicación para una Cultura de Paz” no pueden volver a formularse en términos instrumentales, como si “cultura de paz” fuera una especialización técnica mecánicamente atendible, las condiciones para articular los referentes concretos de tal expresión con los procesos de decisión reflexiva inherentes a la acción colectiva institucionalizada en nuestras universidades y sociedades están muy lejos de ser objeto de una comprensión compartida. Por lo tanto, el tema se presta muy bien para el cuestionamiento y la discusión, aunque no se pueda pretender que se

* Ponencia en el X Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social (Mesa de trabajo sobre la *Formación del Profesional de la Comunicación para una Cultura de Paz*). Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), São Paulo, Brasil, octubre de 2000. Publicada en Fuentes Navarro (2000c y 2001b).

alcancen respuestas a corto plazo. En términos de C. Wright Mills (1961), hay que recurrir a la imaginación sociológica para pasar de “las inquietudes personales del medio” a “los problemas públicos de la estructura social” y ese proceso de problematización del sentido, lo sabemos, es una tarea intelectual de alta complejidad.

La comunicación como proyecto social

En 1980 la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) publicó, con el título *Un solo mundo, voces múltiples*, el Informe de la Comisión Internacional, presidida por Sean MacBride, que tenía el encargo de diagnosticar los principales problemas mundiales de la información y la comunicación. En su introducción, el Informe parafraseaba a H.G. Wells y afirmaba que

[...] la historia humana se vuelve cada vez más una carrera entre la comunicación y la catástrofe. El uso pleno de la comunicación en todas sus variadas formas es vital para asegurar que la humanidad tenga más que una historia: para asegurar que nuestros hijos tengan un futuro (MacBride et al, 1980: 18–19).

Al plantear en aquel célebre texto el marco para avanzar “hacia un nuevo orden mundial más justo y eficaz de la información y la comunicación”, la Comisión MacBride expuso ante el mundo la necesidad de “democratizar la comunicación”, reconociendo su importante papel en la participación a que tienen derecho todos los hombres en la determinación de la organización y el destino de la vida social.

Veinte años después, todos sabemos la suerte que corrieron tales propuestas y el desenlace que el debate de aquellos temas tuvo para la propia UNESCO, cuando se retiraron de su Asamblea General los países que en mayor proporción contribuían a financiarla, inconformes por la crítica del organismo a las estructuras y prácticas que obstaculizaban tal “democratización”.

No tiene caso, en este momento, revivir en detalle aquel episodio de una discusión que, sin embargo, actualizada, conserva la más alta pertinencia en la etapa presente de los procesos de globalización y mundialización de la cultura. Pero sí es indispensable remitirnos a las tensiones centrales que hace dos décadas y más, y desde entonces, han establecido los términos del debate político, económico, cultural y educativo sobre la comunicación, en su carrera contra la “catástrofe”.

«Catástrofe» puede parecer a primera vista un término inapropiado como alternativa de la comunicación. En español, esa palabra significa “acontecimiento imprevisto y funesto” y es sinónimo de «cataclismo» y de «desastre», un “suceso en que hay mucho daño o destrucción”; “se aplica también a una desgracia o un trastorno moral grave” y “se emplea mucho hiperbólicamente, aplicado a sucesos y también a una cosa muy mal hecha” (Moliner, 1992: 555). Opuestos estos significados a la «comunicación», se implica en esta un carácter constructivo y previsible, una acción que se sobrepone o adelanta a la adversidad o a la fatalidad, acepciones que no registran los diccionarios. Pero la carrera de la humanidad “entre la comunicación y la catástrofe” del Informe MacBride, se refiere sin duda a algo más que al significado literal: a la necesidad del diálogo reflexivo y respetuoso entre los diversos, en lugar de la imposición irracional de los intereses de unos sobre los demás; a la prevalencia de la razón sobre la fuerza; a la negociación y no a la dominación, *en y mediante* la comunicación.

En todo el Informe MacBride hay un fuerte sentido de “llamado a la cordura”, uno entre los muchos que caracterizaron a la época de la guerra fría y que, una vez pasada esta con la verdadera catástrofe sufrida por el mundo socialista, parece a muchos ingenuo y anacrónico. Sin embargo, los conflictos mundiales “en” y “mediante” la comunicación no han desaparecido en los últimos 20 años. Se han transformado ciertamente, pero la mayor parte de los problemas detectados se han exacerbado, aunque ahora se les identifique dentro del marco de la globalización. Por ello, la propuesta de Antonio Pasquali (1997) de “continuar elaborando una nueva moralidad y

nuevos modelos viables de comunicación que puedan ser apropiados universalmente”, es en extremo pertinente:

En cuanto terminó la crisis Este–Oeste, la coyuntura estructural Norte–Sur recuperó su dramático potencial, ahora sin coartadas. Es el mayor problema de nuestro tiempo; ninguna moralidad que realmente pertenezca a su propia época puede eludirlo. Vamos a tener que vivir con este problema lado a lado, entre tensiones de mayor o menor intensidad, porque le da el sentido final a los otros desafíos de hoy (demográficos, ecológicos, económicos, tecnológicos, de gobernabilidad y demás). Con el fin del conflicto Este–Oeste, también desaparecieron las barreras que obstaculizaron durante décadas una de las obligaciones morales primordiales de la humanidad, esto es, definir la teleología de una relación más equitativa entre los humanos, consolidando un solo mundo. Pero la noción de solidaridad y el generoso ideal postbélico de la “familia humana” permanece volteada al revés. En los últimos treinta años, la brecha entre la riqueza y la pobreza se ha multiplicado por cinco en el mundo: Tokio tiene más teléfonos que todo el continente africano, excluyendo a Sudáfrica; la proporción entre la mayor densidad de líneas telefónicas del mundo (Mónaco) y la menor (Chad) es ahora de 1,245 a 1; entre el correo más eficiente del mundo (Suiza) y el más ineficiente (Mozambique), de 5,515 a 1 (Pasquali, 1997: 26).

El argumento de Pasquali, hay que subrayarlo, va mucho más allá de la oposición “denuncista” a cualquier corriente de moda en el pensamiento sobre la comunicación. A lo que se opone en primer lugar su propuesta sobre “la dimensión moral del comunicar”, formulada en términos filosóficos críticos, es a la confusión, al reduccionismo y al desgaste semántico e ideológico que han sufrido los conceptos centrales para pensar el mundo y la comunicación. Más allá de las “hipersimplificaciones”, Pasquali aclara, por ejemplo, que “criticar la globalización compulsiva no significa rechazar la interconexión entre las diferentes formas del respeto mutuo. Eso introduciría una *con-*

tradictio in adjecto en el propio concepto del comunicar” (Pasquali, 1997: 25). El filósofo venezolano, cuya vehemencia y aportes críticos a la teoría y a las políticas de la comunicación por fortuna no han menguado desde los años sesenta, retoma y desarrolla los aspectos centrales de un pensamiento complejo, sistemático y profundo que no solo permita *comprender la comunicación* (Pasquali, 1974) sino a través de ella y su sentido, el mundo en el que vivimos. Con él,

[...] podemos ahora decir con confianza que la ciencia comunicativa, la sociología y otras ciencias humanas, la filosofía moral y la filosofía del lenguaje han acumulado tantos recursos conceptuales y empíricos, han elaborado tantas proposiciones normativas sobre puntos comunes, que abordar el proyecto de una moralidad de la comunicación parece viable hoy en día (Pasquali, 1997: 44).

Desde ahí, y solo desde ahí, desde el fundamento filosófico, pueden plantearse con seriedad los principios básicos de una ética de la comunicación, un sistema de postulados universales articulados y consistentes ontológica y epistemológicamente con las moralidades reales, es decir, con las mediaciones culturales, históricas y diversas, de lo que es “no–negociable” para la humanidad. Pero el problema es complejo: supone identificar valores universales, núcleos de sentido transculturales, en la acepción más fuerte del término. Aunque sin duda se trata de un proyecto urgente de emprender y que ocupa a muchos filósofos en todo el mundo.

Hay aportes notables en esa dirección en el libro editado por Clifford Christians y Michael Traber (1997), *Communication ethics and universal values* (*Ética de la comunicación y valores universales*), donde se despliega una exploración multicultural de los problemas fundamentales, en la construcción teórica y en la aplicación práctica, para analizar y orientar el sentido de la comunicación *en y entre* las sociedades contemporáneas. En ese libro se incluyen, además de la contribución ya citada de Antonio Pasquali, capítulos firmados por el colombiano Gabriel Jaime Pérez y el brasileño Pedro

Gilberto Gomes, entre un total de 19 autores de distintas nacionalidades. Su participación expresa la importancia de la reflexión ética sobre la comunicación desde Latinoamérica y equipara sus perspectivas con las provenientes de otros continentes, pero esto no significa que sus propuestas correspondan a las prácticas de referencia sino, como en los demás casos, evidencien más bien lo contrario.

Pasquali, Pérez y Gomes son tres profesores largamente asociados a las escuelas de comunicación. No hacen filosofía al margen de las prácticas académicas de la investigación y de la formación profesional en las universidades latinoamericanas. Sus propuestas, como las de otros destacados profesores e investigadores especializados en otros campos del conocimiento, implican una articulación que pocas veces ha tenido repercusión práctica y que, sin dejar de actualizarse y refinarse de manera crítica en el plano discursivo, difícil y muy lentamente permea al campo de la formación de comunicadores, donde las inercias parecen resistir todo intento de reestructuración. Este es un problema crítico, al que la FELAFACS se ha enfrentado en sus ya casi dos décadas de existencia, y que ha multiplicado los debates, sin que parezca cercano algo parecido a una solución.

Si no fuera por el desgaste de la fórmula, se diría que hay una creciente brecha entre la teoría y la práctica no solo de la comunicación en la sociedad sino de la formación universitaria de profesionales de la comunicación. En ambos planos, hace falta formular con mayor precisión las preguntas y compartir las responsabilidades en un horizonte amplio, tarea para la cual podría servir como orientación la síntesis de Gabriel Jaime Pérez:

Una ética integrada de la comunicación social no impone una moralidad de normas ni una deontología de instrucciones. La ética profesional no puede restringirse a normas, instrucciones o códigos. Esto no implica que no sean necesarios los códigos o los análisis de casos, que son útiles en la medida en que evitemos caer en la casuística. El enfoque adecuado debe ser una formulación ética que genere las preguntas básicas desde una

perspectiva global y las plantee en los contextos sociales y culturales concretos donde tienen lugar los procesos de comunicación (1997: 168).

En los contextos sociales y culturales latinoamericanos, en sí mismos muy diversos, las preguntas básicas que puedan considerarse en suma como las definiciones esenciales de la comunicación como *proyecto social*, incluyen según Pérez al menos tres ejes de acción: “la comunicación para la verdad, la libertad y la justicia; la comunicación que respete las identidades culturales; y la comunicación para la paz” (1997: 168). Pero la cuestión clave está en los procesos de construcción de los consensos sobre el significado concreto de estos enunciados y la convergencia en torno a ellos de los múltiples agentes sociales. Entre ellos, ciertamente, hay evidencias históricas más que elocuentes de que las universidades, los profesionales y las empresas del sector están lejos de alcanzar tales consensos, o siquiera de estarlos buscando. Esta es una tarea teórica que resulta determinante para reformular la fundamentación conceptual y práctica de los referentes profesionales y socioculturales de los estudios universitarios de comunicación.

La comprensión de la comunicación como desafío

Así como Pasquali refiere como un desafío primordial el desgaste semántico e ideológico que han sufrido los conceptos centrales para pensar el mundo y la comunicación, otros autores influyentes asocian también este problema a sus propuestas más recientes, pues sin términos precisos la discusión productiva y la evaluación de las acciones son simplemente imposibles. En una sesión especial del IX Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social realizado en Lima en 1997, Miquel de Moragas lo señalaba así de entrada:

Dentro del conjunto de problemas que vamos a plantear sigue habiendo uno permanente, que cambia en cada etapa histórica, y que seguramente en ésta cambia de una manera más acusada: qué hacemos con la teoría. Se

trata de ver cómo avanza la teoría, cómo plantea la teoría los problemas nuevos y cómo afronta los problemas viejos a la vista de experiencias que se han ido renovando. Propondría solamente un ejemplo: el concepto mismo de “comunicación globalizada”, que luego que lo utilizas dos o tres veces te das cuenta que es en sí mismo una trampa, que se rompe enseguida, que es un concepto que tienes que ir redefiniendo y reinterpretando. Nos enfrentamos a una serie de problemas importantes de teorización ante los antiguos fenómenos de siempre y los fenómenos que son nuevos (De Moragas *et al*, 1998: 3).

Aunque los interlocutores de De Moragas en esa ocasión (Néstor García Canclini, Jesús Martín Barbero, Armand Mattelart, Eliseo Verón, Martín Hopenhayn y Rossana Reguillo) han atendido con insistencia y aportado a esa redefinición teórica desde sus respectivos campos de investigación, fue quizá De Moragas quien planteó de una manera más clara las implicaciones de lo que llamó “un momento de vacío en la teoría de la comunicación” en relación con el tema de la sesión: *La investigación y formación en comunicaciones en la era de la globalización*. En ese terreno, “tenemos experiencia anterior y hemos de saber reinterpretarla” en el trabajo universitario (De Moragas *et al*, 1998: 17). No obstante,

El problema es que las Facultades de Comunicaciones están empezando a olvidar el sector de las humanidades y buscan la práctica sobre cosas muy efímeras, que son las del ejercicio profesional. Entonces, los estudiantes optan por la centralidad de la comunicación que [...] no significa de ninguna forma que haya emergido o emerja una comunicología. Cuantos más años me dedico a estudiar la comunicación, menos comunicólogo me siento y menos confío en la comunicología y más me doy cuenta de que necesito un trabajo muy creativo de carácter pluridisciplinar. Al mismo tiempo, hay que tener un grado de humildad teórico-epistemológica acudiendo a las ciencias sociales, pero aportando, por ejemplo, a la historia y a la antropología un tema, un sujeto, que jamás fue estudiado

por ellas, por qué no decirlo. En suma, tenemos aquí una teoría un poco particular, que es la de no querer construir la disciplina, pero atesorando un objeto de máxima importancia, que sigue teniendo la importancia que antes tenía para la política, para la democracia, para la cultura y que ahora la tiene además en otros ámbitos y niveles. Esta es la complejidad de nuestro objeto de estudio (De Moragas *et al*, 1998: 18).

Por su parte, Jesús Martín Barbero atribuye el problema central a la “inflación” del concepto «comunicación», que se ha vuelto un “comodín”, lo que hace “imposible no sólo recortar las figuras profesionales, sino los objetos de investigación”, independientemente de que en América Latina el estudio de la comunicación debe mucho a que las ciencias sociales la han considerado un objeto estratégico.

Es decir, creo que el vacío deriva en gran medida de esa inflación, que sólo tiene como alternativa la propuesta de los norteamericanos de convertir las comunicaciones en una disciplina, es decir en un territorio académico que pueda competir con cualquier otro territorio académico, lo cual no me parece para nada la solución, porque ahí de una u otra manera se está soslayando algo que viene desde atrás, que son las dimensiones sociales del fenómeno (Martín Barbero, en De Moragas *et al*, 1998: 22).

Hay entonces una necesidad evidente de revisar las propias articulaciones universitarias del campo de la comunicación, en especial la creciente divergencia entre los avances de la investigación académica, minoritarios y limitados si se quiere, pero críticos y abiertos a “las dimensiones sociales del fenómeno” en muchos casos, y las inercias de la formación profesional, que ha crecido sin medida y se ha convertido para la mayor parte de los estudiantes en una “nebulosa” conceptual, es decir, en un conjunto incoherente de postulados que poco tienen que ver con las prácticas sociales profesionalizadas contemporáneas. Néstor García Canclini atribuye el escaso reconocimiento y la baja competencia profesional en muchas de las áreas de la comunicación

a la ausencia de una formación rigurosa en investigación en ellas y propone “redefinir los perfiles curriculares en función de las profesionalizaciones pertinentes”.

No sé cuáles son [...] pero debe haber algunos campos profesionales de aplicación del trabajo específico y se debe profesionalizar la investigación. Los campos disciplinarios que se establezcan luego de una productividad constante deben ser campos en donde la investigación esté profesionalizada (García Canclini, en De Moragas *et al*, 1998: 35).

De nuevo, desde el punto de vista de los investigadores, la investigación se revela como un elemento central para la articulación de los programas de formación profesional. En una reflexión reciente sobre la investigación de la comunicación en América Latina, centrada sobre el debate acerca de las condiciones impuestas por la “modernidad” y la lógica de mercado, recuperé de las posturas de varios investigadores muy destacados la urgencia de una reafirmación ética de los estudios sobre la comunicación, en

La búsqueda prioritaria [...] [de] un marco de interpretación que, por una parte, reintegre conceptual y metodológicamente la diversidad política, cultural y existencial de los agentes de la comunicación, y por otra permita imaginar las dimensiones de la acción comunicativa en términos constitutivos y no sólo instrumentales de las prácticas sociales (Fuentes Navarro, 1999c: 59).

Además de proponer algunas pautas metodológicas en ese sentido, en ese trabajo retomé también la discusión sobre las estrategias de institucionalización del campo académico y sus opciones de disciplinarización, probablemente una de las condiciones estructurales básicas para explicar la desarticulación “congénita” entre investigación, enseñanza y profesiones de la comunicación.

Ese debate está aún en plena fase de desarrollo y es un signo alentador que se retome en las publicaciones y en los foros académicos latinoamericanos, puesto que no se trata de alguna clase de “anomalía” regional sino de un problema central en todas partes. En Estados Unidos el debate sobre el campo de la comunicación y su disciplinarización lleva ya varias décadas en proceso y ha permitido problematizar muchos de los supuestos en que no solo se fundamentó su institucionalización en ese país sino también en todos aquellos a los que se exportó su modelo, como los latinoamericanos.

Un buen ejemplo de la profundidad que ha alcanzado ese debate es el trabajo de Timothy Glander (2000) sobre los *Origins of mass communications research during the American cold war. Educational effects and contemporary implications* (*Orígenes de la investigación de la comunicación de masas durante la guerra fría norteamericana, sus efectos educativos e implicaciones contemporáneas*), un estudio histórico realizado desde el campo de la educación. En medio de la gran cantidad de revisiones históricas del campo disponibles en Estados Unidos, este trabajo de Glander tiene la particularidad de cuestionar las bases de la *divergencia* inducida entre los estudios de comunicación y los de educación.

La educación y la comunicación están fundamentalmente vinculadas, inescapablemente afiliadas en la teoría y en la práctica. Los filósofos de la educación, de Sócrates a Dewey y Freire, lo han reconocido así y han tratado de clarificar esta relación. La educación y la comunicación no pueden ser separadas, aunque nuestras disposiciones académicas presentes hagan creer que pueden ser segregadas. La organización contemporánea del conocimiento sugiere que educación y comunicación son fenómenos distintos, que pueden ser estudiados y practicados en aislamiento mutuo. Este libro cuenta parte de la historia de cómo y porqué ocurrió esta división, qué ocasionó el divorcio, y cómo afectó la emergencia y [el] crecimiento del nuevo campo de la comunicación a los asuntos educativos en el siglo XX. El objetivo primordial es recuperar una comprensión que señale la conexión esencial entre comunicación

y educación y sea capaz de develar los intereses que se han beneficiado con su separación (Glander, 2000: x).

A diferencia de muchas de las historias del campo de la comunicación escritas desde su “interior”, la obra de Glander interpreta las decisiones que guiaron su institucionalización en el contexto de la segunda guerra mundial en un sentido estrictamente político, en relación con la disyuntiva entre «educación» y «propaganda». Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance de los mecanismos propagandísticos, y no de los educativos, y de conseguirse no solo los apoyos políticos y financieros sino también la legitimación académica de la investigación con este sesgo, la separación quedó establecida y el modelo consolidado, primero en Estados Unidos y luego en el resto del mundo. La revisión de las trayectorias profesionales y las publicaciones de los fundadores del campo, en especial Wilbur Schramm, permite documentar la hipótesis y abrir de nuevo preguntas cruciales, como por ejemplo las que tienen que ver con los efectos sociales de la televisión, que tienen una explicación obviamente muy distinta si se los interpreta desde la consideración de la comunicación como propaganda o como educación.

En términos de la formación de profesionales de la comunicación, estos cuestionamientos tienen una alta relevancia, porque en palabras de Glander exigen revisar a fondo “el universo de discurso en el que crecimos” (2000: 179–201) y que a pesar de los esfuerzos de muchos de autores más críticos del campo, tiene una inercia ideológica terriblemente tenaz. La propuesta de “releer y reescribir la historia de nuestro campo” para la renovación de su utopía (Fuentes Navarro, 1999c), debe incluir de manera prioritaria a sus programas educativos, donde es urgente una reconsideración en profundidad de los supuestos básicos sobre las “profesiones de la comunicación”, cuestión que va mucho más allá de las “condiciones del mercado”, que no pueden comprenderse fuera de una perspectiva histórica y sociocultural amplia. Si como concluyen Armand y Michèle Mattelart (1997) su libro sobre la *Historia de las teorías de la comunicación*, “la libertad política no se puede

resumir en el derecho a ejercer uno su libertad. Reside también en el derecho a dominar el proceso de formación de esa voluntad”, la comprensión de la comunicación como ejercicio social es una tarea central en nuestros días, de la cual los comunicadores no pueden quedar al margen:

Todo mediador está hoy afectado por el positivismo gestor, ese nuevo utilitarismo que estimula la búsqueda de instrumentos epistemológicos que permitan neutralizar las tensiones a través de soluciones técnicas. Los saberes sobre la comunicación no escapan a esta tendencia. Son cada vez más perceptibles los efectos del incremento de poder de los discursos de peritación, consecuencia de la acrecentada “puesta en bastidores” de las actividades de comunicación y cuya función explícita consiste en legitimar estrategias y modelos de organización empresariales e institucionales. La investigación administrativa no es, desde luego, nueva en los Estados Unidos. Pero su generalización es inédita y va pareja con la liberalización del modo de comunicación. El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación. De ello resulta que el campo en su conjunto experimenta cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental y conquistar una verdadera legitimidad como objeto de investigación en su integridad, tratado como tal, con el distanciamiento indisociable de una gestión crítica (Mattelart y Mattelart, 1997: 126).

El desafío central de la formación de profesionales de la comunicación, hoy como antes, comienza a formularse a partir de la renovación de la comunicación como proyecto social.

La mediación profesional de la comunicación

La experiencia, más que la historia, de las escuelas de comunicación en México y América Latina se resume en el reto nunca superado de la anticipación al desarrollo de la comunicación social, en especial la vehiculizada a través

de los medios de difusión masiva, los que siendo solo un pequeño sector de los objetos de estudio construibles como pertinentes socioprofesionalmente han sido priorizados casi en exclusiva, a veces por la intromisión de intereses extraacadémicos en las universidades, a veces por falta de previsión histórica, y la mayor parte de las veces por la incapacidad de compensar con trabajo intelectual socialmente comprometido estas y otras determinaciones.

En medio de esta crisis, de esta transición histórica y de esta transformación necesaria del pensamiento en que vivimos (Ortiz, 1999; Wallerstein, 1998a), me atrevo a reafirmar la creencia de que el futuro de nuestro futuro depende en esencia del resguardo y reforzamiento del carácter universitario de nuestro trabajo, que no solo tiene a la comunicación como objeto de estudio sino como instrumento y vehículo fundamental. Es decir, que de la comunicación universitaria presente depende el futuro del estudio de la comunicación. Y para calificar esa comunicación presente, para evaluarla y orientarla, tenemos hoy sin duda mejores recursos que en el pasado, a pesar de todo lo que hemos perdido. Pero tenemos también sin duda mayores obstáculos que superar que en cualquier otro tiempo, comenzando por los que nos hemos autoimpuesto, como si no fueran suficientes los que provienen del entorno y de la historia.

En una de sus muy lúcidas reflexiones sobre la comunicación y su campo académico en América Latina, Jesús Martín Barbero formuló hace años el reto de la transformación de los comunicadores, desde las escuelas universitarias, de «intermediarios» a «mediadores»:

El comunicador que conocemos *vive de* la división entre emisores y receptores, productores y consumidores, creadores y públicos. División que con frecuencia es asumida como si ella formara parte de la “naturaleza de la cultura” y no de la división social y la lógica del mercado. A partir de ese presupuesto el comunicador define su función de intermediario consistente en establecer relaciones entre actores o ámbitos que se afirman separados [...] El intermediario se instala en la división social, y en lugar de trabajar por disolver las barreras que alzan y refuerzan las múltiples

formas de la exclusión sociocultural, defiende su oficio: el de establecer una comunicación que mantenga a cada cual en su posición, una comunicación en la que los creadores no vayan a perder su distancia y el público su pasividad. Porque de lo contrario el que pelagra es él. Paradójico oficio el de un “comunicador” al que la lógica mercantil acaba convirtiendo en su mejor cómplice, al reducir su tarea a la de empaquetador de productos culturales o lubricador de los circuitos del mercado.

De donde parte el trabajo del *mediador* en la cultura es de hacer explícita la relación entre diferencia cultural y desigualdad social. No de la reducción de la diferencia a desigualdad, sino de la imposibilidad de pensarlas completamente por separado en nuestra sociedad. Ubicado en esa perspectiva, el comunicador des-cubre que la difusión de una obra o la comprensión del sentido de una práctica no tiene como únicos límites la densidad o complejidad del texto sino la *situación de lectura*, y la imbricación en ella de factores sociales no puramente culturales. Asumir esa perspectiva no va en modo alguno en detrimento de la especificidad de la información o del trabajo cultural, es más bien asumir que esa especificidad no está hecha sólo de diferencias formales sino también de *referencias a los mundos de vida y a los modos de uso* (Martín Barbero, 1990: 13–14).

En muchos sentidos, esta propuesta de Martín Barbero es utópica, pero se pueden citar algunas aproximaciones empíricas a su práctica. La comunicación como interacción libre entre sujetos sociales que participan consciente y responsablemente en la construcción de un consenso, de un sentido común en un entorno que tiende en el sentido opuesto, es un no-lugar, que recuerda de forma inevitable el concepto de «acción comunicativa» de Habermas (1989): un modelo ideal de enorme potencial práctico para entender y para usar críticamente la comunicación y sus recursos. Desde ahí se puede afirmar al menos que descubrir en otros y desarrollar en uno mismo esa capacidad es lo que da sentido universitario al estudio de la comunicación y a su ejercicio profesional, pues esa capacidad es condición indispensable para la articulación de un proyecto social alternativo al vigente.

Sobre esa base, y en un contexto en que las opciones parecen cerradas para muchos de los habitantes de nuestras escuelas de comunicación, se podría rediscutir la idea de que el comunicador cuyo futuro tiene futuro es el que en el presente desarrolla su capacidad de *dominar el lenguaje*: hablar, escuchar, leer y escribir para ubicarse en el entorno sociocultural; que desarrolla su capacidad de *controlar la información*, sus códigos y canales de producción y circulación social; que desarrolla su capacidad de *relacionar los medios con los fines*, es decir, de vincular necesidades y satisfactores de comunicación mediante el uso apropiado de los recursos disponibles, y que desarrolla su capacidad para *operar educativamente* la comunicación, o en otras palabras, para hacer participar a los sujetos sociales, de manera consciente e intencionada, en la transformación de sus condiciones concretas de existencia a través de la apropiación crítica de sus prácticas mediante la comunicación.

La elaboración de “una nueva moralidad y nuevos modelos viables de comunicación que puedan ser apropiados universalmente”, como lo propone Antonio Pasquali, y una “ética integrada que genere las preguntas básicas” de acuerdo con Gabriel Jaime Pérez, pasan necesariamente por una reformulación conceptual radical del hacer comunicativo: en el plano teórico, como lo señala Miquel de Moragas, y en el plano de los perfiles profesionales, según Jesús Martín Barbero, sin ignorar las condiciones de la profesionalización de la investigación, al decir de Néstor García Canclini, y del problema de la disciplinarización de los saberes sobre la comunicación, que parece ser un obstáculo institucional amplia y crecientemente reconocido para la renovación universitaria del proyecto social de la comunicación.

Por ello, se puede concluir la presente reflexión sobre la formación universitaria de profesionales de la comunicación con un intento de reconceptualización de la educación y la comunicación, hasta ahora campos disciplinarios separados y divergentes, y cuya rearticulación en la práctica universitaria es ineludible.

Más allá de la identificación comunicación–propaganda operada en el origen del campo, según Glander, la comunicación y la educación son, al final, nombres genéricos para proyectos, o tipos de proyectos socioculturales,

en los que los sujetos creen y por los que luchan en la práctica cotidiana. Educar o hacer emerger del sujeto las manifestaciones de su autotrascendencia, y comunicar o poner en común los significados y el sentido de lo que sucede en el entorno, son acciones necesariamente intersubjetivas. Nadie se educa solo, nadie se comunica consigo mismo. Ambas acciones son también, por ello, vectores primordiales de la socialización y de la construcción social de las identidades de los sujetos, como es el caso en los procesos de formación profesional universitaria.

Comunicación y educación son procesos dialécticos, mediante los cuales al mismo tiempo se estructuran los individuos, las comunidades y la sociedad que los contiene. En gran medida, son procesos simbólicos, mediados primariamente por el lenguaje, constitutivos básicos de las tramas culturales que le dan forma específica, desde un tiempo y un lugar determinados, a las relaciones del hombre con el mundo. En ese sentido elemental, la educación y la comunicación son los mecanismos sociales por los que se genera y reproduce de forma constante la cultura, sistema de sistemas de significación y valoración convencionalmente adoptados para interpretar la vida en todas sus dimensiones. Son también, desde el punto de vista del individuo, los mecanismos que hacen posible socialmente la operación de los procesos de “asimilación y acomodación” que Piaget (1971) postulaba como constitutivos de los equilibrios dinámicos de la inteligencia.

En este plano, en el que confluyen en lo conceptual la génesis de la estructuración social, de la cultura, del lenguaje, de la identidad y de la inteligencia, no hay en realidad problema alguno para fundamentar una sólida e inseparable relación dialéctica entre comunicación y educación, entre cultura y aprendizaje, entre socialización e individuación. Las dificultades comienzan cuando en este esquema abstracto se introducen las consideraciones históricas, es decir, las densas y complejas configuraciones que las sociedades concretas han impuesto en el tiempo y en el espacio a procesos tan importantes como la comunicación y la educación.

Hay al menos dos condiciones ineludibles al pasar a este plano: la educación y la comunicación no son procesos abstractos que realicen individuos

ideales sino prácticas específicas de sujetos concretos, concretamente socializados, y la estructura social consiste en un sistema de posiciones desniveladas y diferenciadas. Además, ni la educación ni la comunicación son procesos espontáneos, ajenos a la normatividad social; por su propia importancia, hace mucho que están institucionalizados. Muchos de los discursos sobre las relaciones entre comunicación y educación caen en esta doble trampa: reducen la educación a la escuela y la comunicación a los medios de difusión, y plantean sus relaciones como si las instituciones y las personas que las habitan fueran entidades ideales. Y, como es obvio, no existen ni pueden existir instituciones educativas o comunicativas, o personas que operen unas u otras, que actúen en abstracto.

Cuando se piensa, por ejemplo, en la educación como la enseñanza de contenidos o en la comunicación como la transmisión de mensajes, lo que se representa es el esquema mecánico y burocrático, impersonalizado, que la configuración institucional predominante ha impuesto a estos procesos socioculturales. Es pensar el mundo sin sujetos, es reducir a los individuos a engranajes de una maquinaria en la que solo deben obedecer lo que se les ordena, asimilar lo que se les impone, responder a lo que se les pregunta y acatar ese estado de cosas como si fuera natural, o al menos inevitable, como los proyectos propagandísticos de la primera mitad del siglo XX. Según la más elemental lógica, entre las ideas abstractas de lo que es la educación o la comunicación, o peor, de lo que *deben ser*, y esos esquemas reduccionistas, no hay la mínima consistencia.

Puede cambiarse entonces el sentido del esquema, aunque no se complejice lo suficiente en un primer momento. A la idea de que la enseñanza de contenidos o la transmisión de mensajes son los núcleos centrales de la acción educativa o de la acción comunicativa, habrá que oponer la idea de que el aprendizaje de métodos y la interpretación de discursos son lo primordial. Es como cambiar el concepto de un mercado dominado por la oferta por un mercado dominado por el consumo, donde el cliente, y no el productor, es el que “manda”. Cuando se trata de la valorización económica de mercancías, el esquema puede ser muy útil, pero ni siquiera en el co-

mercio de productos materiales las relaciones son tan simples. Sin embargo, pensar en que el “destinatario” de las acciones educativas o comunicativas es un sujeto capaz de valorar lo que necesita y de controlar de manera responsable la interacción que supone el obtenerlo, en especial si se trata de un conjunto de competencias simbólicas, ayuda a reconocer la complejidad de los sistemas involucrados, tanto dentro como fuera de las instituciones formales especializadas.

Así, ciertos principios epistemológicos constructivistas, emergentes en la ciencia social contemporánea y opuestos a los postulados funcionalistas todavía prevalecientes, proponen, “primero, considerar a los seres humanos como entes cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con otros; y tercero, como interventores moralmente responsables, si no es que creadores, de las mismas realidades sociales en las cuales acaban viviendo” (Krippendorff, 1994: 48). En otras palabras, si los analistas y operadores de la educación y la comunicación institucionalizadas se asumen como agentes socioculturales, esto es, en la práctica, como intérpretes de lo que los sujetos destinatarios hacen cuando generan aprendizaje y cuando producen sentido, podrán de una mejor manera reorientar y reenfocar los recursos de que disponen para que la “enseñanza” y la “emisión” faciliten el aprendizaje y la interpretación más pertinentes y significativos.

No se propone con esto subvertir las instituciones, aunque un proyecto como ese no sería del todo despreciable. Tampoco ignorar los condicionamientos que, desde el entorno social, desde las instituciones y desde los mismos sujetos, limitan los alcances de las prácticas educativas y comunicativas. No se trata tampoco, ni mucho menos, de desechar los aprendizajes y las experiencias acumulados, las intuiciones y las competencias prácticas con que se operan de forma cotidiana los procesos de educación y de comunicación. Lo que se propone construir es una estrategia de readecuación de esquemas conceptuales, que deben complejizarse y flexibilizarse si se busca comprender y aprovechar la convergencia de la educación y de la comunicación en la práctica. Esa convergencia no puede estar ni en las instituciones, ni en el entorno social, ni en el equipamiento tecnológico: está en los sujetos que

interactúan o no está en ninguna parte, excepto quizá en los deseos o en los modelos teóricos más abstractos.

La construcción de competencias para el aprendizaje como eje de los procesos educativos supone un modelo centrado en ciertas modalidades específicas de relación de los sujetos humanos con el conocimiento, en las cuales se constituyen y transforman mutuamente los sujetos y sus objetos de conocimiento. Pero el “conocimiento”, desde este punto de vista, es una trama de esquemas o sistemas de significación socialmente construidos y subjetivamente incorporados como estructuras complejas de representaciones cognoscitivas de aspectos significativos de la realidad. Más que los “contenidos” específicos de esas representaciones, importa destacar las reglas y los esquemas generativos de la significación y de la valoración de esos contenidos. El conjunto de estas reglas y esquemas generativos constituye la cultura y el equilibrio dinámico de sus incorporaciones individuales, la inteligencia.

Si esto es interpretable así, el conocimiento apropiado por el sujeto define las competencias operativas específicas de cada individuo para interpretar su entorno y dirigir la acción sobre él. Estas “competencias” están socialmente determinadas y por lo tanto son el “objeto de transformación” de las prácticas educativas institucionalizadas. De ahí que las cuatro “capacidades” o competencias anotadas como centrales para la formación universitaria de los profesionales de la comunicación, exijan a su vez su empleo como recursos reflexivos en la propia enseñanza: dominar el lenguaje para ubicarse en el entorno sociocultural; controlar la información, sus códigos y canales de producción y circulación social; relacionar los medios con los fines, en una perspectiva ética, y operar educativamente la comunicación, como mediación constitutiva de un proyecto social *en y mediante la producción social de sentido*.

Democracia y comunicación: la construcción universitaria de un proyecto social*

“Tramposas las palabras, tercas”. Así comenzaba la conferencia magistral de Daniel Prieto Castillo en el primer Encuentro Nacional del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) (1982), hace más de 20 años. “Trampa maravillosa las palabras, tercas celadas en las que nos hemos empecinado en caer gozosamente”. Pero, “limpias, también, las palabras, agudas, certeras, capaces de abrir caminos donde no existen, de forjar el encuentro entre dos seres, o de uno consigo mismo; de ayudar en la infinita tarea de comprender algo de nuestra propia realidad” (Prieto Castillo, 1984: 19).

Ya bien entrado el siglo XXI, aquella cruzada emprendida por Daniel Prieto contra el “teoricismo”, contra “el uso de la palabra tramposa en nuestro campo”, contra el intento “de ocultar una situación mediante las palabras [y] el de pretender meter la situación en el marco que imponen las palabras”, no solo no ha dejado de ser necesaria sino que debería de extenderse a otros frentes: a las tramposas y tercas imágenes, a las tramposas y tercas instituciones, a los múltiples tramposos y tercos obstáculos que nos estorban en la “infinita tarea de comprender algo de nuestra propia realidad” (Prieto Castillo, 1984: 19–20).

* Ponencia en el XI Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social (Mesa de trabajo sobre Formación del comunicador para la democracia), Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), San Juan, Puerto Rico, octubre de 2003. Publicada en Álvarez Curbelo (2005).

Comunicación y democracia: la dimensión semántica

Trabajar con respeto las palabras (y habría que agregar, y las imágenes, y las instituciones...) y hacerlas “capaces de abrir caminos donde no existen” para “ayudar en la infinita tarea de comprender algo de nuestra propia realidad” es sin duda el núcleo central de sentido de cualquier perfil socioprofesional del comunicador universitario. La experiencia debería habernos enseñado que ninguno de los muchos problemas de la formación del comunicador puede siquiera plantearse, y menos aún resolverse, sin enfrentar con toda claridad y solvencia esta cuestión. De manera que antes de hablar de “democracia” y de “comunicación”, o de la “formación de comunicadores”, es necesario limpiar un poco, con todo respeto, las palabras.

Y al hacer eso, es inevitable recuperar la manera en que lo hacía, hace muchos años, Raymond Williams. Él mismo narró cómo, en el proceso de elaboración de su clásico *Cultura y sociedad*, terminado en 1956, fue preparando el “vocabulario” que incluiría como apéndice y que solo se publicó 20 años después, para convertirse en otro clásico de los estudios culturales: *Palabras clave*, ambas obras por fortuna publicadas en español (Williams, 2000 y 2001). La lección me parece crucial:

Palabras Clave [...] no es un diccionario ni un glosario de un tema académico en particular [...] Se trata, antes bien, del registro de una investigación sobre un *vocabulario*: un cuerpo compartido de palabras y significados en nuestras discusiones más generales, en inglés, sobre las prácticas e instituciones que agrupamos como *cultura y sociedad*. Mi tarea [...] consistía no sólo en recolectar ejemplos y buscar o revisar determinados registros de uso, sino analizar, en la mayor medida posible, algunas de las cuestiones y problemas presentes dentro del vocabulario, ya fuera en palabras individuales o en agrupamientos habituales. Las llamé *Palabras clave* en dos sentidos conexos: son palabras significativas y vinculantes en ciertas actividades y su interpretación; son palabras significativas

e indicativas en ciertas formas de pensamiento. Algunos usos enlazaban algunas formas de ver la cultura y la sociedad, principalmente en estas dos palabras muy generales. Algunos otros me parecían abrir, en la misma área general, cuestiones y problemas de los cuales era preciso que todos fuéramos mucho más conscientes. Notas en una lista de palabras; análisis de ciertas formaciones: éstos fueron los elementos de un vocabulario activo, una manera de registrar, investigar y presentar problemas de significado en el área en que se formaron los significados de *cultura* y *sociedad* (Williams, 2000: 19–20).

Para quienes tratamos de “comprender algo de nuestra propia realidad” con la comunicación como eje de una perspectiva sociocultural, es indispensable reconocer, como Williams, que “palabras que parecen haber estado ahí durante siglos, con significados generales permanentes, en realidad han llegado a expresar significados e implicaciones de significado radicalmente diferentes o radicalmente variables, aunque a veces apenas advertidos” (Williams, 2000: 21). En especial, habría que considerar que las palabras clave son parte de un idioma y como tal de una “formación”.

Dice Williams que

[...] si bien algunos desarrollos clave, hoy de importancia internacional, se produjeron por primera vez en inglés, con muchos no sucedió lo mismo y en definitiva sólo pueden entenderse cuando se apela a una comparación coherente con otros idiomas. Los lectores deben advertir y recordar esta limitación en mis notas y artículos [Es obvio que pocos, si acaso alguno, de los desarrollos clave con los que trabajamos, fueron pensados en español. Y si] los significados originales de las palabras son siempre interesantes [...] pero lo más interesante es a menudo su variación ulterior (Williams, 2000: 24).

Cobra especial relevancia teórica el modo de apropiación de las palabras, y los conceptos que nombran, mucho más allá de su traducción, una vez transpuestas en otro idioma, ante otra historia, y en relación con otra tradición.

Estas y otras precauciones son indispensables para proceder a esa necesaria “limpieza” y clarificación del uso de las palabras con las que pensamos y discutimos nuestra realidad sociocultural, es decir, con las que actuamos sobre ella, con las que la constituimos. Está por demás recalcar la prioridad de este respeto por el rigor en el trabajo académico y en la formación universitaria de profesionales, pues la universidad es, o debería ser, la institución social especializada en impulsar una comprensión de la realidad apropiada y crítica, no la reproducción de los usos cotidianos de las palabras, las ideas y las prácticas que constituyen, en buena medida de forma irreflexiva, esa “realidad”. Está por demás también insistir en las consecuencias que implica esta condición cuando lo que se nombra, y se comunica, es la propia comunicación. Y también, por supuesto, está por demás subrayar el carácter estratégico de esta operación intelectual en el contexto de la “globalización”, desde América Latina.

Una de las palabras clave que Raymond Williams consideró centrales en el pensamiento sobre la cultura y la sociedad es «democracia», de la que dice de entrada que “es una palabra muy antigua, pero sus significados siempre fueron complejos” (Williams, 2000: 94). El “hecho histórico más sorprendente” es que, “salvo ocasionales excepciones”, “fue hasta el siglo XIX un término fuertemente desfavorable y recién entre finales de ese siglo y principios del XX una mayoría de los partidos y corrientes políticas se unieron en su declaración de fe en la *democracia*” (Williams, 2000: 95), dejando en segundo plano la discusión sobre la naturaleza del *pueblo*, multitud o nación, y sobre la imposición de los intereses y fines de unos sobre otros. Dice Williams que

No hay cuestión que sea más difícil que las de *democracia*, en cualquiera de sus sentidos básicos. El análisis de las variaciones no las resolverá, aunque a veces puede aclararlas. A los sentidos positivos opuestos de

las tradiciones socialista y liberal tenemos que agregar [...] innumerables distorsiones conscientes: la reducción de los conceptos de *elección*, *representación* y *mandato* a formalidades deliberadas o meras formas manipuladas; la degradación del concepto de *poder popular* o gobierno en favor de los *intereses populares* a consignas nominales que encubren el imperio de una burocracia o una oligarquía. A veces parece que sería más sencillo creer en la democracia o defenderla si el cambio del siglo XIX no se hubiera producido y se tratara todavía de un término desfavorable o faccional. Pero esa historia ha ocurrido y la gama de sentidos contemporáneos es su registro confuso y aún activo (2000: 98).

El análisis semántico y la puesta en historia de Williams permiten reconocer la cercanía y la dificultad de distinción entre «democracia» y «demagogia». Si el primer término está orientado por la idea del gobierno “del, por y para el pueblo”, directa o representativamente ejercido, el segundo lo está por la de conducción o agitación, a veces subversiva y a veces dictatorial. Las distorsiones y reducciones semánticas provenientes de los siglos XIX y XX, que nos han hecho adoptar predominantes sentidos positivos aunque confusos de “democracia” en la conciencia ordinaria, no han disminuido la carga negativa asociada a la “demagogia”. Más allá, entonces, del valor de la presencia de elecciones de los gobernantes, o incluso de la vigencia de los derechos ciudadanos asociados a la democracia, la comprensión del sentido de esta palabra, para determinar sus referentes prácticos, exige un esfuerzo adicional al de su mera enunciación, que muy probablemente desplace su sentido hacia el de “demagogia” o manipulación.

Habría que pensar en la gran variedad de esquemas demagógicos que los medios, los partidos y otros agentes políticos hacen pasar por “democráticos” en nuestros espacios públicos, sobre todo pero no en exclusiva en épocas electorales, cuando los mensajes más obviamente persuasivos y manipuladores inundan los espacios urbanos y mediáticos. Aquí conecta otra palabra clave en el mundo contemporáneo: «comunicación», sobre la que Williams anota:

En las controversias sobre los sistemas y la teoría de la comunicación, a menudo es útil recordar la gama no resuelta del sustantivo de acción original, representada en sus extremos por *transmitir*, un proceso unidireccional, y *compartir* [...] un proceso común o mutuo. Los sentidos intermedios —hacer común a muchos e impartir— pueden leerse en una u otra dirección, y la elección de ésta es con frecuencia crucial. De allí el intento de generalizar la distinción en expresiones tan contrapuestas como *comunicación(es) manipuladora(s)* y *comunicación(es) participativa(s)* (2000: 75).

Bajo la entrada «medios», Williams aporta un análisis confluyente, que permite hacer contacto con el concepto de «democracia»: “El sentido técnico de *medio*, como algo que tiene propiedades específicas y *determinantes* [...] ha sido en la práctica compatible con un sentido social de *medios* en que las prácticas e instituciones se ven como agencias con finalidades muy distintas de sus objetivos primarios” (2000: 224). Por ello puede quedarnos claro por qué la democratización de los medios y el análisis de su intervención como mediadores de los procesos democráticos en las sociedades contemporáneas, temas controvertidos y muchas veces prioritarios en el campo latinoamericano de la comunicación, han sido víctimas la mayor parte de las veces no solo de la confusión y reducciones inducidas por los intereses parciales de los actores en juego sino también por la contradictoria historia impresa en su semántica.

Para reconocer y contrarrestar los usos manipuladores o demagógicos del discurso, que no son prerrogativa de ningún agente social, requerimos algo más que el intercambio simple de expresiones. Primero que nada hay que “limpiar” y “agudizar” las palabras. O seguiremos creyendo que la comunicación se reduce a la transmisión de mensajes y que es en estos donde reside el sentido.

Un autor estadounidense, John Durham Peters (1999), cuestiona en su libro titulado *Speaking into the air. A history of the idea of communication* (*Hablar al aire: una historia de la idea de la comunicación*), la pertinencia de cualquier análisis que no tome en cuenta que

[...] en gran parte del discurso contemporáneo, «comunicación» existe como una suerte de plasma germinal conceptual malformado e indiferenciado. Rara vez una idea ha sido tan infestada de lugares comunes. Porque «comunicación» ha llegado a ser propiedad de políticos y burócratas, tecnólogos y terapeutas, todos ansiosos por demostrar su rectitud como buenos comunicadores. Su popularidad ha rebasado a su claridad. Aquellos que buscan hacer teóricamente preciso el término para el estudio académico, han terminado a veces sólo formalizando el miasma a partir de la cultura más en general. La consecuencia es que el pensamiento filosóficamente más rico sobre la comunicación, tomada como el problema de la intersubjetividad o las rupturas en la comprensión mutua, se encuentra frecuentemente en aquellos que hacen poco uso de esa palabra (Peters, 1999: 6).

Peters argumenta que “la noción de teoría de la comunicación no es más vieja que los años cuarenta (cuando significaba una teoría matemática del procesamiento de señales), y nadie había aislado la «comunicación» como un problema explícito hasta las últimas dos décadas del siglo XIX” (1999: 9–10). Como objeto de debate intelectual, Peters justifica su estudio en la actualidad y, por lo tanto, la clarificación de sus fundamentos y usos, en tanto que “«comunicación» es una rica maraña de hebras intelectuales y culturales que codifica las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo. Comprender la comunicación es comprender mucho más” (1999: 2).

A mi modo de ver, esta es la veta central de la problematización epistemológica de nuestro campo académico, pues al mismo tiempo que la comunicación se convierte en un principio cada vez más importante del

sentido en todos los ámbitos de la existencia social, según la *doxa* imperante, la academia no logra constituir un sistema de conocimiento que vaya más allá de la reproducción de esa *doxa*, de ese conocimiento cotidiano acrítico y funcional, que sobre todo con un tinte tecnologicista y a partir de la irrupción de la Internet en el horizonte cotidiano durante la última década, ha proliferado en el campo y alrededor de él, condición que es en especial patente en las escuelas de comunicación, asociada a una aparente “brecha generacional” en los modos de construir conocimiento y, también, de participar en la vida social.

La universidad como instancia educativa

Pero sobre otro eje, si como sugiere Peters, “comprender la comunicación es comprender mucho más”, comprender “las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo”, podemos equiparar la fórmula a aquella que argumentó Jesús Martín Barbero entre nosotros hace más de una década en el sentido de que la comunicación ocupa un “lugar estratégico para pensar la modernidad”, razón fundamental por la que su estudio debe de ser transdisciplinario:

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aún menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada (Martín Barbero, 1992a: 30).

Pensar, entonces, “nuestro tiempo” y situar en esas “confrontaciones” y “encrucijadas” que lo constituyen un proyecto formativo para los comunicadores universitarios, es un reto que exige en primer término la recuperación práctica

y crítica de la universidad como instancia social para la educación superior, una institución capaz de actuar al mismo tiempo como agente político y como espacio reflexivo donde sea posible la formación de ciudadanos–profesionales o profesionales–ciudadanos que incidan en la transformación estructural de la sociedad.

Aquí es donde a pesar de la simplicidad del planteamiento se puede formular la tensión central: ¿qué características y condiciones tienen los proyectos sociales subyacentes en la formación de comunicadores universitarios? ¿qué tipo de transformaciones sociales proponen como objetivos y cómo se prefiguran y conforman las competencias indispensables para poner esos objetivos en práctica? ¿qué representaciones y qué formas de ejercicio democrático mediado por la comunicación están presentes en la formación de los comunicadores universitarios?

Es necesario reconsiderar el carácter de las universidades como instituciones sociales y partir del hecho de que además, y muchas veces por encima, de su papel como productoras y reproductoras del conocimiento, bajo la fórmula clásica de las “funciones sustantivas” de la investigación, la formación de profesionales y la extensión o difusión de la cultura, las universidades cumplen también otras funciones sociopolíticas, en especial en países como los latinoamericanos, donde el acceso a la universidad está severamente marcado por la desigualdad y donde la producción y reproducción del conocimiento manifiestan una creciente dependencia. En términos de su ubicación social, las universidades son por definición agentes políticos y desde esa condición es que realizan sus funciones sustantivas.

La formación universitaria es, antes que nada, una práctica social institucionalizada en la que las estructuras de significación, poder y legitimación (Giddens, 1984) son analizadas y dispuestas para su reproducción o reestructuración en función de ciertos proyectos, pero también y sobre todo en el marco de ciertas normas y mediante el empleo de ciertos recursos. Por una parte, como institución social, la universidad cuenta con un margen relativo de autonomía para establecer sus normas internas y requiere del acopio y

empleo de recursos de muchos tipos, el más específico de los cuales es el de los saberes académicos y científicos, un tipo especial de recurso simbólico. Por otra, la universidad no puede ignorar las condiciones de su inserción social y la de los sujetos que actualizan en ese contexto las funciones sustantivas de la educación superior. Las universidades existen dentro de —y no frente a— las sociedades concretas, independientemente de cuál sea su régimen y de cómo lo asuman en la práctica.

En los tiempos más recientes se ha impuesto en el ámbito educativo la figura de las “competencias” como organizador de la planeación y evaluación de los programas formativos. Si bien no se ha establecido un acuerdo mínimo sobre el “sistema de competencias” que definiría a un comunicador, o siquiera a un universitario en general, y por lo tanto prevalece la confusión semántica en la mayor parte de las discusiones internacionales al respecto, pueden reconocerse algunos rasgos que el análisis de las experiencias críticamente recuperadas hace ver como pertinentes.

Sobre esa línea, en otro momento he propuesto la institucionalización del cultivo de al menos cuatro competencias operativas específicas de cada individuo para interpretar su entorno y dirigir la acción sobre él. Estas competencias están socialmente determinadas y por lo tanto son el “objeto de transformación” de las prácticas educativas universitarias en el campo de la comunicación. De ahí que las cuatro capacidades o competencias anotadas como centrales para la formación universitaria de los profesionales de la comunicación, exijan a su vez su empleo como recursos *reflexivos* en la propia enseñanza: *dominar el lenguaje* para ubicarse en el entorno sociocultural; *controlar la información*, sus códigos y canales de producción y circulación social; *relacionar los medios con los fines*, en una perspectiva ética, y *operar educativamente* la comunicación, como mediación constitutiva de un proyecto social *en y mediante* la producción social de sentido (Fuentes Navarro, 2000c).

Desde esta perspectiva, que supone a la educación superior como una práctica sociocultural orientada hacia la formación de agentes socioculturales, y por lo tanto como una práctica de comunicación que tiene como referentes a otras prácticas de comunicación, se hace indispensable no solo la discusión sino la apropiación y el ejercicio de un concepto de comunicación centrado en la producción intersubjetiva, es decir social, del sentido, y no en los “medios” o en la transmisión de “mensajes”. Las “competencias comunicativas” estarían así definidas en función de la capacidad, individual y colectiva, de incidir en la transformación de las estructuras de significación, poder y legitimidad, *mediante* recursos comunicativos: la interacción interpretativa y la coordinación de la acción entre sujetos competentes, antes que en el “dominio” de operaciones técnicas, que por supuesto debe también ser integrado.

En ese sentido, el “dominio del lenguaje” y el “control de la información, sus códigos y canales de producción y circulación social” son condiciones necesarias pero no suficientes en la formación de los comunicadores universitarios. Las habilidades para leer, escribir, hablar y escuchar con precisión, rigor, respeto y eficacia son absolutamente indispensables, así como lo es la capacidad de “dar forma”, de analizar y sintetizar los datos pertinentes para ubicar e interpretar de manera adecuada los cambios en el entorno.

Pero ni en el dominio del lenguaje ni en el control de la información se encuentran los factores constitutivos de la comunicación entendida como producción social de sentido. Ambas dimensiones prescinden de la interacción entre sujetos, aunque suponen el recurso a la cultura socialmente compartida e incorporada, y pueden dar cuenta de la comunicación como transmisión, o incluso intercambio, de “mensajes”. Desde la perspectiva sociocultural, estas dos dimensiones deben ser complementadas con otras dos: la dimensión ética, que integra ineludiblemente al sujeto en la práctica, resaltando su capacidad para valorar y decidir *en situación* entre interpretaciones e interacciones alternativas, y la dimensión que he llamado “educativa”,

es decir aquella que reconoce en los interlocutores no solo la competencia para producir sentido sino la capacidad de los sujetos para apropiarse de los esquemas sobre los que se establece la propia interacción.

En el ámbito universitario, y en los modelos de ejercicio profesional de la comunicación que se prefiguran como “contenido” de la formación propuesta, son estas dos dimensiones las que permiten orientar a las competencias comunicativas y a las prácticas en que se ejercitan socialmente, en términos de un determinado proyecto social, en el cual la comunicación quede enmarcada, tanto como principio de interacción como en cuanto forma o modalidad de construcción y reconstrucción permanente de las estructuras de significación, poder y legitimación.

De ahí la importancia de reconocer teóricamente, y de articular metodológicamente, el doble carácter de la comunicación como producción social de sentido: en tanto esquema de mediación de las interacciones significativas entre sujetos, la comunicación opera como el factor *constitutivo* de la socialidad, y como tal de la identidad de los sujetos, y al mismo tiempo puede servir *instrumentalmente* para la consecución de los fines de los sujetos, que nunca son separables de sus posiciones relativas en la estructura social.

Más allá del concepto de «acción comunicativa» de Habermas (1989), que cifra en el lenguaje la clave de la construcción del consenso, esta noción de la «estructuración comunicativa» da lugar a la consideración de las desigualdades y al ejercicio del poder implícito en la comunicación entre interlocutores que no necesariamente persiguen el acuerdo como objetivo o finalidad de la comunicación. Hace ya muchos años que Ernst Cassirer planteó la idea de que “un sujeto no se hace cognoscible o comprensible para el otro porque pasa a éste, sino porque establece con él una relación activa [...] el comunicarse requiere una comunidad en determinados procesos, no la mera igualdad de los productos” (1951: 163).

La comunicación es, entonces, una forma de compartir socialmente los procesos de significación o interpretación de los referentes del entorno y los

procesos de información u objetivación de la probabilidad de lo que acontece en ese mismo entorno, tanto natural como cultural. En la interacción comunicativa lo que se construye en común no es solo el significado o solo la información de referencia sino el sentido de la conjunción de ambos, en la interacción social. Si el significado es un producto de la subjetividad y la información una objetividad, como lo han propuesto las disciplinas fundantes de la semiótica y la cibernética, la comunicación es un producto al mismo tiempo que la condición de la intersubjetividad, una práctica sociocultural constitutiva de lo humano y un instrumento, por lo tanto, susceptible de ser usado “manipuladora” o “participativamente”, para recuperar los términos usados por Williams en la referencia citada antes, según la situación o el contexto en que se establezca, la competencia y los fines de los interlocutores y el diferencial de poder entre ellos.

En un contexto educativo, como el que se puede establecer en las universidades, el reconocimiento teórico y el ejercicio práctico de una concepción de la comunicación como esta, pueden realizarse *reflexivamente*, es decir, refiriendo la propia práctica al modelo y viceversa, en un esfuerzo compartido por los sujetos para enseñar y aprender la comunicación en la comunicación o, en otros términos, para producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido.

Un proyecto social de democracia comunicacional

A partir de lo expuesto, así sea muy de manera breve y sucinta, se puede abordar por último el problema de la formulación y comunicación de un proyecto social universitario que oriente la formación de comunicadores y que permita construir un sentido apropiado de “democracia” y, más aún, de “democracia comunicacional”.

Un desplazamiento conceptual necesario para ese fin es la distinción y articulación entre *sistemas* democráticos y *prácticas* democráticas. En infi-

nidad de ocasiones se ha pugnado por “democratizar” la vida universitaria desde su sistema de gobierno y en muchas instituciones se puede constatar el efecto que en su cultura interna ha dejado la generalización de la fórmula “un hombre, un voto”. Las “mayorías”, casi nunca compuestas por los agentes más lúcidos de la universidad como sistema social, han impuesto condiciones de funcionamiento a tales instituciones que, más que a la democracia, han acercado sus prácticas a la demagogia y a la burocracia, es decir, a dos de las composiciones funcionales de los sistemas sociales que mejor impiden el desarrollo del conocimiento y su distribución social. Otro asunto es la “democratización del acceso” a la universidad, como política de equalización de oportunidades para los diversos sectores sociales, si bien, en muchas ocasiones estas políticas, al convertirse en “sistemas de cuotas” niegan también su potencial democratizador.

No es a ese tipo de acepciones de la “democracia” a las que deba referirse la discusión sobre la “formación del comunicador para la democracia”, si bien el entorno y el carácter del sistema social, y dentro de él el universitario, tienen sin duda una importancia formativa central. Habría que caracterizar, en cambio, las condiciones en que las prácticas de comunicación pudieran aportar a la democracia en la vida social. Y para ello hay propuestas teórico-metodológicas disponibles en el propio campo de la comunicación.

Una articulación clave para la comprensión de las prácticas de comunicación, que tiene también una importancia central en términos educativos, es su relación con la constitución de las identidades sociales de los sujetos, en cuanto participantes (*agentes*) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la subjetividad y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, de forma articulada, desde sus constitutivos sistémicos o estructurales (objetivos) y desde la intersubjetividad en la producción social de sentido. Una propuesta “ejemplar” en esta

dirección es la generada por el británico John B. Thompson como “marco metodológico de la hermenéutica profunda”:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u “objetivantes”. Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido [...] es posible y deseable mediar el proceso de interpretación empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la “explicación” y la “interpretación” no deberían ser consideradas, como a veces se hace, como términos mutuamente excluyentes o radicalmente antitéticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un “*arco hermenéutico* único” (1993: 305–306).

Así, la interpretación profunda

[...] se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula [y] tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones (Thompson, 1993: 354–356).

La reflexividad formulada de esta manera es, al final, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios universitarios de la comunicación, como lo es para esta en cuanto práctica sociocultural.

Otro de los investigadores de la comunicación que más han avanzado en la última década en la fundamentación teórica y metodológica de los

estudios sobre la comunicación en términos socioculturales es el danés Klaus Bruhn Jensen (1995), quien recurre a la semiótica peirciana y a la teoría de la estructuración de Giddens, principalmente, para elaborar su *The social semiotics of mass communication (Semiótica social de la comunicación de masas)*. Para Jensen, la teoría de la estructuración es una “meta-teoría de la sociedad”, de la cual rescata la dualidad de la estructura, la reflexividad y la reconfiguración tecnológica e institucional de las sociedades modernas en el tiempo y el espacio, aunque reelabora dos aspectos cruciales para una semiótica social:

Primero, a pesar de su inflexión ampliamente hermenéutica de la teoría social, Giddens presta muy escasa atención concreta, en su propia práctica analítica, a los signos y los marcos interpretativos que median entre la agencia y la estructura [...] Segundo, la concepción de subjetividad en términos de psicología del yo implica un dualismo de sujetos coherentes y objetos sociales bien definidos que no hace justicia a los rasgos contradictorios de la conciencia, sea discursiva o práctica, en los contextos sociales. La *semiosis* sirve para articular tanto las posiciones subjetivas específicas y los conflictos por medio de los cuales se reforman los sujetos y las sociedades. La sociedad significativa es triádica (Jensen, 1995: 39).

Esta concepción triádica de la sociedad permite a Jensen desarrollar una propuesta metodológica de análisis de las mediaciones significativas de las prácticas sociales, de manera que se avance en la comprensión, teórica y empírica, sobre cómo los seres humanos articulan y rearticulan la sociedad “adscribiendo significado a otras personas, a los eventos cotidianos y a las estructuras sociales” (Jensen, 1995: 48). Sobre esta base, Jensen distingue y relaciona la cognición, la comunicación, la interacción y la reflexividad como “formas de acción” social de la *semiosis*.

Mientras que la cognición es entendida de la manera más elemental como la relación de un sujeto con un objeto a través de alguna categoría contextual de comprensión, la semiótica concibe al sujeto que interpreta como un interpretante cuya orientación hacia el objeto es mediada por un signo, quizá complementado por un segundo sujeto. Es sólo a través de la comunicación, no obstante, que los dos sujetos que interpretan se involucran mutuamente en un proceso social de semiosis con referencia a un objeto común de interés, negociando así el estatuto de diferentes signos para arribar a un cierto grado de intersubjetividad (científica o pública) (Jensen, 1995: 48).

Así, el modelo triádico del signo de Peirce, constituido por la relación entre “signo, objeto e interpretante”, permite a Jensen fundamentar el estudio empírico de los discursos, instituciones y prácticas comunicativas, es decir, lo que otras tradiciones y propuestas distinguen como medios, contextos y audiencias. Pero el planteamiento, que además de una teoría de la comunicación como “semiótica de primer orden” elabora una teoría de la ciencia como “semiótica de segundo orden” metodológicamente basada en el modelo de la abducción, desemboca en la cuestión de “cómo hacer una diferencia social por medio de la comunicación”, que remite a la pregunta sobre “cómo finalizar la comunicación”:

En tanto que las teorías básicas de la comunicación, como las de Lasswell y Jakobson, abordan las preguntas de quién, dice qué, por cuál medio y código, a quién, en qué contexto, y con qué efectos, las teorías normativas de la comunicación cuestionan a quién le es permitido comunicar, sobre qué, con quiénes, por qué medio, hasta qué grado, enfatizando los derechos sobre los resultados. Una teoría pragmática de la comunicación querría examinar, además, quién participa en transformar la comunicación en acción, en qué sectores e instituciones de la sociedad, con qué

bases en la vida cotidiana, por qué forma de consenso acerca de los criterios y procedimientos, y con qué consecuencias para la estructuración de la sociedad. En la perspectiva de los “derechos comunicativos”, estas preguntas reenfatizan una concepción *minimalista* de la comunicación: hacer una diferencia discursiva o interpretativa es una condición habilitante para hacer una diferencia social, que puede asegurar que otros derechos sociales sean ejecutados en la práctica. La comunicación es un medio semiótico para un fin social (Jensen, 1995: 192).

Con dificultad podrá pensarse en una contribución de los comunicadores universitarios a la democratización del entorno social en el que actúan si no es sobre la base de la adopción de un concepto preciso de la relación entre prácticas y derechos comunicativos de los sujetos sociales, como el propuesto por Jensen. Y esa adopción, verdadera apropiación de sentido, no puede ser sino producto de una formación universitaria estructurada sobre el mismo esquema. Pero, si “la comunicación es un medio semiótico para un fin social”, tendrá que trabajarse también en las características de ese “fin”, de ese modelo de vida social en que la *semiosis* pueda servir a lo que Jesús Martín Barbero (1992) ha resumido en la reducción de las desigualdades y el incremento de las diferencias entre los seres humanos.

Retos y perspectivas de la investigación en comunicación en tiempos de incertidumbre*

Comienzo por agradecer cumplidamente la invitación de Patricia Vega, del Programa de Posgrado en Comunicación y de la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva de la Universidad de Costa Rica, así como el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer y la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), que me han dado la oportunidad de regresar una vez más a este hermoso país latinoamericano y, aunque sea por un lapso brevísimo, aprovechar la fraterna hospitalidad de los colegas costarricenses.

El tema propuesto para la conferencia, “retos y perspectivas de la investigación en comunicación en tiempos de incertidumbre”, me da la posibilidad de exponer ante ustedes algunas de las preocupaciones que orientan mi trabajo cotidiano como practicante de la docencia y la investigación universitarias desde el ángulo de los estudios socioculturales de la comunicación, y también de aprender a partir de las experiencias y perspectivas que aquí se cultivan.

Porque al compartir mis preocupaciones pretendo sobre todo suscitar un diálogo que nos ayude a comprender mejor las condiciones tanto históricas como epistemológicas a partir de las cuales avanzamos, ustedes y yo y muchos otros, en la realización de proyectos académicos y sociales que, de una u otra manera y en grados diversos, a veces no lo suficiente apreciados, van siguiendo el cambio y atestiguando la continuidad de proyectos más amplios en el entorno sociocultural que es al mismo tiempo el continente y

* Conferencia magistral en la Universidad de Costa Rica, San José, agosto de 2006.

el referente de nuestras prácticas. Debo decir que la “incertidumbre de los tiempos” no la entiendo solo como una condición externa a nuestra práctica académica, ni tampoco necesariamente como una condición negativa.

Es que, por supuesto, esa condición básica de investigar, en cualquiera de sus dimensiones y ángulos, fenómenos y estructuras, en los que la misma investigación y sus agentes estamos inmersos, es elemental y constitutiva de las ciencias sociales, y en los últimos años, un tema de debate y reflexión constante y en muchos sentidos desconcertante. Me apoyo en varios autores, de distintos orígenes, que iré citando en su oportunidad, para proponer algunos puntos de discusión que, a mi manera de ver, son fundamentales en estos “tiempos de incertidumbre”.

Otra aclaración que hay que hacer de entrada es que la perspectiva desde la que hablo, llamada “sociocultural”, supone que el término «comunicación» refiere a los complejos entramados históricos, institucionales e intersubjetivos que subyacen en la producción social de sentido, y no simplemente a los mecanismos, mediáticos o no, de producción, circulación y apropiación de “mensajes”. Me sitúo, por ello, en un doble eje de tensión: por una parte, entre el reconocimiento de la comunicación como un factor constitutivo de la estructuración social y sus usos instrumentales y, por otra, entre el imperativo de reestructurar los campos del saber y la necesidad de reforzar la identidad institucional de los estudios sobre la comunicación, como una especialidad legítima y estratégica. Intentaré resumir los argumentos principales que sostienen esta doble tensión, en referencia a algunos de los puntos de debate que me interesa enfatizar.

La primera cuestión, la más amplia, es nuestra capacidad de determinar el grado en que han cambiado las realidades sociales en las últimas décadas. Quizá este sea el sustento mayor de los llamados a reestructurar de manera radical las ciencias sociales, que han estado haciendo autores como el sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein desde hace tiempo. Desde la perspectiva de los sistemas-mundo, es evidente que las ciencias sociales fueron organizadas, entre la mitad del siglo XIX y la mitad del XX, para dar cuenta de un mundo social que poco a poco va dejando de existir, un mundo

creado y sostenido sobre la idea del progreso. La modernidad capitalista y su encarnación múltiple y desigual en estados–nación soberanos, fue la constante sobre la que se edificaron las ciencias sociales, más allá de las diversas perspectivas teóricas y epistemológicas adoptadas para su desarrollo, y más allá también de sus distinciones disciplinarias (Wallerstein, 1998a).

Wallerstein nos recuerda mucha claridad que, como desprendimientos de la filosofía y en algún sentido del derecho, y en una relación siempre ambivalente con respecto a las ciencias naturales, las ciencias sociales se institucionalizaron en las universidades occidentales sobre la base de tres distinciones: entre el pasado y el presente, y la historia se ocupó del primero; entre las sociedades modernas y las premodernas, de las que se hizo cargo la antropología, y entre las esferas del estado, el mercado y la sociedad civil, respectivamente apropiadas por la ciencia política, la economía y la sociología.

Las diferencias de método, en su nivel más general son, según esta perspectiva, resultado de la propia institucionalización: la historia y la antropología optaron por edificarse de forma prioritaria sobre una epistemología *idiográfica*, como la de las humanidades, que buscan la comprensión de hechos singulares, mientras que la ciencia política, la economía y la sociología lo hicieron en torno a una epistemología *nomotética*, como la de las ciencias naturales, que tienden a buscar la formulación de leyes y constantes “universales”.

En esta explicación histórica, tiene un lugar clave el modelo de las “dos culturas”, opuestas e irreconciliables como modos de producción de conocimiento independiente de los dogmas de la fe, que popularizó el británico C.P. Snow (2000) en una serie de conferencias y un libro en que se compilaron a principios de los años sesenta. Según este modelo, el pensamiento científico y el pensamiento humanístico o literario son vías alternas y divergentes para comprender el mundo y actuar sobre él, y la educación contemporánea se basa en gran medida en esa separación.

Por cierto, esta es una de las premisas hipotéticas en las que basamos el programa de Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), tratando de

integrar, sobre una perspectiva sociocultural de la comunicación, el desarrollo de acercamientos profesionales y académicos a estructuras y prácticas que en lo institucional están escindidas en México, como en muchos otros países: las de la ciencia y la tecnología, de las que en mi país se encarga el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), y las de la cultura y las artes, encomendadas al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), organismos jurídica, funcional y políticamente autónomos entre sí, aunque estén ambos vinculados a la Secretaría de Educación Pública.

Así como el alemán Wolf Lepenies, que a mediados de los años ochenta publicó un libro acerca de las “tres culturas”, ubicando a la sociología “entre la literatura y la ciencia” (Lepenies, 1995), Wallerstein y otros analistas proponen a las ciencias sociales como un tercer ámbito del cultivo del conocimiento académico que es necesario reestructurar en la actualidad, porque tanto sus relaciones internas, las que dividen a sus disciplinas en un número cada vez mayor de subdisciplinas y especialidades, como sus articulaciones externas, con las ciencias naturales y las humanidades, y también con los órdenes sociales en que sus productos son aplicados, son crecientemente inadecuadas para la explicación del mundo en que se insertan y hacia el cual dirigen sus estudios.

La razón principal es que el cambio generalizado en las estructuras y las prácticas sociales, que abarca las múltiples escalas espacio-temporales que van desde lo local hasta lo global, tiene ingredientes imposibles de abarcar desde los marcos hasta ahora disponibles. Manuel Castells, por ejemplo, ha provocado un gran impacto en las ciencias sociales con su propuesta de sociedad-red, un nuevo tipo de estructura social sin precedentes, pues está fundada en la proliferación de relaciones supraterritoriales. “Es decir, de flujos, redes y transacciones disociadas de toda lógica territorial; en otras palabras, no sometidas a las constricciones propias de las distancias territoriales y de la localización en espacios delimitados por fronteras” (Giménez, 2003: 386), lo que convierte a las coordenadas temporales y espaciales en un factor activo de la estructuración social, y no solo en parámetros fijos de su ubicación. Las manifestaciones en las macroestructuras económicas,

políticas y culturales del mundo contemporáneo son, por supuesto, mucho más que “impactos” del desarrollo tecnológico, uno de los factores que más desconcierto, de forma paradójica, generan en la actualidad, pues hay una relación fundamental entre información y certidumbre.

Sin llegar necesariamente a lo paradójico, la reestructuración del conocimiento tiene varios puntos de referencia, que no es fácil a veces advertir: se puede hablar de una fuerte tendencia “centrífuga”, de una creciente fragmentación y dispersión de las especialidades de investigación, que en apariencia tienen cada vez menos que ver unas con otras, y al mismo tiempo de una tendencia “centrípetas”, de un continuo acercamiento y confluencia, no solo entre especialidades, subdisciplinas y disciplinas sino también entre los grandes campos de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades, como enfatizaré al final de esta exposición. Como estudiante que fui y practicante que soy de la docencia y la investigación en una de esas “zonas” de intersección multidisciplinaria de saberes, la de las llamadas ciencias de la comunicación, no puedo sino reconocer la plausibilidad de explicaciones como estas y su utilidad estratégica para contextualizar y capitalizar sus alcances y limitaciones.

Hay dos “movimientos” que, según Wallerstein, han puesto en cuestión las formas heredadas de organización del cultivo académico del conocimiento en las últimas décadas, y que son clave para la reestructuración de las ciencias sociales: por un lado, en las ciencias naturales, la emergencia de las llamadas “ciencias de la complejidad”, que cuestionan el fundamento determinista, reduccionista y lineal de la ciencia moderna; por otro, en las humanidades, la expansión de los “estudios culturales”, que afirman el condicionamiento social e histórico de toda creación cultural, incluyendo por supuesto el conocimiento científico y su sujeción a las relaciones de poder. Tanto los científicos de la complejidad como los practicantes de los estudios culturales afirman que los valores y juicios asociados a todas las formas modernas de producción de conocimiento están social e históricamente condicionados. De ahí que las fronteras epistemológicas entre las ciencias naturales, las sociales y las humanidades, así como entre sus disciplinas y subdisciplinas,

dejen de ser infranqueables y se abran a un diálogo múltiple y, ciertamente, desconcertante.

Vuelvo a utilizar este término, «desconcertante», para calificar el estado actual de la producción de conocimiento, cuyo orden está siendo perturbado. El *Diccionario de uso del español* de María Moliner dice que desconcertar es dejar a alguien “sin saber realmente lo que pasa y, por consecuencia, sin saber qué decir o qué hacer” (Moliner, 1992: 922) y en buena medida es lo que Wallerstein predica de las disciplinas de las ciencias sociales, que para salir del desconcierto deben abrirse y reorganizarse, es decir, re–unificarse y re–dividirse, “con el objeto de crear una división del trabajo más inteligente, que permita un avance intelectual significativo en el siglo XXI”, a partir de la propia iniciativa de sus practicantes, y bajo la forma de una ciencia social histórica. Según resume Gilberto Giménez el argumento de Wallerstein,

En la ciencia social así reunificada, no será posible aceptar una división significativa entre los planos económico, político y sociocultural. Además, habrá que trascender la distinción entre lo moderno y lo premoderno; entre lo civilizado y lo bárbaro; entre lo avanzado y lo atrasado, para introducir la tensión universal–particular en el centro del trabajo sociológico. Ello permitirá someter todas las zonas, grupos y estratos sociales al mismo tipo de análisis crítico. Se trata de una tarea difícil [...] que estaremos en condiciones de consumir sólo cuando la ciencia social histórica se haya convertido en un ejercicio realmente global (Giménez, 2003: 372–373).

Y esa es precisamente una de las dificultades mayores advertidas por Wallerstein, junto con la inercia conservadora o la fuerza de los intereses representados en el nivel organizacional por la estructura actual de las disciplinas. De nuevo, en la síntesis de Giménez,

Se requiere un sistemático desplazamiento de los financiamientos y de los fondos hacia la periferia del mundo. Se requiere que los académi-

cos occidentales entren en contacto con el resto del mundo más para aprender que para enseñar. Se requiere que todos los científicos sociales puedan leer en seis o siete lenguas los trabajos realizados en otras partes del mundo. Se requiere, en suma, una verdadera transformación en el mundo de las ciencias sociales (2003: 373).

Aquí es donde ubico la necesidad de considerar, además de los cambios y las continuidades que caracterizan el estado presente de las ciencias sociales como estructuras productoras de conocimiento, los desfases que históricamente han determinado su institucionalización y desarrollo, de manera que podamos ubicar con mayor precisión las opciones disponibles para tal reestructuración en países como México o Costa Rica. Al participar en la práctica de la investigación social desde una posición ciertamente marginal como la nuestra, con respecto a los debates y corrientes predominantes en los países llamados centrales, es indispensable también historizar nuestra propia perspectiva. Hace 30 años, la antropóloga Larissa Adler de Lomnitz advertía que:

[En México] la investigación científica universitaria se ha enfrentado con dos circunstancias que han dificultado de diversa manera su emergencia y desarrollo. Primero, la universidad mexicana, al igual que todas las latinoamericanas, fue tradicionalmente una universidad elitista, de estructura adaptada a una sociedad pre-industrial, constituida por facultades profesionales y carente de tradición científica. Segundo, la universidad mexicana ha debido desempeñar importantes funciones extra académicas de tipo social y político (Adler de Lomnitz, 1976).

Y, sin embargo, como parte de esa estructura universitaria y casi sin otro apoyo que el del estado, las ciencias sociales y la investigación científica en general en México han conseguido avanzar. No se puede negar que, al menos desde los años noventa, se ha establecido y consolidado “una infraestructura básica para el quehacer de las ciencias sociales a través de las carreras universitarias, los posgrados, los centros de investigación creados y

las investigaciones realizadas” (Valenti Nigrini, 1990); que se ha alcanzado un cierto nivel de legitimación académica y social, y que se ha tendido a revertir la concentración de los recursos y prácticas en las instituciones de la capital del país.

No obstante, hay problemas y desafíos vigentes desde hace varias décadas, que sucesivos diagnósticos han apreciado. Uno de ellos se refiere a la calidad de la enseñanza y de la investigación; otro, al hecho de que las ciencias sociales, dado su particular surgimiento y crecimiento al amparo del subsidio federal, tienen una casi total dependencia del aparato estatal. En la última década, además, se ha reducido la demanda social por el estudio de algunas disciplinas sociales y humanísticas; hay fuertes restricciones al crecimiento del mercado laboral académico, por lo que se da una deficiente reproducción generacional (Béjar Hernández y Hernández Bringas, 1995), ya que los egresados de los posgrados de mayor calidad no encuentran acomodo en la propia estructura universitaria.

Las disciplinas y subdisciplinas sociales en realidad no se han fragmentado y dispersado tanto en México como en los países centrales por la sencilla razón de la escasez de recursos invertidos en ellas y, al mismo tiempo, por los mecanismos de evaluación establecidos y aplicados con relativo rigor, que reducen de forma considerable el número de proyectos, programas e iniciativas académicas que pueden aspirar a recibir apoyos oficiales. La inversión pública en desarrollo científico y tecnológico, pese a las promesas y hasta a las disposiciones legales aprobadas para alcanzar durante el sexenio que termina el 1% del producto interno bruto, se mantienen por debajo de 0.4%. Y la formación de investigadores en ciencias sociales, mediante programas de doctorado de calidad acreditada, parece estarse concentrando de nuevo.

A los estudiantes de estos programas de doctorado, que puedan “sobrevivir” a los procesos de evaluación y acreditación a que están ineludiblemente sometidos, les espera una tarea llena de desafíos, que califican su formación en términos exigentes. Por necesidad, tendrán que adoptar una especialidad y adscribirse a líneas y estilos de trabajo de investigación para incorporarse a las comunidades institucionalizadas y reconocidas como practicantes legíti-

mas de la ciencia social en alguna de sus concreciones, sean disciplinarias o interdisciplinarias. Pero también, al mismo tiempo, es decir, en el periodo cada vez más corto que los criterios de medición de la “eficiencia terminal” de los programas van definiendo como constantes, tendrán que ampliar y profundizar las bases de su formación, con la capacidad de “impensar”, como dice Wallerstein, muchos de los saberes que constituyen el “legado” de las ciencias sociales. Después, claro, tendrán que conseguir una plaza académica para continuar su aprendizaje una vez doctorados.

Pero la incertidumbre laboral no es la condición de previsión del futuro que mayores dificultades presenta para la reestructuración de las ciencias sociales. Wallerstein propone la exploración de formas extradisciplinarias —o “postdisciplinarias” diría yo— de practicar la investigación. Una de las claves previas para reconocer estas formas o modalidades renovadoras pasa por la propia terminología. Hay que saber con mayor precisión qué son las disciplinas. Wallerstein afirma que son tres cosas al mismo tiempo: son categorías intelectuales, que sirven para construir objetos de estudio; son estructuras institucionales, que organizan tanto la práctica de la investigación como la formación especializada, y también sirven para distribuir presupuestos y legitimar proyectos. Por último, las disciplinas son culturas, modos de ser académicos, sustentos de identidades, conjuntos de supuestos y de estilos de pensamiento que fomentan la discusión y la colaboración, el avance y la consolidación. Cuando se habla de “interdiscipliniedad”, es necesario especificar las implicaciones que la relación entre disciplinas supone en estas tres dimensiones.

En el ITESO hemos experimentado, desde 2002, formas concretas de institucionalizar en un programa de doctorado procesos de formación de investigadores en esta incierta encrucijada entre las “ciencias sociales” y sus campos disciplinarios. El Doctorado Interdisciplinario en Estudios Científico–Sociales está “anclado” en los programas de investigación de tres departamentos, donde están adscritos los profesores. Desde ese triple soporte académico, el programa está compuesto por un área de investigación en que el estudiante realiza su tesis doctoral, apoyado por un comité tutorial que incluye profesores de al menos dos departamentos; un área de

especialidad, con seminarios que lo sitúen con respecto a los principales debates contemporáneos desde una perspectiva socioeconómica, una sociopolítica o una sociocultural, y un área interdisciplinaria, en que concurren todos los estudiantes, para explorar las condiciones para la estructuración de perspectivas más abarcentes y más pertinentes para la comprensión de la realidad social. Los resultados de este diseño, cuya consolidación está todavía lejos en el tiempo, son por ahora inciertos, pero se trabaja en muy distintos frentes cotidianos para dotarlos de viabilidad y comienzan a manifestarse en las primeras tesis de grado.

La incertidumbre es, para volver con Wallerstein, la condición fundamental que las ciencias sociales deben aprender a asumir. Escribe Wallerstein en la introducción de su libro más reciente:

Si tomamos a la incertidumbre como el material constructivo básico de nuestros sistemas de conocimiento, quizá podamos ser capaces de edificar comprensiones de la realidad, que a pesar de ser meras aproximaciones y ciertamente no deterministas, tendrán utilidad heurística para enfocarnos en las opciones históricas que tenemos en el presente en que todos vivimos [...] La ciencia es una aventura y una oportunidad para todos nosotros, y estamos invitados a participar en ella, a construirla, y a conocer sus limitaciones (Wallerstein, 2004: 3).

Más allá del tono profético que pudiera distraer de la argumentación central, que pasa por el tiempo y la historia, conviene resaltar la sugerencia sobre la “utilidad heurística” de nuestras comprensiones de la realidad, es decir, de los acercamientos hipotéticos que podamos elaborar para buscar y encontrar, con bases empíricas y conceptos rigurosos, pero mediante metodologías no deterministas, el sentido histórico de las realidades sociales, en sus diversos e intrincados planos, en sus distintas escalas y desde múltiples puntos de vista, ninguno de los cuales es de entrada el “verdadero”. Por lo pronto, al menos, podemos reflexionar sobre cómo enfrentar mejor los desfases entre la sociedad que somos y hemos sido, y la que podríamos ser, explorando la

posibilidad de que nuestro trabajo sobre la comunicación fuera reconocido como un lugar privilegiado para redimensionar partes significativas del debate sobre la “interdisciplinariedad”.

Mucho hemos leído y aprendido de los teóricos de la inter y la trasdisciplinariedad. Y mucho tenemos todavía que seguir aprendiendo, porque los aportes de figuras como Campbell, Piaget o Morin, por mencionar solo tres nombres, y sus incontables discípulos, seguidores e intérpretes, siguen planteando un problema esencial de comunicación en el mundo del saber científico y sus complejas relaciones con el mundo social. La inter o la trasdisciplinariedad son para nosotros, y para todos los que lo discuten aunque no se den cuenta, problemas de comunicación, de producción social de sentido en la interacción social situada, institucionalizada.

¿Cuánto se ha discutido, por ejemplo, la hipótesis de la inconmensurabilidad de los paradigmas de Thomas Kuhn (1970)? La historia de ese debate, de más de 40 años, podría en sí misma demostrar la validez de la hipótesis, mediante un giro recursivo elemental: no hay lenguaje común para una comprensión compartida del problema y por lo tanto no hay posibilidad de acuerdo en los términos, en las medidas y en los referentes: las “visiones del mundo” o “los problemas y soluciones modelo” de distintas comunidades científicas y por ello no hay posibilidad de interlocución. Y los paradigmas no cambian solo se ajustan, a no ser que haya una revolución.

En la auténtica revolución que el debate, lleno de inconmensurabilidades, sobre la obra de Kuhn suscitó en la filosofía, la historia y sobre todo la sociología de la ciencia, aunque no en la práctica o en la autoconciencia de las comunidades científicas de los físicos o los astrónomos, que son a quienes se refería Kuhn, hay importantísimas lecciones para quienes nos consideramos especialistas en comunicación. Una de ellas es la que propongo en seguida, a propósito de la interdisciplinariedad, en tres dimensiones.

Primero, si el conocimiento científico es un producto social, o sociocultural diría yo, cuya especificidad está sobre todo en las reglas que norman su reconocimiento por la comunidad de especialistas y su legitimidad en la capacidad de esta comunidad para demostrar a otros grupos sociales su

sentido de utilidad, comenzando por los jóvenes aspirantes a pertenecer a esa comunidad, podemos hacer una transposición estratégica a los modelos de *campo* y *habitus* como Bourdieu (2000), pero podemos también analizar la producción, circulación y apropiación sociales del conocimiento científico con base en modelos de comunicación, incluyendo un aspecto central para nuestras discusiones: la educación y socialización de las generaciones sucesoras de la comunidad.

Desde esta primera dimensión, hay que subrayar el sentido de dos de los significados de la disciplina. Una es la disciplina (un modo específico de proceder) que articula a la comunidad de especialistas, que es otro nombre para su identidad, para distinguirla de otras y para legitimarla. Otra, a pesar de sus relaciones, es la disciplina que se enseña a los aspirantes, que se transmite de generación en generación, para reproducir no solo el modo específico de proceder en la producción científica sino también de relacionarse con el mundo social externo a la comunidad, de preservar e intensificar la identidad.

Aquí conecta la segunda dimensión. La producción de conocimiento científico, como la de cualquier otro producto sociocultural, no es una práctica social espontánea o autónoma. Es una práctica histórica, que acumula una enorme dosis de institucionalidad. La comunidad científica es necesariamente una institución, y en la medida en que consigue legitimidad, es una institución social que no puede ser modificada u orientada a voluntad por sus miembros. Más bien, los practicantes deben ser disciplinados, no solo para el ejercicio de su actividad productiva institucionalizada sino para el fortalecimiento de la institución que representan. La disciplina es también, y sobre todo, una institución social cuyos miembros están obligados a reproducir y a relacionarse con su entorno, a comunicarse, según intereses y condiciones que los rebasan. Aquí es donde la disciplina comienza a ser más constrictiva que habilitante, para usar términos de la teoría de la estructuración (Giddens, 1984). Aquí es donde se ubica la dificultad central, la tendencia a la inconmensurabilidad, para la inter o la trasdisciplinariedad.

entonces, analizable en términos epistemológicos como centrada en la continua renovación y creación de relaciones sujeto–objeto, tiene ya un carácter ineludiblemente histórico, sociocultural. Y las comunidades científicas, en su práctica especializada, profesional y cotidiana, no tienen grandes problemas para ser inter o trasdisciplinarios, en la medida de su competencia y flexibilidad para la construcción más pertinente y consistente de sus objetos. Esa capacidad está en buena medida determinada por la formación y la experiencia, tanto individuales como colectivas. Pero la autonomía de pensamiento, la criticidad y la creatividad, la amplitud de referentes, la profundidad de los principios, el *ethos* en una palabra, no suele ir en esa dirección en la formación de los científicos, según una proporción directa con el grado de institucionalización de la disciplina.

Por fortuna, en este sentido, el estudio de la comunicación como especialidad científica o su práctica como ejercicio profesional muestran un grado de institucionalización muy bajo, tanto en nuestros países como en otros. En el plano epistemológico es casi inexistente, y muchos afirman que imposible, el estatuto disciplinario que defina las maneras válidas de construir y mantener la relación sujeto–objeto de conocimiento. En el plano de la formación, por tanto, la multidisciplinariedad y algunos bosquejos de interdisciplinariedad, sustituyen a una insostenible estructura disciplinaria. Pero en el plano de la organización institucional, los programas, carreras, escuelas, departamentos, títulos y grados “de comunicación”, y sobre todo su multiplicación indiscriminada, hacen creer que hay una disciplina, distinta y separada de cualquier otra. La identidad, pero en muchos sentidos también la legitimidad, depende más de una denominación institucional y de las representaciones sociales que genera y administra, que de la capacidad probada y legítima de producir explicaciones válidas, no digamos ya transformaciones racionales, de sus referentes socioculturales concretos. A la investigación de la comunicación le debería preocupar más su disciplinarización que la interdisciplinariedad.

En esa línea, la tercera dimensión a la que quiero referirme, remite de nuevo a la lectura de trabajos recientes de Immanuel Wallerstein (2000),

donde los aportes de las ciencias de la complejidad y de los estudios culturales dan pie a su propuesta de historizar las ciencias sociales como un recurso de “utilidad heurística” en el presente. Dice Wallerstein que:

El mundo del conocimiento está siendo transformado de un modelo centrífugo a un modelo centrípeto. Desde mediados del siglo XIX hasta aproximadamente 1970, en el sistema universitario mundial hubo facultades separadas para las ciencias naturales y para las humanidades, que jalaban epistemológicamente en direcciones opuestas, con las ciencias sociales atrapadas en medio y desgarradas por esas dos poderosas fuerzas. Hoy tenemos científicos de la complejidad que usan un lenguaje más consonante con el discurso de la ciencia social (la flecha del tiempo) y representantes de los estudios culturales que hacen lo mismo (el anclaje social de los valores y los juicios estéticos), y ambos grupos están ganando fuerza. El modelo se está haciendo centrípeto en el sentido de que los dos extremos (la ciencia y las humanidades) se están moviendo en la dirección del polo central intermedio (la ciencia social) y en alguna medida en los términos de ese centro (2000: 31).

Las “ciencias de la comunicación”, como las ciencias sociales en su conjunto, están desde su origen sujetas a esas tensiones y movimientos del mundo del conocimiento, y además referidas a uno de los aspectos centrales y más cambiantes del mundo social. Por ello es indispensable reconocer y explorar las implicaciones no solo de la emergencia de la “idea de comunicación” (Mattelart, 1995; Peters, 1999; Martín Barbero, 2002) sino las complejas circunstancias en que estas “ideas” han sido “transmitidas” en el tiempo y el espacio a otras sociedades distintas a aquellas donde se originaron, y donde necesariamente hay que recontextualizarlas.

Pero el estudio sistemático de los factores específicos de la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva está sujeto también, en todas partes, a cambiantes condiciones referenciales, en los ámbitos a propósito de los cuales se construyen los objetos de conocimiento. Un recuento

reciente del estado actual de la teoría y la investigación en comunicación masiva en Estados Unidos, parte de la dificultad que proviene de que esas tareas “están articuladas con cambios en los medios que aportan el contenido y el contexto de los procesos, efectos, sistemas e instituciones que estudiamos”. La lista de factores que apuntan Bryant y Miron es ilustrativa:

- a) todos los medios de comunicación masiva están sufriendo cambios dramáticos en su forma, contenido y sustancia, explicables sólo en parte por la noción de convergencia;
- b) formas más nuevas de medios interactivos, como la Internet, están alterando el modelo tradicional de la comunicación de masas, del de la comunicación de–uno–a–muchos al de la comunicación de–muchos–a–muchos;
- c) los esquemas de propiedad de los medios están modificándose rápidamente y sin considerar a veces que tienden a ignorar las necesidades de entretenimiento, información, educación, políticas y sociales de sus audiencias, y los potenciales problemas mayores que estos movimientos acarrear para las sociedades en donde se insertan;
- d) los patrones y hábitos de consumo en las audiencias están cambiando rápidamente en todo el mundo;
- e) la propia naturaleza de la unidad primaria en que se consume la mayor parte de los productos mediáticos, —la familia— está sufriendo cambios notables, que afectan a su vez los impactos de los medios en el bienestar psicológico y cultural;
- f) incluso en los ámbitos domésticos más estables y tradicionales, con la mayor parte de la juventud creciendo “conectada”, los medios interactivos están redefiniendo la vida cotidiana (2004: 662–663).

De manera que hay que reconocer que, aun donde la investigación académica de la comunicación cuenta con los respaldos estructurales (científicos y financieros, culturales y políticos) mucho más amplios y sólidos, el desajuste entre las “demandas sociales”, las orientaciones y los resultados, en términos

del conocimiento sobre los medios y la comunicación masiva, genera también una insatisfacción creciente.

Sin embargo, entre los aportes recientes más interesantes en esta línea, resalta el del danés Klaus Bruhn Jensen (2002), quien describe la estructura institucional actual del campo en el entorno anglosajón como “heterogénea”, pues persisten las divisiones entre los estudios de comunicación interpersonal y los de comunicación masiva, y dentro de estos últimos entre los estudios científico–sociales, los interpretativos y los críticos. Pero además,

Con el crecimiento de la comunicación mediada por computadora que, en ciertos aspectos rearticula los dos tipos, parece probable sin embargo un movimiento hacia la integración en las décadas por venir. En realidad no resulta tan aventurado imaginar facultades de comunicación y cultura que incluyan componentes científico–sociales, humanísticos y tecnológicos como respuesta estructural de las universidades, nuevamente, a un contexto social cambiante (Jensen, 2002).

Con este planteamiento, queda abierta la cuestión de la investigación como práctica social orientada por determinados proyectos, y como tal susceptible de ser fundada y evaluada *éticamente*. Y a mi juicio, también queda planteado el sentido más claro de la interdisciplinariedad. Siguiendo a Habermas en cuanto a la determinación de los “intereses del conocimiento” subyacentes en los proyectos científicos, Jensen encuentra en el campo de estudios de la comunicación o de los medios ejemplos de los tres tipos ideales principales: el *control mediante la predicción*, típico de las ciencias naturales, como en las encuestas cuantitativas para predecir las preferencias de audiencias determinadas; la *comprensión contemplativa*, típica de las humanidades, como en los análisis textuales cualitativos que exploran representaciones mediáticas de la realidad social, y la *emancipación mediante la crítica*, típico de la ciencia social, como en los modelos participativos de comunicación (Jensen, 2002).

Para Jensen, en la triada formada por el investigador, sus sujetos de estudio y la comunidad de sus colegas, hay que reconocer que

[...] la orientación hacia la acción social es algo que la investigación comparte con la comunicación. Tanto la investigación de los medios como la comunicación mediada tienen fines, sean implícitos o explícitos [y] es la conclusión de la comunicación mediada y su transformación regulada en acción social concertada lo que es distintivo de la democracia, no un interminable proceso de comunicación (2002: 293).

Sin embargo, podemos atestiguar que la creciente atención a los sistemas y procesos llamados “de comunicación”, en los debates públicos y de interés general, ha implicado un simultáneo “desdibujamiento” conceptual e ideológico en los marcos desde los que los agentes sociales especializados en la operación y la investigación científica de la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva intervienen en ella. Al predominio de los usos más reduccionistas e instrumentales de los mecanismos de la difusión masiva se ha sumado la adopción indiscriminada de las representaciones correspondientes por parte de todos los agentes institucionales, incluyendo a los representantes de los poderes constitucionales: la lucha por los presupuestos de gasto público y de empleo de recursos nacionales para fortalecer la “comunicación social”, no solo ha incrementado las ganancias económicas de los consorcios mediáticos sino que también ha desatado su poder propiamente político.¹

La tensión constitutiva de los estudios sobre la comunicación, aquella que opone desde sus orígenes sus usos instrumentales y su comprensión crítica, sigue vigente en el fondo, y muchas veces también en la superficie, de las evaluaciones sobre la investigación académica. Generar conocimiento socialmente útil y pertinente es una tarea que acepta múltiples interpretaciones: algunas privilegian el conocimiento de “aplicabilidad” inmediata; otras, como la que sostengo, la profundización del análisis en marcos sociohistóricos de

¹ Cálculos bastante simples permiten deducir que, durante el primer semestre de 2006, la comercialización de las transmisiones del Mundial de Fútbol atrajo para los medios mexicanos, en especial para Televisa, unas ganancias extraordinarias. Sin embargo, la venta de espacios a los partidos políticos y al gobierno, durante la campaña electoral, representó un negocio todavía mayor.

escala mayor. En el campo académico esta tensión, que no se puede resolver solo de forma discursiva o autoritaria, puede ser una clave central de debate y de acuerdo colectivo, intra y extraacadémicos, para evaluar y reorientar las acciones de un grupo profesional que, como la mayor parte de los científicos en México y otros países, no está satisfecho con la estructura institucional en la que trabaja ni con los resultados hasta ahora obtenidos.

Por último, y siguiendo el argumento de Wallerstein de que el escenario más deseable para la “reunificación y redivisión” de las ciencias sociales implica la revisión de las estructuras disciplinarias y la constitución central de un proyecto *histórico*, en que las “ciencias de la comunicación” pueden contribuir en la medida en que enfatizen sus aportes inter o trasdisciplinarios sobre sus tendencias hacia la disciplinarización, que no hacia la especialización, el sentido del término «historia» puede quedar mejor formulado:

[...] todos estamos emprendiendo una tarea singular, que yo llamo ciencia social histórica, para subrayar que debe estar basada en el supuesto epistemológico de que todas las descripciones útiles de la realidad social son necesariamente al mismo tiempo “históricas” (esto es, que toman en cuenta no solo la especificidad de una situación sino los continuos e interminables cambios tanto en las estructuras bajo estudio como en las estructuras de sus entornos) y “científico–sociales” (es decir, que buscan explicaciones estructurales de la *larga duración*, explicaciones que, sin embargo, ni son ni pueden ser eternas). En síntesis, los procesos deben estar en el centro de la metodología. En una ciencia social así reunificada (y eventualmente redividida), no sería posible asumir una separación significativa entre los aspectos políticos, económicos y socioculturales [...] Los científicos sociales históricos tienen que incorporar la tensión universal–particular en el centro de su trabajo, y sujetar a todas las zonas, todos los grupos, todos los estratos, al mismo tipo de análisis crítico (Wallerstein, 2000: 34).

Los propósitos y desafíos del estudio universitario de la comunicación. Una propuesta de reflexión*

Tengo que comenzar, no solo por obligación o compromiso protocolario sino sobre todo por convicción, con un agradecimiento a las autoridades, colegas y amigos de esta universidad por la invitación recibida, y a todos ustedes por la oportunidad de dialogar sobre algo que supongo nos interesa en común; en cuanto a mí estoy seguro y por ello quisiera compartirlo, seguirlo cultivando, hablando y escuchando sobre eso, hoy con ustedes.

Entre muchas posibilidades, que me dejaron abiertas quienes me invitaron, elegí proponerles una fórmula, una clave de entrada para este diálogo: “los propósitos y desafíos del estudio universitario de la comunicación: una propuesta de reflexión”, lo que supone no solo un tema de referencia sino sobre todo un ángulo desde el cual tratarlo. Decidí enfocar esta exposición desde el ángulo de mis creencias, de mis convicciones más de fondo sobre el tema, que son producto de una enorme cantidad de diálogos, intencionales unos y reinterpretados en ese sentido la mayoría, establecidos a lo largo de muchos años con muchos sujetos en muchos lugares. Es decir, después de más 35 años de intentar ser un sujeto lo más reflexivo posible en el campo de estudios de la comunicación, uno va apreciando más los nudos de sentido que van quedando decantados, sin dejar de ser provisionales y relativos, en

* Texto base de las conferencias pronunciadas, con algunas variantes, ante estudiantes de licenciatura en ciencias de la comunicación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) (octubre de 2006), la Universidad Autónoma de Querétaro (enero de 2007) y la Universidad de Sonora (febrero de 2007). Por las respectivas invitaciones, mi agradecimiento a Eduardo Quijano, Gabriel Corral y Gustavo Adolfo León.

relación con ciertas preguntas e inquietudes que nunca tienen respuestas definitivas.

Un par de datos y un par de matices de entrada: cuento mi experiencia en el campo académico de la comunicación a partir de 1970, cuando tenía 18 años de edad y, contra todo lo que indicaba el buen sentido y los mejores consejos, decidí estudiar una licenciatura entonces nueva, que ofrecía desde su nombre unos enigmas, desafíos y contradicciones irresistibles: Ciencias de la comunicación. Dadas las condiciones del entorno académico de entonces, para ser breves nos reconocíamos como estudiantes “de ciencias”, decíamos que estudiábamos “ciencias”, precisamente en la época en que lo que estudiábamos no eran teorías o métodos científicos sino cine, literatura, música, filosofía e historia, algo de técnicas de análisis y de producción y, desde ahí, un poco de todo, hasta de física o de biología, porque la base de la formación de un comunicador era la “cultura general”.

El otro dato es que, más o menos hasta mediados de los ochenta, la frontera entre ser estudiante y ser profesional de la comunicación, egresado universitario con o sin título, era casi inexistente: todo era, dentro y fuera del plan de estudios, oportunidad de aprendizaje y de experimentación, realmente nos enseñaron a ser autodidactas. Y al mismo tiempo, con o sin salario, todo era una intervención profesional sobre la comunicación, que estaba en todas partes aunque casi nadie la reconociera por su nombre. Los problemas de esta frontera empezaron cuando se impuso la necesidad de definir qué era un comunicador profesional, o peor aún, un “comunicólogo” (perdón por pronunciar una mala palabra). Quizá no sea casual que la proliferación de estudiantes y egresados de comunicación, los movimientos de defensa y reforzamiento de esas y otras fronteras, y la gran crisis mexicana de los años ochenta, hayan sucedido más o menos al mismo tiempo.

La crisis de los ochenta, que incluyó el terremoto de septiembre de 1985 y muchas otras tragedias y situaciones de cambio en el entorno, acabó con las condiciones en las que habían nacido y se habían desarrollado los proyectos académicos originales del estudio universitario de la comunicación. Comenzaron a pesar de forma determinante otros factores: el de los

números desatados de estudiantes y escuelas de comunicación, al mismo tiempo que se estancaba la inversión pública en la educación superior y la demanda se empezaba a canalizar a instituciones comerciales; el de la rearticulación política de las empresas mediáticas; el de la aceleración y convergencia de “nuevas tecnologías”, y el de la incertidumbre sobre el futuro y la integración del país a un nuevo orden mundial, en el que las oposiciones fundamentales entre este y oeste cambiaron por oposiciones más silenciosas y opresivas: entre norte y sur, entre ricos y pobres.

En los ámbitos académicos dedicados al estudio de la comunicación, el escenario cambió de manera radical, debido a estos y otros factores. No quiero repetir ahora ese análisis sino enfatizar que, en las últimas dos décadas o década y media, prácticamente todos los referentes sociales, culturales, laborales, tecnológicos, políticos, económicos, estéticos y éticos pertinentes al estudio de la comunicación cambiaron. Y, sobre todo, si es que alguna vez pudieron considerarse estables, desde entonces se volvieron móviles de forma acelerada y con evidentes articulaciones entre ellos, de manera que unos cambios de condiciones generan otros muchos, en otras dimensiones. El estudio de la comunicación se volvió, al mismo tiempo, mucho más importante que antes y mucho más difícil de sustentar, en México y en cualquier otro lugar del mundo.

Entonces, dos matices que considero muy importantes: sea como sea que se le entienda, la comunicación no solo es un articulador de todos esos factores en movimiento sino también el único recurso disponible para reconocerlos e interpretarlos. Una frase contundente de un investigador estadounidense resume esto a la perfección: “Comprender la comunicación es comprender mucho más”. Y el otro: no es posible, y lo es cada vez menos, elaborar una propuesta teórica o una estrategia práctica, digamos profesional, que aisle la comunicación del entorno en que sucede. Por lo tanto, en su formulación más abstracta, la comunicación es una clave central del mundo contemporáneo, y su estudio no podrá avanzar si no es mediante modelos trasdisciplinarios.

Hacen falta, evidentemente, muchísimos sujetos que trabajen en ello y que se intercomunicen. Pero aunque hay miles de estudiantes, egresados y profesores de comunicación en México, sus horizontes de futuro son muy limitados en la gran mayoría de los casos. La orientación estratégica y trasdisciplinaria es muy escasa, y la intercomunicación, la colaboración, mucho más escasa aún. De ahí mi interés y mi necesidad de diálogo, con ustedes aquí hoy, y con muchos otros, siempre, en todas partes, en el trabajo de todos los días. Esa es una manera de asumir las tareas de docencia y de investigación, que ni es la única, ni la predominante, ni la mejor, pero es en la que creemos algunos. Al menos, es una que satisface mejor la necesidad de aprender, y de comprender un poco más de lo que hacemos y del mundo en el que lo hacemos.

Con eso, dejo planteados mis propósitos y, en breve, una postura que es resultado de muchos años de experiencia. Paso ahora a exponer, también en forma breve, algunas reflexiones sobre los desafíos de la comunicación y de su estudio universitario, formuladas desde esa misma postura, es decir, ni despegadas del sujeto y sus circunstancias, ni fijas y universales como si pudieran ser verdades absolutas. Lo que intentan es ser, ni más ni menos, estímulos para un diálogo honesto y comprometido.

Según María Moliner, «desafío» es sinónimo de «reto» y de «duelo». Desafiar es “invitar o incitar una persona a otra a que luche o compita con ella en cualquier forma”, pero “particularmente, proponer la lucha con armas a otra persona por una cuestión de honor”. No es eso lo que yo quiero hacer con ustedes, ni creo que sea lo que la comunicación signifique para nosotros. Más bien hablamos de “desafiar”, en la tercera acepción que indica Moliner: “Afrontar, arrostrar, enfrentarse, hacer frente. Acometer una empresa sin retroceder ante dificultades, peligros, etc. o ir en busca de ellos” (1992: 902). A eso sí me apunto y los invito a que se apunten sin dudarlos.

La “comunicación” es en sí misma el desafío, en sus diversos planos de existencia y en sus diversas perspectivas. La comunicación misma es una empresa a acometer, a enfrentar, sin retroceder ante dificultades, peligros, etc. Es una aventura, una apuesta, una improbabilidad. Pero la comunicación

no es un sujeto, y eso es lo central. Antes que medios o contenidos, lo que la comunicación requiere para existir son sujetos que la entablen o al menos que la intenten entablar, por supuesto, con otros sujetos. Esa acción tiene muchas dimensiones, por lo que habría que considerar los desafíos específicos que cada una de ellas presenta para la comunicación o en la comunicación, más que desafíos de la comunicación.

Porque, insisto, poner a la comunicación como sujeto es muy engañoso. La comunicación es algo que los sujetos buscamos o logramos, algo a lo que aspiramos o por lo que apostamos, algo que construimos con mayor o menor eficacia, algo que no está antes que los sujetos y puede ser que no esté tampoco después. Ese es el desafío esencial, por donde hay que comenzar.

Otra cosa, dependiente necesariamente de esa definición esencial, es estudiar la comunicación, de preferencia en una universidad, para mejor comprenderla y ejercerla, para desentrañarla y ofrecerla como un saber especializado, que sirva a otros, profesionalizado. Primer desafío del que quiero hablar hoy, primera consecuencia o implicación más o menos conceptual, reflexiva, propia de universitarios: la comunicación que estudiamos no es la nuestra sino la de todos. Es la nuestra en tanto que debemos asumirnos como sujetos sociales y eso supone un aprendizaje continuo, del cual la universidad es un escenario privilegiado pero parcial.

Pero no es solo la nuestra, la individual o la gremial. Es la de todos, en especial la de los otros, que debemos aprender a reconocer y a respetar. La comunicación, como el desafío, es una relación sociocultural, un producto de la intersubjetividad, no de la subjetividad, al contrario: la subjetividad es un producto de la comunicación. Los saberes y las habilidades especializados que podemos cultivar en la universidad no son nuestros, son de todos. Cuando nos apropiamos de ellos estamos ejerciendo un derecho social que les pertenece a todos, aunque no todos lo puedan ejercer. La formación profesional consiste básicamente en el descubrimiento de esa responsabilidad: la de ampliar el ejercicio de los derechos a la comunicación entre nosotros.

Entender la formación profesional universitaria como formación de la responsabilidad, como un desafío ético, implica la necesidad de que sea una

formación lo más amplia y profunda que sea posible. Solo de una formación general sólida y densa puede desprenderse una especialización eficiente y eficaz, una que no aisle entre sí los factores de la comunicación sino una que permita integrarlos de forma flexible y puntual. Y esa formación general no puede ser sino interdisciplinaria, múltiple, compleja. El fundador de la carrera de comunicación en la Universidad Iberoamericana (UIA) de hace casi 50 años, el P. José Sánchez Villaseñor, imaginaba a los comunicadores como filósofos, como humanistas, como “hombres cultos”. Y la cultura contemporánea incluye una gama amplísima de saberes: como lo hemos postulado en la Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), es tan central el conocimiento de las sinfonías de Beethoven como el de los teoremas de Pitágoras, los avances de la ingeniería genética o los condicionamientos económicos y políticos de la historia nacional.

¿Y las tecnologías de la información y la comunicación? Por supuesto que también. Pero permítanme rescatar dos párrafos de un texto que escribí hace más de 20 años, a propósito de la formación de comunicadores y las brechas tecnológicas:

Después de todo, no es con cables, lentes y hojas de papel con lo que trabaja un comunicador, sino con significaciones, valores y mediaciones entre sujetos. Al menos, con esto es con lo que debería de trabajar, generando satisfacciones a las necesidades de comunicación de los actores sociales. Los instrumentos son inútiles si no se sabe usarlos, pero peligrosos si sólo se sabe usarlos pero no se sabe para qué. Por ello la aportación universitaria limitada a la preparación acrítica de técnicos es no sólo una pobre aportación a la sociedad, sino un obstáculo a la satisfacción de sus necesidades.

No niego la necesaria, indispensable, habilitación de los comunicadores en cuanto a la expresión: no podría concebirse un comunicador incapaz de hablar, escuchar, leer, escribir, de dominar los lenguajes básicos de la comunicación. Lo que niego es la posibilidad de concebir un comunica-

dor incapaz de pensar, de indagar, de valorar los hechos y de inscribirse responsablemente en la transformación de la dinámica social (Fuentes Navarro, 1986: 72).

A pesar de que citar un texto que escribió uno mismo es de mal gusto académico, y además peligroso, porque puede dejar la impresión de que a lo largo de los años cambia todo menos el discurso, quiero dejar constancia de que hoy, 22 años después de aquel encuentro del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEICC) en que nos enfrentamos por primera vez de manera sistemática al desafío de las “nuevas tecnologías” de la comunicación, mi postura básica sobre lo que implica la formación universitaria de comunicadores es exactamente la misma y contribuye a orientar con relativa certeza mi trabajo cotidiano como profesional de la enseñanza y la investigación de la comunicación.

El comunicador universitario, lo reitero y lo enfatizo, debe ser capaz, ante todo, de pensar, de indagar, de valorar los hechos y de inscribirse de forma responsable en la transformación de la dinámica social; es decir, debe ser un “agente”, alguien que hace que las cosas que cree que deben suceder, sucedan, y se hace responsable de las consecuencias. Ese es el desafío. Y me adelanto a responder dos preguntas. ¿Ese perfil ideal es posible? Sí, sin ninguna duda: por todas partes hay egresados universitarios con esa ética y con esas competencias, actuando de forma profesional en los cada vez más diversos ámbitos del ejercicio comunicacional. Y, ¿cualquier egresado de cualquier escuela de comunicación cumple con esas condiciones? No, sin ninguna duda. Lamentablemente, hay evidencias sobradas de que la mayor parte no lo hace así. Predominan los incapaces y los irresponsables. Por eso, hay que seguir trabajando y clarificando criterios y métodos. Por eso, también, algunos seguimos creyendo en los valores utópicos sobre los que se fundó nuestro campo académico e insistiendo en su sentido práctico, en un entorno distinto, es cierto, pero donde estos valores parecen ser más pertinentes aún.

La certeza básica es que la comunicación no es ni puede ser más que un medio para lograr un fin. Es una acción que se refiere a otras acciones o prácticas sociales. Y a veces se nos olvida analizar los fines a los que sirven socialmente las prácticas de comunicación, las nuestras y sobre todo las de otros agentes, individuales o institucionales. En los procesos de comunicación, cualquiera que sea su forma o su extensión, hay proyectos sociales en juego, hay ejercicio de poder, hay fines que se proponen o se imponen. Es decir, hay responsabilidades comprometidas, aunque no se hagan explícitas. No hay procesos de comunicación “en el aire”, aislados de las relaciones sociales de las que surgen y a las que contribuyen a reforzar o a modificar. Y no hay, obviamente, interacciones sociales sin sujetos. En los sujetos en interacción es donde puede haber responsabilidad y donde puede haber comunicación. Por eso es muy distinto entender la comunicación como producción social de sentido que entenderla como intercambio de mensajes. Los mensajes son objetos; la producción social de sentido, interacción de sujetos.

Pero hay un desafío más, entre los que quiero enfatizar hoy aquí, uno que nos interpela como profesionales y como ciudadanos. En las tres, cinco o diez décadas (la antigüedad de nuestro campo depende de cómo construyamos su historia) en que se han acumulado conocimientos sistemáticos sobre la comunicación, no se han alcanzado a edificar síntesis lo suficiente sólidas para comprenderla. Y es que, en ese mismo periodo, sus manifestaciones socioculturales se han expandido, ramificado, complejizado y enraizado de manera exponencial. Sabemos mucho más que antes, no importan las fechas que se señalen para comparar el “antes” con el “ahora”, pero eso explica cada vez menos. Hacemos mucho más que antes, y tenemos cada vez menos capacidad de saber qué estamos haciendo en comunicación. Cuando se habla ahora de la emergencia de la “sociedad de la información” en una escala global, y de los problemas y desafíos que representa para los saberes y los poderes, bajo fórmulas benignas como la “sociedad del conocimiento”, “la sociedad red”, o más críticas como el “capitalismo digital”, se nos presenta un paradójico panorama en el que la comunicación es cada vez más importante

y al mismo tiempo sabemos menos cómo aprovecharla en términos de un proyecto social global.

Pero esa desproporción entre lo que se hace y lo que se sabe en comunicación no es obstáculo sino, al contrario, para que se le instrumentalice en función de ciertos proyectos sociales. Así como el control de la información ha facilitado su mercantilización, las facilidades con que cuentan ciertos agentes institucionales de gran poder para instrumentalizar los recursos comunicacionales en línea con sus propios intereses particulares, con sus proyectos sociales, ayuda a explicar la creciente concentración de agentes y la consecuente reducción de la comunicación a sus mecanismos más elementales. Todo esto en la medida en que crecen y se expanden socialmente, en lo global, los sistemas de comunicación.

Tenemos muchos ejemplos a la mano. En el entorno sociocultural en que vivimos, la “oferta” de mensajes que “consumir” crece en apariencia en relación directa con una disminución constante de sus costos y del esfuerzo que hay que hacer para adquirirlos. Pero no es tan aparente que, muchas veces, ese incremento exponencial de los productos culturales implica también una disminución drástica en el número de opciones, de propuestas alternativas, de diversidad de proyectos sociales a considerar. Al igual que en otros países modernos, la política mexicana se ha convertido, para todos los partidos, mucho más en una lucha de campañas mediáticas que de propuestas alternas de gobierno. Es decir, al final, en una lucha de presupuestos y “creatividad” para generar los impactos electorales y la “legitimidad” pública lo más alejada que sea posible de una racionalidad, no digamos de justicia social o de consolidación democrática sino simplemente de eficacia administrativa, de rendición de cuentas, de verificación pública de la correspondencia entre las imágenes prometidas y los resultados alcanzados.

La experiencia electoral más reciente en México puede parecer novedosa y desconcertante, y lo es en muchos sentidos. Pero debería de ser explicable de una manera amplia y desapasionada que al menos hasta ahora, y a partir del análisis de los usos políticos de la comunicación, no aparece en nuestro espacio público. Quizá tenga que ver con que los intereses de los medios

de difusión son ya demasiado centrales en la disputa por el sentido; quizá también porque para dar a conocer una interpretación sistemática y crítica de la situación, alguien debe primero elaborarla, sólida y consistentemente.

Y la capacidad académica para hacer eso es por mucho insuficiente, crecientemente y lamentablemente insuficiente. Ahí es donde la formación de agentes de la comunicación en las universidades es crucial. Tengo que insistir y dejar bien claro, para ello, que desde la perspectiva desde la que hablo, el término «comunicación» refiere a los complejos entramados históricos, institucionales e intersubjetivos que subyacen en la producción social de sentido, y no simplemente a los mecanismos, mediáticos o no, de producción, circulación y apropiación de “mensajes”. Me sitúo, por ello, en un doble eje de tensión: por una parte, entre el reconocimiento de la comunicación como un factor constitutivo de la estructuración social y sus usos instrumentales y, por otra, entre el imperativo de reestructurar los campos del saber y la necesidad de reforzar la identidad institucional de los estudios sobre la comunicación, como una especialidad legítima y estratégica.

Sabemos que las teorías y la investigación de la comunicación presentan todavía una separación muy clara entre la comunicación “interpersonal” y la “de masas”, y que los modelos, tendencias y propuestas conceptuales y metodológicas manifiestan cada vez mayor fragmentación. Estudiar comunicación, en ese sentido, es mucho más difícil ahora que en décadas anteriores. No solo porque hay que conocer una bibliografía muchísimo más extensa y dispersa sino también porque los fenómenos que hay que entender son mucho más variados y complejos. Un ejemplo crucial es lo que ha generado el desarrollo de la Internet, donde se han condensado en los últimos diez años más factores comunicacionales y culturales que en el resto de la historia de los estudios de comunicación, y además en una escala global sin precedentes. Es obvio que tenemos que ser internautas lo más hábiles que sea posible, pero de nuevo tengo que insistir en que la *hipermedialidad* de la Internet no es más que un recurso, aunque sea en apariencia inagotable, para propósitos que debemos reconocer. Y para lo que es necesaria una amplia formación básica, que cada vez es más difícil de adquirir.

El investigador danés Klaus Bruhn Jensen es optimista al respecto, cuando afirma que “en realidad, no resulta tan aventurado imaginar facultades de comunicación y cultura que incluyan componentes científico–sociales, humanísticos y tecnológicos como respuesta estructural de las universidades, nuevamente, a un contexto social cambiante” (Jensen, 2002). La formación universitaria de agentes de la comunicación que tengo en mente pasa por ahí, por la compleja interrelación de saberes que están histórica y estructuralmente separados en las facultades de ciencias sociales, de humanidades o de ingenierías y ciencias naturales, y en las comunidades académicas que los cultivan. La “interdisciplinariedad” y su objetivo y recurso, la “trasdisciplinariedad”, sin embargo, es un proyecto que solo en la universidad se puede desarrollar y no es, en principio, solo una cuestión de currículum. Es sobre todo una cuestión de método, y dentro de este, de un método de aprendizaje más que de enseñanza.

Por eso es necesario discutir y trabajar en distintos niveles esta propuesta, este desafío, para ir avanzando en los consensos necesarios para incrementar su viabilidad, más allá de las claridades individuales que pueda suscitar. Y por eso considero que también es necesario enfatizar la dimensión ética sobre todas las demás. Porque se trata de una responsabilidad que corresponde a las instancias universitarias, no a las empresariales o a las gubernamentales o a las propiamente civiles de la sociedad: el diseño y la construcción del futuro social es la tarea central de la universidad, y por supuesto de los universitarios, de aquella minoría de ciudadanos que tenemos el privilegio de ser universitarios, en el caso de México, no más del 3% de la población. A eso es a lo que creo con firmeza que hay que hacer frente todos los días.

III. **Re-lecturas, re-escrituras y exploraciones del campo**

Nuestros modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna, y de maneras importantes estamos pagando el castigo por el largo abuso de los procesos comunicativos fundamentales al servicio de la política, el comercio y la terapia
(Carey, 1989: 34)

La relación comunicación / cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora, se propone una complejidad que enriquezca
(Schmucler, 1997: 150–151)

Multiculturalismo y comunicación en la era telemática: una perspectiva sociocultural*

A mediados de los años noventa, la *convergencia tecnológico-industrial y comercial* que había venido desarrollándose desde mucho antes en y entre los campos de la informática, las telecomunicaciones y la difusión masiva se concentró en la “red de redes”. Y a pesar de sus ya largos antecedentes, la rápida aparición de la Internet en la esfera pública fue en muchos sentidos sorpresiva. En un *informe especial* sobre el “ciberespacio” encargado al canadiense Robert Everett-Green para el libro del año 1996 de la *Enciclopedia Britannica*, se resume muy bien la situación:

Tan recientemente como en 1990, la Internet era casi desconocida para el público en general. A fines de 1995, sin embargo, la red ha absorbido a millones de usuarios no afiliados a instituciones de defensa o universidades [...] Internet es un medio híbrido, que combina aspectos de la prensa, el teléfono, el tablero de avisos públicos y la carta privada. También permite transmisiones elementales de radio y televisión, sin la planta física requerida para la radiodifusión convencional. De hecho algunos comentaristas han pronosticado que la Internet o alguna red que la supere, eventualmente absorberá las funciones de la televisión, el teléfono y las publicaciones convencionales. Se habla de la “supercarretera de la información”, un término acuñado en 1992 por el entonces

* Ponencia presentada en la mesa Cultura, orden global y nuevas tecnologías, en el XIV Encuentro Internacional de Ciencias Sociales, CUCSH-Universidad de Guadalajara (Feria Internacional del Libro de Guadalajara), noviembre de 2000.

senador Al Gore Jr., para referirse a un sistema de comunicación electrónica unificado e interactivo. El prospecto de un sistema tal, capaz de prestar una gama de servicios informacionales sin precedentes al hogar, escuela u oficina, ha desatado un cúmulo de alianzas estratégicas entre los intereses comerciales mayores de las industrias telefónica, de programación computacional y del entretenimiento. En 1995 el mundo de los negocios comenzaba a considerar a la mayoritariamente no comercial Internet como el equivalente electrónico de China: un mercado enorme, creciente y prácticamente inexplorado (Everett–Green, 1996).

Ante la expansión y explotación comercial experimentada por la Internet en los últimos cinco años, hay que recordar la obviedad de que el procesamiento, natural o artificial, de la información no es en absoluto una actividad recientemente establecida. Tampoco lo es su intercambio entre seres humanos con propósitos de supervivencia, control del entorno, organización social, construcción de conocimiento, comercio o ejercicio del poder. Lo que es históricamente novedoso es el desarrollo de tecnologías y sistemas (industriales y comerciales) para realizar de forma masiva estas actividades, la preponderancia creciente de este “sector” en la organización social global y la necesidad de sistemas teóricos especializados para explicar estos fenómenos. La historia completa de las “ciencias de la comunicación”, que abarca ya más de un siglo (Rogers, 1993), coincide con el periodo de aceleración inaudita de estas transformaciones. Y, no obstante, la irrupción de la Internet en este campo de estudios parece haber sido en extremo sorpresiva, al grado de que los modelos y métodos adecuados para estudiarla están por proponerse y lejos de consolidarse. Será que todavía, como afirmó Nicholas Negroponte en su bestseller *Ser digital* (1996), “en Internet todos somos novatos”.

Pero ha quedado claro que la actual “globalización” de la economía tiene, en muchos sentidos, su base en la extensión de las redes telemáticas, que comenzó a realizarse cuando a mediados de los años cincuenta confluyeron los desarrollos de la tecnología informática y de la tecnología de las telecomunicaciones, mediante la *digitalización* y la consecuente superposición de

un valor de cambio al valor de uso de la información. Ya en 1992 Manuel Martín Serrano señalaba que

[...] establecer la medida cuantitativa de la información ha sido la conquista más reciente de la forma de producción capitalista, y tal vez represente la culminación de su éxito histórico, a 400 años de ininterrumpida apropiación de las actividades naturales y sociales para incorporarlas al mercado (1992: 65).

Más recientemente, en la creciente reflexión sobre esta línea, Manuel Castells ha desarrollado un extenso y documentado análisis histórico–estructural de *La era de la información* (1999) en tres volúmenes, en donde argumenta la emergencia de “la cultura de la virtualidad real”, asociada a “la integración de la comunicación electrónica, el fin de la audiencia de masas y el desarrollo de las redes interactivas” (1999, I: 359–408).

No parece quedar duda, sobre estas bases, de que los usos sociales de la comunicación están en proceso de redefinición, integrando los hasta hace poco distintos *espacios* (público y privado) y *tiempos* (de trabajo y de ocio) en un *megasistema* de información–organización–acción:

Ahora la información está destinada a penetrar en el ámbito de todo lo programado y de todo lo programable; es decir, en todo nivel natural o artificial, material o inmaterial, que sea susceptible de ser intervenido por el hombre. Este horizonte hace prever que la comunicación se va a refuncionalizar aceleradamente (Martín Serrano, 1992: 66).

Y esta “refuncionalización” acelerada de la comunicación es un factor de evidente trascendencia para los campos de estudios sobre la comunicación y la cultura, pues no se trata solo de la aparición de un “nuevo” medio sino de un cambio mayor. Los desafíos teórico–metodológicos provenientes de los desarrollos tecnológicos de los sistemas de información / comunicación y, sobre todo, de su imbricación multidimensional en la economía, la po-

lítica y la cultura, exigen pensar de manera crítica el *entorno cambiante de la información* (McHale, 1981) en términos de una *comunicación-mundo* (Mattelart, 1993) y sus implicaciones en cuanto a los desequilibrios, desigualdades y diferencias sociales preexistentes. La temática de la “globalización” o “mundialización” tiene que explorarse en nuevos términos, con énfasis en la cultura y sus enlaces estructurales y algunos de los autores de mayor influencia en los estudios latinoamericanos de la comunicación y la cultura lo han estado haciendo desde posturas críticas renovadas (Ortiz, 1994; Mattelart, 1998; García Canclini, 1999a).

En pocas palabras, los objetos de estudio que es necesario reformular no solo son los *productos* tecnológicos nuevos como tales, o las *tecnologías* como lógicas de uso de determinados recursos (en este caso los informativos), independientemente de que se les considere “nuevas” o no, sino que se trata de algo mucho más amplio y profundo: los cambios inducidos en las relaciones socioculturales entre los sujetos y los sistemas, en la organización de la vida cotidiana y de sus representaciones cognitivas, en la distribución de las posiciones de poder y del control de los espacios y los tiempos en que se sitúa toda actividad humana.

En ese sentido, hay que decir que los estudios sobre la comunicación y la cultura, campos multidisciplinarios desde su origen en las intersecciones de las ciencias sociales y las humanidades tradicionales, participan en forma activa en el “fermento” intelectual y práctico de la reestructuración de los marcos contemporáneos para la producción del conocimiento, desde una posición ciertamente muy incómoda: por un lado, sus objetos de referencia han cobrado una relevancia social-histórica primordial y surge desde todos los ámbitos una demanda creciente de explicaciones y guías de la acción, al mismo tiempo que, por otro lado, los recursos propiamente científicos acumulados para enfrentar esa demanda con una oferta pertinente de conocimiento son insuficientes e inconsistentes (Fuentes Navarro, 2000a).

Sin entrar por el momento en detalles, que necesariamente serían objeto de polémica, sobre las condiciones actuales de la práctica científico-social, propongo centrar la atención en un aspecto muy concreto, causa y efecto de

muchas de las dificultades experimentadas en el proceso de la reestructuración de nuestros campos de estudio: el de la precisión conceptual y terminológica con que se establecen y casi siempre se cierran las discusiones, con la sensación generalizada de no haberse avanzado en ningún sentido en cuanto a comprensión del objeto del debate, de su referente, y de las posiciones discursivas mismas de los interlocutores.

James Carey, reconocido como uno de los fundadores en Estados Unidos de los estudios culturales como corriente para el estudio de la comunicación, distinguía ya en 1975 dos concepciones alternas de comunicación, ambas derivadas del pensamiento religioso, que él llamo la visión “transmisional” y la visión “ritual”. La primera, más común en las culturas industrializadas, define a la comunicación como sinónimo de “impartir”, “emitir”, “transmitir” o “dar información a otros”, mientras que la segunda, ancestral, lo hace en términos de “compartir”, “participación”, “asociación”, “camaradería” y “la posesión común de una fe” (Carey, 1989: 14, 18). El núcleo de la primera visión es la transmisión de señales o mensajes a distancia con los propósitos de control (en su origen, religioso o teológico, y después económico y político) y está asociado al transporte, a la extensión de los mensajes en el espacio. Por su parte, la visión ritual se orienta hacia el mantenimiento de la sociedad en el tiempo. Su núcleo está en la expresión o representación de creencias compartidas, en la “comunidad”, en la cultura.

Para desarrollar su comprensión de la comunicación como cultura, Carey recurre a autores norteamericanos como John Dewey o Clifford Geertz, pero hace explícita su deuda intelectual con Raymond Williams, quien al fundar los estudios culturales británicos unos años antes, había reformulado la relación conceptual entre la comunicación y la educación con la cultura y la sociedad:

La comunicación comienza en la lucha por aprender y por describir. Para empezar este proceso en nuestras mentes y hacer pasar sus resultados a otros, dependemos de ciertos modelos de comunicación, ciertas reglas o convenciones a través de las cuales podemos establecer el contacto.

Podemos cambiar estos modelos cuando se vuelven inadecuados o podemos modificarlos y extenderlos. Nuestros esfuerzos para hacer eso, y para usar los modelos existentes con éxito, se lleva una gran parte de nuestra energía vital [...] Más aún, muchos de nuestros modelos de comunicación se convierten, en sí, en instituciones sociales. Ciertas actitudes hacia otros, ciertas formas de expresión, ciertos tonos y estilos se incorporan en instituciones que tienen entonces un gran poder de efecto social [...] Estos supuestos discutibles frecuentemente están incorporados en instituciones sólidas y prácticas, que entonces enseñan los modelos que las originaron (Williams, 1966: 19-20).

Williams, Stuart Hall y el grupo de investigadores reunidos alrededor del centro fundado en la Universidad de Birmingham para estudiar no la “comunicación” o menos la “comunicación de masas” sino las “culturas contemporáneas”, impulsaron el desarrollo de una visión crítica sobre la comunicación en la sociedad, políticamente orientada por la “Nueva Izquierda” neomarxista y centrada en el estudio de las “culturas de la clase obrera” y una perspectiva histórica sobre las relaciones entre cultura e ideología. Esta corriente ha tenido creciente impacto en la teoría y la investigación norteamericana de la comunicación, pero de manera limitada dado su carácter crítico y, es importante señalarlo, multidisciplinario. Hanno Hardt (1992), historiador de los estudios críticos de la comunicación en Estados Unidos, resume así la visión de Raymond Williams sobre la comunicación:

Williams abordó la complejidad y problematicidad del estudio de la comunicación a través de las prácticas lingüísticas de los individuos hacia las instituciones de medios, sugiriendo que su apertura invitaba al estudio de “cualquier cosa que pueda ser aprendida sobre la base de esa práctica”, desde los “procesos del lenguaje” hasta los efectos de “tecnologías particulares”. Así, la comunicación cae dentro de la cultura, porque está “concernida con la práctica y con las relaciones entre prácticas” (Hardt, 1992: 181).

Un analista británico de la corriente de los estudios culturales ha sintetizado los constitutivos de su proyecto intelectual, contrastándolos con los de la crítica cultural europea (*Kulturkritik*) que la antecedió y “contra” la cual se propuso. Para Francis Mulhern,

Los estudios culturales han favorecido una expansión radical del campo de la indagación relevante, y una ética estrictamente igualitaria de atención dentro de él. Cualquier forma o práctica de significación es en principio elegible, sin ninguna prejuiciosa prueba de “calidad”. Pero estos estudios tienen una misión que no es sólo sociológica o antropológica. El propósito que justifica a los estudios culturales ha sido revocar los privilegios históricos de “la cultura con C mayúscula” (el valor soberano de la *Kulturkritik*) y reivindicar los significados y valores activos de la mayoría subordinada (las llamadas “masas”) como elementos centrales de un posible orden alternativo. El “poder” es indisociable del significado, en esta perspectiva, que es así, necesariamente, “política” (2000: xviii).

Es imposible resumir en pocas palabras el impacto que los estudios culturales han tenido sobre los estudios de la comunicación en todo el mundo, pero sin duda entre las características de su “integración” diversa en las academias anglosajonas, sobre todo, aunque también en las latinoamericanas, cabe anotar sus inconsistencias terminológicas. Para el caso presente, es necesario rescatar el problema de la extensión semántica del término «multiculturalismo». Una referencia obligada al respecto es la siguiente cita de Homi K. Bhabha:

Multiculturalismo —un término doble para nombrar cualquier cosa desde el discurso minoritario hasta la crítica del postcolonialismo, desde los estudios *gay* y lésbicos hasta la ficción chicana— se ha convertido en el signo más cargado para describir las dispersas contingencias sociales que caracterizan a la crítica cultural (*Kulturkritik*) contemporánea. Lo multicultural se ha vuelto un “significante flotante” cuyo enigma reside menos en sí mismo que en sus usos discursivos para marcar procesos en

que la diferenciación y la condensación parecen ocurrir casi sincrónicamente (1996: 55).

De esta manera, se apuntan al menos tres niveles de significación del término: primero, la “multiculturalidad” como cualidad emergente en las sociedades contemporáneas, en especial en el contexto de los procesos de integración de las identidades nacionales y sus procesos de desintegración progresiva en el marco de la globalización. En segundo lugar, el “multiculturalismo” como categoría analítica o postura interpretativa, desde la que los investigadores “no destacan condiciones biológicas o culturales estáticas o esencialistas como atributo innato que delimite el estatus social; más bien cuestionan muchos de los supuestos desde los cuales se conforma el universo simbólico dominante, así como sus recursos de credibilidad” (Valenzuela Arce, 1999). Y en tercer lugar, el “multiculturalismo” como programa de acción, como ideología o como postura política sostenida por los propios científicos, o por otros agentes institucionales.

En la imbricación de estos tres niveles, “los estudios culturales han avanzado en los procesos de deconstrucción de los mecanismos de conformación y reproducción de las diferencias y desigualdades sociales, pero también avanzan en el escudriñamiento de los usos del poder como su elemento estructurado y estructurador” (Valenzuela Arce, 1999). Y en tanto que hacen eso, se convierten en estudios *socioculturales*, perspectiva desde la cual la comunicación se convierte a su vez en un proceso crucial para la comprensión de la multiculturalidad y al mismo tiempo para la construcción social, en la comunidad de los científicos, de esa comprensión sobre la multiculturalidad, según el principio metodológico de la *dobles hermenéutica* de Giddens (1984).

Ahí, también, en la teoría de la estructuración, la comunicación es una forma esencial de la interacción, como el poder y la sanción moral, constitutiva de la estructuración de la significación y de la dominación, así como de la legitimación, en la agencia sociocultural, en tanto que la *agencia* está constituida por actos de comunicación, si bien “el alcance de la agencia

ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas” (Sewell, 1992).

A pesar de la brevedad de la exposición de estas discusiones, puede aceptarse que hay, en el concepto de comunicación que se utilice en cualquier debate en relación con la multiculturalidad, una dimensión inescapable de moralidad, de dominación y de significación que implica el riesgo metodológico del reduccionismo, ante el cual es necesario el ejercicio de un redoblado rigor.

Dejar que prevalezca, por ejemplo, el concepto de comunicación centrado en la transmisión o el intercambio de mensajes, además de remitir a la ilusión de que su estudio puede desarrollarse en términos estrictamente disciplinarios, implica negar que los sujetos que se comunican sean capaces de construir sus propios significados, negociarlos entre ellos y ser, por tanto, responsables de la acción simbólica y social que esto supone (Krippendorff, 1994). Esta noción, según muchos analistas del campo de la comunicación, está en el centro de la *decisión* tomada hace más de 50 años por los fundadores, Wilbur Schramm en especial, de asociar la comunicación con la propaganda y no con la educación al institucionalizarla como objeto de estudio universitario y de investigación científica (Glander, 2000).

Si, por el contrario, se sostiene un concepto de comunicación basado en la producción y circulación social del sentido, como lo hacen, aunque desde perspectivas teóricas diversas, las dos propuestas actuales más consistentes a mi juicio para el estudio de los “medios” en las sociedades contemporáneas (Jensen, 1995; Thompson, 1995), es posible abordar cuestiones como la de la multiculturalidad *sin reducir u ocultar la desigualdad en la diferencia*. Esto es en especial importante en entornos como los latinoamericanos, donde al decir de Jesús Martín Barbero, “la multiculturalidad, tanto en el discurso como en la experiencia social, moviliza antiguas y nuevas contradicciones” (1997), sobre todo en torno a la equivalencia históricamente construida, y en la actualidad en proceso de “estallamiento”, entre identidad y nación. Ahora, para Martín Barbero, es en la ciudad,

[...] mucho más que en el Estado, donde se encardinan las nuevas identidades hechas de imagerías nacionales, tradiciones locales y flujos de información transnacionales, y donde se configuran nuevos modos de representación y participación política, es decir, nuevas modalidades de ciudadanía. Pensar desde ahí la multiculturalidad implica serios retos teóricos y metodológicos para los investigadores de las ciencias sociales, pues su comprensión exige el estallido de las fronteras disciplinarias y la configuración de objetos de conocimiento móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado (1997).

Por último, en el ámbito de las políticas culturales, el multiculturalismo puede entenderse como resultado de la acción cultural de diversos agentes sociales, pero también, mediante un reduccionismo ideológico, como un *programa*, que más que un pluralismo deja ver un “partidarismo cultural” pernicioso e inaceptable, pues

[...] se propone establecer un paralelismo cultural exactamente ahí donde no existe. En especial busca promover, de manera excepcional, una o varias culturas antes consideradas oprimidas, mediante un mecanismo de compensación por las injusticias sociales vividas en el pasado (Teixeira Coelho, 2000: 347).

En este ámbito de las políticas culturales, donde tanto hay por definir política y críticamente en las sociedades latinoamericanas, el riesgo del reduccionismo en comunicación y cultura es patente.

Pero ese reto implica también, con relación a la comunicación mediante los medios telemáticos, la necesidad de precisar y rearticular los conceptos de tecnología y cultura con que trabajamos. Porque adoptar y desarrollar un concepto de comunicación como práctica de producción social de sentido, exige rearticular un concepto amplio de tecnología que evite que esta sea considerada solo como algo “externo” o ajeno a las prácticas sociocul-

turales. La tradicional oposición “tecnología *vs* cultura” tendría así menor oportunidad para operar como *obstáculo* en la indagación de las múltiples dimensiones que han puesto en evidencia los “nuevos medios” o los “nuevos ambientes” telemáticos. Una de las propuestas latinoamericanas más audaces en este sentido es la de Alejandro Piscitelli (1995 y 1998), quien declara buscar en el pensamiento complejo los recursos intelectuales para elaborar los marcos con los cuales enfrentar, sobre todo si se hace desde la “periferia tecnocultural”, las nuevas realidades (virtuales o no) de la comunicación, sobre la base de “la causalidad recíproca entre las metamorfosis de los modos de comunicación y la estructuración de la percepción”.

En pocas palabras, rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de *significación*, a través de los *esquemas perceptuales e interpretativos* que en cada sector cultural median las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la *información*, es una clave que, además de restituir la complejidad de los procesos socioculturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la *agencia* o acción transformadora implícita en las prácticas cotidianas reflexivas, es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma.

De esta manera, también, desplazando el foco del análisis comunicativo de los medios y los mensajes a los sujetos sociales y los procesos de producción del sentido, podrá abordarse el estudio de la comunicación como ejercicio práctico de la *reflexividad* comunicativa, que se propone como concepto central de la exploración sistemática de los usos de la Internet. Pues, desde esta perspectiva, el escenario estratégico primordial para impensar y repensar la comunicación en el universo telemático no puede ser otro que el diseño de una *metodología comunicacional*.

En este concepto de “metodología comunicacional” se recupera la perspectiva que han adoptado, por ejemplo, la brasileña Maria Immacolata

Vassallo de Lopes (1990) y el norteamericano Robert T. Craig (1989), a partir de la obra de Abraham Kaplan (1964). En palabras de Craig,

Metodología, en su sentido más amplio, es cualquier indagación sobre los métodos; y *método* en el sentido más amplio es cualquier procedimiento ordenado y explícito [...] La teoría de la comunicación, desde este punto de vista, sería *análoga* a la metodología pero a un nivel lógico diferente. La teoría de la comunicación sería una “metodología” de la comunicación; se encargaría de los métodos de rango intermedio o “lógicas reconstruidas” de la comunicación que tendrían un estatuto normativo en la medida en que pueda mostrarse que dan cuenta de la mejor práctica comunicativa. La metodología de segundo orden de la *indagación* sobre la comunicación, ocupada de los *métodos* de reconstrucción de las lógicas–comunicativas–en–uso, sería por tanto más como la metodología de la metodología misma, y en consecuencia, en algunos aspectos, *distinta* de la metodología de la ciencia natural, porque la ciencia natural pretende sólo describir y explicar su objeto de estudio, no cultivarlo o reconstruirlo (1989: 101 y 104).

Una “metodología comunicacional” así fundada, tendría muy poco que ver con algoritmos y procedimientos positivistas o con las dimensiones técnicas de las infraestructuras informáticas de base. Casi no tendría relación alguna con la “difusión de mensajes” o la persuasión de públicos segmentados. Tendría, en cambio, como referentes la imaginación, la flexibilidad, la solución de las necesidades que pueden transponer el tiempo y el espacio fijos, la producción de sentido y la ética, en el mismo sentido que Craig retoma de John Dewey:

Dewey enfatizó los efectos dañinos de un interés exclusivo por la tecnología (medios de predicción y control) separado de los fines a los cuales se aplica la tecnología; y consecuentemente sostuvo que una indagación de los valores no puede llevarse a cabo apropiadamente separada de una

indagación empírica. Una indagación de los valores es, más aún, esencialmente una búsqueda de *métodos* eficaces (Craig, 1989: 104).

Esta propuesta supone que la búsqueda de *métodos* y de categorías de análisis para investigar los usos comunicacionales de la Internet bien puede contribuir a realizar las posibilidades democratizadoras que la incorporación a la “red de redes” promete, a pesar de su conversión en apariencia definitiva en un medio comercial y de la prevalencia indudable de un “espíritu” privatizador, además, por supuesto, de las disparidades abismales de acceso que no solo caracterizan aún a la Internet en escala global sino incluso dentro de los propios países “desarrollados”.

En muy apretada síntesis, si se caracteriza de entrada a la Internet como un *hipermedio* de comunicación, la investigación sociocultural de sus usos actuales y potenciales, pero concretos, puede comenzar a construirse a partir de la triple dimensión de las *funciones* informativa, comunicativa y difusiva, en relación con, al menos, los siguientes cuatro *recursos*: infraestructura, códigos, hábitos y representaciones de un grupo o tipo de usuarios determinados. Este último factor puede ser el punto de partida para una reconstrucción *etnográfica* de las competencias comunicativas empleadas por los usuarios, ya que es en las representaciones de los sujetos donde se puede observar de manera más inmediata la apropiación construida del recurso y los esquemas operativos de la actividad (sea esta el entretenimiento, el trabajo, la socialización, el aprendizaje, etcétera).

En otras palabras, la exploración sociocultural de los usos comunicativos de la Internet puede comenzar de la manera más productiva y sistemática por el análisis de la *doxa*, o el discurso cotidiano de los sujetos sobre el objeto, siguiendo el modelo de la hermenéutica profunda de John B. Thompson (1993), para después continuar con la aplicación de instrumentos para el análisis sociohistórico (escenarios espacio-temporales y campos de interacción), como un cuestionario y entrevistas informales, presenciales y vía correo electrónico, y la aplicación de instrumentos para el análisis de discurso

(descripción de prácticas, argumentación) y el análisis formal (productos de información, comunicación, difusión, en la Internet).

A través de la “interpretación / reinterpretación” de los resultados empíricos de estos análisis, se podría concluir con la elaboración de un modelo heurístico que articule, mediante la categoría de *usos*, las mediaciones entre un sistema tecnológico y un grupo de sujetos bien definido, como producto de la exploración de las condiciones socioculturales, institucionales e individuales de apropiación diferencial de la Internet como recurso de información, comunicación y difusión en la actividad cotidiana. En una segunda instancia, y sobre esta base, podrán reconstruirse los procesos de estructuración / reestructuración del pensamiento inducidos por el uso apropiado de los recursos de la Internet, pues es claro que estos procesos no pueden considerarse *efectos* inmediatos “de la tecnología” sino en todo caso productos necesarios de la interacción de los sujetos con sus recursos, en el sentido más preciso del término *aprendizaje*.

Finalmente, la exploración de la *interacción* sociocultural mediada por los recursos de la *interactividad* digital, que va haciéndose cada vez más presente en la Internet conforme los usuarios ajustan sus estructuras de pensamiento y de acción a las posibilidades abiertas por el desarrollo tecnológico y la creatividad de sus aplicaciones comunicativas, abre un horizonte de comprensión del carácter *constitutivo* de la comunicación en la sociedad y la cultura, que los llamados “medios” limitaron y oscurecieron. Como afirma Jesús Martín Barbero, “las preguntas abiertas por la *tecnicidad* apuntan entonces al nuevo estatuto social de la técnica, al replanteamiento del sentido del discurso y la praxis política, al nuevo estatuto de la cultura, y a los avatares de la estética” (1998a: xix) o, en breve, a la comunicación como producción social de sentido.

En, sobre, bajo, ante la televisión: Pierre Bourdieu (1930–2002) y los estudios socioculturales de la comunicación*

Sostengo, como profesor de teoría de la comunicación, que la obra de Pierre Bourdieu tiene muy poco que aportar —*directamente*— a este campo de estudios, sobre todo porque al sociólogo francés nunca pareció interesarle inmiscuirse en él. Coincido en ese sentido con uno de los mejores conocedores de su trabajo, Néstor García Canclini:

Siempre me pareció extraño que una obra dedicada de manera exhaustiva a desentrañar la modernidad no se ocupara, por lo menos en forma importante, de esos actores centrales que son las industrias culturales o los medios masivos de comunicación [...] Ni sus estudios sobre la moda, ni sobre el deporte, ni el enciclopédico examen de las prácticas estéticas de la sociedad francesa realizado en *La Distinción* —donde apenas en seis páginas hace referencias sobre la televisión— se ocuparon de la organización industrial de la cultura masiva. Esto propició que las afirmaciones vertidas en sus trabajos sobre la popularización del arte y sobre los gustos de las clases populares fueran refutadas por varios críticos al considerarlas como juicios aristocratizantes [...] y que Bourdieu no logrará responder más que con defensas teoricistas. Quizá lo más serio del asunto sea que la ausencia de las industrias culturales y de los procesos de comunicación masiva implique una distorsión del papel que adquieren

* Texto publicado en el número 3 (en homenaje a Pierre Bourdieu) de la revista electrónica *Debate Social* [<http://www.debate.iteso.mx>], del Departamento de Estudios Sociopolíticos y Jurídicos del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), en junio de 2002.

otros actores sociales —la escuela y la familia— dentro de una teoría de la reproducción social que ignora el lugar de formas posescolares y posfamiliares de socialización (1999b: 59).

Independientemente de que sea lamentable o no esta “distancia” o tan manifiesto desinterés por parte de Bourdieu, no obstante su presencia en el campo de estudios de la comunicación es fuerte desde hace muchos años, y su muerte (ocurrida en enero de 2002) muy probablemente la reforzará aún más, pues en este concurren, en especial en México y América Latina, muchos investigadores que han encontrado en su trabajo elementos importantes de inspiración y guía. Por ello, y quizá siguiendo el ejemplo de su espíritu inquisitivo sobre las categorías de pensamiento con las que pensamos, conviene situar y analizar tres puntos de contacto de su obra con nuestro campo: uno es el reconocimiento de la propia categoría de “campo” para identificar la dinámica de constitución social de los estudios sobre la comunicación y sus condiciones de desarrollo como proyecto académico-social; el segundo es el “desplazamiento” de fundamentos teóricos de disciplinas relativamente más “sólidas” (como las sociologías) hacia un campo con acusada debilidad disciplinaria (el de la comunicación), y el tercero, el de la tematización de un “objeto” central de estudio para cualquier acercamiento a la comprensión de las sociedades contemporáneas, como lo es la televisión.

Una perspectiva de lectura

Con respecto al primero de estos puntos de contacto, de estas presencias de la obra de Bourdieu en el campo de estudios de la comunicación, mis análisis de la institucionalización (social e intelectual) de nuestro campo académico en México, incluyendo una tesis doctoral, se basan en buena medida, mediante la construcción de modelos heurísticos, en Bourdieu (Fuentes Navarro, 1998a). Así, junto a los aportes de dos sociólogos británicos (Anthony Giddens y John B. Thompson), el estudio sobre el campo académico de la comunicación en México, como un análisis sociológico realizado “desde

adentro” del propio campo, supuso un ejercicio de apropiación crítica de las propuestas de Bourdieu, en especial de su análisis sobre el campo científico (1975) y del *Homo academicus* (Bourdieu, 1988), su magistral estudio del campo universitario francés en 1968, buscando responder cuestiones básicas como la que se formulaba él:

¿Qué provecho científico puede haber en tratar de descubrir lo que implica el hecho de pertenecer al campo académico, ese lugar de permanente pugna por la verdad del mundo social y del campo académico mismo, y el hecho de ocupar una determinada posición dentro de él, definida por un cierto número de propiedades, una educación y un entrenamiento, cualificaciones y estatus, con todas sus formas concomitantes de solidaridad o membresía? En primer lugar, es una oportunidad para neutralizar conscientemente las probabilidades de error que son inherentes a una posición, entendida como un punto de vista que implica un cierto ángulo de visión y por ello una forma particular de introspección y de ceguera. Pero sobre todo, revela los fundamentos sociales de la propensión a teorizar o a intelectualizar, inherente a la postura misma del académico que se siente libre de apartarse del juego para conceptualizarlo y asumir el objetivo, que atrae el reconocimiento social de ser científico, de lograr una panorámica del mundo obtenida desde un punto de vista externo y superior (Bourdieu, 1988: xiii).

Para abordar aquel estudio, entonces, adopté el principio metodológico de *objetivación participante*, que según Bourdieu,

[...] es sin duda el ejercicio más difícil que existe, porque requiere la ruptura de las adherencias y las adhesiones más profundas y más inconscientes; justamente aquellas que, muchas veces, constituyen el “interés” del propio objeto estudiado para aquel que lo estudia, todo aquello que él menos pretende conocer en su relación con el objeto que procura conocer (1989: 51).

De esta manera, el concepto de «campo académico», operado de manera autorreflexiva desde su correspondiente *habitus*, sirvió para “captar” de forma analítica las relaciones entre los sistemas de representaciones que subyacen a las *prácticas* de sujetos empíricos. Estas prácticas, a su vez, constituyen el propio campo como “espacio” de tensiones entre sujetos, entre sujetos y estructura, y entre la estructura y el entorno sociocultural en que se constituye.

El campo universitario es, como cualquier otro campo, un espacio de lucha por la determinación de las condiciones y los criterios de la membresía y la jerarquía legítimas, esto es, por determinar cuáles propiedades serán pertinentes, efectivas y susceptibles de operar como capital que genere los beneficios específicos ofrecidos por el campo. Los diferentes conjuntos de individuos (más o menos constituidos en grupos) que se definen por esos criterios diversos, tienen un interés absoluto en ellos. Al profesar esos criterios, al tratar de hacerlos reconocer, al intentar imponerlos como propiedades legítimas, como capital específico, ellos están trabajando para modificar las leyes de formación de los precios, características del mercado universitario, y por tanto para mejorar sus beneficios potenciales (Bourdieu, 1988: 11).

La marca de Bourdieu quedó entonces plasmada en los fundamentos de ese trabajo, realizado *desde* una perspectiva sociológica, si bien dirigida *hacia* un enfoque sociocultural de la comunicación. De ahí que aunque el análisis concreto exigió distinguir los procesos de institucionalización social y cognoscitiva (como productos de la *estructuración*, concepto tomado de Giddens), y los factores “internos” y “externos” determinantes de la dinámica de constitución del campo, en la interpretación no podía privilegiarse ninguna de estas dimensiones como tal sino su relación, incorporada en los sujetos como *habitus* y, por tanto, subyacente en las prácticas, siempre concretamente *situadas*.

En especial por tratarse de un campo no consolidado disciplinariamente, inserto en un sistema universitario en crisis, como es el de la investigación académica de la comunicación en México,

[...] este planteamiento implica que la institucionalización en proceso está por necesidad estrechamente relacionada con la *profesionalización* de los investigadores, también en proceso, —que a su vez supone por una parte la formación de sujetos competentes para la práctica científica y, por otra, su adscripción como trabajadores académicos en el sistema universitario mexicano, en cuyo seno “existe” el campo— y en último término, con su *legitimación* académica y social (Fuentes Navarro, 1998a: 62–63).

El desplazamiento de categorías teóricas

Hay que señalar que, de acuerdo con los planteamientos adoptados en el estudio citado y algunos de sus resultados analíticos, las características cognoscitivas de un campo *multidisciplinario* de investigación como el de la comunicación en México, exigen la ampliación del rango de “objetos del compromiso de grupo”, que Thomas Kuhn llamaba en general *paradigma*, al explicar la relación entre ese “conjunto de hábitos (intelectuales, verbales, conductuales, mecánicos, tecnológicos...)” (1982: 321), o “paradigma sociológico”, como distinguió Masterman (1970: 66), y una comunidad científica. Esto significa re–construir los elementos constitutivos del *estilo de pensamiento* de ese *colectivo* (Fleck, 1979: 39), poniendo énfasis en las configuraciones específicas (ideológicas) de las “representaciones” o “imágenes” mentales compartidas sobre los problemas de interés, el juicio que el grupo considera evidente y los métodos aplicados como “medios de cognición” (Fleck, 1979: 99).

Sobre la base de que el concepto de *estilo de pensamiento* de Fleck se asemeja de manera sorprendente al *habitus* de Bourdieu y al *esquema interpretativo* de Giddens, se procedió a utilizarlos en conjunción para

[...] sustentar teóricamente, por un lado, el carácter dialéctico de la mutua constitución entre prácticas e identidades subjetivas y los campos o sistemas objetivos [...] y por otro, la posibilidad de objetivar esas relaciones mediante el análisis de las *formaciones discursivas* con que los sujetos se las representan como “significados” (que son el producto de la interpretación subjetiva de la información del entorno) y las comparten como “sentido” (que es el producto pragmático de la interacción comunicativa entre sujetos) (Fuentes Navarro, 1998a: 61–62).

Un paso previo al análisis de la “conformación del *habitus* de ‘comunicólogo’”, fue por ello partir de una exploración de las *creencias* del grupo de sujetos del estudio (investigadores de la comunicación en México) sobre algunas dimensiones de su propia práctica. Esta exploración estuvo basada en la idea de que

[...] las principales entidades sociales tienen siempre un aspecto simbólico, una cultura, así como una estructura social, ciertos relatos y creencias compartidas que coadyuvan a que los participantes definan quiénes son, qué hacen, por qué lo hacen, y si ello les implica un infortunio o una bendición (Clark, 1992: 113).

Esta extensa exploración analítica de las representaciones discursivas (tanto “en producción” como “en reconocimiento”, siguiendo la terminología de Verón, 1987) de algunos aspectos del campo académico y de la práctica de la investigación de la comunicación en México, expresadas por un grupo considerable de investigadores, permitió identificar algunos de los rasgos principales de un *perfil ideológico* o *formación discursiva* específicamente representativo de ese grupo, tanto en lo que tienden a compartir como en los ejes de divergencia de sentido, o de pugna por la hegemonía, operantes. Estos rasgos indicaron también, de acuerdo con el marco metodológico adoptado, los ingredientes cognoscitivos que, a falta de consensos sólidos en lo teórico–metodológico, constituyen las bases de una *identidad profesional* (más o menos) compartida

por los sujetos, en tanto “investigadores de la comunicación”, en especial bajo la forma de *normas éticas* y de *estilos de pensamiento* propios del campo (Fuentes Navarro, 1998a: 304–305).

Desde esa perspectiva, el estudio empírico permitió evidenciar que la lucha por el *prestigio* (individual y colectivo), situada en condiciones precarias, es sin duda un factor clave para entender los procesos (multidimensionales) de estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México. En este marco, aquí muy resumido, se sitúa la consideración de la necesidad *estructural* de los agentes de la investigación académica de la comunicación (al menos en México), explorada de forma empírica, de recurrir a las sociologías (pues las perspectivas son varias y sobre todo divergentes) como fuentes de conceptualización teórico–metodológica de los estudios sobre la “comunicación”, objeto genérico crecientemente desarticulado en términos disciplinarios. De ahí que la discusión estratégica sobre el carácter del campo, como un espacio disciplinario, multi, inter o postdisciplinario (Galindo y Lameiras, 1994; Sánchez Ruiz, 1997; Fuentes Navarro, 1997a y 1997b), adquiera una importancia central.

En todo caso, queda planteado que el afán de buscar en Bourdieu un modelo teórico que permita explicar los sistemas sociales de producción, circulación y apropiación de sentidos, con dificultad conduciría por sí mismo a una comprensión adecuada de los complejos “mecanismos” y articulaciones socioculturales de la “comunicación” contemporánea. En su lectura crítica del texto de Bourdieu sobre la televisión, García Canclini da cuenta de algunas insuficiencias al respecto:

Resulta sintomática [...] la reducción que Bourdieu hace en sus conferencias del campo mediático o televisivo al “campo periodístico”. En la casi totalidad de los ejemplos —que fueron tomados de las prácticas informativas de la televisión y de la prensa— intelectualiza la problemática comunicacional. Nunca considera como parte del campo las funciones lúdicas, de entretenimiento, de los medios. Cita en una ocasión a Raymond Williams, pero no recoge su examen más sofisticado y

matizado de la cultura y la comunicación, que incluye “las estructuras de sentimiento” [...] Por tanto, tampoco se pregunta por los problemas específicos del lenguaje televisivo, por los tipos de interacción que establece con diversos receptores y por la posibilidad de elaborar en forma crítica esos vínculos. La sociedad aparece en *Sur la télévision* sólo como un conjunto homogéneo de espectadores, con lo que contradice su propia crítica a la noción de opinión pública que realizara en uno de sus textos más famosos, “La opinión pública no existe” (1999b: 62–63).

En este sentido, se podría equiparar el texto de Bourdieu (1997) a otros dos que, con una distancia analítica comparable con respecto a la televisión, publicaron investigadores muy distinguidos en otros campos en la segunda mitad de los noventa: *La televisión es mala maestra*, de sir Karl Popper (Popper y Condry, 1998) y *Homo videns*, de Giovanni Sartori (1998).

¿Desde dónde observar la televisión?

Podría decirse, abusando del juego de palabras, que el título de la obra de Bourdieu, *Sobre la televisión*, indica en la preposición inicial la postura del autor más que la referencia de su discurso sobre el objeto “televisión”. La lectura de García Canclini enfatiza, con seriedad, esta postura:

¿Desde dónde habla el científico social? ¿Desde un no lugar? Bourdieu sostiene que esa es la manera de conquistar la mayor objetividad posible [...] Deconstruir la posición del analista social requiere, según él, de la adquisición de conciencia de las coordenadas sociales (de clase, sexo y etnia) del investigador, de la posición que éste ocupa en el campo académico, y en tercer lugar, dice Wacquant, de “la parcialidad intelectualista” que hace imaginar al científico que puede ver el mundo como un espectáculo (García Canclini, 1999b: 64).

Obviamente no se trata de desacreditar a Bourdieu sino de analizar su discurso *sobre* la televisión en conjunción con su postura *ante* la televisión. Porque el libro *Sobre la televisión* (1997), contiene la transcripción de sus dos conferencias pronunciadas *en* la televisión, en las que Bourdieu explicita las condiciones que impone a su participación para no someterse *bajo* la televisión, aprovechando que la transmisión sería auspiciada por el Collège de France. La primera de las dos conferencias comienza así:

Me gustaría plantear aquí, en la pequeña pantalla, una serie de preguntas acerca de la televisión. Un propósito algo paradójico, puesto que creo que, en general, no se puede decir gran cosa en ella, y menos aún sobre la propia televisión. Pero entonces, si es cierto que no se puede decir nada en la televisión, ¿no debería concluir, junto con buen número de intelectuales, de artistas, de escritores, y de los más destacados, que sería mejor abstenerse de utilizarla como medio de expresión? Me parece que no se puede aceptar esta alternativa tajante, en términos de todo o nada. Creo que es importante hablar por televisión, pero *en determinadas condiciones* (Bourdieu, 1997: 15).

Podrá notarse el uso de las preposiciones en este párrafo: *en* la televisión se hacen preguntas *acerca de* la televisión, aunque no se puede decir nada *en* ella. Pero es importante hablar *por* la televisión. En el “Prefacio”, escrito para presentar la transcripción de las conferencias, Bourdieu habla de las “determinadas condiciones” que impuso a su presentación:

He decidido ofrecer por televisión estas dos conferencias para tratar de ir más allá de los límites de la audiencia normal de un curso del Collège de France. Pienso, en efecto, que la televisión, a través de los diferentes mecanismos que intento describir de forma sucinta —un análisis profundo y sistemático habría exigido mucho más tiempo—, pone en muy serio peligro las diferentes esferas de la producción cultural: arte, literatura, ciencia, filosofía, derecho; creo, incluso, al contrario de lo que

piensan y lo que dicen, sin duda con la mayor buena fe, los periodistas más conscientes de sus responsabilidades, que pone en un peligro no menor la vida política y la democracia (1997: 7–8).

Aunque estas no son “conclusiones” en sentido estricto y riguroso de ningún análisis sino premisas más o menos informadas, hipótesis en todo caso, operan en el discurso de Bourdieu, *por medio de* la televisión y de un libro, como si lo fueran. Por ello, al plantearse como posturas *ante* la televisión, ubican al investigador *sobre* (*por encima*) de la televisión, en la que, a pesar del “muy serio peligro”, decide hablar, condicionadamente.

Hoy, gracias al servicio audiovisual del Collège de France, me beneficio de unas condiciones que son absolutamente excepcionales: en primer lugar, mi tiempo no está limitado; en segundo lugar, el tema de mi disertación no me ha sido impuesto —lo he escogido libremente y todavía puedo cambiarlo—; en tercer lugar, no hay nadie, como en los programas normales y corrientes, para llamarme al orden, sea en nombre de la técnica, del “público que no comprenderá lo que usted dice”, de la moral, de las convenciones sociales, etcétera. Se trata de una situación absolutamente insólita, puesto que empleando un lenguaje pasado de moda, tengo un *dominio de los medios de producción* que no es habitual. Al insistir en que las condiciones que se me ofrecen son absolutamente excepcionales, ya digo algo acerca de las condiciones normales a las que hay que someterse cuando se habla por televisión (Bourdieu, 1997: 15–16).

Para sus emisiones, Bourdieu no permitió interrupciones, movimientos de cámara, ilustraciones alusivas a su *discurso*, ni en modo alguno el empleo de los recursos de la televisión:

He tenido que esforzarme para expresarme de forma que pudiera ser entendido por todos. Lo que me ha obligado, en más de un caso, a

simplificaciones, a aproximaciones. Para destacar lo esencial, es decir, el discurso, a diferencia (o a la inversa) de lo que suele ser práctica habitual en la televisión, he optado, de acuerdo con el realizador, por evitar cualquier pretensión formal en el encuadre y la filmación de las tomas y por renunciar a las ilustraciones —fragmentos de emisiones, facsímiles de documentos, estadísticas, etcétera— las cuales no sólo habrían ocupado un tiempo muy valioso, sino que, sin duda habrían enturbiado la línea de un discurso que pretendía ser argumentativo y demostrativo. El contraste con la televisión habitual, que constituía el propósito del análisis, era deliberado, como una forma de afirmar la autonomía del discurso analítico y crítico, aunque fuera bajo las apariencias pedantes y pesadas, didácticas y dogmáticas, de una lección de las que se denominan magistrales (1997: 9).

Es claro y explícito el desconocimiento (deliberado) de Bourdieu sobre las *posibilidades comunicativas* de la televisión: se limita a reconocerle una amplia capacidad de difusión extendida. Pero no le concede, de forma contradictoria, ninguna posibilidad de ser empleada de otra manera que no sea la más criticable de la censura, la banalización y la manipulación que ejemplifica una y otra vez. El argumento es contundente: en la televisión (cuando no se dan las condiciones excepcionales de las que “disfrutó” él, o sea, siempre), “la comunicación es instantánea porque, en un sentido, no existe. O es solo aparente. El intercambio de ‘ideas preconcebidas’ es una comunicación sin más contenido que el propio hecho de la comunicación” (Bourdieu, 1997: 39–40). Aún si el género televisivo de referencia es el *talk show*, el desconocimiento de la comunicación con la *audiencia* supone un concepto muy pobre tanto de la televisión como institución cultural como de la comunicación como mecanismo social de producción de sentido.

En su *discurso*, Bourdieu parte del convencimiento de que “la sociología, al igual que todas las ciencias, tiene como misión descubrir cosas ocultas; al hacerlo, puede contribuir a minimizar la violencia simbólica que se ejerce

en las relaciones sociales en general y en las de comunicación mediática en particular” (1997: 22). En las dos conferencias, elabora su visión, primero, sobre los mecanismos que generan el discurso televisivo y, segundo, sobre “la estructura invisible y sus efectos”. Ubica, como se había ya señalado, a la televisión como un “aparato” del campo del periodismo y advierte que:

El fenómeno más importante, y que era bastante difícil de prever, es la extensión extraordinaria de la influencia de la televisión sobre el conjunto de las actividades de producción cultural, incluidas las científicas o artísticas. En la actualidad, la televisión ha llevado a su extremo, a su límite, una contradicción que atormenta a todos los universos de producción cultural. Me refiero a la contradicción entre las condiciones económicas y sociales en las que hay que estar situado para poder producir un determinado tipo de obras [...] y por otra parte, las condiciones sociales de transmisión de los productos obtenidos en tales condiciones (Bourdieu, 1997: 50–51).

Al desarrollar su visión de la *estructura* “invisible”, arremete contra lo que reconoce como teorías de la comunicación:

Buena parte del discurso con pretensiones científicas sobre la televisión no es más que la repetición en él de lo que su propia gente dice a propósito de ella [Y sin mayor especificidad, anota que] se trata de cosas muy complicadas y solo con una labor empírica muy importante cabe progresar realmente en su conocimiento (lo que no es óbice para que unos autoproclamados poseedores de una ciencia que no existe, la “mediología”, adelanten, antes incluso de hacer cualquier investigación, sus perentorias conclusiones sobre el estado del mundo mediático (Bourdieu, 1997: 71–73).

El problema es doble: Bourdieu desconoce (quizá de forma deliberada) las contribuciones al conocimiento de la operación social de la televisión que provienen de diversas tradiciones de investigación, muy anteriores y muy distintas a la “mediología” (Debray, 2001). Por otra parte, no hay evidencias de que el propio Bourdieu haya realizado la indispensable “labor empírica muy importante” necesaria para “progresar realmente” en el conocimiento de los procesos que trata reduccionistamente.

Sin embargo, la aplicación de la “teoría de los campos” al campo periodístico, por el propio Bourdieu, ilumina sin duda algunas de las dimensiones de su práctica al develar la estructura que las soporta.

El campo del periodismo tiene una particularidad: depende mucho más de las fuerzas externas que cualquier otro campo de producción cultural, como el de las matemáticas, el de la literatura, el jurídico, el científico, etcétera. Depende muy directamente de la demanda, está sometido a la sanción del mercado, del plebiscito, incluso tal vez más que el campo político (Bourdieu, 1997: 77).

Algunos análisis teóricos y empíricos, desarrollados en el campo académico de la comunicación, como los acercamientos del canadiense François Demers (1997) y la mexicana Cecilia Cervantes Barba (1995) al periodismo, han podido aportar elementos claros de comprensión de esas “estructuras invisibles”.

De manera curiosa, Bourdieu adelanta en el texto que sus análisis del campo periodístico serían tomados como “ataques” por los periodistas y, obviamente, así sucedió. Pero el propio Bourdieu advirtió que

[...] por más que obren casi siempre a través de las acciones de personas singulares, los mecanismos que se establecen en el campo periodístico y los efectos que ejercen sobre los demás campos están determinados en su intensidad y su orientación por la estructura que caracteriza dicho campo (1997: 110).

Lo no previsto por Bourdieu, en apariencia, fue que su “intervención” sobre un campo académico sin duda menos “autónomo” que el sociológico suyo, pudiera ir más allá, en el sentido mismo de la comprensión de los mecanismos socioculturales puestos en juego por la televisión para desencadenar, no desde el planteamiento de “elevar el derecho de entrada y el deber de salida” de los concurrentes en la producción sino de reconocer que, comunicacionalmente, la televisión puede incluir en su tensión a los ciudadanos televidentes, que son algo más que sujetos que responden de forma anónima a los cuestionarios de los índices de audiencia, papel casi único al que la propuesta de Bourdieu los condena, con el más “democrático” y “liberador” de los afanes.

Everett M. Rogers (1931–2004) y la investigación latinoamericana de la comunicación*

El 21 de octubre de 2004, en Albuquerque, Nuevo México, murió Everett M. Rogers, uno de los investigadores estadounidenses más influyentes y respetados en el campo de la comunicación en buena parte del mundo, incluyendo América Latina. Nacido 73 años antes en una granja de Iowa, estudió agricultura, sociología y estadística en la universidad estatal de su estado, donde se doctoró en 1957. En 1962 publicó la primera versión de su teoría de la difusión de innovaciones, que le dio fama mundial y que lo ubicó como uno de los fundadores de la “comunicación para el desarrollo” y de la “comunicación internacional”. Fue profesor en seis universidades estadounidenses durante su prolífica carrera de casi cinco décadas y trabajó como experto en diversos países de África, Asia y América Latina.

A fines de 1994 estuvo en Guadalajara, como conferencista invitado durante la Feria Internacional del Libro. En esa ocasión, Enrique Sánchez Ruiz (que fue años atrás alumno de Rogers en Stanford) y Raúl Fuentes Navarro sostuvimos una charla con él, que quedó grabada, pero que hasta ahora fue transcrita y editada.¹ En esa charla, informal y cordial como era el estilo personal de Rogers, comentamos algunos de los episodios en que fue protagonista directo en el campo de la investigación latinoamericana de la comunicación. Se trataba de conocer su reconstrucción personal, a la distancia, de las circunstancias en que sucedieron ciertos hechos, registrados de manera obligada en la historia del campo.

* Artículo publicado en Fuentes Navarro (2005d).

¹ Por la transcripción de las grabaciones, un agradecimiento a Ruby Sheets.

En aquel año Rogers publicó *A history of communication study. A biographical approach* (*Una historia del estudio de la comunicación, un acercamiento biográfico*) (1994). En el prefacio de esa obra declaró que:

[...] un historiador del estudio de la comunicación podría organizar esta cronología por épocas históricas, por filosofías dominantes (por ejemplo, el progresismo), por las tecnologías comunicacionales de estudio (cine, radio, televisión), o por otros factores contextuales. Mi elección es darle sentido a la historia del estudio de la comunicación sobre la base de las personas, mediante la historiografía biográfica (Rogers, 1994: x–xi).

Además de las fuentes documentales y bibliográficas, Rogers utilizó sobre todo las entrevistas de historia oral para construir su obra, en la que analiza el “mito de los cuatro padres fundadores” (Lasswell, Hovland, Lazarsfeld y Lewin) y propone en su lugar a Wilbur Schramm como el verdadero fundador del campo de estudios de la comunicación.² En este artículo se pretende, mediante una emulación de los métodos favoritos de Rogers para documentar la historia del campo, incorporar algunos testimonios personales del investigador a una revisión de los aportes académicos formales de su trabajo a la investigación de la comunicación en América Latina.

El contexto:

comunicación para la modernización de América Latina³

En los años sesenta se extendió por toda América Latina el afán “modernizador” y “desarrollista”, formulado por la sociología del desarrollo estadounidense, que incluía el impulso de investigaciones sobre la estructura económico-social y sobre actitudes y opiniones de sectores significativos

2 En 1997, con Steven Chaffee, Rogers editó otra obra con y sobre las contribuciones de Schramm a la historia del campo en Estados Unidos (Schramm, 1997).

3 Esta sección está basada en una versión anterior, más amplia, publicada en Fuentes Navarro (1992).

del “sistema de estratificación social”. Para los teóricos del desarrollo, los países de la región lo alcanzarían detectando y controlando los obstáculos internos, implementando un “plan de desarrollo”, acelerando el aporte de capital extranjero y estimulando un nuevo tipo de personalidad caracterizada por los valores predominantes en los países centrales. La investigación social, hasta entonces desarrollada de manera incipiente en América Latina, adoptó no solo las metas propuestas sino también los valores predominantes de la ciencia norteamericana de la posguerra:

[...] objetivismo, empirismo estadístico, neutralidad valorativa, asepsia ideológica, énfasis metodológico. La *investigación científica* era tal en tanto que fuera lo más neutral y objetiva posible en la conquista de su meta principal: la obtención de un conocimiento empíricamente fundado (Murga y Boils, 1979: 18).

Proveniente tanto de esa sociología como de la psicología social, la “ciencia de la comunicación humana” se había constituido en Estados Unidos en torno a lo que ha sido llamado el “paradigma dominante”. Este modelo científico debe mucho al aporte, entre otros, del especialista en la investigación de la propaganda política y la psicología, Harold Lasswell, quien en 1948 estableció que:

Una manera conveniente de describir un acto de comunicación es la que surge de la contestación a las siguientes preguntas: *¿Quién dice qué en qué canal a quién y con qué efecto?* El estudio científico del proceso de comunicación tiende a concentrarse en una u otra de tales preguntas. Los eruditos que estudian el “quién”, el comunicador, contemplan los factores que inician y guían el acto de la comunicación. Llamamos a esta subdivisión del campo de investigación *análisis de control*. Los especialistas que enfocan el “dice qué” hacen *análisis de contenido*. Aquellos que contemplan principalmente la radio, la prensa, las películas y otros canales de comunicación, están haciendo *análisis de medios*. Cuando

la preocupación primordial se centra en las personas a las que llegan los medios, hablamos de *análisis de audiencia*. Y si lo que interesa es el impacto sobre las audiencias, el problema es el del *análisis de los efectos* (Lasswell, 1985: 51).

Sobre bases como estas, y las aportadas por otros investigadores desde los años veinte (De Moragas, 1981; Saperas, 1985; Rogers, 1994), se desarrolló en Estados Unidos la *mass communication research*, en un entorno que le disponía todas las condiciones favorables, pues contó con financiamientos y apoyos de los más altos centros políticos, militares y de espionaje norteamericanos, además de los recursos necesarios para la aplicación de conocimientos y la prueba de hipótesis cada vez más refinadas en el inmejorable laboratorio de la sociedad estadounidense. Pero también, cada vez más, en otros países del hemisferio, en el contexto de la guerra fría. Desde esta posición y este “paradigma dominante” es desde donde, a principios de los sesenta, Wilbur Schramm podía afirmar con tranquilidad que:

La investigación sobre comunicación en los Estados Unidos es cuantitativa, más que especulativa. Quienes la practican [...] son investigadores del comportamiento: tratan de encontrar algo acerca de por qué los humanos se comportan en la forma en que lo hacen y cómo puede la comunicación hacer posible que vivan juntos más feliz y productivamente. Por lo tanto, no es de sorprender que numerosos investigadores de la comunicación se hayan ocupado últimamente del problema de la forma en que las naciones del mundo pueden comunicarse eficientemente y cómo puede ayudarles la comunicación a comprenderse mejor entre sí y a vivir en paz (1963: 15–16).

La instalación y operación funcional de los sistemas de comunicación de masas fue un aspecto poco a poco incorporado al perfil de la modernización de los países “subdesarrollados”. Aunque desde muchos años antes en Estados Unidos estos sistemas eran reconocidos como “clave fundamental” del

desarrollo, en América Latina fue hasta la década de los sesenta, casi con el inicio de la expansión de la televisión, cuando se comenzó a considerar y a investigar con cierta profundidad la comunicación. Enrique Sánchez Ruiz, en su estudio sobre la modernización (1986), sintetiza de manera crítica el proceso de adopción de la ciencia de la comunicación estadounidense en América Latina:

Parece haber acuerdo en que el trabajo de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, publicado por primera vez en 1958, fue el principal punto de partida de la visión optimista sobre el papel de la comunicación de masas en la modernización [...] El modelo original de la modernización de Lerner, que fue seguido por una gran cantidad de estudios, partió de la observación de ciertas correlaciones entre algunas variables en países del Medio Oriente, de donde se generalizó para intentar explicar cómo ocurrirían los procesos de desarrollo nacional entendidos como procesos de “modernización”: se suponía que la industrialización tendía a elevar la urbanización; ésta, a su vez, elevaría la alfabetización, seguida por un incremento en la exposición de la población a los medios masivos de comunicación. El alfabetismo y la exposición a los medios producirían en los individuos “empatía” (la habilidad psicológica de ponerse uno en lugar de otro) o “movilidad psicológica”, lo que finalmente tendería a aumentar la participación política y económica.

Este era un modelo causal, lineal, elegante y optimista, que debido a su simplicidad atrajo la atención de investigadores dentro del campo de la comunicación y la modernización. Aún más, Lerner (1963) propuso posteriormente toda una “teoría de la modernización basada en la comunicación”, a partir de su trabajo previo, la cual fue tomada seriamente y aún expandida por algunos investigadores [...]

Es curioso notar que durante la década en que, a partir de la publicación del influyente libro de Joseph Klapper (1960) sobre los efectos de la comunicación de masas, los investigadores de la comunicación *dentro* de Estados Unidos dudaban que los medios fueran una influencia potente

real para el cambio, los investigadores norteamericanos que trabajaban en contextos subdesarrollados se encontraban “comprometidos con la visión de que tales medios podrían y habrían de producir cambios profundos” (Krippendorff, 1979: 75). El trabajo de Wilbur Schramm (1964), *Medios masivos y desarrollo nacional*, continuó y extendió la presuposición teórica de que los medios participaban en el desarrollo como agentes de cambio (Sánchez Ruiz, 1986: 22–23).

El Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo (después, Comunicación) para América Latina (CIESPAL) fue uno de los principales centros difusores e impulsores de estos estudios sobre comunicación y modernización en América Latina desde su fundación en Quito en 1959. Entre sus primeras tareas, además de la formación de profesores para las escuelas de periodismo, estuvo la organización de cursos regionales con los más destacados investigadores estadounidenses y europeos en el campo de la comunicación para el desarrollo y la edición de traducciones de sus principales obras. Para el impulso a la investigación, el CIESPAL extendió dos modelos: la metodología del francés Jacques Kayser para el análisis morfológico y de contenido de la prensa, y las técnicas norteamericanas de análisis de audiencias y de efectos de los medios masivos. José Marques de Melo contextualiza el papel del CIESPAL:

En los países del Tercer Mundo, el incremento de la investigación en comunicación es el resultado de la acción desarrollada por la [Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura] UNESCO para lograr la ampliación de las redes nacionales de comunicación colectiva. Su motivación es democratizar las oportunidades educacionales; supone que los medios o vehículos electrónicos (radio y televisión) posibilitarán la alfabetización en masa, la educación continuada de las minorías poblacionales, a bajo costo. Dentro de este esfuerzo educativo, los países pobres importaron tecnología, sistemas gerenciales, modelos científicos, y tuvieron que formar recursos humanos para el manejo de

los bienes adquiridos. CIESPAL surge en la coyuntura latinoamericana como una iniciativa de la UNESCO para diseminar matrices destinadas a la preparación de profesionales para los medios de comunicación colectiva que atiendan a las nuevas exigencias socio-culturales (Marques de Melo, 1984: 5).

Entre los textos más representativos de la importación del “paradigma dominante” en el estudio de la comunicación y su aplicación a los programas de modernización en América Latina, puede citarse el titulado “Desarrollo de la comunicación y desarrollo económico” de Wilbur Schramm, entonces director del Instituto de Investigación en Comunicación de la Universidad Stanford, traducido y editado en 1965 por el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la Organización de los Estados Americanos (OEA), con sede en San José, Costa Rica. La breve introducción describe el enfoque de su contenido:

Conforme las naciones avanzan de los patrones de la sociedad tradicional hacia los de la sociedad industrial moderna, tienen lugar desarrollos espectaculares en su comunicación. Desde un cierto punto de vista estos cambios en la comunicación son causados por los avances económicos, sociales y políticos que son parte del crecimiento nacional. Desde otro, sin embargo, los desarrollos en comunicación están entre los principales factores e impulsores de los otros cambios. Es propósito de este estudio explorar esta interacción y buscar una base para comprenderla (Schramm, 1965: 1).

A partir de ahí, el trabajo se divide en cuatro partes. La primera, “Comunicación en sistemas nacionales” explica las interacciones postuladas entre la comunicación y el desarrollo, desde un punto de vista teórico general. En la segunda, “La comunicación como impulsora”, toma como base las propuestas de Rostow (1960) y Lerner (1958) para establecer seis “condiciones previas” para el desarrollo nacional en las cuales debe contribuir la comunicación:

- A. La comunicación debe emplearse para contribuir al sentimiento de nacionalidad;
- B. La comunicación debe emplearse como la voz del planeamiento nacional;
- C. La comunicación debe emplearse para ayudar a enseñar las destrezas necesarias;
- D. La comunicación debe usarse para ayudar a ampliar el mercado efectivo;
- E. Conforme el plan se desarrolla la comunicación debe usarse en ayudar a la gente a representar sus nuevos papeles;
- F. La comunicación debe usarse para preparar a la gente a representar su papel como nación entre naciones (Schramm, 1965: 6–11).

La tercera parte corresponde a la interacción recíproca: “La economía como impulsora” y en ella se subraya que “la estrategia económica del desarrollo de la comunicación no se puede dividir en una estrategia para la educación y otra para la información; la estrategia debe ser una sola” (Schramm, 1965: 19). Por último, en la cuarta, “Algunas consecuencias políticas implícitas” de la interacción de la economía con la comunicación, Schramm señala, entre otras cosas, que:

El poder está donde está el control. No es casi necesario recordarle este hecho a un científico de la política, o a un político, pero en un país en desarrollo donde los canales de comunicación son en su mayor parte de poco alcance y personales, el control de los canales de largo alcance llega a ser dramáticamente importante (1965: 21).

Hasta los años sesenta, la mayoría de los estudios empíricos sobre la comunicación en América Latina fueron investigaciones realizadas, o al menos orientadas, por estadounidenses. Así como para las décadas anteriores Rita Atwood había señalado la parcialidad etnocéntrica y la aplicación de modelos causales en los trabajos sobre América Latina publicados en las revistas

especializadas en Estados Unidos, a los sesenta les llama la “década de la diversificación”, aunque las características predominantes de los estudios siguieron siendo, según su análisis, las mismas: “Puede decirse que los datos y las conclusiones que se presentan en estos artículos reflejan más la realidad del investigador–observador que la del actor–sujeto, y que diferencias más importantes pueden separar a ambas” (Atwood, 1980: 10–14).

Pero dentro de la notable expansión que a pesar de todos los sesgos y limitaciones experimentó la investigación de la comunicación en América Latina en la “primera década del desarrollo”, como llamó la Organización de las Naciones Unidas (ONU) a los sesenta, y en el contexto precisamente de los afanes de modernización, debe prestarse una especial atención a la difusión de innovaciones, cuya singularidad reside, según Marques de Melo, “en haber penetrado en las áreas rurales de América Latina, hasta entonces poco exploradas por científicos sociales y revelado una serie de facetas inéditas de las culturas regionales” (1984: 5–6).

En 1976, la Oficina Regional para América Latina del Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID), entidad descentralizada del Gobierno de Canadá, publicó en su sede de Bogotá una *Bibliografía sobre investigaciones en comunicación para el desarrollo rural en América Latina*, preparada por Luis Ramiro Beltrán y otros, donde se anotan las referencias de 490 estudios “no urbanos y no foráneos realizados mediante el empleo, en algún grado y forma, del método científico” (Beltrán, Isaza y Ramírez, 1976). El más antiguo de estos estudios está fechado en 1955 y la recopilación llega hasta 1975. Esta obra permite ver que la investigación para el desarrollo rural se concentró en tres países: Colombia, Brasil y México, en los que en conjunto se realizaron dos de cada tres de los estudios compilados.⁴

4 Para el caso de Brasil, José Marques de Melo recopiló en 1978, bajo el título *Comunicação, modernização e difusão de inovações no Brasil* (*Comunicación, modernización y difusión de innovaciones en Brasil*), 186 referencias de estudios realizados tanto por estadounidenses (algunos de ellos conocidos como “brasileñistas”) como por brasileños, entre ellos 60 tesis de posgrado presentadas sobre todo en las universidades de Wisconsin, Michigan State e Illinois, sobre Brasil en específico, y 50 referencias más de estudios generales o comparativos que incluían a Brasil. Una situación muy similar, con el desarrollo de programas e investigaciones casi idénticas que las realizadas en Colombia y en Brasil, se registró en México. Desde los trabajos de Alfonso Ruanova Hernández (1956 y 1958), Gregorio Martínez Valdés (1960, 1962 y 1970), Jesús Martínez Reding (1963 y 1965), Leobardo Jiménez

La mayor parte de tales investigaciones estuvieron basadas en el enfoque de la difusión de innovaciones, impulsado por Everett Rogers. La obra clásica de Rogers, *Difusión de innovaciones*, publicada originalmente en 1962, estableció una línea de investigación cuyo modelo, en palabras del propio autor, consiste en lo siguiente:

Este modelo describe el proceso mediante el cual una *innovación* (definida como una idea práctica u objetivo percibido como nuevo por un individuo) es *comunicada* por medio de ciertos *canales* a través del *tiempo* a miembros de un sistema social. El modelo clásico especifica: 1) los estudios en el proceso decisión–innovación y la importancia relativa de varios canales en cada uno de los estudios; 2) la forma en la cual las características percibidas de las innovaciones afectan su tasa de adopción; 3) las características y el comportamiento de los adoptadores “tempranos” y “tardíos”; 4) el rol de los líderes de opinión en la difusión de innovaciones; y 5) los factores que intervienen en el éxito relativo de los agentes de cambio.

[...] El modelo clásico se originó a partir de los estudios efectuados por los sociólogos de los años cuarenta sobre la amplia utilización de innovaciones agrícolas (como el maíz híbrido). Actualmente, después de dos mil investigaciones y treinta y tres años, el enfoque de difusión todavía lleva consigo el sello de su origen intelectual, a pesar de que las bases de investigación se han ampliado para incluir innovaciones tales como medios anticonceptivos y la atención de una variedad de sociólogos (1973: 74–75).

Sánchez (1963 y 1967) y otros agrónomos egresados del Departamento de Periodismo Agrícola de la Universidad de Wisconsin y adscritos a la Rama de Divulgación Agrícola del Colegio de Postgraduados de Chapingo, hasta las dos reuniones nacionales de Comunicación Social en el Medio Rural (1978 y 1979), organizadas por el Centro Nacional de Productividad (CeNaPro), la contribución mexicana a la investigación sobre la difusión de innovaciones agrícolas es también considerable. Quizá el llamado “Plan Puebla” sea, por su extensión y amplia documentación de la investigación, el proyecto mexicano más importante en cuanto a comunicación y desarrollo rural. Algunos de los estudios referidos a él son los de Jairo Cano Gallegos (1971), Heliodoro Díaz Cisneros y Herman Felstenhausen (1972) y Delbert T. Myren (1974).

Esta descripción del desarrollo del enfoque es perfectamente documentable: Rogers y muchos de sus seguidores fueron modificando los postulados, métodos, estrategias y técnicas de investigación conforme se iban acumulando experiencias, no solo en el campo del desarrollo rural sino en muchos otros, y tanto en Estados Unidos o América Latina como casi en el mundo entero.⁵

Recuerdos de una época pasada

Por razones diversas, desde los años cincuenta, en Colombia se concentraron muchos de los esfuerzos pioneros de la investigación latinoamericana para el desarrollo rural. Anzola y Cooper (1985) destacan, por un lado, la creación en 1947 de la Acción Cultural Popular (ACPO) y su programa de educación rural a través de las Escuelas Radiofónicas y, por otro, a la institución del “Frente Nacional”, un pacto entre partidos para la gobernabilidad, en 1958. El contexto general en los sesenta lo resumen así:

Fruto de la política sectorial de los sucesivos gobiernos surgen varias instituciones descentralizadas a cuyo amparo florecerá la investigación en comunicación durante este periodo y el siguiente (1970–79). Es de particular relevancia la estrategia de cambio social que se impulsa para el sector rural, encarnada en la propuesta de reforma agraria (finalmente fallida) y en los dos institutos creados para apoyarla: el Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA) y el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA).

Este último, fundado en 1963, cuenta desde ese momento con un Departamento de Ciencias Sociales encargado de la investigación de apoyo a

5 Una mención especial en el área de la difusión de innovaciones y la comunicación para el desarrollo rural en América Latina debe dedicarse a Juan Dfaz Bordenave, cuyos estudios pioneros en el nordeste brasileño (1964 y 1966) fueron después ampliados hasta llevarlo a la capacitación de expertos latinoamericanos (1972 y 1974) y a una continuada presencia e incansable labor, incorporando a su experiencia y formación en la tradición estadounidense los aportes críticos de Paulo Freire, raíz de muchos de los cuestionamientos que pusieron en crisis en los setenta a la investigación latinoamericana en comunicación para el desarrollo.

los programas de extensión: es el inicio de los estudios en comunicación para el desarrollo rural, y particularmente de la línea difusionista apoyada por fundaciones y universidades de los Estados Unidos, que reflejan las políticas de ese país representadas en la Alianza para el Progreso. La influencia norteamericana se da también a través de los programas de formación a nivel superior en ese país, que acogen a un número pequeño pero significativo de expertos en comunicación que al regresar al país forman el núcleo básico de investigadores particularmente en el ICA; a lo cual se añade la presencia e incidencia académica de algunos profesores norteamericanos que se vinculan a universidades colombianas (Anzola y Cooper, 1985: xvi).

Everett Rogers fue uno de esos “profesores norteamericanos”. A la distancia, en 1994, Rogers consideraba que el desarrollo del campo de la comunicación en Latinoamérica es “*un proceso activo*”, que no solo consiste “*en recibir y aplicar teorías y métodos de otros países, o de mezclarlos*”:

*Se trata de un híbrido, pues el campo que se desarrolla aquí yo creo que será diferente, de maneras muy importantes, tanto de un punto de vista europeo como de uno norteamericano. Diferente de un acercamiento empírico. Diferente de un acercamiento crítico. No sé, no estoy seguro exactamente de qué forma tomará en América Latina, pero estoy muy interesado en ello.*⁶

No obstante, Rogers reconoció estar “*en realidad unos quince años desactualizado*”, pues “*por alguna razón, mi vida parece haberse ido hacia la India y África en la última década, así que no he tenido tanto contacto con Latinoamérica*”. Entendía, o justificaba, este alejamiento como parte de un proceso más amplio:

⁶ A partir de aquí, las citas textuales presentadas en itálicas corresponden a la transcripción (traducida al español por Raúl Fuentes Navarro), de las expresiones de Everett M. Rogers en la entrevista grabada el 30 de noviembre de 1994 en instalaciones de la Universidad de Guadalajara.

Creo que ahora hay menos contactos entre Estados Unidos y, ciertamente, México, pero probablemente toda América Latina. Alguna vez —y esto pudo haber sido, digamos, entre 1960 y 1980 o un poco antes— por veinte años hubo mucho contacto en ambas direcciones. Muchos académicos estadounidenses de comunicaciones venían a América Latina, frecuentemente a enseñar o a hacer investigación. Yo fui uno de esos. También mucha gente de América Latina, la mayoría mexicanos, iban a estudiar en universidades norteamericanas. Así que había mucho intercambio en ambas direcciones. No era exactamente un intercambio de iguales en mi opinión, pero hay mucho menos ahora. Si contáramos el número de académicos de la comunicación que cruzan la frontera en cualquier dirección, serían menos de los que eran. No sé si esto es malo; yo creo que probablemente es bueno.

La estancia de Rogers en Colombia y su influencia desde ahí en la investigación latinoamericana de la comunicación para el desarrollo han sido documentadas desde distintos ángulos, aunque su propia reconstrucción aporta algunos datos interesantes sobre las circunstancias en las que se dio y permiten detectar también una influencia de América Latina en él:

Lo primero que supe realmente sobre Colombia fue lo que leí en un artículo de investigación de Fals Borda y Paul Deutschmann. Deutschmann fue un pionero de los estudios de comunicación en Michigan State. Murió en 1962 de un ataque cardíaco. Era el tipo de persona que no vive para el mañana. Se quedaba trabajando toda la noche. Estaba enamorado de los datos y de la investigación. Un hombre maravilloso, pero que no era de esperarse que estuviera por ahí demasiado tiempo. Él estaba muy interesado por América Latina, así que se fue en 1959 a dirigir un centro de investigación en Costa Rica. Era básicamente un centro para hacer investigación de la comunicación, financiado por la Fundación Rockefeller. Y se suponía que él viajara por toda América Latina y colaborara con latinoamericanos para realizar estudios en sus países. Yo nunca entendí por qué la Rockefeller aportó ese dinero, pero lo

hizo, y nunca pareció que hubiera que retribuirlo en algo. Ciertamente, no influyó en nada sobre lo que se estudiaba.

Deutschmann fue a Bogotá y se asoció con Orlando Fals Borda. Fals Borda había obtenido su doctorado en sociología en Minnesota y su tesis doctoral fue un estudio de un pueblito andino, llamado Saucío, a sesenta millas de Bogotá. Hizo una encuesta y una observación participante. Fals Borda vivió varios meses al año en Saucío, e hizo ahí investigación-acción, aunque creo que entonces todavía no se le llamaba así. Promovió una cooperativa de mujeres e introdujo varias innovaciones agrícolas en la aldea. Su interés central era el cambio social.

Deutschmann y Fals Borda tenían mucho en común. Congeniaron y decidieron hacer un estudio de difusión en Saucío. Este estudio fue realizado por estudiantes e investigadores de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, y era un estudio de difusión agrícola como muchos que se hacían entonces. Yo estaba haciendo un trabajo similar en Ohio, como profesor de Ohio State. Conocía a Deutschmann y al leer lo que hacía en Saucío pude ver que había muchas similitudes con lo que yo estaba haciendo. Habría que ver los informes publicados... pero su último capítulo era una comparación de sus resultados en Saucío con los míos en Ohio.

El trabajo de Deutschmann y Fals Borda (quien después sería uno de los impulsores de la “investigación participativa” latinoamericana, fuertemente impregnada de marxismo) es, en efecto, un estudio de la difusión de seis innovaciones agrícolas en la aldea colombiana de Saucío y su comparación con investigaciones similares en Estados Unidos. Las conclusiones son que el fenómeno se da de manera similar, por lo que el concepto de innovación es por igual aplicable, a pesar de algunas diferencias en el proceso (Deutschmann y Fals Borda, 1962). Hay dos informes más que, junto a este, representan de la mejor manera la investigación de la comunicación para el desarrollo rural en Colombia y en ambos participó Everett Rogers (con Bonilla y con Herzog). Son parte de la múltiple documentación producida por el proyecto que en 1964 presentó Rogers a la Agency for International Development

(AID), para ser realizado en cuatro años, bajo el título “Difusión de innovaciones en sociedades rurales” (Rogers, 1964), del cual vale la pena transcribir algunos párrafos:

En tanto que se ha realizado mucha investigación sobre la difusión y adopción de prácticas agrícolas en los Estados Unidos (una revisión reciente de literatura incluye más de 600 publicaciones), sólo unas 40 investigaciones sobre este tópico se han realizado en sociedades en desarrollo. De éstas, pocas tienen el nivel de precisión planeado para este estudio. Se reconoce que hay factores específicos asociados con la adopción de nuevas ideas agrícolas en las culturas tradicionales. Los hallazgos norteamericanos no pueden ser aplicados en otros países sin una prueba apropiada. Un contexto cultural diferente cuenta mucho para que ciertos hallazgos no puedan sostenerse, y otros deban ser considerablemente modificados.

Por ejemplo, una generalización de varios investigadores norteamericanos es que la comunicación masiva es el factor más importante para crear *conciencia* de la innovación pero la comunicación personal con amigos y vecinos es la más importante para *convencer* a los agricultores de adoptar la innovación. Lo que no se sabe hasta ahora es la validez de esta generalización en sociedades tradicionales, donde los medios masivos o no existen o son muy escasos.

A diferencia de los Estados Unidos, las decisiones de adoptar o rechazar una innovación agrícola en culturas tradicionales pueden ser tomadas, o al menos muy influidas, por la familia entera más que por el agricultor individual. Por ello, es especialmente importante considerar a la familia campesina y también la influencia del pueblo o comunidad cuando se investiga la adopción de tecnología agrícola.

Los resultados de la investigación propuesta serán de utilidad en todo tipo de programas de desarrollo, como los programas de asistencia técnica de la AID, de las Naciones Unidas, de la Alianza para el Progreso, los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos, las fundaciones y agencias

privadas y los programas nacionales de desarrollo de la comunidad y de servicios de extensión. La investigación contribuirá a la comprensión teórica del proceso de desarrollo económico y social nacional. Los programas de cambio pueden ser planeados más efectivamente cuando se basan en una comprensión más adecuada de la difusión y de la adopción de prácticas agrícolas entre gente relativamente tradicional. La meta eventual de este tipo de investigación es acortar el tiempo requerido para que la tecnología agrícola alcance un uso amplio entre las familias campesinas de las naciones tradicionales [...]

Esta investigación busca acelerar la adopción de tecnología agrícola explicando por qué los programas de cambio en la producción agrícola son relativamente exitosos o no exitosos en aldeas rurales de sociedades en desarrollo [...] Más específicamente, el presente estudio enfoca tres clases de objetivos: el conocimiento útil para los agentes de cambio; los métodos útiles para investigaciones posteriores; y el reforzamiento de las instituciones participantes tanto de los Estados Unidos como de los países huéspedes (Rogers, 1964: 1-5).

Los criterios para seleccionar los países latinoamericanos, africanos y asiáticos donde se realizaría el proyecto, incluyeron el que el país tuviera un programa de acción para incrementar la producción agrícola, que hubiera un programa de asistencia técnica de la AID y contratos de esta con universidades tanto estadounidenses como locales. Entre los países probables se mencionaban India, Turquía y Pakistán, en Asia; Colombia y Brasil, en América Latina, y Nigeria y Kenya, en África.

Aunque el proyecto presentado por Rogers a la AID en 1964 incluía el trabajo de campo en varios países y continentes, su reconstrucción del contacto con Colombia tiene algunos elementos adicionales de interés, detrás de su narración anecdótica:

Así que yo conocía a Deutschmann, pero no a Fals Borda, quien debe haber sabido de mí a través de Deutschmann. Pero en el verano de 1961, en St.

Louis, en el congreso de la American Sociological Association, un colega mío de Ohio State y yo presentamos una ponencia sobre la investigación de difusión que estábamos haciendo. Yo leí la ponencia y entonces un joven y apuesto latinoamericano se acercó a estrechar mi mano y a decir en perfecto inglés que le había gustado mi trabajo. Dejó su tarjeta, que de un lado, en letras doradas, decía: Orlando Fals Borda, decano... y del otro, escrito con pluma, “si quieres un trago de buen whisky, ven a la habitación 631.”

A mi colega le gustaba el whisky, así que fuimos a la habitación 631 del hotel. Ahí estaba Fals Borda, efectivamente con una botella de buen whisky en la mano. Le dije: “tú debes ser el Fals Borda que colaboró con Deutschmann en su estudio de difusión”. El dijo “sí”, y también: “quiero que vengas a Colombia a hacer estudios de difusión y a enseñar a mis estudiantes a hacerlos.” A mi colega y a mí nos pareció una locura. Yo tenía fuertes intereses internacionales, pero siempre quise ir a hacer estudios en la India. Ya había leído libros sobre India. Estaba enamorado de la India. Y no estaba enamorado de América Latina. La única palabra en español que sabía, creo, era “adiós”. De manera que nada estaba más lejos de mi intención que una beca Fulbright. Pero Fals Borda dijo que pensaba poder arreglarlo si yo podía ir. Como yo no podría el año siguiente, a mi colega, que estaba terminando su tesis doctoral, le entusiasmó la idea, aunque tampoco sabía español. Fals Borda le dijo: “pues más vale que comiences ya a estudiar español”.

Al regresar a Ohio, no pensamos que pasaría nada, pero al llegar nos encontramos una carta de Fals Borda escrita desde Washington. Había hecho escala en Washington volando de St. Louis a Bogotá. Y había visitado la Comisión Fulbright y nos envió las formas de solicitud. En su nota decía que estaba aceptado en principio que fuéramos los profesores Fulbright en su facultad los dos años siguientes. Primero mi colega, luego yo. Comenzamos a estudiar español. Mi colega fue a Colombia en 1962–1963 y yo en 1963–1964. Por varios años hubo una cadena de gente de Ohio State y de otros lados que nos siguió. Sea como sea, hice un estudio de difusión en comunidades rurales colombianas, y eso fue un paso adelante.

De la documentación sobre la difusión de innovaciones agrícolas en Colombia, que es muy extensa y detallada, pueden tomarse dos ejemplos. Uno es el informe de la investigación de Rogers y Bonilla de Ramos (1965), que consiste en la descripción sistemática de “nuestros varios intentos para predecir la adopción de una innovación (la siembra de hortalizas) en tres pueblos campesinos de los Andes colombianos, usando tres métodos diferentes de predicción”. Para el estudio se seleccionaron como variables independientes la empatía, la cosmopoliticidad, las normas del cambio social, la exposición a los medios masivos y el alfabetismo de los sujetos. El informe de Rogers y Herzog (1966) sobre el “alfabetismo funcional entre campesinos colombianos”, estudio también realizado en cinco comunidades campesinas de los Andes, da cuenta de que se encontraron altas correlaciones entre el alfabetismo funcional y el autoconcepto de alfabetismo y los años de escolaridad. Pero se encontró también que el alfabetismo funcional estaba relacionado con la exposición a los medios masivos, que era más característico de los niños que de los adultos, que estaba asociado con la empatía, la innovatividad doméstica y agrícola, con la motivación de logro, el tamaño de la granja, los viajes a centros urbanos, el conocimiento político y el liderazgo de opinión sociométrico.

Más allá de los resultados empíricos, es claro que al estudiar el “cambio social”, se implicaba también la necesidad del “cambio científico” y Rogers narra con bastante detalle cómo se fue percatando de esta situación:

Durante el año que estuve en Colombia, Fals Borda seguía estando muy comprometido con los estudios en que se colectaban datos empíricos cuantitativos, pero estaba comenzando a tener algunas dudas. Yo también empezaba a tenerlas. Impartí dos cursos de metodología: uno para estudiantes de tercer año, otro para los de cuarto año. Los estudiantes participaban también conmigo en la recolección de datos de los estudios que hacía. Así empecé a ver lo que no podría medir con encuestas y análisis de datos cuantitativos... Varios académicos de la facultad estaban haciendo estudios etnográficos, y daban cursos de antropología.

Yo mantuve estrecho contacto con la comunidad y con Fals Borda y con los estudiantes que había enseñado. Varios de ellos fueron a Michigan State a estudiar y yo les ayudé con su trabajo de campo en Colombia. Fue durante esos años que muchas cosas cambiaron [...] Se trataba de un país que no funcionaba muy bien en esa época. La estructura social mostraba inequidades básicas muy profundas y esos asuntos eran los que yo no conocía cuando fui a Colombia. Este fue un periodo de cuestionamiento para mí [...] y para Orlando Fals Borda. Yo creo que el hecho clave sin embargo fue la muerte de Camilo Torres.

Conocí a Torres muy bien. Estaba enseñando en la Facultad en el mismo tiempo que yo. Era hijo de una familia colombiana muy rica. Y como en cualquier familia colombiana de esa época, un hijo debía ser ingeniero, otro hijo doctor y otro sacerdote. Como era de una familia rica, fue enviado a la Universidad de Lovaina en Bélgica, donde obtuvo su doctorado en Sociología. Cuando regresó, era el capellán de la universidad. Volvió más radicalizado que cuando se fue. Comenzó a cuestionar muchas cosas. Eventualmente fue despedido de su capellanía porque era demasiado radical. Marchó a la cabeza de una manifestación estudiantil. El rector de la universidad protestó ante el administrador de la educación, que protestó frente al Cardenal, y ese fue el fin de Camilo Torres como capellán.

Él había estado dando un curso de sociología de la religión y los profesores y los estudiantes lo estimaban, pues era un profesor muy efectivo. Así se convirtió en docente de tiempo completo en la Facultad. Eso fue durante el año que yo estuve ahí. Dos años después, digamos que fue perdiendo la fe en el establecimiento. Eventualmente, como se sabe, se unió a la guerrilla en las montañas y lo mataron. Se convirtió en un símbolo muy importante para todos los jóvenes colombianos. Era un amigo cercano de Fals Borda. Yo pienso que su radicalización, y en último término su muerte, tuvieron un efecto en todos nosotros, pero uno mayor en Fals Borda. Fue un hecho crucial: hizo que Fals Borda renunciara a la decanatura de la Facultad. Abrió un instituto independiente, desconectado de la universidad, hizo otro tipo diferente de investigación y ejerció una influencia muy diferente.

También terminó nuestra cercanía [...] Fue un periodo de radicalización de las ciencias sociales de todo tipo en Colombia.

La investigación latinoamericana en ciencias sociales en general se radicalizó en el discurso y en sus articulaciones sociales en los años setenta. Los debates sobre la “cientificidad” o la imposición “imperialista” de modelos ideológicos, predominaron en los círculos de estudio de la comunicación, dentro y fuera de las universidades. Uno de los blancos preferidos de estas críticas fue el trabajo de Rogers, por lo que parecía representar. Se hablaba, ya no de la difusión de innovaciones sino de su “*infusión*”. Pero, para él,

Cualquiera que quisiera criticar cualquier cosa que yo hubiera hecho o representado o propuesto, académicamente, yo creo que era perfectamente apropiado y correcto, y eso nunca me molestó. Me interesó mucho como fenómeno que los puntos de vista de las ciencias sociales en Colombia hubieran cambiado tanto en diez años. Comencé a cuestionar los estudios de modernización después de haber hecho al menos un estudio de esos. Creo que las críticas me hicieron pensar que no haría otros estudios como esos y generalmente he tratado de hacer diferentes tipos de investigación.

Everett Rogers es recordado, en especial por quienes fueron sus alumnos, como un investigador abierto siempre a las críticas a su trabajo y a la incorporación constante de los debates suscitados por él; en este sentido, como un ejemplo de honestidad intelectual.

Crisis y crítica del paradigma dominante

Así, después de más de diez años de un intensivo y extenso esfuerzo de investigación sobre la comunicación y el desarrollo en América Latina y en otras regiones del mundo, en que los medios masivos fueron considerados “multiplicadores mágicos” y se estudiaron sus efectos en la innovación de las prácticas agrícolas, educativas, políticas y de salud pública en muchos

países, Everett Rogers sintetizó en 1976 un consenso creciente entre los seguidores de la tradición norteamericana en una frase: “El decepcionante desempeño del paradigma dominante durante la década pasada lleva a considerar varias concepciones alternativas de la comunicación en el desarrollo” (Rogers, 1976: 100). En el número de *Communication Research* dedicado a las “Perspectivas críticas sobre comunicación y desarrollo”, editado por él, se incluyeron, entre otros, tres trabajos de especial importancia para la investigación latinoamericana.

Primero, Luis Ramiro Beltrán, en uno de sus textos más difundidos y citados (1976), analizó cómo y por qué “la investigación sobre comunicación en Latinoamérica ha estado, y todavía lo está, considerablemente dominada por modelos conceptuales foráneos, procedentes más que todo de Estados Unidos de América”. Y se preguntaba:

Los críticos no han explicado la actitud pasiva e imitativa que se denuncia. ¿Se debe esto a pereza intelectual, a falta de competencia o a ambas? ¿Impide el entrenamiento de muchos investigadores latinoamericanos en Estados Unidos que éstos perciban su diferente realidad? ¿Reside quizá la respuesta en lo relativamente nuevo de la investigación en comunicación en Latinoamérica? ¿O constituyen la falta de perceptividad, de imaginación creadora y de audacia rasgos de una mentalidad conformista y acrítica que se somete, por definición, al colonialismo cultural? (Beltrán, 1976: 77–78).

Antes de intentar dar respuestas, obviamente negativas, a estas preguntas con la propuesta de “Una nueva ciencia de la comunicación en Latinoamérica”, Beltrán sintetizó bajo el subtítulo “Ceguera ante la estructura social”, las principales críticas que los investigadores tanto norteamericanos como latinoamericanos habían hecho ya al difusionismo, desde sus mismos supuestos generales:

Un supuesto básico del enfoque de difusión es que la comunicación por sí misma puede generar desarrollo, independientemente de las condiciones socioeconómicas y políticas. Otro es que el incremento en la producción y [el] consumo de bienes y servicios constituye la esencia del desarrollo y que, a su debido tiempo, se derivará necesariamente de ello una distribución justa del ingreso y de las oportunidades. Un tercer supuesto es que la clave del aumento en la productividad es la innovación tecnológica, sin tomar en cuenta a quiénes pueda beneficiar ni a quiénes pueda perjudicar (Beltrán, 1976: 79).

Entre los análisis críticos que Beltrán recuperaba estaban los de Parra Sandoval (1966), Havens y Adams (1966), Cuéllar y Gutiérrez (1971), Felstenhausen (1971), Díaz Bordenave (1974), Esmán (1974) y el propio Rogers (1975). Pero más allá de la investigación de la difusión de innovaciones, Beltrán cuestionó toda la tradición de origen estadounidense de los estudios sobre la comunicación. En la sección dedicada a “La impronta de la teoría sobre el método”, afirmaba que:

El modelo de Lasswell implica una concepción vertical, unidireccional y no procesual de la naturaleza de la comunicación. Defnidamente, omite el contexto social. Al hacer de los efectos sobre el receptor la cuestión capital, concentra en él la atención de la investigación y favorece al comunicador como un poseedor incuestionado del poder de persuasión unilateral (Beltrán, 1976: 91-92).

Para Beltrán, esta preocupación original y fundante sobre los efectos de los mensajes y las funciones de los medios en la persuasión era la explicación de por qué “el análisis de contenido y la encuesta por muestreo por vía de entrevistas estructuradas llegaron a constituirse en el arsenal metodológico básico de la mayoría de los comunicólogos” (1976: 94). Pero la crítica de la pobreza teórica y la consecuente inadecuación para generar explicaciones

pertinentes de la realidad social provino, antes que nada, de algunos investigadores norteamericanos y europeos (Nordenstreng, 1968; MacLean, 1966), cuyos argumentos reforzaba Beltrán para concluir que:

Aunque gran parte de la investigación en comunicación realizada en Latinoamérica puede ser deficiente en cuanto a concepto y método, alguna es bastante refinada en cuanto al último y sigue muy de cerca los estándares norteamericanos pero no es menos débil en conceptos. No pocos investigadores de la región parecen propensos a olvidar que la obsesión por las propiedades metodológicas puede conducir hacia “un énfasis indebido en la forma de conducir la investigación junto con un abandono de su sustancia” (Deutsch y Kraus, 1965: 215). Habiendo aprendido a manejar bien los instrumentos matemáticos, algunas veces se enamoran tanto de ellos que el resultado que obtienen, a veces, es lo trivial o lo obvio empaquetado de manera impresionante en refinadas estadísticas. Algunos destacan, por ejemplo, la importancia de la confiabilidad al paso que soslayan la de la validez, lo cual puede producir deformaciones de la realidad social. Entonces, se puede preguntar, como lo hace Halloran (1974: 12): “¿Cuánto valor tiene ser preciso y consecuente respecto de algo que no es cierto o que no importa?” (Beltrán, 1976: 103).

El trabajo de Beltrán concluía, como se había señalado, con la contrapartida a estas críticas y el señalamiento de lo que llevaba “Hacia una nueva ciencia de la comunicación en Latinoamérica”:

En la mayoría de los casos, los nuevos investigadores de la comunicación han concentrado sus esfuerzos en la búsqueda de las ideologías de los comunicadores detrás de los contenidos manifiestos de sus mensajes en los medios masivos, tomando a éstos como expresiones de los intereses pro *status quo* de la estructura de poder que domina la sociedad [...] La huella de la teoría también está naturalmente presente en el nuevo tipo de investigación. Por lo general, estos investigadores niegan a la

refinación matemática de la metodología tradicional norteamericana el poder de llegar hasta los más profundos patrones de significado con los cuales están fundamentalmente preocupados (Verón, 1969; Mattelart, 1970). Por consiguiente, están recurriendo a técnicas no cuantitativas para análisis del mensaje o ensayando procedimientos semicuantitativos como accesorios a las percepciones intelectuales que procuran poner la investigación sobre comunicación al servicio del cambio estructural [...] el hecho significativo es que, al fin, algunos estudiosos de la comunicación en Latinoamérica están dando señales de ser capaces de pensar por sí mismos y de enmarcar su trabajo en los términos de sus propias realidades (Beltrán, 1976: 104–106).

El segundo de los trabajos latinoamericanos incluidos por Rogers entre las “Perspectivas críticas sobre comunicación y desarrollo” era el de Juan Díaz Bordenave (1976), sobre la necesidad de nuevos modelos para la comunicación de innovaciones agrícolas en América Latina. Su extensa revisión de lo que había sido la investigación comienza con un párrafo que, mediante una sencilla analogía, define el contenido:

Al igual que la ciencia aeronáutica evolucionó desde el concepto de motor lineal hasta la idea del motor de combustión circular, luego a la turbo-propulsión y más recientemente hasta la era del motor a chorro, la ciencia de la comunicación también ha evolucionado desde el concepto lineal simple de información e influencia hasta una idea más compleja de la comunicación como componente social dinámico (Díaz Bordenave, 1976: 135).

La crítica de las insuficiencias y desviaciones de la investigación de la comunicación para el desarrollo rural era retomada por Díaz Bordenave —igual que por Beltrán—, por una parte, de los investigadores estadounidenses y latinoamericanos mismos y, por otra, de la “revolución” iniciada por Paulo Freire (1973) al proponer

[...] la abolición, en educación y comunicación, de la mentalidad de transmisión y el reemplazarla por una clase de comunicación educativa más liberadora, que contendría más diálogo y estaría al mismo tiempo más centrada en el receptor y más conciente de la estructura social (Díaz Bordenave, 1976: 138).

La necesidad de nuevos modelos para la investigación del desarrollo rural surgía de que:

En realidad, debido a que el modelo de difusión clásico se formuló bajo condiciones socio-económicas significativamente diferentes y de acuerdo con una posición ideológica incompatible con la realidad latinoamericana, las preguntas de investigación que utilizaron los investigadores latinoamericanos no tocan los puntos básicos que afectan el desarrollo rural (Díaz Bordenave, 1976: 145).

Sobre preguntas más pertinentes a la realidad y a los intereses latinoamericanos, Díaz Bordenave proponía, como puntos focales prioritarios para la investigación en comunicación y desarrollo rural, los siguientes:

1 Estudiar la difusión y adopción como sistema de solución de problemas, comenzando no con la innovación y sus fuentes, sino con la situación, necesidades y problemas de los campesinos, considerando los flujos de comunicación horizontales y ascendentes por medio de los cuales los mediadores y los “centros de solución” articulan, transmiten y actúan sobre estas necesidades y problemas.

2 Estudiar el marco estructural en que se da (o no se da) la comunicación y la adopción, incluyendo la influencia de las formas de tenencia de la tierra, los efectos de la política agraria del gobierno sobre toma de decisiones y las consecuencias de la adopción de innovaciones dadas en cuanto al proceso global de desarrollo.

3 Estudiar los aspectos infraestructurales de la adopción de innovaciones, incluyendo sus relaciones configurativas con acceso a insumos, créditos, asistencia técnica, información, mercados, almacenaje, transporte y seguros.

4 Estudiar la adopción de innovaciones como experiencia de enseñanza-aprendizaje a fin de identificar las exigencias pedagógicas respecto a la difusión y adopción, como parte de un proceso más amplio de crecimiento mental y enriquecimiento humano de los campesinos.

5 Estudiar el funcionamiento de estrategias integradas de desarrollo rural en las cuales la concientización, educación, politización, organización y tecnificación desempeñen papeles integrados (Díaz Bordenave, 1976: 148–151).

Por último, en el tercero de los trabajos mencionados, el propio Everett Rogers (1976) retomaba y reformulaba muchas de las críticas y propuestas que hasta entonces se habían acumulado:

Los críticos de la pasada investigación de la comunicación señalan que en ciertos aspectos nuestra preocupación primaria por determinar los efectos en la audiencia a través de encuestas puede haber distraído nuestra atención científica de otros asuntos prioritarios como quiénes controlan los medios, cómo se toman decisiones sobre políticas y programación en esas instituciones, y cómo operan esas organizaciones para realizar sus funciones de mediación, procesamiento de la información, producción de mensajes y retroalimentación. Generalmente, estos críticos argumentan un giro del enfoque principal de la investigación en comunicación, de los efectos sobre la audiencia a la consideración de las instituciones de medios a través de un enfoque sistémico.

La comunicación para el desarrollo debe ser vista como un proceso total que incluye la comprensión del público y de sus necesidades, la planeación comunicativa alrededor de estrategias selectivas, la producción de mensajes, la diseminación, la recepción y la retroalimentación, más

que sólo como una actividad unidireccional, directa, del comunicador al receptor pasivo. Esta conceptualización de la comunicación en el desarrollo implica un cuestionamiento del “enfoque de los componentes” en la investigación, frecuente en el pasado, en el cual se investigaba una variable de la fuente, una variable del mensaje o una variable del canal, para determinar cómo se relacionaba con uno o varios efectos. El enfoque de los componentes es esencialmente atomístico y mecanicista al desarticular heurísticamente los elementos del proceso comunicativo para tratar de entender su operación. Tal enfoque ignora la interacción sinérgica entre la fuente, el mensaje, el canal y el receptor. Falla al no captar la naturaleza sistémica del proceso comunicativo. Si la comunicación para el desarrollo se considera, entonces, como un proceso total, las interrelaciones entre sus componentes deben ser investigadas tanto como el entorno relevante en que el sistema de comunicación está inserto. Este acercamiento intelectual representa el enfoque sistémico de la comunicación para el desarrollo (Rogers, 1976: 105).

Un texto de Enrique Sánchez Ruiz (1986) sirve muy bien para completar la revisión de los factores que pusieron en crisis el modelo comunicativo de la modernización, dando lugar no solo a los enfoques de sistemas como los propuestos por Rogers sino sobre todo a las corrientes críticas propiamente latinoamericanas:

Los problemas y anomalías de la tradición investigativa de la modernización por difusión hacen transparentes los problemas que enfrentaron los estudiosos sobre la comunicación, la educación y el desarrollo dentro de esta misma tradición. En los años sesenta y setenta, la evidencia comenzó a acumularse, mostrando que la característica imputada a los medios de comunicación como “multiplicadores mágicos” de la modernidad y del desarrollo no estaban correspondiendo a las expectativas [...]

Lo que todos estos estudios mostraban era que los programas de cambio

social y de educación no formal para el cambio social, que hacían uso extensivo de los medios masivos —la mayoría de ellos implantados en entornos microsociales— no estaban logrando los resultados esperados de “desarrollo”. Por ejemplo, el estudio de Grunig (1971) entre campesinos colombianos mostraba que *no todos* los contenidos de los medios eran necesariamente “prodesarrollo”, como por ejemplo, presuponía Everett Rogers, cuya investigación era también sobre campesinos colombianos (Rogers y Svenning, 1969). Es decir, sólo la “información situacionalmente relevante”, en particular con respecto a las necesidades de toma de decisión de los campesinos, podría producir una diferencia real en sus vidas. Pero, aun la información situacionalmente relevante fallaría en lograr algún cambio si existían rigideces estructurales, políticas y económicas, como la falta de acceso a la tierra, al crédito, a los insumos, etcétera. La conclusión de este tipo de estudios ha sido que “una comunicación habilidosa puede cambiar las percepciones de un campesino sobre su situación, pero no puede, actuando sola, cambiar mucho la situación. Puede ayudar a un granjero atrasado a ver oportunidades que él ignora, pero si existen pocas oportunidades, la información no las creará” (Brown y Kears, 1967: 25).

Entonces, concluían los investigadores, “el cambio estructural es la esencia del desarrollo, y la comunicación un complemento” (Grunig, 1971: 582). Fueron muchos los estudios realizados durante la década pasada que apoyaban estas conclusiones básicas. El Instituto de Investigación de la Comunicación de la Universidad Stanford fue una vanguardia en el campo del estudio de la comunicación para el desarrollo durante las décadas de 1960 y 1970, bajo el liderazgo de Wilbur Schramm y con el apoyo financiero de diversas instituciones norteamericanas. Un reporte del mismo Instituto, que evaluaba quince años de actividades de la Agencia para el Desarrollo Internacional del Departamento de Estado norteamericano (US AID), llevaba como título *La comunicación como complemento* (Hornik et al, 1979) (Sánchez Ruiz, 1986: 30-31).

En el informe de la evaluación dirigida por Hornik, resumida en un artículo publicado en 1980, que significó el término de los financiamientos otorgados por la AID al posgrado en Comunicación y Desarrollo de Stanford y a la mayor parte de los programas desarrollados durante las dos décadas anteriores en América Latina, pueden encontrarse los corolarios más importantes que los investigadores estadounidenses asociados al modelo difusionista de la modernización extrajeron de su amplia experiencia internacional:

La comunicación para el desarrollo llena una docena de campos. Sus practicantes y sus investigadores han producido profusa y variadamente; una revisión de esos trabajos debe seleccionar sus fundamentos cuidadosamente, lanzar unas pocas preguntas y encontrar, si puede, un tema central para organizar las respuestas a esas preguntas.

Hemos puesto énfasis en aquellas aplicaciones que hacen algún uso de la tecnología comunicativa para proporcionar educación e información. Las tres preguntas que orientan esta revisión y sirven como guía son: ¿Qué roles desempeña la comunicación en el desarrollo? ¿Cuáles circunstancias llevan probablemente a una intervención particular al éxito o al fracaso? y finalmente, ¿Qué sabemos sobre la promesa de aplicaciones específicas?

Un tema central resuena en todas las experiencias exitosas de los años recientes. La tecnología comunicativa funciona mejor como un complemento —a un llamado al cambio social, a los cambiantes recursos, al buen diseño instruccional, a otros canales de comunicación, y a un conocimiento detallado de sus usuarios (Hornik, 1980: 10).

El “réquiem por la modernización” (Sánchez Ruiz, 1986), fórmula que al Rogers de los años noventa le pareció adecuada y divertida, es al final una etapa importante de la historia de la investigación de la comunicación en América Latina, y de la intervención de académicos estadounidenses en ella. Everett M. Rogers, uno de los más destacados entre ellos, pensaba que hay que seguir

interpretando y aprendiendo de estas experiencias, y de los desencuentros ideológicos que cruzaban y siguen cruzando el campo académico:

Yo tengo un punto de vista general, y no todos están de acuerdo con él, de que la diversidad en el pensamiento intelectual es una buena cosa, y que no tenemos suficiente de esta diversidad en la mayor parte de los departamentos o escuelas de comunicación, al menos en Estados Unidos. Pero también reconozco que si tienes demasiada diversidad, la gente no se entiende y no quiere entenderse mutuamente. Y resultan islas separadas dentro de la misma estructura organizacional. Pero en general, pienso que la mayoría de los departamentos universitarios de comunicación de Estados Unidos necesita mayor diversidad y me alegra cuando esto ocurre.

La investigación sobre comunicación y democracia en México: algunas reflexiones en busca de las claves*

En busca de claves para organizar algunas reflexiones, datos y referentes sobre la investigación mexicana de las múltiples intersecciones posibles entre “comunicación” y “democracia”, encuentro en la ponencia presentada por el colega peruano Rafael Roncagliolo en el XI Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS, Puerto Rico, octubre de 2003) una plataforma argumentativa que me parece en especial pertinente, y que queda sintetizada con claridad en el párrafo que sigue:

Como hace cuarenta años, pero en un contexto aún más difícil, estamos colocados en la intersección entre dos objetivos complementarios entre sí: democratizar la democracia y democratizar los medios, o sea fortalecer la participación de la población en las comunicaciones y en la vida democrática [...] Lo que está en juego no son las comunicaciones sino la democracia (Roncagliolo, 2005: 14–15).

Es cierto: un eje que articula la historia de la investigación latinoamericana de la comunicación es “la preocupación por la democracia” y la “relación entre la comunicación y el poder”, en función del proyecto mayor de “democratizar las comunicaciones para democratizar las sociedades” (Roncagliolo, 2005: 3). También es cierto que

* Texto preparado para su publicación en el libro colectivo de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) 2007: *Las claves necesarias de una comunicación para la democracia*. México: AMIC.

[...] hoy, por primera vez en la historia de la humanidad, la mayoría de los países del mundo tienen gobiernos elegidos en comicios universales y secretos, libres y limpios [y que] la universalidad de las formas democráticas es uno de los consensos de la globalización [Pero hay dos paradojas flagrantes:] parece que a medida que la democracia se expande, crece concomitantemente la insatisfacción con ella misma [y] hay que agregar que nuestra democracia es cada vez menos democrática. Y, sin duda, esta desdemocratización se halla en la base de la desafección y del déficit de legitimidad recién mencionados (Roncagliolo, 2005: 4, 5 y 6).

Roncagliolo sugiere que la desdemocratización es una historia comunicacional. Afirma, como Debray, Sartori y otros, que “la competencia entre ideas se ha vuelto una competencia mercantil entre mecanismos publicitarios”, que “la decadencia de la democracia consiste, escuetamente hablando, en el desvanecimiento de los espacios públicos, entendidos como espacios de posibles disensos y consensos, de acuerdos que permiten la deliberación y la acción concertada”, siguiendo a Habermas, y que es urgente “democratizar las comunicaciones para democratizar la democracia” (Roncagliolo, 2005: 8, 10 y 14).

Pero esa plataforma argumentativa, no obstante su contundente claridad y su apuesta por la “ciudadanía”, abre muchos más problemas que los del “acceso” a los medios, aunque estos sigan siendo centrales. Y, además, pone en evidencia tanto los límites del conocimiento disponible sobre “las comunicaciones” y los medios como los de las condiciones en que se desarrolla ese conocimiento, no solo en México y su “incipiente” o “transitoria” democracia.

En este texto recupero, primero, un aporte reciente de Jürgen Habermas, que a mi manera de ver contiene elementos cruciales para la discusión y el avance en esta problematización, desde el punto de vista de las teorías normativas de la comunicación y su relación con los estudios empíricos. En seguida, planteo un contexto que considero indispensable de tomar en cuenta, referido a las condiciones de la investigación en México, en espe-

cial su aislamiento de otras ciencias sociales. Y en tercer término retomo, de un trabajo analítico en proceso, algunos datos e interpretaciones muy concretos para ubicar los aportes académicos mexicanos en los marcos nacionales, latinoamericanos e internacionales en que mejor pueden apreciarse, (re)articularse y (re)impulsarse en los años por venir. La “democratización de la comunicación” es sin duda un proyecto social que requiere de la mayor atención crítica, también desde los frentes más puramente científicos.

La (actualizada) mirada habermasiana y las perspectivas normativas en la “sociedad mediática”

Dos semanas antes de las controvertidas elecciones mexicanas de 2006, Jürgen Habermas pronunció en Dresden, Alemania, la conferencia plenaria de la 56ª reunión anual de la International Communication Association (ICA). Ante una audiencia académica con predominio estadounidense y europeo, el filósofo contrastó de manera brillante las teorías normativas de la democracia con hallazgos empíricos referidos a la “comunicación política en la sociedad mediática”. Su planteamiento de entrada merece ser reproducido *in extenso*:

El diseño institucional de las democracias modernas integra tres elementos: primero, la autonomía privada de los ciudadanos, cada uno o una de los cuales persigue una vida propia; segundo, la ciudadanía democrática, esto es, la inclusión de ciudadanos libres e iguales en la comunidad política; y tercero, la independencia de una esfera pública que opera como un sistema intermediario entre el estado y la sociedad. Estos elementos forman la plataforma normativa de las democracias liberales (al margen de la diversidad presente en los textos constitucionales y los órdenes legales, las instituciones y las prácticas políticas).

El diseño institucional debe garantizar, a) la igual protección a los miembros individuales de la sociedad civil bajo la vigencia de la ley, mediante un sistema de libertades básicas compatible con las mismas libertades

para todos; igual acceso y protección de parte de cortes independientes; y una separación de poderes entre el legislativo, el judicial y la rama ejecutiva que articula la administración pública con la ley.

El diseño institucional debe garantizar, b) la participación política de tantos ciudadanos interesados como sea posible mediante iguales derechos a la comunicación y a la participación; elecciones (y referendos) periódicos, sobre la base de un sufragio inclusivo; la competencia entre diferentes partidos, plataformas y programas; y el principio de mayorías para las decisiones políticas en órganos representativos.

El diseño institucional debe garantizar, c) una contribución apropiada de una esfera pública política a la formación de opiniones públicas informadas mediante la separación de un estado (basado en impuestos) y una sociedad (basada en el mercado), derechos de comunicación y asociación y una regulación de la estructura de poder de la esfera pública que asegure la diversidad de medios masivos independientes y un acceso general de audiencias masivas inclusivas a la esfera pública (Habermas, 2006: 412).

El contraste del modelo habermasiano de la democracia deliberativa, que ha venido trabajando al menos desde hace 45 años,¹ con los modelos liberal y republicano, permite al autor considerar las “crecientes brechas entre los acercamientos normativo y empírico a la política” (Habermas, 2006: 411) y exponer, más que postulados teóricos que puedan someterse a prueba, marcos conceptuales para la interpretación de resultados empíricos. Según Habermas,

Como un elemento esencial del proceso democrático, se espera que la deliberación cumpla tres funciones: movilizar y acopiar asuntos relevantes

¹ La primera edición (en alemán) de la obra de Habermas que conocemos en español bajo el título *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública* (1981), es de 1962. Desde entonces, poco a poco, conforme se ha traducido a otros idiomas, se ha convertido en una obra teórica de referencia obligada en diversos campos, aunque desde lecturas muy distintas.

y la información requerida, y especificar interpretaciones; procesar tales contribuciones discursivamente, mediante argumentos apropiados, a favor y en contra; y generar actitudes racionalmente motivadas de “sí” y “no”, que se espera que determinen el resultado de decisiones procedimentalmente correctas. En vistas al proceso de legitimación como un todo, el papel facilitador de la esfera pública política consiste principalmente en satisfacer sólo la primera de estas funciones y preparar así las agendas para las instituciones políticas. Para abreviarlo, el modelo deliberativo espera que la esfera pública política asegure la formación de una pluralidad de opiniones públicas informadas (2006: 416).

Pero hay una reserva que resulta obvia: “la estructura de poder de la esfera pública bien puede distorsionar la dinámica de las comunicaciones masivas e interferir con el requerimiento normativo de que se movilicen asuntos *relevantes*, la información *requerida* y las contribuciones *apropiadas*” (Habermas, 2006: 418; cursivas en el original). Hay poder político y poder social, pero también poder económico, que es un tipo especial aunque dominante de este último. Por último, hay un poder mediático, “basado en la tecnología de las comunicaciones masivas” (Habermas, 2006: 419) y que incluye la intervención de diversos agentes especializados (entre ellos, centralmente, profesionales de la “comunicación”).² De manera teórica o normativa, el modelo deliberativo puede dar cuenta de los procesos de legitimación democrática en que las desiguales oportunidades de “transformar poder en influencia pública a través de los canales de la comunicación mediada” pueden sostener una “sociedad mediática”. Pero,

A final de cuentas, nos confrontamos sin embargo con la fehaciente evidencia de que el tipo de comunicación política que conocemos en

² Habermas tipifica a los periodistas (“que editan noticias, reportajes y comentarios”), pero también a otros actores que median en la esfera pública entre los periodistas y los políticos: los cabilderos (*lobbyists*), los personeros (*advocates*), los expertos, los empresarios morales y los intelectuales (Habermas, 2006: 416).

nuestra llamada sociedad mediática va en dirección contraria a los requerimientos normativos de la política deliberativa. No obstante, el empleo empírico sugerido del modelo deliberativo tiene un impulso crítico: nos permite leer los datos contradictorios como indicadores de constricciones *contingentes* que merecen una indagación muy seria. Los requerimientos mencionados, la independencia de un sistema auto-regulado de medios y el tipo correcto de retroalimentación entre la comunicación política mediada y la sociedad civil, pueden servir como detectores para el descubrimiento de las causas específicas de las faltas de legitimidad existentes (Habermas, 2006: 420).

La revisión de los casos de los medios italianos pre y postBerlusconi, y de los medios estadounidenses pre y post11 de septiembre y la guerra de Iraq, bien analizados empíricamente, ilustra para Habermas el problema de la falta de independencia del sistema mediático con respecto al núcleo central del sistema político, sea estructural o coyuntural (aunque siga siendo contingente). Pero

[...] la falta de distancia entre los medios y los grupos de intereses especiales es más frecuente y “normal” que su involucramiento transitorio en los embragues políticos [...] un caso especial de daño a la independencia editorial ocurre cuando los propietarios privados de un imperio mediático desarrollan ambiciones políticas y usan su poder económico para adquirir influencia política (Habermas, 2006: 421).

Con respecto a la segunda condición, la falta de retroalimentación entre “un sistema mediático autorregulado y una sociedad civil respondiente”, hay que tomar en cuenta por un lado la “pobreza social y la exclusión cultural de los ciudadanos”, que determinan el acceso selectivo y la participación desigual en la comunicación mediática, pero por otro lado, “la colonización de la esfera pública por los imperativos del mercado”, que conduce a una peculiar parálisis

de la sociedad civil (Habermas, 2006: 421–422), cuando una categoría de la comunicación es desplazada por otra:

Los asuntos del discurso político son asimilados y absorbidos por los modos y contenidos del entretenimiento. Además de la personalización, la dramatización de los eventos, la simplificación de temas complejos y la vívida polarización de los conflictos promueven el privatismo cívico y un ambiente antipolítico (Habermas, 2006: 422).

La conclusión a la que llega este discurso habermasiano, en que propone usar el modelo comunicativo de la política deliberativa para la interpretación de hallazgos empíricos, no es muy optimista: “Algunos autores consideran el periodismo político al que estamos acostumbrados como un modelo que está siendo extinguido. Su pérdida nos despojará de la pieza clave de la política deliberativa” (Habermas, 2006: 423).

El pensamiento de Habermas articula, desde sus primeras obras, el desarrollo de las “estructuras normativas” (en especial el derecho y la moral) con la (inter) acción comunicativa. Su reflexión más reciente, al contrastar de forma explícita sus postulados con otras concepciones normativas de la democracia y al mismo tiempo con los resultados de la investigación empírica sobre los sistemas de comunicación, sirve para ilustrar la necesidad de rearticulación crítica de los propios modos y modelos teóricos disponibles para interpretar los fenómenos mediáticos y políticos contemporáneos desde un marco consistente.

En efecto, para muchos investigadores de la comunicación, las relaciones entre las teorías normativas y las teorías “científicas” (en el sentido de ciencias sociales empíricas) son cada vez más problemáticas.³ Para empezar, es indu-

3 Incluyendo, por supuesto, las posturas más críticas. Un ejemplo británico lo ofrece James Curran, en un libro editado por él y David Morley: “Los estudios culturales y mediáticos han sido seducidos por el discurso del liberalismo de mercado, al encorchetar y eliminar la clase. Se han coludido en la perpetuación del mito que enmascara el privilegio heredado y legitima la desigualdad. También han sido distraídos de investigar adecuadamente el papel que juegan los medios en el crecimiento de la desigualdad en las sociedades liberales de mercado” (Curran y Morley, 2006: 143).

dable que la mayor parte del conocimiento acumulado sobre los “medios de comunicación” en la sociedad está basado en concepciones normativas. Denis McQuail (1994) y Klaus Bruhn Jensen (2002), por ejemplo, mencionan el libro clásico de Siebert, Peterson y Schramm (1956), *Four theories of the press* (*Cuatro teorías de la prensa*), y su influencia en la investigación mediante el contraste de las teorías autoritaria, liberal, totalitaria y de la responsabilidad social para caracterizar los sistemas de comunicación. El contexto de la guerra fría y su “final” y la evolución de los propios medios, motivaron después la necesidad de agregar otras “teorías”, como la desarrollista y la participativa, pero la referencia normativa es constante. Para Jensen,

Generalmente hablando [...] la mayoría de las teorías normativas (y muchas teorías científicas) hoy enfatizan criterios crítico-reformistas o bien pluralista-funcionalistas —modelos sociales de conflicto o de consenso— al evaluar la actuación de los medios. La oposición relacionada con ello entre “estado” y “mercado”, está presente muy a menudo al discutir las políticas que aseguren la “libertad” de los medios. Parte de la dificultad para debatir los conflictos reales y lo que está en juego detrás de las oposiciones simples, ha sido la ambigüedad del concepto de libertad en las teorías sociopolíticas y, luego, en las de la comunicación (Jensen, 2002: 277).

El análisis, entonces, de las condiciones en que se desarrollan los medios y el análisis de la democracia, son inseparables, al menos en los entornos altamente regulados de las “democracias occidentales”. Muy lejos de Habermas, y con la intención explícita de ir más allá del “maniqueísmo” de Siebert, Peterson y Schramm, Hallin y Mancini (2004) proponen una renovada investigación teórico-empírica de los sistemas mediáticos, basada en métodos comparativos, que no descuida sin embargo las cuestiones normativas:

Trataremos de mostrar, de hecho, que el análisis comparativo puede ser extremadamente útil para encarar los tipos de cuestiones normativas

que legítimamente preocupan a los académicos de la comunicación. ¿La comercialización sostiene o coarta la independencia de los medios? ¿La diversidad de voces en una sociedad plural está mejor representada en un sistema mediático con pluralismo externo o interno, es decir, medios noticiosos que representan distintas orientaciones políticas o medios noticiosos que buscan reportar las noticias de una manera “balanceada”? ¿Cuál es más responsable de la emergencia de voces nuevas en la sociedad: una prensa comercial profesionalizada o una más estrechamente vinculada con el sistema político? (Hallin y Mancini, 2004: 14).

Hallin y Mancini parten de la definición de cuatro dimensiones de los sistemas mediáticos que estudian: el desarrollo de los mercados mediáticos; el paralelismo político (vínculos medios / partidos); el desarrollo del profesionalismo periodístico, y el grado y carácter de la intervención del estado en el sistema mediático. A partir del desarrollo de categorías analíticas e indicadores empíricos en estas cuatro dimensiones, construyen tres modelos:

- *Mediterráneo o pluralista polarizado* (Francia, Grecia, Italia, Portugal, España).
- *Noreuropeo o corporativista democrático* (Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza).
- *Atlántico Norte o liberal* (Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Irlanda).

Cada uno de estos modelos está caracterizado por variables de los sistemas mediáticos y de los sistemas políticos de los respectivos países (a los cuales, sin embargo, no se ajustan plenamente). En síntesis, en el modelo liberal los medios están más cerca del mundo de los negocios que del de la política; en el pluralista polarizado están más fuertemente integrados en el mundo político, y en el corporativista democrático los medios mantienen fuertes lazos con ambos mundos, aunque tienden a separarse del mundo económico. En general, las fuertes tendencias a la comercialización y a la profesionali-

zación indican una convergencia hacia el modelo liberal (Hallin y Mancini, 2004: 73–76). Es necesario entonces historizar y detallar comparativamente los casos.

Para ello, Hallin y Mancini emplean de manera primordial el concepto de “diferenciación” (y de “des–diferenciación”, siguiendo a Habermas y Bourdieu) para analizar e interpretar sus datos, y sustanciar empíricamente los tres modelos (tipos ideales) que construyen y que, advierten, exigen mucho mayor desarrollo teórico, metodológico y empírico, en especial en referencia a países diversos, como los latinoamericanos (Hallin y Mancini, 2004: 302–306). Pero a partir de la constatación de que los sistemas mediáticos van quedando menos diferenciados de las instituciones económicas en la medida en que se diferencian de las instituciones políticas, se pueden formular con mayor precisión y agudeza preguntas clave como la siguiente:

¿El giro hacia el modelo liberal hace el flujo de comunicación más abierto e igualitario en la medida en que los grupos políticos atrincherados pierden control del sistema mediático, o menos, al caer los medios más exclusivamente bajo el control de los negocios, y prevalecer el dinero de los consumidores, los inversionistas y los anunciantes sobre el voto de los ciudadanos para cimentar el desarrollo de la estructura mediática? (Hallin y Mancini, 2004: 302).

Dado el carácter multidimensional e histórico de objetos de investigación como los sistemas mediáticos en su vinculación con la “democracia” contemporánea, cuando la “globalización” pone de relieve factores y articulaciones aún insuficientemente comprendidos, es necesaria una (re)contextualización crítica constante, no solo de los ingredientes normativos presentes en los recursos científicos con los que se construyen y desarrollan sino también de las condiciones sociales (económicas, políticas, culturales) desde las que se otorga sentido a esas tareas, pues la investigación es también una práctica social institucionalizada.

La ciencia política y otras disciplinas en crisis

En septiembre de 2006, la revista mexicana *Metapolítica* dedicó su número 49 a un tema central: “La muerte de la ciencia política”, con lo que se incorporó con fuerza a un debate desencadenado dos años antes por un artículo de Giovanni Sartori (2004), uno de los padres fundadores de esta “ciencia empírica, comparativa, altamente especializada y formalizada”. Según César Cansino, en ese texto, Sartori

[...] estableció de manera tajante que la disciplina que él contribuyó a crear y desarrollar, la ciencia política, perdió el rumbo, hoy camina con pies de barro, y al abrazar con rigor los métodos cuantitativos y lógico-deductivos para demostrar hipótesis cada vez más irrelevantes para entender lo político, terminó alejándose del pensamiento y la reflexión, hasta hacer de esta ciencia un elefante blanco gigantesco, repleto de datos, pero sin ideas, sin sustancia, atrapada en saberes inútiles para aproximarse a la complejidad del mundo (Cansino, 2006: 27).

Cansino contextualiza con detalle la postura de Sartori, la suya propia y las dimensiones principales del debate intradisciplinario, referido en buena medida a la separación de la ciencia política y la filosofía política. De esa contextualización retomo solamente la discusión sobre la “obsesión” de la ciencia política por ofrecer una definición empírica de la democracia, la adopción del concepto de “poliarquía” de Robert Dahl (“forma de gobierno caracterizada por la existencia de condiciones reales para la competencia [pluralismo] y la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos [inclusión]”, Cansino, 2006: 33) y el impacto reciente de la noción de “calidad de la democracia”, tema que “surge de la necesidad de introducir criterios más pertinentes y realistas para examinar a las democracias contemporáneas (sobre todo las de América Latina, Europa del Este, África y Asia) muy por debajo de los estándares mínimos de calidad deseables” (Cansino, 2006: 33).

El argumento es que así, “la ciencia política ha dejado entrar por la ventana aquello que celosamente intentó expulsar desde su constitución, es decir, elementos abiertamente normativos y prescriptivos” (Cansino, 2006: 34), lo cual implica la negación de su proyecto científico fundacional. Además del debate epistemológico (que según Bourdieu, 2000, es también, necesariamente, político), cabe resaltar la dificultad de la ciencia política para definir la “democracia” en el marco de su objeto central y prioritario de estudio disciplinario, sobre todo desde el ángulo empírico.

Unos años antes, se había publicado un libro de revisión colectiva de las condiciones y características de la ciencia política en México (Merino, 1999) donde se reconocen y formulan muchos de los aspectos polémicos y las posiciones que siguen vigentes. Pero llama de forma poderosa la atención que en esta obra, al igual que en el dossier ya citado de *Metapolítica*, el factor comunicacional o mediático de la democracia como campo de investigación (empírica o teórica) está prácticamente ausente. Solo en el “postscriptum” del capítulo escrito por Yolanda Meyenberg sobre “La ciencia política y el debate contemporáneo” se hace mención de que “quizá el tema que ha cobrado más auge en los últimos dos años sea el del impacto de los medios de comunicación en la construcción de la esfera pública y en la definición de los procedimientos que rigen a la democracia” (Meyenberg, 1999: 184), aludiendo a dos obras, aparecidas en ese periodo final de la década de los noventa, escritas por Giovanni Sartori (1998) y por Dominique Wolton *et al.* (1998). Otro pequeño párrafo, no menos marginal, aunque quizá más relevante por citar un trabajo mexicano, es el incluido por Jacqueline Peschard en su capítulo sobre “La cultura política en México”:

Contamos hoy con estudios que destacan la influencia fundamental que están teniendo los medios tanto en el desarrollo de nuevas actitudes y percepciones, como en el afianzamiento o conservación de inclinaciones y comportamientos tradicionales (Trejo, 1997). Los medios no solamente forman opinión, sino que van edificando verdaderos patrones de conducta que permiten que la población se identifique y se sienta

parte de la sociedad en la que vive. La problemática de los medios es bastante compleja porque a la vez que alimentan y recrean las creencias e imágenes más arraigadas sobre el poder y las relaciones políticas, van introduciendo ciertos referentes encaminados a la construcción de esquemas de comportamiento que se presentan como el modelo ideal a alcanzar, y que de ninguna manera son neutrales, sino que están orientados por el interés comercial de las empresas y la industria mediática (Peschard, 1999: 205).

Algo muy similar ocurre en otras revisiones (auto)críticas colectivas o individuales publicadas en los últimos años sobre otras “disciplinas” de las ciencias sociales mexicanas. Los trabajos, amplísimos y muy documentados de Alfredo Andrade Carreño (1998) y Fernando Castañeda (2004) sobre la sociología en México, no incluyen mención alguna al estudio de los medios o de la comunicación, aunque por supuesto tratan extensamente sobre la democracia en México. Alguna diferencia se percibe en las revisiones de la antropología, contenidas en los libros coordinados por Guillermo de la Peña y Luis Vázquez (2002) (mediante un capítulo de Jorge González sobre las “interfaces” entre antropología y comunicación) y por Néstor García Canclini (2005), en el que el capítulo escrito por Miguel Ángel Aguilar y Rosalía Winocur (2005), entre otros que también tratan enfoques relacionados, comienza significativamente así: “Cuando se plantea el interrogante acerca del estado que guarda la relación entre medios de comunicación y antropología en México, la respuesta es que los medios aún no están legitimados como objeto antropológico dentro de la disciplina” (Aguilar y Winocur, 2005: 196).

Algunos puntos adicionales de convergencia hacia el reconocimiento de la comunicación o de las instituciones mediáticas como objeto de estudio (o al menos factor significativo) de las ciencias sociales mexicanas, un poco más variados y promisorios, se encuentran en varios de los capítulos contenidos en el libro *Las ciencias sociales, universidad y sociedad. Temas para una agenda de posgrado*, coordinado por Judit Bokser Liwerant (2003), aunque

predominen los abordajes tecnológicos y culturales, más que los mediáticos, bajo la fórmula de la “sociedad del conocimiento”.⁴

Con estas referencias puede quedar elementalmente evidenciado el aislamiento académico en que se han desarrollado las investigaciones mexicanas sobre los factores mediáticos y comunicacionales de la democracia, o de la “democratización”, sea de los medios o de la sociedad. Cuando en ocasiones aparecen “los medios” (y casi nunca la “comunicación”) en los discursos científicos especializados (sociológicos o politológicos), lo hacen si acaso como instrumentos muy secundarios que están a “disposición” (o no) de ciertos actores políticos, entre los cuales se cuentan algunos de los mismos académicos. Es probable que este aislamiento del campo académico de la comunicación sea una de las “claves” más necesarias para (re)impulsar el aporte a la democratización.

Hacia un balance (empírico) de la investigación (académica) sobre los “medios” y la democracia en México

En septiembre de 2005, la revista *Etcétera* me solicitó un artículo sobre la investigación académica sobre los “medios” en México (Fuentes Navarro, 2005b),⁵ del cual reproduzco aquí dos extractos, que me parecen relevantes para contextualizar la parte final de este texto:

Hay muchas evidencias inmediatas para afirmar que la investigación académica mexicana en el campo de la comunicación (y en otros campos

- 4 Hay que hacer notar que este libro reúne las participaciones en un foro académico organizado por el posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), programa en el que una de las especialidades es “Ciencias de la Comunicación”, y hay un énfasis muy marcado en la “interdisciplinariedad”. Quizá la ausencia de “los medios” en los debates de la sociología o la ciencia política mexicanas se deban al reconocimiento de que hay una “disciplina” especializada en su estudio, pero en ese caso no se entiende por qué el impulso “interdisciplinario” no la incluye.
- 5 De paso, cabe mencionar que el texto fue enviado con el título “La investigación académica sobre los medios de difusión en México: una reflexión sobre las condiciones y tendencias recientes”, pero fue publicado como “La investigación es marginal”. Ninguna otra parte del texto enviado fue modificada, excepto el título, seguramente para ajustarse mejor a los criterios editoriales (periodísticos, no académicos) de la publicación.

de especialidad), en cuanto sistema institucionalizado de producción de conocimiento, acusa un creciente rezago en relación con su “objeto” primordial de estudio: la multidimensional operación social de los medios de difusión masiva. En sus términos más generales, esta afirmación es compartida tanto en los ámbitos académicos como en los demás sectores sociales preocupados por esta “multidimensional operación” y sus implicaciones y consecuencias. Hay una especie de supuesto tácito sobre la importancia del aporte de la investigación académica que no se ve correspondido en los resultados conocidos, desde puntos de vista tan dispares como los de los propios académicos, los estudiantes de comunicación, los profesionales y funcionarios de los medios, los diseñadores de políticas y los tomadores de decisiones en las más diversas esferas de la vida pública.

Y sin embargo, la investigación académica de la comunicación ha crecido sostenida y consistentemente en México durante las últimas tres décadas, al mismo tiempo que ha alcanzado algún grado de legitimidad científica y social. Al menos en la más inmediata de las escalas en que Sánchez y Fuentes propusimos hace algunos años a esta actividad como sujeta a una condición de “triple marginalidad”, algunos avances se han conquistado. Pero el planteamiento general sigue siendo válido: “la investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales, éstas dentro de la investigación científica en general, y ésta última a su vez entre las prioridades del desarrollo nacional” (Fuentes Navarro y Sánchez Ruiz, 1989: 12).

Señalaba, entonces, que además de la precariedad de las condiciones para la práctica (marginal) de la investigación académica de la comunicación en México, era necesario considerar que, en todo el mundo, estas tareas “están articuladas con cambios en los medios que aportan el contenido y el contexto de los procesos, efectos, sistemas e instituciones que estudiamos” (Bryant y Miron, 2004: 662), citando un diagnóstico estadounidense que enlista estos cambios en el “objeto”. De manera que —sostenía en ese artículo y lo sostengo

aquí— aun donde la investigación académica de la comunicación cuenta con respaldos estructurales (científicos y financieros, culturales y políticos) sin comparación más amplios y sólidos que en México, el desajuste entre las “demandas sociales”, las orientaciones y los resultados, en términos del conocimiento sobre los medios y la comunicación masiva, genera también una insatisfacción creciente, que es necesario encarar con base en información precisa (Fuentes Navarro, 2005b: 84).

El otro extracto de aquel artículo que reproduzco ahora, en tanto avanza el proyecto de investigación de donde provienen los datos citados,⁶ tiene que ver con las características de la estructura institucional y las orientaciones de la producción de investigaciones académicas sobre la comunicación, asociadas a la formación de posgrado. Aunque hay más de 300 instituciones en el país donde se imparten licenciaturas en comunicación, la investigación se realiza en muy pocas de ellas (las universidades Nacional Autónoma de México, UNAM, la Autónoma Metropolitana Xochimilco, UAM-Xochimilco, la Iberoamericana, UIA, en la ciudad de México; la Universidad de Guadalajara y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, ITESO, en Guadalajara, y la Universidad de Colima, o más recientemente el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, ITESM, campus Monterrey).

En estas pocas universidades, donde se concentran desde hace tiempo tanto los investigadores reconocidos como los programas de posgrado acreditados, se ha generado entre dos tercios y tres cuartas partes de la producción de investigación de la comunicación en México. Pero en ninguna de ellas la “comunicación de masas” o los medios de difusión masiva son el objeto exclusivo, aunque sí mayoritario, de estudio. Desde esta constatación queda claro por qué un ámbito de creciente comple-

6 “La constitución científica del campo académico de la Comunicación en México y en Brasil: análisis comparativo”, proyecto de ciencia básica apoyado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) (47377 H) durante el periodo 2005-2008, basado en el análisis de las bibliografías empleadas en las tesis de posgrado.

Cuadro 1. Tesis de maestría en comunicación en México (1995–2005), según su temática

Maestría	Tesis sobre sistemas de producción de comunicación masiva	Tesis sobre circulación de productos mediáticos masivos	Tesis sobre recepción de productos mediáticos masivos	Tesis sobre otras temáticas de “comunicación”	Total
UNAM	26 (19.5%)	40 (30.1%)	13 (9.8%)	54 (40.6%)	133
UIA	10 (11.8%)	10 (11.8%)	9 (10.6%)	56 (65.8%)	85
ITESM	4 (9.1%)	11 (25.0%)	9 (20.5%)	20 (45.4%)	44
Universidad de Guadalajara	3 (11.5%)	8 (30.8%)	6 (23.1%)	9 (34.6%)	26
ITESO	6 (23.1%)	2 (7.7%)	7 (26.9%)	11 (42.3%)	26
Total	49 (15.6%)	71 (22.6%)	44 (14.0%)	150 (47.8%)	314

alidad y extensión, además de su rápida evolución, no puede ni podría ser abarcado en todas sus dimensiones y articulaciones, ni siquiera en las más propiamente “comunicacionales”.

A manera de ilustración, podemos identificar la temática cubierta por 314 tesis de maestría en comunicación, presentadas en cinco universidades entre 1995 y 2005 [véase el cuadro 1]⁷

El primer dato que hay que resaltar de esta tabla es que apenas poco más de la mitad de las tesis de maestría abordan temáticas de comunicación masiva. El resto incluye, entre otras categorías temáticas, los estudios sobre Internet, los de comunicación organizacional, los de culturas urbanas contemporáneas, los referidos a la comunicación en espacios educativos formales (escuelas) o informales (museos), y los estudios sobre el propio campo académico de la comunicación. Todas estas “otras” temáticas tienen, igual que las “mediáticas”, alta pertinencia social y académica.

⁷ Esta es una muestra incompleta de las tesis presentadas en esas universidades en ese periodo, y la clasificación temática es provisional.

De las temáticas referidas a la comunicación masiva y sus mediaciones, a pesar de las claras diferencias según la universidad, puede apreciarse que tienen primacía las agrupadas en la categoría “circulación” sobre las correspondientes a “producción” o a “recepción”. Por medios, se ha investigado mucho más sobre televisión que sobre prensa, y casi nada sobre cine o radio, tanto en esta muestra de tesis de maestría como en conjuntos más amplios de datos sobre productos de la investigación académica (Fuentes Navarro, 2005b).

La preocupación por profundizar y extender el análisis (documental, sociológico, epistemológico) de la producción académica mexicana sobre la comunicación, tiene por fortuna cada vez mayor “espacio” y resultados que ofrecer a los propios agentes de este campo, y a otros interesados. Un ejemplo de ello es el proyecto de tesis doctoral de Sofía Paláu,⁸ de cuyo “estado de la cuestión” vale la pena reproducir algunos avances.

Paláu realizó una búsqueda de artículos publicados sobre “comunicación masiva” y “medios de comunicación” entre 1996 y 2005 en publicaciones periódicas de alta relevancia académica en cuatro “escalas” geográficas: “Internacional” (*Media, Culture & Society* y *European Journal of Communication*), “Estados Unidos” (*Journal of Communication* y *Communication Research*), “América Latina” (*Diálogos de la Comunicación*) y “México” (*Anuario de Investigación de la Comunicación* del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, CONEICC, y los libros colectivos anuales de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, AMIC). Detectó un total de 1,110 artículos, que clasificó según los “recortes” de sus objetos de estudio en dos ejes: desde las instancias de producción / transmisión, construcción simbólica o recepción / apropiación de formas simbólicas (Thompson, 1998: 440-442), y desde las dimensiones de análisis: económica, política o cultural (Downing *et al*, 2004: 311-324).

8 Proyecto con el título tentativo de “La relación medios de comunicación-Estado: un acercamiento sociocultural a los agentes, prácticas y redes de producción de conocimiento en México”, realizado en el Doctorado en Estudios Científico-Sociales del ITESO a partir de agosto de 2004.

Cuadro 2. Artículos de investigación mexicana publicados por el CONEICC y la AMIC (1995–2005) en sus anuarios, según las instancias y dimensiones estudiadas

	Producción / transmisión	Construcción simbólica	Recepción / apropiación	Tres instancias	Total
Económica	8.6%	0.5%	3.4%	0.5%	13.0%
Política	26.7%	3.4%	5.2%	0.5%	35.8%
Cultural	7.8%	16.5%	16.6%	5.7%	46.6%
Tres dimensiones	0.5%	0.5%	1.7%	1.9%	4.6%
Total	43.6%	20.9%	26.9%	8.6%	100%

N = 152. Fuente: Paláu Cardona (2006).

Sobre ambos ejes, tomó cuenta también de los artículos que perseguían integrar las tres instancias o las tres dimensiones. Los resultados de este primer análisis de las publicaciones mexicanas se muestran en el cuadro 2.

Como se puede ver, en esta muestra de artículos la dimensión cultural es la más atendida, y la instancia de producción / transmisión la investigada con mayor frecuencia. Llama la atención el escaso número de trabajos que buscan integrar las tres instancias o las tres dimensiones en una misma investigación, pero también que el número más alto de productos se encuentra en la intersección entre la dimensión política y la instancia de la producción. Después de concentrar el análisis en la elaboración de un “mapa de los objetos de investigación y sus referentes teóricos y metodológicos” con mucho mayor detalle,⁹ Paláu sintetiza en los siguientes puntos sus principales hallazgos en este ejercicio:

- Los estudios de medios de comunicación en México, en los últimos años, se caracterizan por un gran interés en atender a las condiciones y

⁹ Por ejemplo, quiénes son los autores más frecuentemente citados como soporte de los estudios centrados en la dimensión política de los medios: Jürgen Habermas (7), Niklas Luhmann (6), Manuel Castells (5), John B. Thompson (4), Giovanni Sartori (4), Dominique Wolton (3), Elizabeth Noelle-Newman (3), Marshall McLuhan (2), Manuel Martín Serrano (2), Maxwell McCombs (2) (Paláu Cardona, 2006: 19).

transformaciones del ámbito sociopolítico mexicano y el papel que los medios masivos de comunicación han tomado en estos procesos.

- Son pocos los trabajos que, explícitamente, buscan integrar las tres dimensiones (económica, política y cultural) y las tres instancias (procesos de producción, mensajes y recepción) del proceso de la comunicación;
- La mayor parte de los estudios de medios de comunicación, que abordan las dimensiones económica y política, lo hacen desde tres enfoques teóricos, a saber: Comunicación Política, Economía Política de los Medios y *Agenda Setting*.
- Aunque existe concordancia respecto de los enfoques teóricos relevantes para el estudio de los medios de comunicación, hay una gran dispersión en términos de los conceptos rectores y los autores de referencia de las investigaciones que se realizan. Es decir, no existen líneas o ejes teórico-conceptuales claros que orienten los estudios de medios en sus dimensiones política y económica.
- En los últimos años es prácticamente inexistente la investigación empírica referida a los medios de comunicación en general. La investigación empírica que se ha realizado está referida siempre a uno o dos medios en particular. Los artículos publicados que hacen referencia al conjunto de medios masivos de comunicación son ensayos teóricos o ensayos políticos. Esto me lleva a pensar que es necesario construir un modelo teórico que fundamente un posible acercamiento empírico a los sistemas de medios masivos de comunicación.
- Existe una importante laguna en términos de contar con una metodología adecuada para el acercamiento empírico a los medios masivos de comunicación. Se requiere un modelo metodológico que permita un mejor acercamiento.
- Una línea del debate académico, entre los estudiosos de los medios, es la consideración de la configuración estatal en la que operan los medios, es decir, construir acercamientos teórico-metodológicos que tomen en cuenta las condiciones sociohistóricas particulares en las que los medios masivos operan (Paláu Cardona, 2007).

Es difícil elaborar “conclusiones” sobre la base de datos analizados de manera incipiente. Los proyectos en proceso citados en esta sección tienen solamente la intención de apuntar hacia algunas “claves” sugeridas para continuar la tarea colectiva de reconocer e impulsar, de forma sistemática, los avances mexicanos en la producción de conocimiento científico sobre las múltiples y complejas relaciones entre la comunicación, los medios y la democracia. Pueden quedar claras, al menos, tres de esas claves:

- La urgencia de profundizar los debates éticos y epistemológicos sobre las implicaciones de los modelos teóricos disponibles (normativos y empíricos) para el estudio de la “sociedad mediática”, condición que se comparte con investigadores de otras latitudes.
- La necesidad de superar el aislamiento de los estudios de la comunicación en el marco (¿interdisciplinario?) de las ciencias sociales mexicanas, tarea para la cual parece haber recursos y justificaciones (aunque no es claro si disposiciones) suficientes.
- La conveniencia de aprovechar los análisis autorreflexivos del campo académico para reconocer (y potenciar) sus posibilidades.

Estas tres claves son propiamente académicas, y pueden contribuir desde esta especificidad a una tarea más amplia: democratizar la democracia mexicana.

Apropiaciones y proyecciones de *De los medios a las mediaciones* en el campo académico de la comunicación. Una revisión de su impacto, 20 años después*

En *El nombre de la rosa*, Umberto Eco (1982) hace decir a su personaje Guillermo de Baskerville una frase irresistiblemente citable: “El bien de un libro consiste en ser leído. Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos, que a su vez hablan de las cosas. Sin unos ojos que lo lean, un libro contiene signos que no producen conceptos y por tanto es mudo”.

Veinte años después de su publicación, *De los medios a las mediaciones* está muy lejos de ser un libro mudo. Muchos investigadores en diversos países han puesto sus ojos en múltiples lecturas y apropiaciones, en la actualización de un proceso que fue incorporado por el propio Jesús Martín Barbero en el texto al explicitar el sentido de las reformulaciones ahí propuestas:

Se abre así el debate a un horizonte de problemas nuevo en el que lo redefinido es tanto el sentido de la cultura como el de la política, y en el que la problemática de la comunicación entra no solamente a título temático y cuantitativo —los enormes intereses económicos que mueven las empresas de comunicación—, sino cualitativo: en la redefinición de la cultura es clave la comprensión de su naturaleza comunicativa. Esto es, su carácter productor de significaciones y no de mera circulación de informaciones y, por tanto, en que el receptor no es un mero decodifica-

* Artículo publicado en Fuentes Navarro (2007b).

dor de lo que en el mensaje puso el emisor, sino un productor también (Martín Barbero, 1987: 228).

Por supuesto este libro es algo más que un “medio” y su contenido algo más que una propuesta conceptual. También, es perceptible con mayor claridad ahora que hace 20 años, una apuesta y una postura del autor en un campo que, no por desarticulado y científicamente inmaduro como el de la comunicación, es menos polémico e intelectualmente complejo que otros, entre las ciencias sociales y las humanidades. En respuesta a la reseña de Néstor García Canclini, en 1988, Jesús Martín coincide en que:

De los medios a las mediaciones es un libro que puede confundir a los bibliotecarios, y sin embargo es un libro escrito *desde* un campo —el de los estudios de comunicación— que trata de minar para abrirlo, pero es en tensión con los propios linderos de ese campo como se dibujan ciertas cuestiones que en el libro resultan sólo “abiertas”. Lecturas como la tuya nos indican justamente los lugares de cruce y articulación con otros campos, es decir los frentes a trabajar conjuntamente (Martín Barbero, 1988a: 113).

Este artículo trata de aportar algunos indicios sistemáticos del impacto que esta obra ha tenido en el campo de los estudios de comunicación en México, más en específico en la instancia primordial de su *reproducción* como una especialidad *postdisciplinaria* de investigación (Fuentes Navarro, 2003c): los programas de posgrado. Se trata con ello de rendir homenaje a la trayectoria de un libro y de su autor, en ocasión del vigésimo aniversario de la publicación de *De los medios a las mediaciones*, no por casualidad en México. Pero también, y quizá prioritariamente, se trata de continuar e impulsar una reflexión colectiva sobre las “cuestiones abiertas” en el campo, con base en datos empíricos y no solo en opiniones o lugares comunes.

Un breve e incómodo pero necesario relato personal

En mayo de 1987, durante una reunión en la ciudad de México de los asesores del proyecto “Formación de recursos humanos en Comunicación para el desarrollo” de la Universidad Iberoamericana (UIA) y la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM–Xochimilco) con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), en que participamos ambos, Jesús Martín Barbero recibió un paquete con los primeros ejemplares de *De los medios a las mediaciones* de parte de la editorial Gustavo Gili, uno de los cuales conservo con una dedicatoria personal. Entonces prometí leerlo y reseñarlo “para seguir buscando y compartiendo”. Esa lectura comprometida del libro me consumió un año completo, y me hizo envidiar a Rosa María Alfaro y a Néstor García Canclini, que publicaron reseñas casi simultáneas a la aparición del libro, ambos en *Diálogos de la Comunicación* (números 18 y 19, respectivamente). Por fin, logré completar un texto crítico, titulado “Pensar la comunicación desde la cultura”, que publiqué tanto en México como en Colombia (Fuentes Navarro, 1988b y 1989), y que terminaba con un señalamiento no solo de “respetuoso reconocimiento sino de advertencia”:

Es un rasgo generalizado de la cultura académica latinoamericana la adopción, sin discusión, de las “últimas novedades” puestas en circulación, sobre todo si provienen de autores prestigiados, cuyas propuestas por ello tienden a convertirse, —por un tiempo, mientras llega la siguiente “solución”—, en verdades míticas, es decir, tan incuestionables como reduccionistas. Seguramente Jesús Martín es el primer interesado en que su libro sea sometido a lecturas críticas y suscite discusiones, no más mitos que los muchos que ya entorpecen el de por sí difícil proceso de pensar la comunicación desde la cultura (Fuentes Navarro, 1989: 127).

Es claro, a la distancia, que con diversos matices esa ha sido una postura sostenida por muchos investigadores latinoamericanos —probablemente sobre

todo mexicanos— de la comunicación. Y me consta en lo personal que es una preocupación compartida por Jesús Martín Barbero, con quien a partir de entonces he tenido múltiples oportunidades adicionales de convivir.

La bibliometría como recurso para apreciar el impacto de una obra

Este trabajo tiene un antecedente directo y un contexto amplio. Hace diez años, para contribuir a la realización de “un balance de los aportes de *De los medios a las mediaciones* al debate sobre el campo de la comunicación y la cultura [...] y analizar las perspectivas de esos aportes, la vigencia de los planteamientos neurales de la obra y del pensamiento de Martín Barbero”,¹ decidí optar por un análisis de circulación y de difusión que parte de algunos postulados de la sociología de la ciencia y de la teoría de la comunicación, y de técnicas estadísticas como la bibliometría o el análisis de citas, enfoques de investigación que, sin ser nuevos, han sido muy poco utilizados por los estudiosos de la comunicación en América Latina, y que para mis trabajos sobre el campo académico han sido especialmente útiles, siempre en combinación con otros métodos, más bien interpretativos.

En aquella ocasión, el análisis se realizó mediante un rastreo de los artículos que citan a *De los medios a las mediaciones*, entre los publicados en 13 de las revistas académicas de comunicación más importantes de América Latina entre 1987 y 1997.² Sin pretenderse una cifra “redonda”, se localizaron 100 textos, de los cuales seis son reseñas de la obra, una entrevista y 93

- 1 Convocatoria al Coloquio Internacional *De los medios a las mediaciones*, diez años después. Balances y perspectivas, Universidad Central, Santafé de Bogotá, Colombia, 4 y 5 de diciembre de 1997. Las contribuciones a ese coloquio fueron publicadas al año siguiente en un libro coordinado por María Cristina Laverde y Rossana Reguillo (1998), donde por supuesto está también incluido el propio Jesús Martín (1998b).
- 2 Se revisaron las colecciones de cuatro revistas académicas editadas en México (*Comunicación y Sociedad*, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, y *Versión*, *Estudios de Comunicación y Política*); dos en Brasil (*Comunicação e Sociedade* e *Intercom*, *Revista Brasileira de Comunicação*); dos en Argentina (*Oficios Terrestres y Causas y Azares*); dos en Perú (*Diá-logos de la Comunicación y Contratexto*); una en Ecuador (*Chasqui*); una en Venezuela (*Comunicación, estudios venezolanos de comunicación*), y una en Colombia (*Signo y Pensamiento*) (Fuentes Navarro, 1998b).

ensayos o informes de investigación, escritos por 66 autores, de muy diversas nacionalidades, 40 hombres y 26 mujeres.

El dato más interesante que resultó del análisis realizado sobre aquel corpus es la distribución de los artículos según su temática, pues es en el enfoque y tratamiento de los temas–objeto de estudio en donde puede apreciarse la influencia de una obra de referencia múltiple como *De los medios a las mediaciones*. A pesar de la dificultad de clasificar temas de investigación en el campo de la comunicación, llama la atención, por un lado, la gran diversidad de dimensiones y objetos socioculturales a que se asocia el libro en informes de investigación o ensayos y, por otro, la relativamente alta proporción de artículos que refieren más bien a reflexiones y propuestas teórico–metodológicas o a la constitución del propio campo de estudios de la comunicación (Fuentes Navarro, 1998b: 187–188).

Para realizar aquel análisis se indujeron 25 categorías temáticas de 90 artículos, pues se eliminaron los seis que reseñan el libro, la entrevista a Jesús Martín y tres republicaciones de un texto ya considerado. A cada artículo se le asignó una o dos categorías temáticas, tratando de respetar al máximo la referencia y adscripción específicas de cada artículo, de donde resultaron 164 temas–objeto.

Luego, se agruparon las 25 categorías en tres grupos relativamente homogéneos: uno que contiene los enfoques temáticos más tradicionalmente reconocidos como “comunicacionales”, alrededor de los medios, los procesos y los géneros; otro que contiene los enfoques temáticos comúnmente abordados por otras ciencias sociales, que podríamos llamar “estudios socioculturales”; y finalmente, un tercer grupo de artículos que pueden denominarse “reflexiones metacomunicacionales”, en que incluimos tanto los que se refieren a los sistemas y recursos teórico–metodológicos como los que analizan o proyectan características del propio campo académico. Es precisamente este tercer grupo de temas–objeto el que resultó más frecuentemente abordado en los artículos de nuestra muestra (Fuentes Navarro, 1998b: 188).

Cuadro 1. Distribución de referencias temáticas en artículos que citan a *De los medios a las mediaciones* en revistas latinoamericanas de comunicación (1987–1997)

Temas–objeto	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	Total
“Comunicacionales” [*]		5	2	3	11	7	3	10	5	8	1	55
“Socioculturales” ^{**}		2	2	1	4	7	3	12	5	9	2	47
“Metacomunicacionales” ^{***}		5	1	7	8	18	3	3	3	8	6	62

* Incluye: *televisión* (15), *radio* (6), *cine* (1), *revistas* (2), *nuevas tecnologías* (3), *recepción* (8), *comunicación educativa* (1), *comunicación y cultura popular* (9), *radio y telenovelas* (8), *rock* (1) y *publicidad* (1).

** Incluye: *política* (7), *globalización* (2), *movimientos sociales* (2), *cultura política* (11), *cultura urbana* (9), *culturas juveniles* (3), *culturas familiares* (2), *identidades* (10) y *políticas culturales* (1).

*** Incluye: *metodología* (11), *teoría* (17), *ética y filosofía* (4), *campo académico* (12) e *investigación latinoamericana* (18).

Fuente: Fuentes Navarro (1998b: 188).

En el cuadro 1 se detalla la distribución de las referencias temáticas por grupo y año de publicación de los artículos.

Esta distribución por grupos de temas–objeto nos proporciona ya indicadores relevantes para el análisis de la influencia del libro entre los investigadores latinoamericanos. Uno de estos indicadores tiene que ver con lo que parecen ser tres “usos” de la referencia a la obra de Jesús Martín, relativamente balanceados, en estudios sobre los medios, en estudios que van “más allá de los medios”, y en estudios sobre los estudios de la comunicación y la cultura. En el tiempo, los primeros se mantienen relativamente constantes, mientras que hay el doble de los segundos en el último lustro que entre la aparición del libro y 1992 e, inversamente, apenas poco más de la mitad de los terceros entre 1992 y 1997 que los que hubo entre 1988 y 1992. Esos datos podrían servir como base a una hipótesis interesante: que las lecturas del libro por investigadores latinoamericanos han ido siendo asimiladas con cierta constancia a la investigación más tradicional de los medios de difusión, mientras que va creciendo su inserción en los estudios que, por un lado pueden considerarse “intersecciones” con otras disciplinas, y por otro

concreciones emergentes de un modelo sociocultural de investigación de la comunicación (Fuentes Navarro: 1998b: 188–189).

Esta “hipótesis” que surgió de los datos construidos en aquel análisis, pudo especificarse un poco más y conviene referir al mismo texto donde se presentaron tales resultados e interpretaciones, pues contiene algunas “pistas” que seguir en el análisis de otro corpus documental más reciente.

Dentro del primer grupo, la televisión es tema–objeto de análisis en 15 de los artículos que tienen a *De los medios a las mediaciones* entre sus fuentes, la comunicación y la cultura populares en nueve, y los procesos de recepción de mensajes y las radio y telenovelas en ocho cada uno. En el segundo grupo, los temas–objeto más frecuentes son la cultura política en once artículos, las identidades culturales en diez, y la cultura urbana en nueve. Por supuesto, en muchos de los trabajos estos temas están articulados, de manera que los ejes de análisis de las relaciones entre sujetos, medios y estructuras sociales —mucho más las políticas que las económicas— siguen los movimientos de las matrices culturales y las luchas por la hegemonía en los escenarios públicos latinoamericanos.

Pero el hecho de que el grupo de referencias temáticas que hemos llamado “metacomunicacionales” represente el 38% de las contenidas en los artículos que citan *De los medios a las mediaciones*, es un indicador más elocuente aún de la influencia del texto, considerando que los análisis del campo académico y las reflexiones teórico–metodológicas no son tan frecuentes en las publicaciones latinoamericanas. La hipótesis que se puede formular aquí es que en este tipo de trabajos la referencia al libro de Martín Barbero se ha hecho casi imprescindible en América Latina, lo cual es perfectamente consistente con el carácter de la obra, el tratamiento de los temas que articula y rearticula, y su propósito explícito de aportar al debate latinoamericano sobre la comunicación y la cultura, al mismo tiempo teórica y metateóricamente. Por ello conviene desglosar, aún más, este grupo temático, como se hace en el cuadro número [2].

Cuadro 2. Distribución de referencias temáticas “metacomunicacionales” en artículos que citan a *De los medios a las mediaciones* en revistas latinoamericanas de comunicación (1987–1997)

Temas–objeto	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	Total
Metodologías de investigación		1		1	4	2		1	1	1		11
Teoría de la comunicación		2	1	3	1	3	2			3	2	17
Campo académico de la comunicación					1	6		2		2	1	12
Investigación latinoamericana		1		3	2	5	1		1	2	3	18
Ética y filosofía de la comunicación		1				2			1			4

Fuente: Fuentes Navarro (1998b: 190).

La tendencia evidenciada por los datos, en el sentido de que los debates sobre la configuración científica y social de los estudios sobre la comunicación y la cultura en América Latina no sólo han incorporado centralmente los aportes de Martín Barbero, sino que en buena medida han sido estimulados por él y su obra, permite concluir este análisis con una apreciación, basada en datos empíricos, de la proyección futura, es decir, de la influencia perdurable —más allá de la primera década— de *De los medios a las mediaciones* en el campo de la investigación académica de la comunicación y la cultura (Fuentes Navarro, 1998b: 189).

Aquel análisis, presentado con el título “Un libro cargado de futuro”, dejó estas “hipótesis” formuladas, aunque no exploradas con mayor detalle, sobre el impacto de *De los medios a las mediaciones* en la investigación latinoamericana y una “proyección” que ahora conviene retomar, desde otro ángulo:

[el de] el debate y apropiación de sus aportes en una comunidad académica cada vez más madura y comprometida con su entorno [que era —y es— esperable que se extendiera también a otras esferas del campo]

especialmente la de los ejercicios profesionales de la comunicación y la de su enseñanza universitaria, cuya desvinculación de las actividades de investigación ha llegado a alcanzar, en ocasiones, grados alarmantes (Fuentes Navarro, 1998b: 191–192).

La presencia de la obra y el autor en la formación de investigadores mexicanos

Una vez recuperados los antecedentes del análisis bibliométrico realizado en ocasión del décimo aniversario de la publicación de *De los medios a las mediaciones*, puede exponerse el resultado de una exploración preliminar de datos acumulados a partir de las bibliografías citadas en tesis mexicanas de posgrado en comunicación. Estos datos provienen de una investigación en proceso, que tiene el objetivo de analizar de manera comparativa “la constitución de redes científicas y núcleos de especialización, mediante la identificación de convergencias temático–referenciales y teórico–metodológicas en las tesis de posgrado, en el contexto de los procesos de institucionalización, profesionalización y legitimación del campo académico de la Comunicación en México y en Brasil” (Fuentes Navarro, 2004a).³ Si bien no es posible todavía comparar los indicios del impacto de la obra de Martín Barbero en ambos países (pues el material brasileño no está sistematizado aún), puede ser suficientemente interesante adelantar el análisis con respecto a los posgrados mexicanos.

Los programas de posgrado (maestría y doctorado) son sin duda instancias privilegiadas de reproducción y especialización de los campos

3 Este proyecto, titulado “La constitución científica del campo académico de la Comunicación en México y en Brasil: análisis comparativo”, tiene un plazo de realización de tres años (2005–2008) y apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) (47377 H). Por la parte mexicana, incluye el análisis de las tesis de maestría en comunicación y de doctorado con esa temática de cinco universidades: la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Universidad Iberoamericana (UIA), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y la Universidad de Guadalajara, presentadas entre 1996 y 2005. El criterio de selección de los programas de posgrado se basó sobre todo en la pertenencia actual al Padrón Nacional de Posgrado de la Secretaría de Educación Pública (SEP)–CONACYT.

académicos, mediante la “profesionalización avanzada” que imparten. Sin embargo, sus condiciones de desarrollo y su producción académica son muy poco conocidas, al menos en México y para el caso de la comunicación. Se ha decidido centrar el análisis en las tesis, a partir del supuesto de que, por su propio carácter, en ellas se explicitan las fuentes bibliográficas y los procedimientos metódicos de una manera más rigurosa que en otros productos de la investigación académica. Se busca sobre todo observar las correspondencias que pueda haber entre la definición institucional de especialidades de investigación y la referencia a “cuerpos” de conocimiento objetivados bibliográficamente (y a través de esta objetivación, a distinciones epistemológicas, teóricas y metodológicas), así como a los propósitos de la formación de posgraduados.

A mayo de 2007, se había sistematizado la información proveniente de 359 tesis (325 de maestría y 34 de doctorado),⁴ presentadas en las universidades mexicanas seleccionadas, entre 1996 y 2005. La distribución por año e institución de este corpus se presenta en el cuadro 3.

En las bibliografías de las 359 tesis incluidas en este corpus se acumulan casi 30,000 referencias, para un promedio de 230 en tesis de doctorado y 81 en tesis de maestría. Hay que hacer notar que en el procedimiento seguido para elaborar las bases de datos de las referencias bibliográficas de las tesis se detectaron, en prácticamente la totalidad de ellas, deficiencias de leves a medianas en cuanto a la corrección y consistencia de los sistemas de referencias (si bien predominan “versiones” aproximadas al sistema de la American Psychological Association, APA, o al de Harvard), y se sospecha, aunque no se verificó, que en el cuerpo de las tesis se citan textos cuya referencia no se anota en la bibliografía.

El procedimiento seguido para la captura de la información es el siguiente: las secciones de “Bibliografía” de todas las tesis fueron capturadas en archivos digitales (sea a partir de la digitalización de los ejemplares disponibles en

⁴ Este corpus es todavía parcial, aunque suficientemente representativo, pues incluye para cada institución y nivel al menos 70% del total de las tesis presentadas en el periodo. El resto sigue tratándose de conseguir, con la colaboración de los coordinadores de los programas.

**Cuadro 3. Tesis de posgrado en comunicación
presentadas en México (1996–2005), por nivel, institución y año**

Año	Doctorado*	Maestría				
		UNAM	UDEG**	UIA	ITESO***	ITESM
1996	2	6		4		1
1997		6		6	1	6
1998	2	11	3	11		7
1999		8		9	2	10
2000	2	9	1	11		13
2001	4	9	3	1		12
2002	1	10	7	2	2	7
2003	5	9	10	10	7	7
2004	10	18	14	9	10	12
2005	8	20	3	3	8	7
Total (359)	34	106	41	65	30	83
				325		

* Incluye 6 tesis de *Doctorado en Ciencias de la Comunicación*, 6 en *Ciencia Política*, 2 en *Sociología* y 2 en *Estudios Latinoamericanos* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, más 1 de *Doctorado en Historia* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) (subtotal = 17). También 9 tesis de *Doctorado en Ciencias Sociales* de la Universidad de Guadalajara—Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) Occidente, y 4 del *Doctorado en Educación* de la Universidad de Guadalajara (UDEG) (subtotal = 13). El resto provienen del *Doctorado en Ciencias Sociales* de la Universidad de Colima (2), el *Doctorado en Ciencias Antropológicas* de la Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco (UAM—Azcapotzalco) (1) y el *Doctorado en Ciencias de la Educación* de la Universidad Iberoamericana Noroeste (UIA—Noroeste) (1).

** Incluye 14 tesis de *Maestría en Ciencias Sociales con especialidad en Comunicación Social* y 27 de *Maestría en Comunicación* (programa abierto en 1998).

*** Incluye 4 tesis de *Maestría en Comunicación* (primera etapa del programa) y 26 de *Maestría en Comunicación (con especialidad en difusión) de la Ciencia y la Cultura* (programa vigente a partir de 1998).

Fuente: elaboración propia.

papel o de la conversión de archivos digitales), uno por cada tesis. Todas las referencias de todos los archivos así obtenidos se reformataron, de manera que cada referencia quedara dividida en cuatro “campos”: autor y fecha; título; medio de publicación (revista, libro, sitio *web*), y lugar de publicación y editorial (con los ajustes necesarios, dentro de esos cuatro campos, para los distintos tipos de documentos referidos). Las tablas así formadas fueron transferidas a hojas de MS Excel, donde se agregó un quinto “campo”: clave de identificación de la tesis de donde provenía cada referencia.

Luego, todas las referencias fueron integradas en una sola tabla (hoja de cálculo) por institución y otra general, donde se homogeneizaron las referencias en cuanto a sus datos (por ejemplo, la fecha de la edición más antigua de un libro o el nombre completo del autor) y se obtuvieron de ese modo las frecuencias de aparición de cada referencia, sin perder la identificación de las tesis individuales. Solo se eliminaron en este paso las referencias a fuentes no-secundarias que algunas tesis contenían (incorrectamente, por ejemplo, a entrevistas u otras fuentes primarias de información).

Por último, se clasificaron las referencias según el formato de publicación, en siete modalidades: libros, capítulos, artículos académicos, tesis, documentos impresos y electrónicos, materiales periodísticos y ponencias o conferencias académicas. También se identificaron, por su origen, las referencias en tres grupos: mexicanas, iberoamericanas y “extranjeras”. Con esta información se elaboró un “perfil de referencias” para cada una de las instituciones, y uno combinado, a partir de las referencias presentes en las tesis. De estos primeros resultados se informará en otro momento.

No es sorpresa que las referencias a diversas publicaciones (e incluso a muchas intervenciones inéditas, de las que aquí no se da cuenta) de Jesús Martín Barbero se encuentren entre las que tienen mayores frecuencias en las tesis mexicanas analizadas. En los tres formatos principales, se encontraron 245 citas a 15 libros (137 citas), 29 capítulos (51 citas) y 32 artículos (57 citas). Por supuesto, *De los medios a las mediaciones* es la obra más citada de este autor: se encuentra referida en 62 tesis (17% del corpus), de todas las instituciones incluidas. Otros dos libros de Martín Barbero alcanzan más de 20 citas en las tesis: *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista* (1989) y *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (con Germán Rey, 1999).

Para contextualizar estas cifras, puede mencionarse que el total de libros citados en las 359 tesis es de poco más de 9,000, la gran mayoría de ellos referidos una sola vez. Apenas alrededor de 150 de estos libros aparecen en la bibliografía de diez o más tesis. Y solo 13 de ellos, los enlistados en el cuadro 4, alcanzan frecuencias mayores a 36, es decir, están presentes en al menos

Cuadro 4. Libros citados con mayor frecuencia (> 10%) en tesis de posgrado en comunicación presentadas en México (1996–2005)

Obra citada	Doctorado		Maestría				Total
		UNAM	UDEG	UIA	ITESO	ITESM	
Thompson, John B. (1993): <i>Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas</i> (México: UAM-Xochimilco).	10	26	19	8	8	2	73
Martín Barbero, Jesús (1987): <i>De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía</i> (México / Barcelona: Gustavo Gili; Bogotá: Convenio Andrés Bello).	13	17	6	14	7	5	62
Castells, Manuel (1999): <i>La era de la información. Economía, sociedad y cultura</i> (3 volúmenes) (Madrid: Alianza; México: Siglo XXI).	11	15	11	3	8	3	51
Berger, Peter y Thomas Luckmann (1967): <i>La construcción social de la realidad</i> (Buenos Aires: Amorrortu).	10	11	20	4	5		50
Wolf, Mauro (1985): <i>La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas</i> (Barcelona: Paidós Instrumentos).	4	24	7	11	1	3	50
Geertz, Clifford (1987): <i>La interpretación de las culturas</i> (Barcelona: Gedisa).	9	9	12	7	4		41
Taylor, Steve J. y R. Bogdan (1986): <i>Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados</i> (Barcelona: Paidós).	3	7	13	6	4	8	41
Thompson, John B. (1998): <i>Los media y la modernidad: Una teoría de los medios de comunicación</i> (Barcelona: Paidós Comunicación).	7	7	9	1	15	2	41
Lozano Rendón, José Carlos (1996): <i>Teoría e investigación de la comunicación de masas</i> (México: Alhambra).	5	5	2	8	1	19	40
Bourdieu, Pierre (1990): <i>Sociología y cultura</i> (México: CONACULTA / Grijalbo: Los noventa).	10	5	10	10	2	1	38
García Canclini, Néstor (1990): <i>Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad</i> (México: conaculta / Grijalbo: Los noventa).	5	8	9	6	7	2	37
Giddens, Anthony (1995): <i>La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración</i> (Buenos Aires: Amorrortu).	8	9	12	3	5		37
Habermas, Jürgen (1989): <i>Teoría de la acción comunicativa</i> (2 tomos) (Buenos Aires: Taurus).	10	10	6	5	5		36

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 5. Distribución por año de tesis de posgrado presentadas en México (1996–2005) que citan a *De los medios a las mediaciones*

	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	Total
Tesis con citas a la obra	3	4	6	5	6	2	4	13	10	9	62
Porcentaje del total de las tesis por año	23	21	18	17	17	7	14	27	14	18	17

Fuente: elaboración propia.

10% de las tesis. *De los medios a las mediaciones* ocupa el segundo lugar.

Ahora bien, el hecho de ser una obra publicada originalmente en español (y que ha sido traducida al inglés, portugués y francés, en un trayecto poco frecuente de la producción académica latinoamericana), de autor “iberoamericano”, de quien además se citan varias veces también otros textos, en medio de una bibliografía compuesta en su mayoría por traducciones al español de obras publicadas inicialmente en otros idiomas, califica en especial la frecuencia de citas encontrada en las tesis de posgrado analizadas. *De los medios a las mediaciones* es citado en 13 de las 34 tesis de doctorado incluidas en el corpus (38%) y en 49 tesis de maestría (15%). Un primer acercamiento al análisis de este dato es caracterizar esas tesis, según el año de su presentación y según su temática, pues la distribución por universidades está ya expuesta en el cuadro 4.

El cuadro 5 indica que es bastante mayor el número de tesis que citan *De los medios a las mediaciones* en el lustro más reciente (38) comparado con el anterior (24), pero dado que el número de tesis por año es fluctuante, lo que se refleja en la fluctuación del porcentaje de las tesis con referencias a esta obra por año, hay que decir que entre 1996 y 2000, poco más de 18% de las tesis presentadas contiene la cita indicada, mientras que entre 2001 y 2005 el porcentaje desciende a casi 17%, por lo que para la década completa el porcentaje está un poco arriba de este 17%. En otras palabras, puede decirse que, más allá de las fluctuaciones, la presencia del libro de Martín Barbero

Cuadro 6. Distribución por referencias temáticas de tesis de posgrado presentadas en México (1996–2005) que citan a *De los medios a las mediaciones*

Temas–objeto	“Comunicacionales”		“Socioculturales”		“Metacomunicacionales”	
Categorías	televisión	10	culturas juveniles	6	campo académico	4
	comunicación educativa	10	identidades	6	metodología	1
	recepción	8	cultura política	4	investigación	1
	radio	6	cultura urbana	4	latinoamericana	
	nuevas tecnologías*	6	cultura familiar	3		
	cine / vídeo	3	política	3		
	telenovelas	3	políticas culturales	3		
	periodismo**	2				
	revistas	1				
Totales	49		29		6	

* Incluye *Internet*. ** Ausente en Fuentes Navarro (1998b). Fuente: elaboración propia.

en las bibliografías de las tesis es muy constante, en más de una de cada seis de ellas, durante la segunda década a partir de su publicación.

Por último, cabe explorar la distribución temática de las 62 tesis que citan a *De los medios a las mediaciones*. Para ello se replican el procedimiento y el sistema de categorías utilizados en el análisis de artículos latinoamericanos referido antes (Fuentes Navarro, 1998b). Los resultados se muestran en el cuadro 6.

Es evidente que hay diferencias radicales en la distribución por temas–objeto en el corpus de las tesis mexicanas de posgrado con respecto a los artículos de revistas latinoamericanas analizadas una década atrás.⁵ En este análisis predominan con mucho los temas “comunicacionales” (58%) sobre los “socioculturales” (35%) y los “metacomunicacionales” (7%). Entre las razones de estas diferencias de distribución, además del tiempo y el recorte geográfico, están los diversos formatos de producción académica y el rol de los autores. Además, habría que señalar que, además de *De los medios a las mediaciones*, en las tesis se citan muchos libros, capítulos y artículos (e incluso

⁵ Es necesario reiterar que se aplicaron los mismos procedimientos y categorías en ambos casos, incluyendo la asignación de dos categorías temáticas a 22 de las 62 tesis.

conferencias) de Jesús Martín Barbero, publicados en su mayoría en fechas más recientes. Como se había señalado atrás, las 62 referencias al libro son apenas una cuarta parte de las citas a obras del autor.

De lo que no puede caber duda es de la permanencia referencial de *De los medios a las mediaciones* dos décadas después de haber sido publicado, así como el incremento a la presencia del autor entre las principales fuentes de referencia para el desarrollo de ese tipo especial de investigación de la comunicación que está asociado a la formación de nuevos investigadores, bajo la dirección de otros más experimentados y reconocidos, en los programas de posgrado.⁶ Este acercamiento preliminar deberá ser continuado, extendido y profundizado, para documentar, de la mejor manera posible, la interpretación de los factores que comportan el futuro del campo académico de la comunicación. Es una manera de asumir que, en palabras de Martín Barbero,

[...] *investigar la comunicación* se ha convertido en un “lugar” estratégico de reimaginación del sentido y el alcance del *pensar crítico* tanto en su relación epistemológica como en su inserción política en nuestras sociedades.

Pues no es sólo la velocidad de los cambios tecnológicos la que nos mueve constantemente el terreno en que se apoyan nuestras certezas y búsquedas teóricas, es también mucho de lo que, en la incertidumbre que acarrea la mutación de época que experimentamos, pasa por el des-ordenamiento cultural y el desmoronamiento moral que produce la *racionalidad co-*

6 Si bien, como se ha señalado atrás, la sistematización de las tesis brasileñas no permite aún una comparación con las mexicanas, un estudio recientemente concluido (Romancini, 2006) aporta datos confluente. En las tesis y disertaciones presentadas en 2004 en 18 universidades brasileñas, Jesús Martín Barbero es el autor iberoamericano más citado (183 citas), por encima de cualquier autor brasileño, y solo superado en este sentido por autores europeos: Edgar Morin, Pierre Lévy, Roland Barthes, Umberto Eco, Pierre Bourdieu y Michel Foucault. Es interesante también que las citas a Martín Barbero se encuentren en cinco de las seis “subáreas” del campo de la comunicación: ciberculturas y tecnologías de la comunicación; comunicación audiovisual; periodismo; mediaciones e interfaces comunicacionales, y teorías de la comunicación. La única “subárea” donde no aparece de forma destacada es en comunicación organizacional (Romancini, 2006: 245 y 257).

municacional en su mediar estructuralmente el devenir mercado de lo social. Todo ello hace evidente la imposibilidad de tomar en serio los desafíos que implica hoy *investigar la comunicación* por fuera de vivas y arriesgadas comunidades de investigadores capaces de articular, contra el inmediatismo y la prisa de “lo actual”, memorias largas e imaginación creativa (Martín Barbero, 2002: 455–456).⁷

7 Retomado del prólogo a Orozco Gómez (2000).

Fuentes bibliográficas de la investigación académica en los posgrados de comunicación en Brasil y en México: un acercamiento al análisis comparativo*

La *metainvestigación*¹ de los estudios de comunicación se ha ido convirtiendo en los últimos años en una especialidad indispensable para el reconocimiento de los procesos de institucionalización, profesionalización y legitimación de esta área académica, y para el aporte de “mapas” heurísticos que faciliten a los agentes responsables de su conducción y desarrollo la interpretación crítica de los factores que la determinan. En casi todos los países donde se cultivan de manera universitaria los estudios sobre “la comunicación”, se pueden encontrar proyectos de investigación que construyen como su objeto al menos algún aspecto, dimensión o relación de esta estructura académica.

Un buen ejemplo de este creciente interés por satisfacer la necesidad de autoconocimiento es el proyecto “Mapping Communication and Media Research”, del Centro de Investigación de la Comunicación de la Universidad de Helsinki, que en junio de 2007 ha comenzado a publicar sus resultados.²

* Artículo publicado en portugués en Fuentes Navarro (2007c).

1 El término «metainvestigación» remite a la investigación sobre la investigación; pero si se considera que, como toda ciencia social, la investigación de la comunicación está determinada por una “doble hermenéutica” (Giddens, 1984), en tanto que implica una interpretación de interpretaciones, se abre una doble posibilidad: considerar a la metainvestigación como una investigación de tercer grado (interpretación de interpretaciones de interpretaciones) o bien considerar a la investigación de la comunicación como una práctica social de comunicación institucionalizada, equiparable a otras prácticas sociales de comunicación. En ese sentido, la metainvestigación de la comunicación es también investigación de la comunicación y, como en la “semiótica de segundo orden” o semiótica de la ciencia de Klaus Bruhn Jensen (1995) o la “sociología de la sociología” de Pierre Bourdieu (1988), exige el empleo de los mejores recursos de una ciencia en el análisis de ella misma.

2 [<http://www.valt.helsinki.fi/blogs/crc/en/mapping.htm>].

Este proyecto, financiado por la Helsingin Sanomat Foundation, examina los contenidos y tendencias actuales de la investigación de la comunicación y de los medios en siete países: Finlandia, Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón, Estonia y Australia. El objetivo es “mapear” las principales instituciones y organizaciones, los acercamientos y las características nacionales de la investigación de la comunicación y de los medios en cada país. Cada uno de los cinco informes ya publicados completos (sobre Finlandia hay solamente un *abstract* y falta el correspondiente a Australia), está firmado por investigadores finlandeses (Aslama *et al*, 2007; Koivisto y Thomas, 2007; Puustinen, 2007; Salovaara–Moring y Kallas, 2007; Valaskivi, 2007), en algunos casos auxiliados por asociados “locales”, aunque la mayor parte de la información proviene de fuentes secundarias. De esta manera, el punto de vista es homogéneo y está centrado en la experiencia y expectativas de futuro nórdicas.

El panorama que ofrece cada uno —y el conjunto de los informes— sobre las condiciones en que se desarrolla la investigación sobre la comunicación y los medios en los países estudiados, permite reconocer con relativa precisión algunas similitudes y diferencias notables con respecto a los países latinoamericanos, entre los que sin duda las estructuras institucionales más sólidas se encuentran en Brasil y en México. Aunque el análisis de estos rasgos, con base en los informes finlandeses, deberá desarrollarse en otro momento, puede quedar constancia de que el “campo académico” de la comunicación enfrenta, de diversas maneras pero en muchos lugares, una serie de retos, entre los cuales la “fragmentación” ocupa un lugar central. Ante esta preocupación, explícita y generalizada, aunque no documentada y explicada lo suficiente, la “autorreflexión” sistemática y crítica se convierte en una urgencia académica, dado el crecimiento cuantitativo del propio campo y la extensión de la conciencia pública sobre la “comunicación”.

Este artículo se presenta como un *avance* del proyecto de investigación (con características de metainvestigación fundada en una perspectiva sociocultural) formulado y desarrollado por el autor con el objetivo general de

[...] analizar comparativamente la constitución de redes científicas y núcleos de especialización, mediante la identificación de convergencias temático–referenciales y teórico–metodológicas en las tesis de posgrado, en el contexto de los procesos de institucionalización, profesionalización y legitimación del campo académico de la comunicación en México y en Brasil (Fuentes Navarro, 2004a).³

Después de una breve contextualización, se comparan algunos datos sobre los autores citados con mayor frecuencia en las tesis de posgrado en comunicación mexicanas y brasileñas, para al último proponer para la discusión algunas hipótesis sobre los procesos y factores de estructuración del campo académico de la comunicación, en particular en cuanto a la definición de subcampos especializados o la reafirmación de rasgos de fragmentación, desde la práctica (más que desde el discurso) de la investigación académica en las instituciones mexicanas y brasileñas.⁴

Se ha decidido centrar el análisis en las tesis de posgrado,⁵ a partir del supuesto de que en ellas se explicitan las fuentes bibliográficas y los procedimientos metódicos de una manera más rigurosa que en otros productos de la investigación académica, además de que representan la instancia fundamental de objetivación de los procesos de reproducción y renovación de un campo académico. No obstante, la información generada en el análisis

3 Este proyecto, titulado “La constitución científica del campo académico de la comunicación en México y en Brasil: análisis comparativo”, tiene un plazo de realización de tres años (2005–2008) y apoyo del Fondo de Ciencia Básica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) (47377 H). Otros avances, exploratorios y en buena medida descriptivos de este proyecto, han sido publicados en la *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación* (Fuentes Navarro, 2006) y en *Comunicación y Sociedad* (Fuentes Navarro, 2007a).

4 Los datos disponibles más recientes indican que, en junio de 2007, en Brasil hay 27 programas de maestría y 13 de doctorado en Comunicación operando, de los cuales la Coordenação do Aperfeiçoamento de Pessoal de Ensino Superior (CAPES) acredita a 14 maestrías y 13 maestrías / doctorado [<http://servicos.capes.gov.br>]. En 2004, en México había 33 programas de maestría y uno de doctorado en Comunicación [<http://www.anuies.mx>], de los cuales el CONACYT acreditaba solamente a cinco maestrías [<http://www.conacyt.mx>].

5 Es decir, de los productos formales de investigación sustentados para la obtención de los grados académicos de Maestría (Mestrado) y Doctorado (Doutorado) en programas de Comunicación. Desde aquí son necesarias las aclaraciones comparativas entre México y Brasil, pues los productos, que en México se reconocen como “tesis” indistintamente en las maestrías y los doctorados, en Brasil son denominados “teses” de doctorado y “dissertações” de maestría (al contrario de los usos terminológicos anglosajones).

bibliométrico y de citas de las tesis deberá ser “cruzada” con información proveniente de análisis de otras fuentes (libros, revistas, programas) para poder ser debidamente interpretada y contextualizada, sobre todo en la fase comparativa internacional.⁶ Será en especial interesante observar las correspondencias que pueda haber entre la definición institucional de las especialidades de investigación y la referencia a “cuerpos” de conocimiento objetivados bibliográficamente (y a través de esta objetivación, a distinciones epistemológicas, teóricas y metodológicas). De esta manera, de forma hipotética, podrá disponerse de mejores elementos de reconocimiento de las pautas concretas de constitución “disciplinaria” o “transdisciplinaria” de los estudios sobre la comunicación en estos países.

Los autores más frecuentemente citados en las tesis de posgrado

Como parte de su tesis doctoral, Richard Romancini (2006) realizó un análisis de la bibliografía de las tesis y disertaciones presentadas en 18 programas brasileños de posgrado en comunicación⁷ en busca de indicadores del “capital científico” (Bourdieu, 1983) constitutivo del campo académico.⁸ Tomando en cuenta la gran cantidad de estos productos que se han generado en las universidades brasileñas (alrededor de 5,000), y la necesidad de construir

6 En Brasil son distinguibles con claridad los programas de posgrado en Comunicación por su adscripción institucional. En México esto es válido para las maestrías, pero no para los doctorados, pues la formación de este nivel se lleva a cabo en programas más genéricos (Ciencias Sociales, Educación, Ciencias Políticas), que incluyen áreas de especialidad o de “concentración” en Comunicación.

7 Los programas que en esa fecha contaban con la acreditación de la CAPES.

8 Un proyecto comparativo internacional implica el aprovechamiento (y en muchos casos el establecimiento) de redes de colaboración académica de diversos tipos. Años atrás, cuando se gestaba este proyecto, conocí el proyecto de tesis doctoral de Richard Romancini, gracias a su orientadora en la Escola de Comunicações e Artes de la Universidade de São Paulo (ECA-USP), María Immacolata Vassallo de Lopes, colega altamente estimada en lo personal y en lo académico, con quien he encontrado una gran confluencia de intereses de investigación desde hace casi dos décadas. Ahora concluido con éxito, el trabajo de Romancini aporta al proyecto una “contraparte” brasileña muy calificada y compatible analíticamente. Además de otras fuentes primarias y secundarias sobre el campo académico en Brasil, a mediados de 2006 se incorporó al proyecto otro estudiante brasileño de posgrado, Paulo Maia, quien desde Guadalajara contribuye con su tesis de maestría, en proceso, titulada “La reproducción de conocimiento y los objetos de investigación de la Comunicación en Brasil”, al logro de los objetivos planteados.

las bases de datos para estos propósitos, Romancini trabajó con 491 tesis y disertaciones presentadas en 2004 para hacer viable el análisis sin perder representatividad y actualidad.⁹ El total de “citaciones” (obras referidas en la bibliografía) fue de 51,472, con una media de 73.5 para las disertaciones de maestría y de 153.3 para las tesis de doctorado (media general de 99.2) (Romancini, 2006: 233). Como es usual en las ciencias sociales y las humanidades,¹⁰ más de la mitad de las obras referidas son libros: Romancini encontró una media general de 61%, sumando los libros uniautoriales, los multiautoriales y los libros colectivos (editados o compilados).

Llama la atención que, en los cinco periodos temporales considerados en el análisis de citas de Romancini (2006: 238), la proporción de autores nacionales y extranjeros citados fluctúa: en 1977 fue de 43.0 / 57.0; en 1983 de 53.0 / 47.0; en 1990 de 50.9 / 49.1; en 1997 de 40.1 / 59.9, y en 2004 de 48.0 / 52.0. Al no detectarse una tendencia estable en cuanto a la recurrencia preferencial por autores nacionales o extranjeros en las tesis y disertaciones de comunicación, quizá puede especularse (en relación con otros datos) que las tendencias hacia la “internacionalización” del campo se mantienen en tensión con las tendencias hacia la “independencia intelectual”.¹¹ Lo que es indudable es el aumento constante de la producción académica, tanto de la “nacional” como la “extranjera”, en términos absolutos.

9 Aunque para los propósitos de su análisis, Romancini analizó también tesis y disertaciones de los años 1977, 1983, 1990 y 1997.

10 A diferencia de las disciplinas científico-naturales, cuya estructura de citas privilegia los artículos en revistas, en las ciencias sociales y las humanidades los libros son los principales medios de comunicación académica. Los libros, a diferencia de las revistas, tienen un carácter predominantemente transdisciplinario, como lo han demostrado diversos análisis bibliométricos internacionales. Las implicaciones de esta característica están aún por explorarse en los análisis cuantitativos y cualitativos de estos campos académicos (Hicks, 2004: 6–8), así como en las políticas institucionales de evaluación de la “productividad” y el “impacto” científicos.

11 Si bien por el momento no se han encontrado datos concretos para comparar, es notable la mínima presencia de autores “extranjeros” en la investigación de la comunicación realizada en Estados Unidos (sobre todo en décadas pasadas) y en la actualidad en países “centrales” como Francia y Alemania (Koivisto y Thomas, 2007; Puustinen, 2007). Las “barreras” lingüísticas son por supuesto determinantes, y habría que evaluar las políticas de traducción de las editoriales académicas en diversas épocas y países, como se sugiere más adelante. Los datos de Romancini (2006: 236), indican que alrededor de 80% de las obras citadas en Brasil estaban escritas en portugués y los datos mexicanos remiten a una proporción similar para textos en español.

Independientemente de las amplias diferencias evidenciadas por Romancini (2006: 239) en cuanto a la proporción de autores nacionales y extranjeros citados en las tesis y disertaciones según la universidad en que se presentaron,¹² las cifras agregadas a nivel nacional hacen ver una gran mayoría de autores extranjeros entre los más citados. En el cuadro 1 se presentan (reformateados)¹³ los datos generados por Romancini (2006: 244 y 245):

Los comentarios analíticos de Romancini al respecto de sus datos son más bien escuetos, aunque apuntan hacia interpretaciones interesantes, que podrán desarrollarse más en el nivel de la comparación con los datos mexicanos:

La tabla [...] muestra a algunos autores identificados, por su producción científica, con la Comunicación, aunque circunstancialmente no pertenezcan a los posgrados de comunicación. Pero también hay autores de otros campos, como la sociología, destacadamente Ortiz, el más citado entre los autores nacionales; Orlandi, del área de lingüística, la segunda; la filósofa Chauí y el geógrafo Milton Santos. Podrían ser tomados otros ejemplos de esa tabla, pero esos son suficientes para mostrar un aspecto interesante que aparece aquí y que es el diálogo entre disciplinas diversas con la Comunicación [...]

La tabla [...] evidencia un patrón de citas de autores extranjeros, en 2004, que tendió también a establecer relaciones con varios ámbitos disciplinarios, probablemente en función de la forma en que el campo se estructura en Brasil. [...] Es plausible suponer que tales autores extranjeros, sobre todo los de la parte superior de la tabla, forman una especie de “piso común” para el campo de la Comunicación en Brasil. El hecho

12 Los datos indican un rango de variación considerable: desde la proporción de 61.5 nacionales / 38.5 extranjeros en la Universidade Metodista de São Paulo (UMESP) hasta la inversa, 39.0 / 61.0, en la Pontificia Universidade Católica de São Paulo (PUCSP).

13 Se adoptó un formato diferente al utilizado por Romancini, que presenta tablas separadas para los autores nacionales y extranjeros, con más información que la aquí recuperada, en función de la comparación con los datos mexicanos.

Cuadro 1. Autores más citados en 491 tesis y disertaciones brasileñas (2004)

Rango	Nacionales	Citaciones	Extranjeros	Citaciones
1			Morin, Edgar	372
2			Lévy, Pierre	247
3			Barthes, Roland	230
4			Eco, Umberto	208
5			Bourdieu, Pierre	205
6			Foucault, Michel	198
7			Martín-Barbero, Jesús	183
8			García-Canciani, Néstor*	173
9			Deleuze, Gilles	171
10			Bakhtin, Mikail	153
11			Hall, Stuart	151
12			Baudrillard, Jean	145
13			Castells, Manuel	143
14	Ortiz, Renato	135		
15			Benjamin, Walter	133
16			Mattelart, Armand	124
17	Orlandi, Eni	110		
18			Maffesoli, Michel	106
19			McLuhan, Marshall	100
20			Adorno, Theodor	98
			Greimas, Algirdas	98
22			Habermas, Jürgen	97
23			Guattari, Félix	92
24			Verón, Eliseo	89
25			Rodrigues, Adriano Duarte	87
26			Thompson, John B.	86
27			Aumont, Jacques	84
28	Freire, Paulo	77		
29			Giddens, Anthony	76
30			Mattelart, Michèle	73
31			Freud, Sigmund	71
			Peirce, Charles Sanders	71
			Wolf, Mauro	71
34	Chauí, Marilena	67		
			Landowski, Eric	67
36	Santos, Milton	65		
37	Rubim, Antonio Albino C.	63		
			Bauman, Zygmunt	63
39			Jameson, Fredric	61
40			Kotler, Philip	59
			Santos, Boaventura Sousa	59
42	Lage, Nilton	57		
43	Fiorin, José Luis	55		
			Maingueneau, Dominique	55
45			Traquina, Nelson	54
46			Arnheim, Rudolf	53
47			Lipovetsky, Gilles	52
			Harvey, David	52
49			Hobsbawm, Eric	50
			Williams, Raymond	50
51			Certeau, Michel de	49
52	Campos, Haroldo de	48		
53	Bucci, Eugenio	47		
			Wolton, Dominique	47
55	Barros, Diana Pessoa L. de	46		

de que buena parte de ellos sean más bien pensadores y teóricos sociales, como Morin (muy citado en varios posgrados), Lévy, Barthes, Eco, que autores de contribuciones más específicas, refuerza esta interpretación. Pocos autores son identificados con un grado de reflexión más específicamente mediática, aunque los objetos de la comunicación sean tema de varios de esos autores (Romancini, 2006: 244 y 246).

Ahí hay una veta interpretativa central para apreciar el grado de correspondencia entre los *recursos* que son empleados (y la forma de hacerlo) para sustentar y hacer avanzar la investigación en un área que de manera institucional se define *disciplinariamente*, aunque de forma intelectual opere más bien con patrones *multi* o *transdisciplinarios*.¹⁴ Sorprende que los datos mexicanos muestren un patrón de citas donde los aportes de los autores nacionales son relativa pero notablemente más balanceados con respecto a los extranjeros. Por supuesto, debe considerarse que el conjunto de los autores “nacionales” es diferente para México y para Brasil, mientras que el conjunto de los autores “extranjeros” tiende a ser el mismo.

En el cuadro 2, con el mismo formato y procedimientos análogos de recolección y sistematización¹⁵ que se usaron con los datos brasileños, se presenta el resultado del recuento de citas a autores nacionales y extranjeros en las tesis mexicanas de maestría y doctorado en comunicación.¹⁶

En función de la comparabilidad, se extendieron los nombres de los autores más citados hasta más allá de los 50 en cada país, pues dependiendo de

14 Tendencia que en apariencia comparten en la actualidad muchas otras “disciplinas” científico-sociales y humanísticas.

15 Excepcionalmente el periodo, que en el caso mexicano es de una década (1996-2005). La desproporción del tamaño de las estructuras mexicanas y brasileñas en el campo de la comunicación, que rebasa la razón 1:10, impone consideraciones “de escala” en las comparaciones. Sin embargo, esto no se asume como un obstáculo para los propósitos del proyecto.

16 En 380 tesis mexicanas, se encontraron 33,577 referencias bibliográficas. Para comparar con los datos brasileños (señalados atrás), se determinó una media general de 88.3 citas por tesis (menor que la de 99.2 obtenida por Romancini), con 244.5 en las tesis de doctorado (muy superior a la media de 153.3 en Brasil) y 73.0 en las tesis de maestría (prácticamente idéntica, 73.5, a la brasileña). Por otra parte, en contraste con 61% de citas a libros en las tesis brasileñas, en las mexicanas esta proporción fue de 49%.

Cuadro 2. Autores más citados en 380 tesis de maestría y doctorado mexicanas (1996–2005)

Rango	Nacionales	Citaciones	Extranjeros	Citaciones
1	Orozco Gómez, Guillermo	356		
2			Bourdieu, Pierre	331
3			Martín Barbero, Jesús	255
4	Fuentes Navarro, Raúl	232		
5	Sánchez Ruiz, Enrique E.	198		
6	García Canclini, Néstor	190		
7			Giddens, Anthony	160
8			Thompson, John B.	137
9			Eco, Umberto	132
10			Mattelart, Armand	131
11	Giménez Montiel, Gilberto	116		
12			Habermas, Jürgen	115
13	Galindo Cáceres, Jesús	112		
14	Lozano Rendón, José Carlos	111		
15			Jensen, Klaus Bruhn	104
16	Reguillo Cruz, Rossana	97		
17	González Sánchez, Jorge	96		
18			Barthes, Roland	95
19	Trejo Delarbre, Raúl	92		
20			Castells, Manuel	90
21			Foucault, Michel	88
			Van Dijk, Teun A.	88
23	Fernández Collado, Carlos	75		
24			Wolf, Mauro	74
25			Luckmann, Thomas	73
26	Esteinou Madrid, Javier	68		
27			Berger, Peter	66
28			Gubern, Román	64
			Lull, James	64
30			McCombs, Maxwell	62
31	Aceves González, Francisco de J.	61		
			Geertz, Clifford	61
33	Monsiváis, Carlos	59		
			Morley, David	59
35			Martín Serrano, Manuel	57
36			Freud, Sigmund	54
37	Cervantes Barba, Cecilia	53		
			Rogers, Everett M.	53
39			McQuail, Denis	52
			Moragas I Spa, Miquel de	52
41			McLuhan, Marshall	51
42			Morin, Edgar	49
			Wolton, Dominique	49
44			Sartori, Giovanni	47
45	Gómez Mont, Carmen	46		
			Taylor, S.J. y R. Bogdan	46
47			Luhmann, Niklas	45
			Piaget, Jean	45
	Toussaint Alcaraz, Florence	45		
50			Adorno, Theodor W.	44
	Charles Creel, Mercedes	44		
	Crovi Druetta, Delia	44		
			Prieto Castillo, Daniel	44
54	Fernández Christlieb, Fátima	43		
			Fuenzalida, Valerio	43
			Mattelart, Michèle	43
			Ricoeur, Paul	43

dónde se ponga el límite inferior, las proporciones de los autores nacionales y extranjeros cambian. Con esta conformación, es notable que solo uno de cada cinco (11 / 55) de los autores más citados en Brasil sea nacional (20%), mientras que en México esta proporción (35%) es de más de tres (20 / 57). Y por supuesto, sorprende que entre los diez autores más citados en Brasil no haya ningún brasileño, mientras que entre los diez autores más citados en México se encuentran cuatro mexicanos. Puesto que los límites superior e inferior del número de citas es similar en los dos países, pueden sumarse las referencias a autores nacionales y extranjeros y obtener una comparación “ponderada” de este segmento de los autores citados: la proporción de citas entre autores nacionales y extranjeros en Brasil es de 1:6.37 (770 / 4,906), mientras que en México resulta de 1:1.43 (2,138 / 3,066).

Otro dato evidente que resulta de la comparación es que entre los extranjeros en Brasil aparece en octavo lugar un autor mexicano (Néstor García Canclini),¹⁷ que por cierto ocupa el sexto lugar en la tabla de referencias de México, donde varios autores brasileños quedaron cerca del límite inferior.¹⁸ Además del caso notable de García Canclini, no hay otra coincidencia entre los autores mexicanos y brasileños incluidos en estas relaciones de autores más citados en México y en Brasil. Pero sí la hay en cuanto a dos de los investigadores, extranjeros en ambos países, más frecuentemente citados: Jesús Martín Barbero, tercero más citado tanto en México como en Brasil,¹⁹ y Manuel Castells, que ocupa los lugares 13 en Brasil y 20 en México. Otros autores de adscripción *iberoamericana* (es decir, extranjeros, pero de alta identidad tanto lingüística como regional) incluyen a los españoles Román

17 Si bien Néstor García Canclini es argentino de nacimiento, ha desarrollado prácticamente toda su carrera académica y trabaja hoy en día en México. El criterio adoptado tanto en México como en Brasil para la adscripción de personas a estas categorías no es demográfico sino de producción académica. Por ello también se considera como nacionales en México a Gilberto Giménez y a Delia Crovi, de orígenes paraguayo y argentino, respectivamente.

18 María Immacolata Vassallo de Lopes con 42 citas, Octavio Ianni con 29, Renato Ortiz con 23 y José Marques de Melo con 20.

19 Y segundo en el conjunto, solo después de Pierre Bourdieu, si se suman las citas de ambos países. Se considera extranjero en México a Jesús Martín, a pesar de que fue profesor de planta en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) entre 2001 y 2004.

Gubern, Manuel Martín Serrano y Miquel de Moragas, el argentino Daniel Prieto Castillo y el chileno Valerio Fuenzalida en México, y a los portugueses Adriano Duarte Rodrigues, Boaventura Souza Santos y Nelson Traquina y el argentino Eliseo Verón en Brasil.

Entre los extranjeros, tanto en México como en Brasil, otros 15 autores aparecen en las listas de los más citados en ambos países (además de Martín Barbero, García Canclini y Castells): los francófonos Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Armand Mattelart, Michèle Mattelart, Edgar Morin y Dominique Wolton; los germánicos Theodor W. Adorno, Jürgen Habermas y Sigmund Freud; los angloparlantes Anthony Giddens, Marshall McLuhan y John B. Thompson, y los italianos Umberto Eco y Mauro Wolf. Destaca que en esta lista compuesta no aparezca, entre 18 nombres, ningún autor estadounidense.²⁰ De hecho, en ambos países, es abrumador el “predominio” de autores de origen europeo (franceses, alemanes, británicos e italianos, sobre todo), hecho con seguridad debido en buena medida a las políticas de traducción de las empresas editoriales (tanto comerciales como universitarias), que han difundido ampliamente la obra de estos autores tanto en español como en portugués, si bien también lo han hecho con las estadounidenses.²¹

Pero la hipótesis del “piso común”, formulada por Romancini, adquiere mucho sentido cuando se identifica que es considerablemente mayor el aporte de la mayor parte de los autores más citados en cuanto a la “comprensión del mundo contemporáneo” y a la “teoría social” que a la indagación de fenómenos comunicacionales como tales, afirmación que no es tan sostenible para la mayoría de los autores nacionales de ambos países, sean o no académicos directamente vinculados a los programas de posgrado en comunicación. Por

20 Aunque en la lista mexicana tienen un lugar James Lull, Maxwell McCombs, Clifford Geertz y Everett M. Rogers, y en la brasileña Charles Sanders Peirce, Fredric Jameson y Philip Kotler.

21 Esta es una dimensión fundamentalmente importante para analizar la estructuración del campo académico de la comunicación, hasta ahora no explorada. Un marco de economía política para la investigación de las industrias editoriales es una necesidad imperante para la comprensión del campo académico de la comunicación, para lo cual con seguridad será muy útil el modelo avanzado por John B. Thompson en su libro más reciente (2005).

otra parte, las diferencias en la ubicación de las citas (en términos de las universidades, que sostienen programas diferenciados y cuentan con distintas tradiciones académicas en sus plantas de profesores, así como de las “subáreas” temáticas o subespecialidades de investigación de las tesis), pueden ser una clave que permita avanzar en el (re)conocimiento de los factores que inciden en la (negativa) fragmentación o en la (positiva) diversificación y especialización del campo académico de la comunicación.

Tanto en México como en Brasil, los autores nacionales que son profesores (y directores u orientadores de tesis y disertaciones) en programas de posgrado en comunicación, tienden a ser más citados en su propia institución que en otras, pero en ambos países la distribución de las citas de este tipo particular presenta tendencias ambivalentes, que tendrán que estudiarse en mayor detalle para determinar si las citas “endogámicas” (dentro del propio programa) predominan sobre las citas “nacionales” o las “de área” temática de especialidad, si pueden indicar fortalezas (o debilidades) en la formación de nuevos investigadores (tutoría, a semejanza de las disciplinas científico-naturales) o fortalezas (o debilidades) en la consolidación de líneas trasinstitucionales de producción de conocimiento. Romancini avanza un poco más en su análisis:

Hay un equilibrio entre citaciones externas e internas y cuando se advierte que los programas que tienen más autores entre los más citados son en general más influyentes que los nuevos y, al mismo tiempo, tienen índices altos de citaciones internas, esos datos parecen estar correlacionados. Por otro lado, se pueden identificar jóvenes líderes de investigación, en posiciones intermedias. Ellos disputan el capital científico en este momento y, así, es posible pensar que hay una competencia positiva desde el punto de vista de la estructuración del campo científico de la Comunicación (2006: 252).

Romancini también califica como interesante reflexionar sobre “el papel ‘transversal’ y conformador del área de los autores más citados por las tesis y disertaciones, y las implicaciones que eso tiene en términos de interacción científica” (2006: 252). Para ello, analiza la distribución de las citaciones en las seis “subáreas de la Comunicación”: *Ciberculturas y tecnologías de la comunicación*; *Comunicación audiovisual: cine, radio y TV*; *Comunicación organizacional, relaciones públicas y propaganda*; *Periodismo y producción editorial*; *Mediaciones e interfaces comunicacionales*, y *Teorías de la comunicación*.²² Entre los autores nacionales asociados directamente a los programas de posgrado, detecta a un número mayor de profesores “con gran capacidad de obtener reconocimiento en todas las subáreas”,²³ que a quienes, muy citados en una sola subárea, pudieran identificarse como líderes de “programas de investigación”. Varios autores extranjeros aparecen también “transversalmente” en la mayoría de las subáreas.²⁴

Romancini concluye su análisis de la bibliografía en las tesis y disertaciones (parte final de su investigación doctoral), con un cuestionamiento interpretativo que aporta claves de continuidad (y de comparación) de gran interés:

Ahora, ¿se refuerza así todavía más un modo posible de constitución interdisciplinaria de la Comunicación como campo científico? ¿O lo que se visualiza es, sobre todo, la dependencia y la falta de contacto con investigadores de la comunicación de otros países, con los cuáles el

22 Aunque en México no existe una categorización equivalente de “subáreas”, para fines analíticos y comparativos se puede inducir una clasificación temática de las tesis de posgrado, correspondiente a la brasileña.

23 Lucía Santaella, Muniz Sodré, Octavio Ianni, José Marques de Melo, Arlindo Machado, Ciro Marcondes Filho, María Immacolata Vassallo de Lopes y Antonio Fausto Neto, que aparecen entre los 15 más citados en cuatro o más de las subáreas, están “en posiciones más o menos dominantes, constituyendo el núcleo disciplinario de la Comunicación en Brasil” (Romancini, 2006: 254). El único autor nacional que, sin estar asociado directamente a los programas de posgrado, es citado en todas las subáreas es Renato Ortiz.

24 Michel Foucault, Umberto Eco, Edgar Morin, Pierre Lévy, Jesús Martín Barbero, Stuart Hall, Roland Barthes, Néstor García Canclini, Manuel Castells, Pierre Bourdieu y Armand Mattelart aparecen citados en cuatro o más de las subáreas.

grupo pudiera interactuar, tal vez de modo más productivo? Esa falta de contacto se expresaría aquí por los datos que muestran que los autores más citados no son, en su mayoría, “típicamente comunicacionales”. Aunque la expresión sea un tanto problemática, creo que es posible decir que autores muy citados y que aparecen en varias sub-áreas, como Martín Barbero, Mattelart y García Canclini, mantienen una relación más próxima con la comunicación que otros. La cuestión de cómo se da la incorporación de los autores al “léxico” de la comunicación, demandaría un abordaje más cualitativo que el nuestro, por lo que nuestra investigación sugiere hipótesis e indagaciones a ese respecto (Romancini: 2006: 258).

Factores y procesos de estructuración del campo académico

Como sucede en casi cualquier especialidad de investigación de la comunicación, en cualquier parte del mundo, en la metainvestigación de la comunicación los (cada vez más complejos) objetos construidos “quedan cortos” ante el rápido avance de los (polémicos) marcos teórico-metodológicos y epistemológicos y, sobre todo, ante el incesante cambio de sus referentes empíricos. Aunque las instituciones (académicas, en este caso) conservan un alto grado de estabilidad relativa, los procesos de *institucionalización*, *profesionalización* y *legitimación* están en constante tensión y movimiento, impulsados por muy diversos agentes sociales desde muy distintas escalas de estructuración, entre las cuales las “nacionales” dejan, de forma progresiva, de ser las únicas o las principales determinantes, y por tanto deben dejar de ser el único o el principal horizonte de cuestionamiento y de acción.

En la investigación del campo académico de la comunicación, esta premisa básica puede servir para indagar, de una manera cada vez más aguda y sistemática, por qué en entornos institucionales muy distintos (como, en su escala, lo son el sistema académico brasileño y el mexicano) y con “historias” y “culturas” muy diversas (como las que distinguen a unas universidades de

otras o a unos países de otros) se manifiestan condiciones y desafíos *comunes*, a veces incluso idénticamente formulados, como la preocupación crítica por la constitución científica–académica del estudio de la comunicación, que en el plano institucional crece constantemente, mientras que en el plano intelectual sigue siendo un campo subdesarrollado. En un seminario académico brasileño, Maria Immacolata Vassallo de Lopes, su coordinadora, resumió con claridad el sentido de este cuestionamiento (y acción investigativa):

Una de las marcas distintivas de los estudios actuales de la comunicación es el incremento de los análisis auto–reflexivos, o sea, críticas de la propia práctica de investigación. Éstas no sólo son útiles, sino también indispensables, pues traducen la reflexión de una ciencia sobre sí misma, la cual aclara su campo de actuación, sus procedimientos, el valor de sus resultados y el ámbito de sus posibilidades. Si, por un lado, esos análisis son señales de madurez del campo de la comunicación, por otro manifiestan una insatisfacción generalizada con el estado actual del campo y expresan la urgencia de repensar sus fundamentos y de reorientar su práctica de investigación. Por ello tiene que avanzarse en esas discusiones reflexivas y en el trabajo sistemático de reconocimiento de las condiciones concretas y específicas de nuestra práctica científica, hechas de tensiones entre tradiciones e innovaciones intelectuales, de convergencias y divergencias entre categorías, conceptos y nociones, de perspectivas multi, inter y transdisciplinarias, de la conciencia creciente de la complejidad del objeto de la comunicación (Vassallo de Lopes, 2003: 10).

El proyecto de investigación del cual este artículo es un *avance*, pretende no solo aportar nuevas *representaciones* sobre la constitución científica del campo académico de la comunicación en México y en Brasil, provisionales y discutibles como todo producto científico, sino también, y al mismo tiempo, fortalecer las *interacciones* pertinentes entre agentes académicos reflexivos. Ya que, si como propone Bourdieu “la definición de lo que está en juego en la

lucha científica forma parte de la misma lucha” (2000: 20), es indispensable reconstruir desde su origen las definiciones en pugna y apreciar en qué medida y de qué manera su formulación e institucionalización dependen de agencias de poder internas y externas. Para el campo académico de la comunicación, cuya constitución es tan reciente como incipiente y debido a sus pretensiones de cientificidad (tengan o no fundamento válido), estas cuestiones sin duda siguen abiertas y hacen muy pertinente la indagación histórica, así como la exploración empírica, en diversos niveles, de las marcas que las condiciones de producción van dejando en los productos académicos (como las tesis y disertaciones) que desarrollan y difunden esas concepciones.

Bibliografía

- Adler de Lomnitz, Larissa (1976). “La antropología de la investigación científica en la UNAM”, en Cañedo, Luis y Luis Estrada (comps.) *La ciencia en México*. México: FCE, pp.13–25.
- Aguilar, Miguel Ángel y Rosalía Winocur (2005). “Ciudad y medios de comunicación: un recorrido desde la antropología”, en García Canclini, Néstor (coord.) *La antropología urbana en México* (Biblioteca Mexicana). México: FCE, pp.196–220.
- Álvarez Curbelo, Silvia (ed.) (2005). *Comunicación, democracia y ciudadanía*. San Juan: CICOM / Escuela de Comunicación / Universidad de Puerto Rico.
- Andión Gamboa, Eduardo (1992a). “Semillas de silicio: la tradición de la identidad en los estudios comunicológicos”, en Martín Barbero, Jesús (coord.) *En torno a la identidad latinoamericana*. México: Opción / CONEICC / FELAFACS, pp.123–142.
- (1992b). “Identidades–bisagra: el trenzado de saber y sabir como pedagogía de la comunicación”, en Luna Cortés, Carlos E. (coord.) *Generación de conocimientos y formación de comunicadores*. México: CONEICC / FELAFACS, pp.151–166.
- (1992c). “Germen y quimera. Acercamiento a la tradición identitaria en la comunicología”, en *Versión, estudios de comunicación y política*, núm.2. México: UAM–Xochimilco, pp.29–56.
- Andrade Carreño, Alfredo (1993). “Tradiciones intelectuales y contexto institucional en la formación de sociólogos: un estudio histórico”, en *Acta Sociológica*, núm.9. México: FCPYS–UNAM, pp.11–40.

- (1998). *La sociología en México: temas, campos científicos y tradición disciplinaria*. México: FCPYS-UNAM.
- Anzola, Patricia y Patricio Cooper (1985). *La investigación en comunicación social en Colombia*. Lima: DESCO.
- Arredondo, Pablo (1997). “La génesis de un espacio académico. Notas sobre la construcción del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación de la Universidad de Guadalajara”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.30. Guadalajara: DECS-Universidad de Guadalajara.
- Aslama, Minna *et al.* (2007). *Mapping communication and media research in the US*. Helsinki: Communication Research Centre-University of Helsinki.
- Atwood, Rita (1980). “Communication research in Latin America. Cultural and conceptual dilemmas”. Ponencia presentada en la Intercultural Division, International Communication Association Convention. Acapulco.
- (1986). “Assessing critical mass communication scholarship in the Americas: the relationship of theory and practice”, en Atwood, Rita y Emile McAnany (eds.) *Communication and Latin American society. Trends in critical research, 1960-1985*. Madison / Londres: The University of Wisconsin Press, pp.11-27.
- Baldivia, José (1981). “La formación de los periodistas en México”, en Baldivia, José *et al.*, *La formación de periodistas en América Latina: México, Chile, Costa Rica*. México: CEESTEM / Nueva Imagen.
- Béjar Hernández, Raúl y Héctor H. Hernández Bringas (1995). “Investigación y docencia en ciencias sociales y humanidades: diagnóstico y perspectivas. Algunos resultados preliminares”. Ponencia en la VIII Asamblea Nacional del Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, AC. Chapala.
- Beltrán, Luis Ramiro (1976). “Alien premises, objects and methods in Latin American communication research”, en *Communication Research, an international quarterly*, vol.3, núm.2, pp.107-134 (en español: “Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comuni-

- cación en América Latina”, en Moragas, Miquel de (ed.) *Sociología de la comunicación de masas. I: Escuelas y autores*. Barcelona: Gustavo Gili, 1985, pp.73–107).
- Beltrán, Luis Ramiro; Guillermo Isaza y Fernando Ramírez (1976). *Bibliografía sobre investigaciones en comunicación para el desarrollo rural en América Latina*. Bogotá: CIID.
- Berger, Guy (1975). “Opiniones y realidades”, en Apostel, Leo *et al*, *Interdisciplinariedad. Problemas de la enseñanza y de la investigación en las universidades*. México: ANUIES, pp.1–78.
- Bhabha, Homi K. (1996). “Culture’s in-between”, en Hall, Stuart y Paul du Gay (eds.) *Questions of cultural identity*. Londres: Sage, pp.53–60.
- Bokser Liwerant, Judit (coord.) (2003). *Las ciencias sociales, universidad y sociedad. Temas para una agenda de posgrado*. México: FCPYS–UNAM.
- Bourdieu, Pierre (1972). *Esquisse d’une théorie de la pratique*. Ginebra: Droz.
- (1975). “La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison”, en *Sociologie et Sociétés*, vol.VII, núm.1.
- (1983). “O campo científico”, en Ortiz, Renato (org.) *Pierre Bourdieu*. São Paulo: Ática, pp.122–155.
- (1988). *Homo academicus*. Stanford: Stanford University Press.
- (1989). *O poder simbólico*. Lisboa: DIFEL.
- (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona: Anagrama.
- (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J.D. Wacquant (1992). *An invitation to reflexive sociology*. Cambridge: Polity Press.
- Brown, Marion R. y Bryant E. Kearl (1967). *Mass communication and development: the problem of local and functional relevance*. Madison: University of Wisconsin.
- Bryant, Jennings y Dorina Miron (2004). “Theory and research in mass communication”, en *Journal of Communication*, vol.54, núm.4, pp.662–704.

- Burrell, Gibson y Gareth Morgan (1979). *Sociological paradigms and organisational analysis: elements of the sociology of corporate life*. Londres: Heineman.
- Cano Gallego, Jairo (1971). *Un sistema de información para elevar la productividad agrícola; conceptualización y análisis del beneficio / costo del Plan Puebla*. Tesis de Maestría en Ciencias. Chapingo: Colegio de Postgraduados.
- Cansino, César (2006). “Adiós a la ciencia política. Crónica de una muerte anunciada”, en *Metapolítica*, vol.10, núm.49, pp.27-37.
- Carey, James W. (1989). *Communication as culture. Essays on media and society*. Nueva York / Londres: Routledge.
- Cassirer, Ernst (1951). *Las ciencias de la cultura*. México: FCE.
- Castañeda, Fernando (1990). “La constitución de la sociología en México”, en Paoli Bolio, Francisco José (coord.) *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: CIIH-UNAM / Miguel Ángel Porrúa, pp.397-430.
- (2004). *La crisis de la sociología académica en México*. México: FCPYS-UNAM / Miguel Ángel Porrúa.
- Castells, Manuel (1999). *La era de la información*, 3vols. México: Siglo XXI.
- Cervantes Barba, Cecilia (1992). *Los estrategias de la comunicación. Alternativas metodológicas frente a la persistencia del maniqueísmo*. Tesis de Maestría en Comunicación. Guadalajara: ITESO.
- (1995). “¿De qué se constituye el *habitus* en la práctica periodística?”, en *Comunicación y Sociedad*, núm. 24. Guadalajara: DECS-Universidad de Guadalajara.
- Chalmers, Alan (1990). *Science and its fabrication*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Chavero, Adrián; Marina Chavez y María Luisa Rodríguez (1997). *Vinculación universidad estado producción. El caso de los posgrados en México*. México: Siglo XXI / ANUIES / IIE-UNAM.

- Christians, Clifford y Michael Traber (eds.) (1997). *Communication ethics and universal values*. Thousand Oaks: Sage.
- Clark, Burton R. (1992). *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica*. México: Nueva Imagen / Universidad Futura / UAM–Azcapotzalco.
- Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, COMECSO (1997). “Lineamientos para la organización del Consejo Nacional de Evaluación de las Ciencias Sociales y las Humanidades”. Documento de trabajo. México: COMECSO.
- Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, CONACYT (2007). *Indicadores de actividades científicas y tecnológicas*. México: CONACYT.
- Craig, Robert T. (1989). “Communication as a practical discipline”, en Dervin, Brenda *et al.* (eds.) *Rethinking communication. Vol 1: Paradigm issues*. Newbury Park: Sage.
- Cuéllar, David y Jaime Gutiérrez (1971). “Análisis de la investigación y de la aplicación del difusionismo”. Ponencia en la Segunda Reunión de Comunicadores Rurales. Cali.
- Curran, James (1990). “The new revisionism in mass communication research: a reappraisal”, en *European Journal of Communication*, vol.5, núm.2–3, p.135–164.
- Curran, James y David Morley (eds.) (2006). *Media cultural theory*. Londres / Nueva York: Routledge.
- De la Peña, Guillermo y Luis Vázquez León (coords.) (2002).
- De la Torre Escoto, Gabriela y Raúl Fuentes Navarro (2002).
- Debray, Régis (2001). *Introducción a la mediología*. Barcelona: Paidós.
- Demers, François (1997). “Tres representaciones espaciales del campo periodístico”, *Comunicación y Sociedad*, núm.30. Guadalajara: DECS–Universidad de Guadalajara.
- Dervin, Brenda *et al.* (eds.) (1989). *Rethinking communication*, 2vols. Newbury Park: Sage.

- Deutsch, Morton y Robert M. Kraus (1965). *Theories in social psychology*. Nueva York: Basic Books.
- Deutschmann, Paul J. y Orlando Fals Borda (1962). *Communication and adoption patterns in an Andean village*. San José: Programa Interamericano de Información Popular.
- Díaz Bordenave, Juan (1964). “Bonito and Timbauba: exploratory study of the leaders of two towns of the Brazilian Northeast, at different levels of development”. Ponencia presentada en la American Society for Applied Anthropology. San Juan Puerto Rico.
- (1966). *The search for instrumental information among farmers of the Brazilian Northeast*. Tesis de Doctorado. East Lansing: Michigan State University.
- (1972). “New approaches to communication training for developing countries”. Ponencia presentada en el Third World Congress of Rural Sociology. Baton Rouge (en español: “Nuevos métodos de entrenamiento de la comunicación para los países en desarrollo”, en *Chasqui*, primera época, núm.7. Quito: CIESPAL, 1974).
- (1974). “Communication and adoption of agricultural innovations in Latin America”. Ponencia presentada en el International Symposium on Communication Strategies for Rural Development. Nueva York: Cornell University.
- (1976). “Communication of agricultural innovations in Latin America: the need for new models”, en *Communication Research*, vol.3, núm.2, pp.135–154 (en español: “Comunicación de innovaciones agrícolas en América Latina: la necesidad de nuevos modelos”, San José: CIACOP, 1976).
- Díaz Cisneros, Heliodoro y Herman Felstenhausen (1972). “Communication and institutional change in Mexican agricultural development”. Ponencia presentada en el Third World Congress for Rural Sociology. Baton Rouge.
- Dogan, Matei y Robert Pahre (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México: Grijalbo.

- Downing, John D.H. *et al.* (eds.) (2004). *The Sage handbook of media studies*. Thousand Oaks: Sage.
- Eco, Umberto (1977). *Tratado de semiótica general*. México: Lumen / Nueva Imagen.
- (1982). *El nombre de la rosa*. México: Lumen.
- Esman, Milton (1974). “Popular participation and feedback systems in rural development”. Ponencia presentada en el Cornell–CIAT International Symposium on Communication Strategies for Rural Development. Ithaca: Cornell University.
- Everett–Green, Robert (1996). “Cyberspace”, Special Report, en *Britannica 1996 Book of the Year*. Chicago: Encyclopaedia Britannica.
- Felstenhausen, Herman (1971). “Conceptual limits of development communications theory”. Ponencia presentada en la Association for Education in Journalism. Columbia.
- Fleck, Ludwik (1979). *Genesis and development of a scientific fact*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- Freire, Paulo (1973). *¿Extensión o comunicación? la concientización en el medio rural*. México: Siglo XXI.
- Fuentes Navarro, Raúl (1986). “Escuelas de comunicación y brechas tecnológicas en México”, en Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación, CONEICC. *Tecnología y comunicación*. México: CONEICC / UAM–Xochimilco.
- (1988a). *La investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956–1986*. México: Ediciones de Comunicación.
- (1988b). “Pensar la comunicación desde la cultura”, en *Renglones*, núm.11. Guadalajara: ITESO, pp.10–14.
- (1989). “Pensar la comunicación desde la cultura”, en *Signo y Pensamiento*, núm.14. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, pp.119–127.
- (1991). *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO / CONEICC.
- (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.

- (1996a). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- (1996b). *La investigación de la comunicación en México. Sistematización documental 1986-1994*. Guadalajara: ITESO / Universidad de Guadalajara.
- (1997a). “Consolidación y fragmentación de la investigación de la comunicación en México, 1987-1997”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.30. Guadalajara: DECS-Universidad de Guadalajara.
- (1997b). “Retos disciplinarios y postdisciplinarios para la investigación de la comunicación”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.31. Guadalajara: DECS-Universidad de Guadalajara.
- (1998a). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO / Universidad de Guadalajara.
- (1998b). “Un texto cargado de futuro: apropiaciones y proyecciones de *De los medios a las mediaciones* en América Latina”, en Laverde, María Cristina y Rossana Reguillo (eds.) *Mapas nocturnos. Diálogos con la obra de Jesús Martín-Barbero*. Santafé de Bogotá: Siglo del Hombre / Fundación Universidad Central, pp.181-197.
- (1998c). “La investigación académica de la comunicación en México: notas para un balance reflexivo”, en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, época II, vol.IV, núm.8. Colima: Programa Cultura-Universidad de Colima, diciembre, pp.35-59.
- (1999a). “Institucionalización y postdisciplinización de las ciencias sociales en México”, en Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp. 203-244.
- (1999b). “Enseñanza e investigación de la comunicación: retrospectiva y prospectiva”, en *Lúmina*, núm.2, Colima: Universidad de Colima, pp.90-97.

- (1999c). “La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.56, Lima: FELAFACS, pp.53–68.
- (2000a). *Educación y telemática* (Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación, 6). Buenos Aires: Norma.
- (2000b). “Perspectivas socioculturales postdisciplinarias en la investigación de la comunicación”, en Orozco Gómez, Guillermo (coord.) *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI*. Madrid: Ediciones La Torre, pp.17–31.
- (2000c). “La formación universitaria de profesionales de la comunicación y su renovación como un proyecto social”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.59 / 60. Lima: FELAFACS, pp.10–23.
- (2001a). *Comunicación, utopía y aprendizaje. Propuestas de interpretación y acción 1980–1996*. Guadalajara: ITESO.
- (2001b). “La renovación del proyecto social de la formación universitaria de profesionales de la comunicación”, en *Renglones*, núm.48. Guadalajara: ITESO, pp.23–33.
- (2002a). “Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinariedad”, en Maldonado Reynoso, Norma Patricia (coord.), *Horizontes comunicativos en México. Estudios críticos*, México: AMIC, pp.11–33.
- (2002b). “Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinariedad”, en *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura*, núm. 1. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, pp.12–29.
- (2003a). *La investigación académica sobre comunicación en México. Sistematización documental 1995–2001*. Guadalajara: ITESO.
- (2003b). “La producción social de sentido sobre la producción social de sentido: hacia la construcción de un marco epistemológico para los estudios de la comunicación”, en Vassallo de Lopes, Maria Immacolata (org.) *Epistemologia da Comunicação* (Comunicação Contemporânea, 1). São Paulo: Loyola, pp.15–40.

- (2003c). “El campo académico de la comunicación en México. Fundamentos de la postdisciplinariedad”, en Valenzuela Arce, José Manuel (coord.) *Los estudios culturales en México* (Biblioteca Mexicana). México: CONACULTA / FCE, pp.380–419.
- (2004a). “La constitución científica del campo académico de la comunicación en México y en Brasil: análisis comparativo”. Protocolo de investigación presentado al Comité de Ciencias Sociales del Fondo de Ciencia Básica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- (2004b). “La producción de conocimiento sobre la comunicación en México. La recuperación de sus referentes documentales”, en Martell, Lenin (coord.) *Hacia la construcción de una ciencia de la comunicación en México. Ejercicio reflexivo 1979–2004*. México: AMIC, pp.19–39.
- (2005a). “La configuración de la oferta nacional de estudios superiores en comunicación. Reflexiones analíticas y contextuales”, en *Anuario de Investigación de la Comunicación*, vol.XII. México: CONEICC.
- (2005b). “La investigación es marginal”, en *Etcétera*, núm.61. México, pp.83–90.
- (2005c). “El campo académico de la comunicación en México como objeto de análisis auto-reflexivo”, en Lozano, José Carlos (ed.) *La comunicación en México. Diagnósticos, balances y retos*. México: CONEICC / ITESM, pp.29–63.
- (2005d). “Everett M. Rogers (1931–2004) y la investigación latinoamericana de la comunicación”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.4, nueva época. Guadalajara: DECS–Universidad de Guadalajara, pp. 93-125.
- (2006). “La constitución científica del campo académico de la comunicación. Un análisis comparativo México–Brasil”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, núm.5. São Paulo: ALAIC, pp.48–55.
- (2007a). “Las marcas de la profesionalización avanzada: un acercamiento descriptivo a las tesis de maestría en comunicación del ITESO y de la UdeG a través de sus referentes bibliográficos”, en *Comunica-*

- ción y Sociedad*, núm.7 (nueva época). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp.11–44.
- (2007b). “Apropiaciones y proyecciones de *De los medios a las mediaciones* en el campo académico de la comunicación: una revisión de su impacto, veinte años después”, en *Anuario de Investigación de la Comunicación*, núm.XIV. México: CONEICC, pp.149–166.
- (2007c). “Fuentes bibliográficas de la investigación académica en los posgrados de comunicación en Brasil y en México: un acercamiento al análisis comparativo”, en *Matrizes*, núm.1. São Paulo: Programa de Posgrado en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de São Paulo, octubre, pp.165–177.
- Fuentes Navarro, Raúl y Enrique E. Sánchez Ruiz (1989). *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México* (Huella, cuadernos de divulgación académica, 17). Guadalajara: ITESO.
- (1992). “Investigación sobre comunicación en México: los retos de la institucionalización”, en Orozco Gómez, Guillermo (coord.) *La investigación de la comunicación en México: tendencias y perspectivas para los noventas* (Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales, 3). México: UIA, p.11–38.
- Galindo, Jesús (1990). “En la voz y la garganta del futuro. Comunicaciones, culturas y movimientos sociales emergentes”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.9. Guadalajara: CEIC–Universidad de Guadalajara, pp.29–52.
- Galindo, Jesús y José Lameiras (1994). “La comunicación como nuevo campo antropológico. Las emergencias en ciencias sociales”, en Lameiras, José y Jesús Galindo (eds.) *Medios y mediaciones: los cambiantes sentidos de la dominación en México*. Guadalajara: ITESO / El Colegio de Michoacán.
- García Canclini, Néstor (1999a). *La globalización imaginada*. México: Paidós.
- (1999b). “De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio”, en Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) *Pen-*

- sar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura.* Guadalajara: ITESO, pp. 47-70.
- (coord.) (2005). *La antropología urbana en México* (Biblioteca Mexicana). México: FCE.
- Giddens, Anthony (1984). *The constitution of society. Outline of the theory of structuration.* Berkeley / Los Ángeles: University of California Press.
- (1989). “The orthodox consensus and the emerging synthesis”, en Dervin, Brenda *et al.* (eds.) *Rethinking communication, Vol 1. Paradigm issues.* Newbury Park: Sage, pp.53-65.
- (1993). *Consecuencias de la modernidad.* Madrid: Alianza.
- Giménez, Gilberto (2003). “El debate sobre la prospectiva de las ciencias sociales en los umbrales del nuevo milenio”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 65, núm.2. México: IIS-UNAM.
- Girola Molina, Lidia y Gina Zabludovsky (1991). “La teoría sociológica en México en la década de los ochenta”, en *Sociológica*, año 6, núm.15. México: UAM-Azcapotzalco, pp.11-66.
- Girola Molina, Lidia y Margarita Olvera Serrano (1994). “Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años”, en *Sociológica*, año 9, núm.24. México: UAM-Azcapotzalco, pp. 91-122.
- Glander, Timothy (2000). *Origins of mass communications research during the American cold war. Educational effects and contemporary implications.* Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Gomez-Palacio Campos, Carlos (1989). *The origins and growth of mass communication research in Latin America.* Tesis de Doctorado. Stanford: Stanford University.
- González, Jorge A. (2002). “Convergencias paralelas: desafíos, desamores y desatinos entre antropología y comunicación”, en Peña, Guillermo de la y Luis Vázquez León (coords.) *La antropología sociocultural en el México del milenio. Búsquedas, encuentros y transiciones* (Biblioteca Mexicana). México: FCE, pp. 509-539.

- Graciarena, Jorge (1979). “Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el estado tecnocrático: una discusión del caso latinoamericano”, en Boils, Guillermo y Antonio Murga (eds.) *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM.
- Grunig, James E. (1971). “Communication and the economic decision-making process of Colombian peasants”, en *Economic Development and Cultural Change*, julio, p.580–597.
- Habermas, Jürgen (1981). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- (1989). *Teoría de la acción comunicativa*, 2vols. Madrid: Taurus.
- (2006). “Political communication in media society: does democracy still enjoy an epistemic dimension? The impact of normative theory on empirical research”, en *Communication Theory*, vol.16, pp.411–426.
- Hallin, Daniel C. y Paolo Mancini (2004). *Comparing media systems. Three models of media and politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Halloran, James D. (1974). *Mass media and society: The challenge of research*. Leicester: Leicester University Press.
- Hardt, Hanno (1992). *Critical communication studies. Communication, history and theory in America*. Nueva York: Routledge.
- Havens, A.F. y D.W. Adams (1966). “The use of socio-economic research in developing a strategy of change in rural communities: a Colombian example”, en *Economic Development and Cultural Change*, vol.14, núm.2, pp.204–216.
- Hawkins, Robert; John M. Wiemann y Suzanne Pingree (eds.) (1988). *Advancing communication science: merging mass and interpersonal processes* (Annual Reviews of Communication Research, 16). Newbury Park: Sage.
- Hicks, Diana (2004). “The four literatures of social science”, en Moed, Henk F; Wolfgang Glaönzell y Ulrich Schmoch (eds.) *Handbook of quantitative science and technology research*. Londres: Kluwer Academic.

- Hornik, Robert (1980). "Communication as complement in development", en *Journal of Communication*, vol.30, núm.2, pp.10-24.
- Hornik, Robert *et al.* (1979). *Communication as complement: an overview of communication in development*. Santdford: Institute of Communication Research—Stanford University.
- Instituto de Investigaciones Sociales, IIS—Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM (1990). *La sociología mexicana desde la universidad*. México: IIS—UNAM.
- Jankowski, Nicholas W. y Fred Wester (1991). "The qualitative tradition in social science inquiry: contributions to mass communication research", en Jensen, Klaus Bruhn y Nicholas W. Jankowski (eds.) (1991). *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. Londres / Nueva York: Routledge, pp.44-74.
- Jensen, Klaus Bruhn (1991). "Humanistic scholarship as qualitative science: contributions to mass communication research", en Jensen, Klaus Bruhn y Nicholas W. Jankowski (eds.) *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. Londres / Nueva York: Routledge, pp.17-43.
- (1995). *The social semiotics of mass communication*. Londres: Sage.
- (ed.) (2002). *A handbook of media and communication research. Qualitative and quantitative methodologies*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Jensen, Klaus Bruhn y Nicholas W. Jankowski (eds.) (1991). *A handbook of qualitative methodologies for mass communication research*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Jiménez Sánchez, Leobardo (1963). *Adoption / non-adoption of agricultural innovations by farmers in some areas of the State of Mexico*. Tesis de Maestría. Madison: University of Wisconsin.
- (1967). *Socio-economic change and communication; a study of development of a farming ejido in central Veracruz, Mexico*. Tesis de Doctorado. Madison: University of Wisconsin.

- Juárez Mendías, Rosa Esther (1989). “Relatoría final”, en *Primera Reunión Nacional de Posgrados y Centros de Investigación en Comunicación*. Guadalajara: ITESO.
- Kaplan, Abraham (1964). *The conduct of inquiry: methodology for behavioral science*. San Francisco: Chandler.
- Klapper, Joseph (1960). *The effects of mass communication*. Glenco: The Free Press.
- Knorr-Cetina, Karin (1981). *The manufacture of knowledge. An essay on the constructivist and contextual nature of science*. Oxford: Pergamon Press.
- Koivisto, Juha y Peter Thomas (2007). *Mapping communication and media research: Germany*. Helsinki: Communication Research Centre–University of Helsinki.
- Krippendorff, Klaus (1994). “The past of communication’s hoped-for future”, en Levy, Mark y Michael Gurevitch (eds.) *Defining media studies. Reflections on the future of the field*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Krippendorff, Sultana (1979). “The communication approach to development: a critical review”, en *Studies in Third World Societies* (Third World Mass Media: Issues, Theory and Research), vol.9, septiembre.
- Kuhn, Thomas S. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (1982). *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: FCE / CONACYT.
- Lang, Kurt y Gladys Engel Lang (1983). “The ‘new’ rhetoric of mass communication research: a longer view”, en *Ferment in the field, Journal of Communication*, vol.33, núm.3, pp.128–140.
- Lasswell, Harold D. (1985). “Estructura y función de la comunicación en la sociedad”, en Moragas, Miquel de (ed.) *Sociología de la comunicación de masas. II Estructura, funciones y efectos*. Barcelona: Gustavo Gili, pp.50–68.

- Laverde, María Cristina y Rossana Reguillo (eds.) (1998). *Mapas nocturnos. Diálogos con la obra de Jesús Martín-Barbero*. Santafé de Bogotá: Siglo del Hombre / Fundación Universidad Central.
- Lerner, Daniel (1958). *The passing of traditional society: Modernizing the Middle East*. Glencoe: The Free Press.
- (1963). “Toward a communication theory of development”, en Pye, Lucian W. (ed.) *Communications and political development*. Princeton: Princeton University Press.
- Latour, Bruno y Steve Woolgar (1979). *Laboratory life. The social construction of scientific facts*. Beverly Hills: Sage.
- Lemaine, Gérard et al. (eds.) (1976). *Perspectives on the emergence of scientific disciplines*. La Haya / París / Chicago: Mouton / Aldine.
- Lepenies, Wolf (1995). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. México: FCE.
- Levy, Mark y Michael Gurevitch (eds.) (1994). *Defining media studies. Reflections on the future of the field*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Luna Cortés, Carlos E. (1989). “El posgrado en comunicación: una fuga hacia arriba”, en *Renglones*, núm.14, Guadalajara: ITESO, pp.61–64.
- (coord.) (1992). *Generación de conocimientos y formación de comunicadores*. México: CONEICC / FELAFACS.
- (1995). “Enseñanza de la comunicación: tensiones y desencuentros”, en Galindo, Jesús y Carlos E. Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva* (Pensar la Cultura). Guadalajara: ITESO / CONACULTA.
- MacBride, Sean et al. (1980). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: FCE / UNESCO.
- MacLean, Malcolm Shaw Jr. (1966). “Frontiers of communication research”. Ponencia presentada la Convention of Journalism Institutes. Madison: University of Wisconsin.
- Marques de Melo, José (1984). “La investigación latinoamericana en comunicación”, en *Chasqui*, núm.11. Quito: CIESPAL, pp. 4–11.

- (1997). “Geração McLuhan invade os campi mexicanos”, en *Imprensa*. São Paulo, septiembre, pp.158–159 (en español: “La generación McLuhan invade los campi mexicanos”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.31. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1997, pp. 245–249).
- (org.) (1978). *Comunicação, modernização e difusão de inovações no Brasil*. Petrópolis: Vozes.
- Martín Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía* (Mass Media). México: Gustavo Gili.
- (1988a). “Carta abierta a Néstor García Canclini”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.19. Lima: FELAFACS, p.113.
- (1988b). “Euforia tecnológica y malestar en la teoría”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.20, Lima: FELAFACS, pp.6–16.
- (1989). *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. México: Gustavo Gili / FELAFACS.
- (1990). “Comunicación, campo cultural y proyecto mediador”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.26, Lima: FELAFACS, pp.6–15.
- (1992a). “Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad”, en *Diálogos de la Comunicación*, núm.32. Lima: FELAFACS, pp.28–33.
- (coord.) (1992b). *En torno a la identidad latinoamericana*. México: Opción / CONEICC / FELAFACS.
- (1997). “Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación”. Conferencia magistral en la reunión de la AIERI / IAMCR. Oaxaca, julio.
- (1998a). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Quinta edición. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- (1998b). “De la comunicación a la filosofía y viceversa: nuevos mapas, nuevos retos”, en Laverde, María Cristina y Rossana Reguillo (eds.) *Mapas nocturnos. Diálogos con la obra de Jesús Martín-Barbero*. Santafé de Bogotá: Siglo del Hombre / Fundación Universidad Central, pp.201–221.

- (2001). “Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación”, en Vassallo de Lopes, Maria Immacolata y Raúl Fuentes Navarro (comps.) (2001). *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO / UAA / Universidad de Colima / Universidad de Guadalajara, pp.15–42.
- (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago de Chile: FCE.
- Martín Barbero, Jesús y Germán Rey (1999). *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva* (Estudios de Televisión, 2). Barcelona: Gedisa.
- Martín Serrano, Manuel (1990). “La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento”, en *Telos*, núm.22. Madrid: FUNDESCO, pp.65–75.
- (1992). “Los cambios en las funciones de la comunicación y en el valor de la información”, en *Renglones*, núm.24, Guadalajara: ITESO, pp.64–68.
- Martínez Reding, Jesús (1963). *La difusión y adopción del maíz híbrido en cuatro municipios del estado de Guanajuato*. Tesis. Chapingo: Colegio de Postgraduados.
- (1965). *Study of the behavior of three frequency divisions of words in the inventory of Spanish vocabulary*. Tesis de Maestría. Madison: University of Wisconsin.
- Martínez Valdés, Gregorio (1960). *La página agrícola del periódico El Dictamen de Veracruz: su lectoría y lectura*. Tesis de Ingeniero Agrónomo. Saltillo: Escuela Superior de Agricultura Antonio Narro.
- (1962). *Developing and testing a new type of bulletin for use in Mexican agricultural information program*. Tesis de Maestría. Madison: University of Wisconsin.
- (1970). *Comprehension of pictorial messages on corn production by literate, semi-literate and illiterate farmers in central Veracruz, Mexico*. Tesis de Doctorado. Madison: University of Wisconsin.

- Masterman, Margaret (1970). “The nature of a paradigm”, en Lakatos, Imre y Alan Musgrave (eds.) *Criticism and the growth of knowledge*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mattelart, Armand (1970). “Críticas a la communications research”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional* (Edición Especial, 3). Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, pp.11–22.
- (1993). *La comunicación—mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: FUNDESCO.
- (1995). *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.
- (1998). *La mundialización de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Mattelart, Armand y Michèle Mattelart (1997). *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- McHale, John (1969). *The future of the future*. Nueva York: Basic Books.
- (1981). *El entorno cambiante de la información*. Madrid: Tecnos.
- McQuail, Denis (1994). *Mass communication theory. An introduction*. Londres: Sage.
- Mendelsohn, Everett; Peter Weingart y Richard Whitley (eds.) (1977). *The social production of scientific knowledge* (Sociology of the Sciences Yearbook, I). Dordrecht / Boston: D. Reidel.
- Merino, Mauricio (coord.) (1999). *La ciencia política en México* (Biblioteca Mexicana). México: FCE.
- Meyenberg, Yolanda (1999). “La ciencia política y el debate contemporáneo”, en Merino, Mauricio (coord.) *La ciencia política en México* (Biblioteca Mexicana). México: FCE, pp.161–185.
- Moliner, María (1992). *Diccionario de uso del español*, vol.I. Madrid: Gredos.
- Moragas, Miquel de (1981). *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Moragas, Miquel de et al. (1998). *La investigación y formación en comunicaciones en la era de la globalización*. Lima: CICOSUL.
- Morin, Edgar (1981). *El Método 3: El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra.

- Mulhern, Francis (2000). *Culture / metaculture*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Mumby, Dennis K. (1997). "Modernism, postmodernism, and communication studies: a rereading of an ongoing debate", en *Communication Theory*, vol.7, núm.1, pp.1-28.
- Murga, Antonio y Guillermo Boils (1979). "Sociedad y ciencia social en Latinoamérica", en Boils, Guillermo y Antonio Murga (eds.) *Las ciencias sociales en América Latina*. México: UNAM, pp.9-31.
- Myren, Delbert T. (1974). "Analysis of communication in the Puebla project", en *International Conference on Integrated Communication for Rural Development*. Honolulu: East-West Center, pp.129-131.
- Negroponete, Nicholas (1996). *Ser digital*. México: Océano.
- Nixon, Raymond B. (1974). "La enseñanza del periodismo en América Latina", en *Comunicación y Cultura*, núm.2, Buenos Aires: Galerna, pp.197-212.
- Nordenstreng, Kaarle (1968). "Communication research in the United States: a critical perspective", en *Gazette*, vol.14, núm.3.
- Orozco Gómez, Guillermo (1990). "La formación de profesionales en comunicación: dos perspectivas en competencia", en Andión Gamboa, Mauricio (ed.) *Las profesiones en México núm. 5: Ciencias de la Comunicación*. México: UAM-Xochimilco.
- (coord.) (2000). *Lo viejo y lo nuevo. Investigar la comunicación en el siglo XXI*. Madrid: Ediciones La Torre.
- Ortiz, Renato (1994). *Mundialização e Cultura*. São Paulo: Brasiliense.
- (1999). "Ciencias sociales, globalización y paradigmas", en Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp.17-46.
- Paisley, William (1984). "Communication in the communication sciences", en Dervin, Brenda y Melvin J. Voigt (eds.) *Progress in communication sciences*, vol.V. Norwood: Ablex, pp.1-43.
- Paláu Cardona, Sofía (2006). "Medios masivos de comunicación: un acercamiento sociocultural a los agentes y las prácticas de producción

- de conocimiento en México”. Documento de trabajo. Guadalajara: Doctorado en Estudios Científico–Sociales–ITESO.
- (2007). “La relación medios de comunicación–estado: un acercamiento sociocultural a los agentes, prácticas y redes de producción de conocimiento en México”. Documento de trabajo. Guadalajara: Doctorado en Estudios Científico–Sociales–ITESO.
- Paoli Bolio, Francisco José (coord.) (1990). *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: CIIH–UNAM / Miguel Ángel Porrúa.
- Parra Sandoval, Rodrigo (1966). *La estructura social y el cambio de la tecnología: el caso de Candelaria*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Pasquali, Antonio (1974). *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila.
- (1997). “The moral dimension of communicating”, en Christians, Clifford y Michael Traber (eds.) *Communication ethics and universal values*. Thousand Oaks: Sage.
- Pérez, Gabriel Jaime (1997). “Communication ethics in a Latin American context”, en Christians, Clifford y Michael Traber (eds.) *Communication ethics and universal values*. Thousand Oaks: Sage.
- Perló Cohen, Manuel (coord.) (1994). *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*. México: IIS–UNAM / COMECOSO / UAM–Azcapotzalco.
- Perló Cohen, Manuel y Giovanna Valenti Nigrini (1994). “El desarrollo reciente de la investigación en ciencias sociales y humanidades en México”, en Perló Cohen, Manuel (coord.) *Las ciencias sociales en México. Análisis y perspectivas*. México: IIS–UNAM / COMECOSO / UAM–Azcapotzalco.
- Peschard, Jacqueline (1999). “La cultura política en México”, en Merino, Mauricio (coord.) *La ciencia política en México* (Biblioteca Mexicana). México: FCE, pp.186–210.
- Peters, John Durham (1986). “Institutional sources of intellectual poverty in communication research”, en *Communication Research*, vol.13, núm.4, pp.527–559.

- (1988). “The need for theoretical foundations. Reply to Gonzalez”, en *Communication Research*, vol.15, núm.3, pp.309–317.
- (1999). *Speaking into the air. A history of the idea of communication*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Piaget, Jean (1971). *Psicología de la inteligencia*. Buenos Aires: Psiqué.
- (1972). *Epistemología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Proteo.
- Pickering, Andrew (1992). “From science as knowledge to science as practice”, en Pickering, Andrew (ed.) *Science as practice and culture*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- Pietilä, Veikko (1994). “Perspectives on our past: charting the histories of mass communication studies”, en *Critical Studies in Mass Communication*, vol.11, núm.4, pp.346–361.
- Piscitelli, Alejandro (1995). *Ciberculturas, en la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires: Paidós.
- (1998). *Post / televisión. Ecología de los medios en la era de Internet*. Buenos Aires: Paidós.
- Popper, Karl y John Condry (1998). *La televisión es mala maestra*. México: FCE.
- Prieto Castillo, Daniel (1984). “Sobre la teoría y el teoricismo en comunicación”, en Fernández Christlieb, Fáiima y Margarita Yépez Hernández (comps.) *Comunicación y teoría social (hacia una precisión de referentes epistemológicos)*. México: FCPYS–UNAM, pp.17–30.
- Puustinen, Liina (2007). *Mapping communication and media research: France*. Helsinki: Communication Research Centre–University of Helsinki.
- Ramírez y Ramírez, Karla M. (2003). *Destellos de la comunicación. La disseminación de conocimiento a través de las publicaciones académicas*. Tesis de Maestría en Comunicación con Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. Guadalajara: ITESO.
- Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) (1999). *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO.
- Reséndiz, Rafael (1999). “La comunicación: una *in-disciplina* intelectual

- (reflexiones sobre los actores, los espacios y los tiempos comunicacionales)”. Ponencia en la mesa de trabajo Situación actual y estado del conocimiento en ciencias de la comunicación, en el Congreso Nacional del COMECSO. México.
- Rodríguez Dorantes, Cecilia (1994). “La aplicabilidad del conocimiento sociológico al estudio de la comunicación colectiva”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm.158, México: FCPYS–UNAM, pp.157–167.
- Rodríguez Salazar, Tania (1996). “El itinerario del concepto de mundo de la vida. De la fenomenología a la teoría de la acción comunicativa”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.27. Guadalajara: DECS–Universidad de Guadalajara, pp.199–214.
- Rogers, Everett M. (1962). *Diffusion of Innovations*. Nueva York: The Free Press of Glencoe.
- (1964). “Diffusion of innovations in rural societies”. Proyecto de investigación para la Agency for International Development. East Lansing: Michigan State University.
- (1973). *Communication strategies for family planning*. Nueva York: The Free Press.
- (1975). “Where we are in understanding the diffusion of innovations”, en Schramm, Wilbur L. y Daniel Lerner (eds.) *Communication and change in the developing countries: ten years after*. Honolulu: East–West Center.
- (1976). “Communication and development: the passing of the dominant paradigm”, en *Communication Research, an international quarterly*, vol.3, núm.2.
- (1993). “Looking back, looking forward. A century of communication study”, en Gaunt, Philip (ed.) *Beyond agendas: new directions in communication research*. Westport: Greenwood Press, pp.19–39.
- (1994). *A history of communication study. A biographical approach*. Nueva York: The Free Press.
- Rogers, Everett M. y Elssy Bonilla de Ramos (1965). “Prediction of the

adoption of innovations: a progress report”. Ponencia presentada en la Rural Sociological Society. Chicago, agosto.

Rogers, Everett M. y William Herzog (1966). “Functional literacy among Colombian peasants”, en *Economic Development and Cultural Change*, núm.14, pp.190–203.

Rogers, Everett M. y L. Svenning (1969). *Modernizing peasants: the impact of communication*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Romancini, Richard (2006). *O campo científico da comunicação no Brasil: institucionalização e capital científico*. Tesis de Doctorado en Ciencias de la Comunicación. São Paulo: ECA–Universidade de São Paulo.

Roncagliolo, Rafael (coord.) (1992). *La integración cultural latinoamericana*. México: CONEICC / FELAFACS.

—— (2005). “La democratización de la democracia”, en Álvarez Curbelo, Silvia (ed.) *Comunicación, democracia y ciudadanía*. San Juan: CICOM / Escuela de Comunicación / Universidad de Puerto Rico, pp. 3–16.

Rosengren, Karl Erik (1994). “From field to frog ponds”, en Levy, Mark y Michael Gurevitch (eds.) *Defining media studies. Reflections on the future of the field*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press, pp.14–25.

Rostow, W.W. (1960). *The stages of economic growth*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ruanova Hernández, Alfonso (1956). *La exposición a ferias agrícolas como un método de divulgación a los agricultores*. Tesis de Ingeniero Agrónomo. Saltillo: Escuela Superior de Agricultura Antonio Narro.

—— (1958). *Content and readability of some Latin American agricultural magazines*. Tesis de Maestría. Madison: University of Wisconsin.

Salovaara–Moring, Inka y Triin Kallas (2007). *Mapping communication and media research: Estonia*. Helsinki: Communication Research Centre–University of Helsinki.

Sánchez Ruiz, Enrique E. (1986). *Réquiem por la modernización: perspectivas cambiantes en estudios del desarrollo* (Cuadernos de Difusión Científica, 7). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- (1988). “La investigación de la comunicación y el análisis social en Latinoamérica y en México”, en Sánchez Ruiz, Enrique E. (coord.) *La investigación de la comunicación en México. Logros, retos y perspectivas*. México: Edicom / Universidad de Guadalajara, pp.9–60.
- (1992). *Medios de difusión y sociedad. Notas críticas y metodológicas*. Guadalajara: CEIC–Universidad de Guadalajara.
- (1997). “Algunos retos para la investigación mexicana de comunicación. Una reflexión personal (en diálogo con Raúl Fuentes)”, en *Comunicación y Sociedad*, núm.30. Guadalajara: DECS–Universidad de Guadalajara, pp.51–77.
- Sánchez Ruiz, Enrique E. y Raúl Fuentes Navarro (1990). “Fieldwork problems in Mexican communication research”, en Narula, Uma y W. Barnett Pearce (eds.) *Cultures, politics and research programs: an international assessment of practical problems in field research*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates, pp.63–88.
- Saperas, Enric (1985). *La sociología de la comunicación de masas en los Estados Unidos. Una introducción crítica*. Barcelona: Ariel.
- Sartori, Giovanni (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. México: Taurus.
- (2004). “Where is political science going?”, en *Political Science and Politics*, vol.37, núm.4, pp.785–789 (en español: “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, *Política y Gobierno*, vol.11, núm.2, México).
- Schiller, Dan (1996). *Theorizing communication: a history*. Nueva York: Oxford University Press.
- Schmucler, Héctor (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- Schramm, Wilbur L. (1963). *La ciencia de la comunicación humana. Nuevas orientaciones y nuevos descubrimientos en la investigación de la comunicación*. México: Roble.
- (1964). *Mass media and national development*. Stanford: Stanford University Press.
- (1965). “Desarrollo de la comunicación y desarrollo económico” (Pu-

blicación Miscelánea, 25, mimeo). San José: Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas-OEA.

— (1997). *The beginnings of communication study in America*. Thousand Oaks: Sage.

Sewell, William H. Jr. (1992). “A theory of structure. Duality, agency and transformation”, en *American Journal of Sociology*, vol.98, núm.1, pp.1–29.

Shannon, Claude E. y Warren Weaver (1949). *The mathematical theory of communication*. Urbana: The University of Illinois Press.

Shepherd, Gregory J. (1993). “Building a discipline of communication”, en *The future of the field I, Journal of Communication*, vol.43, núm.3.

Siebert, Fred; Theodor Peterson y Wilbur L. Schramm (1956). *Four theories of the press*. Urbana: University of Illinois Press.

Snow, C.P. (2000). *Las dos culturas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Solla Price, Derek J. de (1963). *Little science, big science*. Nueva York: Columbia University Press.

Solís Leree, Beatriz (coord.) (1992). *Las industrias culturales*. México: CONEICC / FELAFACS.

Sonntag, Heinz R. (1988). *Duda / certeza / crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*. Caracas: UNESCO / Nueva Sociedad.

Teixeira Coelho, José (2000). *Diccionario crítico de política cultural*. Guadalajara: ITESO / CONACULTA / Secretaría de Cultura de Jalisco.

Thompson, John B. (1993). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM-Xochimilco.

— (1995). *The media and modernity. A social theory of the media*. Stanford: Stanford University Press.

— (2005). *Books in the digital age. The transformation of academic and higher education publishing in Britain and the United States*. Cambridge: Polity Press.

Torre Escoto, Gabriela de la (2003). *La reproducción del campo académico de la Comunicación en México. Un análisis de las tesis de maestría en Comunicación (1996–2000)*. Tesis de Maestría en Comunicación con

- Especialidad en Difusión de la Ciencia y la Cultura. Guadalajara: ITESO.
- Torres, Ricardo (1993). “La sociología y sus campos de especialización”, en *Sociológica*, año 8, núm.23. México: UAM–Azcapotzalco, pp.37–46.
- Trejo Delarbre, Raúl (1997). *Volver a los medios*. México: Cal y Arena.
- Valenti Nigrini, Giovanna (1990). “Tendencias de la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en México”, en Paoli Bolio, Francisco José (coord.) *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México: CIIH–UNAM / Miguel Ángel Porrúa, pp.431–470.
- Valenzuela Arce, José Manuel (1999). “Interculturalidad y estados nacionales”, en Reguillo, Rossana y Raúl Fuentes Navarro (coords.) *Pensar las ciencias sociales hoy. Reflexiones desde la cultura*. Guadalajara: ITESO, pp.119–141.
- Valaskivi, Katja (2007). *Mapping communication and media research: Japan*. Helsinki: Communication Research Centre–University of Helsinki.
- Vassallo de Lopes, Maria Immacolata (1990). *Pesquisa em comunicação. Formulação de um modelo metodológico*. São Paulo: Loyola.
- (org.) (2003). *Epistemologia da Comunicação* (Comunicação Contemporânea, 1). São Paulo: Loyola.
- Vassallo de Lopes, Maria Immacolata y Raúl Fuentes Navarro (comps.) (2001). *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO / UAA / Universidad de Colima / Universidad de Guadalajara.
- Verón, Eliseo (1969). “Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política”, en Verón, Eliseo (ed.) *Lenguaje y comunicación social*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp.133–190.
- (1987). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa.
- Villaseñor García, Guillermo (comp.) (1992). *Sociología* (Las Profesiones en México, 12). México: UAM–Xochimilco.
- Vizer, Eduardo A. (1994). “El modelo actor–observador y el desarrollo de

una ‘perspectiva comunicacional’”, en Cervantes Barba, Cecilia y Enrique E. Sánchez Ruiz (coords.) *Investigar la comunicación. Propuestas iberoamericanas*. Guadalajara: ALAIC / Universidad de Guadalajara, pp.366–392.

Wallerstein, Immanuel (coord.) (1996). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI / CIIH–UNAM.

——— (1998a). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI / CIIH–UNAM.

——— (1998b). *Utopística, o las opciones históricas del siglo XXI*. México: Siglo XXI.

——— (2000). “From sociology to historical social science: prospects and obstacles”, en *British Journal of Sociology*, vol.51, núm.1, enero–marzo, pp.25–35.

——— (2004). *The uncertainties of knowledge*. Filadelfia: Temple University Press.

Wiener, Norbert (1948). *Cybernetics: or control and communication in the animal and the machine*. Cambridge: MIT Press.

——— (1950). *The human use of human beings. Cybernetics and society*. Nueva York: Avon Books.

Williams, Raymond (1966). *Communications*. Londres: Chatto and Windus.

——— (1997). *La política del modernismo; contra los nuevos conformistas*. Buenos Aires: Manantial.

——— (2000). *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

——— (2001). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Wolton, Dominique *et al.* (1998). *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Wright Mills, C. (1961). *La imaginación sociológica*. México: FCE.

Zabludovsky, Gina (1992). “Los retos de la sociología frente a la globalización”, en *Sociológica*, año 7, núm.20. México: UAM–Azcapotzalco, pp.31–52.

**La comunicación
desde una perspectiva sociocultural:
acercamientos y provocaciones 1997–2007**
se terminó de imprimir en noviembre de 2008
en los talleres de Editorial Pandora, SA de CV,
Caña 3657, Col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, C.P. 44470.
La edición, que consta de 300 ejemplares, estuvo a cargo de
la Oficina de Difusión de la Producción Académica del ITESO.

Raúl Fuentes Navarro, uno de los investigadores latinoamericanos de mayor renombre en el campo sobre los estudios de la comunicación, reúne en este libro 17 textos en donde, con pertinencia, profundidad y enfoque crítico, recupera su visión acerca de la perspectiva sociocultural de la comunicación. El autor plantea tres aspectos centrales para reflexionar sobre este campo de estudios: las condiciones de consolidación del estudio de la comunicación, la retrospectiva y prospectiva de la formación universitaria, y las re-lecturas, re-escrituras y exploraciones del campo.

En esta recopilación, resultan claves los ensayos que el autor dedica a la discusión en torno a Pierre Bourdieu, Everett M. Rogers y Jesús Martín Barbero, los que arman un mapa de los distintos momentos, auges y problemas específicos a los que se enfrenta el saber.

Este libro, que interpela desde distintos ángulos a investigadores, académicos y estudiantes de la materia, no solo contribuye a situar la discusión en términos del estado de la cuestión sino que aporta insumos básicos (categorías, procesos, dimensiones, estructuras) para situar de manera inteligente e inteligible la pregunta por la constitución de la perspectiva sociocultural de la comunicación.

Raúl Fuentes Navarro es mexicano, profesor investigador del Departamento de Estudios Socioculturales del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel III) y de la Academia Mexicana de Ciencias.



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

